

teatro

Roberto Mira

teatro

Roberto Mira

teatro

Editor: **Ajuntament San Joan d'Alacant**

Autor: **Roberto Mira Fernández** ©

Teatro por Roberto Mira Fernández tiene una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License.

Los permisos fuera del alcance de esta licencia deberán solicitarse a través de robertomirafernandez.jux.com

Depósito Legal: **A-869-2009**



Impreso en España / Printed in Spain
Diseño Portada: Roberto Mira Fernández
Maquetación: CEE Limencop, S.L.
Imprime: CEE Limencop, S.L.

<http://www.limencop.com>

correo: publicaciones@limencop.com

Tel.: 966658487 / 966658791 / 965903400 Ext. 2784

Este libro ha sido confeccionado por personal discapacitado perteneciente al Centro Especial de Empleo Limencop.



teatro

Roberto Mira



Se dice y es notorio, que nadie es profeta en su tierra, salvo alguna excepción, como es mi caso: yo me siento profeta en mi tierra y para mí es un honor formar parte del acerbo cultural de esta Villa, que tanto mima y potencia el Ayuntamiento de Sant Joan, a través de la figura de su Sr.Alcalde, Don Edmundo Seva Sala con quien, y por diversas razones, a través de su familia y la de su esposa, me ha unido siempre una respetuosa amistad. Mi progenitor, a buen seguro, estaría orgulloso de ver que el hijo de un humilde carpintero, recibe del de otro, que también lo fue, el honor de su incondicional apoyo. Gracias a él y a los que hacen posible, desde sus respectivos cargos, que personas como yo, podamos ejercitarnos con entera “libertad de palabra, obra y misión”.

Roberto Mira Fernández.

**A los que con su apoyo, aplauso
y crítica, potenciaron el nacimiento
de mis personajes.**

El autor.

HÁGASE TU VOLUNTAD

-Drama en dos actos-

HÁGASE TU VOLUNTAD

-Drama en dos actos-

Personajes: Lesbiana. Travestí. Divorciada

Decorados: *(Primer acto: una habitación con dormitorio, mesilla de noche y portarretrato con foto de una mujer madura para el monólogo de la lesbiana, la de una mujer mayor para el del travesti y la de un hombre para el de la divorciada. Iluminación nocturna. La cama y mesa de noche tienen que cambiar de situación en cada monólogo para figurar dormitorios distintos. Segundo acto: salón propio de una vivienda unifamiliar)*

PRIMER ACTO

Monólogo lesbiana

(Entra el personaje y deja sobre la cama la mochila, un sobre con mamografías y la chupa vaquera que lleva puesta. Sale por el lado contrario al que ha entrado, se oye el sonido del agua de una cisterna y regresa a escena con un bote de cerveza. Enciende un cigarro que fuma con nerviosismo y masculinidad y mirando la foto que hay en la mesilla de noche. Comienza el monólogo)

Lesbiana.- Tú entiendes mejor que nadie lo que estoy sufriendo. De haberlo sabido no hubiera ido a hacerme las pruebas que

recomendaba el seguro de la empresa. Ahora ya no tiene vuelta atrás, hay que asumir el trago de un solo golpe. Sé que me van a extirpar la mama; el doctor me lo ha comunicado y la enfermera le ha quitado importancia diciéndome que sólo era para prevenir males mayores, que luego con una prótesis todo quedaría resuelto. Me encuentro en un mar de dudas y de temores y, para postre, no te tengo a mi lado y, en estos instantes, te necesito tanto,... Ya sabes que siempre he sido débil a pesar de todo y necesitado de tu apoyo y protección. Si hubiera tenido hijos todo habría cambiado, aunque no estoy demasiado segura, ya sabes que cuando más los necesitas si están casados, se deben a su familia que es lo primero, si están solteros van por libres y excuso decirte si están divorciados o viudos: no tienen tiempo más que para volver a tropezar con la misma piedra. De los maridos ni hablemos, porque salvo alguna excepción, son como niños que se adocenán al lado de la mujer, como antes lo estuvieron al de la madre y en la mayoría de los acontecimientos importantes de su esposa (embarazo, alumbramiento, crianza, educación, menopausia,...) se encuentra totalmente sola, aunque protegida por una sociedad machista, eso sí, que reconoce socavadamente la importancia de ser “maruja” como se dice ahora, para que la familia, entre comillas, funcione y no se altere el sistema que lo tiene todo estudiado estadística y económicamente.

Me han prohibido fumar, pero no pienso dejar de hacerlo; ni eso ni dejar de beber mi cerveza, qué más me da: la cintura ya la he perdido, los pulmones los tengo afectados y como comprenderás, con lo que se me avecina, no estoy para sodomizarme más. Menos mal que cuando empiece a caérseme el pelo, como a ti te ocurrió, no tendrás que pasar el sufrimiento de verme: es doloroso, aunque intentes disimularlo, ver a un ser querido en tal situación. Se le pone un color cetrino, una imagen de muerto viviente que es demoledora. Yo quiero pasar el tratamiento en casa, quiero estar en mi habitación, entre estas cuatro paredes donde tantas cosas bellas y amargas he vivido; quiero que ellas sean testigo directo de este nuevo e importante acontecimiento en mi vida.

He dicho en la empresa lo que ocurre y se han portado bastante bien: me han dado ánimos, y como tengo pendiente las vacaciones del año pasado, puedo tomármelas junto con las que me corresponden este año cuando el médico me dé el alta. Me iré

al pueblo. Tengo necesidad de visitar las tumbas de mis padres, de mis abuelos, de mi hermano, de ti... No sé por qué; debe ser que me siento más cerca de todos vosotros que de los seres vivos, más protegida, menos vacía. Seguramente, como dicen, voy en busca de mis raíces, de las que muy pronto formaré parte.

Ahora, como ya sabes, estoy yendo a menudo a oír misa en la iglesia de la barriada. El sermón suele ser un tostón, no sé cómo no hacen que sea más cercano a los fieles, que llegue a los sentidos. Es un bla, bla, bla,... que te adormece en lugar de estimular. Yendo a misa intento obligarme a salir de casa por las tardes, ahora que estoy de baja se me hacen largas y tediosas, y por qué no, a ti no te puedo engañar, también lo hago para verme rodeada de gente que es devota, porque aunque yo no lo sea parece que me acerca un poco a ese alguien al que rezan, al que últimamente y por puro egoísmo también he comenzado a rezar yo.

He escrito a mi hermana contándole todo lo que me ocurre, pero ya le he advertido de que no hace falta que altere sus responsabilidades familiares. Ya sabes que mi cuñado es una bestia y no quiero ser la causa de lo que presumo puede ocurrir el día menos pensado. Como sigan así, terminarán separándose aunque todavía sean pequeños los niños, es por lo único que está aguantando mi hermana esa situación. La bebida sabes que salpica no sólo a quien la consume sino a los que están alrededor del que cae preso de ella.

Voy a tomarme un paracetamol con esta cerveza. La cabeza me estalla. ¡En tu memoria! (*brinda con la fotografía*).

¡Ay, qué dolor y qué soledad me inundan! Esto es de “puta madre”: con cincuenta años, sin poder ir hacia adelante ni regresar hacia atrás. Todo por este puto cáncer. Toda la vida haciendo proyectos y primero tú y quién sabe si ahora me toque a mí. Ya sabemos que de algo hay que morir, pero ésta es una verdadera putada, lo es tanto, que es más que lo del Sida y la droga, porque estas enfermedades te matan, te consumen, pero previamente te han dado placer; sin embargo esto, ni lo quieres, ni lo buscas, ni compras décimos para que te toque: te lo encuentras y a joderte. Casi es preferible terminar en la carretera, ser un número más de la estadística del fin de semana. En fin, la verdad es que es jodido tener que morir y mucho más cuando eres consciente de que te están dando el primer aviso.

¡Qué calor! Con la cerveza y la pastilla que he tomado parece que me he reanimado un poco, hasta tengo ganas de llorar; eso es bueno, ya estoy reaccionando. Pero, para qué llorar, nadie me va a consolar, a esto hay que ir a “pelo” deseando que pase todo rápidamente y que sea lo que Dios quiera, suponiendo que Dios esté para querer algo, porque yo lo pongo en duda (*llora desesperadamente. Se levanta y se dirige hacia el bolso para sacar un clínex con el que sonarse. Sin pretenderlo extrae también el resguardo de la bono loto que acaba de hacer y lo mira*)

La bonoloto, no faltaba más que ahora me tocaran los veinte millones. Tendría guasa, toda la vida aperreada trabajando y pasando fatigas para poder sobrevivir y tener un piso, y que ahora muriera millonaria -porque no nos engañemos, esto que tengo yo y cómo lo tengo, el cáncer, es como para echar a correr y no parar-.

Qué poco sentido tiene todo para mí; he tardado cuatro años en recomponerme por tu muerte y ahora que mi ánimo estaba despertando, va y me hunde la puta vida. ¡Hay que joderse! Y, encima, ¿a quién le echo la culpa?... A nadie. He sido presa de las circunstancias siempre: primero por mi desviación, luego por tener que ocultarla, después por reconocerla y asumirla y por último, por no poder compartirla contigo. Todo ha sido un fraude. La vida me ha regalado poco, tan poco, que casi, si lo pienso, no me importa tener que abandonarla; al fin y al cabo tener que fregar suelos y retretes hasta que me llegue la hora de la jubilación es tan mortificante que no sé qué es mejor. (*Calla, piensa, duda, reacciona*) ¡Qué imbécil! Es mejor vivir aunque llores y añores a los que te han abandonado, aunque no llegues a fin de mes, aunque el esqueleto te duela de tanto golpe, aunque no entiendas la injusticia humana, aunque los hombres no te gusten y tengas que consentir que te follen, aunque seas un despojo de lo que fue tu juventud, ¡la vida es tanta vida! que sólo por poder decir: ¡Ay, madre mía! te compensa vivirla. (*Rompe a llorar con sentimiento de soledad. Coge el bote de cerveza y mirando a la fotografía de su cuñada, dice:*)

Siempre te recordaré, porque aunque yo sea lesbiana, sabes que has sido y serás mi única amiga, aunque no me correspondieras y te casaras con mi hermano; sabes que con todo el amor de madre he criado a tu hijo al que he dejado heredero de todo lo poco que

tengo, aunque sea para que lo regale a la Asociación donde se está desenganchando; qué más me da, con tal de que lo salven...
(El escenario queda en penumbra cuando enciende la lamparilla para desnudarse. Se acuesta y abrazando al portarretrato sigue diciendo:)

¡Qué bien me encuentro! Estoy medio borracha, pienso, pero no temo. ¡Ay, Dios mío! Si no fuera por qué, te pediría que me quitaras esta noche la vida, pero presumo que tu voluntad va a ser otra y, por si me oyes y, como cuando era niña, te rezo:

“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo...” *(Termina llorando y la escena queda a oscuras)*

TELÓN

Monólogo travesti

(Entra el personaje, deja sobre la cama el bolso y se sienta en una silla. Se quita la chupa de cuero. Sale por el lado contrario al que ha entrado, se oye el sonido del agua de una cisterna y regresa a escena con un bote de cerveza. Enciende un cigarro que fuma con nerviosismo y feminidad y mirando la foto que hay en la mesilla de noche, comienza el monólogo)

Travesti.- ¡Estoy harto de esta vida! Cada vez resulta más pesado ejercer la prostitución aunque uno sea un travesti. Estos tacones me oprimen y encima la plataforma que les ha dado por poner de moda me destroza los pies. *(Se dirige al portarretrato)*

Esta noche madre, ha sido dura. Sólo dos clientes y encima uno de ellos no quería pagarme el servicio, menos mal que a base de volvérsela a empinar lo he conseguido. No te ruborices madre. Ya sabes que a mí en el fondo todo esto no me gusta. Yo iba para bailarina de ballet, como Margot Fontein pero, al quedar viuda todo se truncó, aunque bastante hiciste con poderme pagar las primeras clases de mecanografía que me facilitaron el poder emplearme en aquella siniestra gestoría, donde lo único que desentonaba era yo, además del mobiliario, por supuesto. Cómo me encantaba la música, el tutú, los focos, el maquillaje y, luego más tarde, de mayor, los bailarines con esas piernas que parecen columnas hechas para soportar el peso de esos maravillosos cuerpos rematados por esos cuellos que dan base a esas caras perfectamente marcadas en sus contornos. Cómo me sigue gustando el ballet madre; aunque reconozco que, como consecuencia de mi trabajo y a pesar del intelecto que dicen tiene la Dos de televisión, hace tiempo que no he visto ni podido asistir a ninguna representación *(calla, piensa y cambia el tono de voz por otro melancólico)* La última vez que disfruté del ballet fue en la representación que compartí con el hombre al que le entregué todo mi ser y que después de seducirme me dejó para continuar con su esposa, a la que no deseaba, pero que le seguía dando socialmente la seguridad que él necesitaba. Lo único que le reprocho es que, para dar escape a sus instintos bisexuales jugara

con mis sentimientos sin importarle lo más mínimo que estaban tan a flor de piel, tan puros y tan castos, que hasta miedo le dio cuando los descubrió. He de confesarte que desde entonces mi vida tomó tal rumbo que no me hallo; ni vivo, ni muero: me dejo arrastrar.

(Se levanta y se dirige al armario del que saca una florida bata de seda con la que cubre su cuerpo cuando lo desnuda)

¿Tu crees madre que todo está escrito? Yo creo que sí, porque, si no es así ¿a qué entonces me ha podido ocurrir a mí lo que me ha ocurrido? No es posible. Yo era un administrativo que llevaba su homosexualidad con dignidad y recato, con todas las renunciadas habidas y por haber con tal de que nadie me pudiera señalar con el dedo, hasta que llegó él. No quería, temía, lo rechazaba al propio tiempo que lo deseaba con toda mi alma, pero... ya sabes madre, él estaba casado y los que son de su condición y no se reconocen como tales, son peores que los fumadores arrepentidos, que no sólo dejan de fumar sino que persiguen a quienes lo hacen.

Él me quería madre, tú lo sabes. Yo hubiera dado mi vida por él, pero en poco debió valorarla puesto que la sacrificó en aras de lo que él llamaba su familia. ¡Qué ridículo resulta! Su familia: una mujer que no le satisfacía en la cama, que no compartía sus problemas, que no le proyectaba ganas ni ilusión de vivir, que se servía de su condición de esposa, que sólo se abría de piernas cuando tocaba y eso sí, que era, nada más y nada menos, que la madre de sus hijos. Yo fui el reo, la víctima ante todo ese montaje social, era lógico, qué más daba, al fin y al cabo yo era homosexual, con padre y madre, pero “un maricón” para la sociedad. Él, sin embargo, tenía el “status” perfectamente establecido, se hallaba con el poder económico, social y político idóneo y así se lo hicieron ver cuando pretendió divorciarse, renunciar a todo para compartir su vida con la mía. Todo se derrumbó. La ejecución fue por lo previsible, asumida y esperada por mí. Ya no volví a verle madre, ni siquiera en tu entierro (*empieza a sollozar*) cuando él sabía todo lo que representabas para mí. Me encontré tan solo, que decidí echarlo todo por la borda, dejar barrio, casa, trabajo, amigos... y dedicarme a la prostitución para ver si con ello conseguía el golpe de gracia que necesitaba y tener la valentía de desaparecer de esta vida que tan mal me ha tratado -para suicidarse, además de valentía, tienes que tener la desesperación idónea y eso era lo

que yo provocaba como represalia a mi situación- Cómo entiendo a Marilyn, la Monroe, ya sabes que aún se especula sobre si fue suicidio o asesinato. Yo, madre, te juro que sé que fue suicidio. El otro día tuve una crisis, de esas que me suelen dar, e intenté ponerme en contacto con Edel: comunicaba. Después marqué el número de teléfono de Luis: sonó el contestador y, por último, mi amiga Asun me dijo que la había pillado saliendo de casa, que tenía una cita con un tío que estaba como el Suasenéguer ése y que no podía entretenerse conmigo, que la llamara al día siguiente, que ya me contaría cómo le había ido. Ni siquiera me preguntó cómo estaba. Cuando colgué el teléfono sentí tal soledad, madre, que a punto estuve de tomarme un tubo de pastillas; sólo me frenó el no tener más que dos paracetamoles a mano y, como comprenderás, con eso sólo podría haber conseguido acelerar más el riego sanguíneo y ponerme como una moto.

No quiero pensar en el futuro. Según el chulo de Nines, que es muy culto – está en el paro – el futuro no existe, sólo el presente. Él se cree que soy gilipollas y no sabe que eso ya lo dijo Marco Aurelio.

¡Cuánto te añoro madre! Nadie como tú ha compartido y comprendido mis secretos. ¿Te acuerdas? cuando te revelé mi desviación sexual qué fortaleza me infundiste, qué genial estuviste cuando me dijiste que no debía desesperarme, que todo eso era normal, que no se podía luchar contra la naturaleza y, que por supuesto, todo, llevado con dignidad está bien visto por los ojos de Dios, que lo consiente. Sí, es cierto, seguramente además de consentirlo lo provoqué, pero a los ojos de los hombres y a pesar de las asociaciones que defienden nuestros derechos, todavía somos como un deshecho evidente: ni carne, ni pescado, algo “light” como dicen los modernos; pero con alma madre, con soledades, con miedos, con angustias, con ansias de amar y ser amados, con deseos de compartir en este desierto que es lo que es la vida para gente de nuestra condición. No frunzas el ceño madre, sabes que tengo razón. Tan solo me encuentro, que hasta la soledad, parece no querer acompañarme. Me voy a la cama, mañana tengo que madrugar, la asistente social me ha dado cita, quiere que me reconvierta en un ser “normal”. Trabajo duro, no creas. (*El escenario queda en penumbra cuando enciende la lámpara de la mesa de noche, se quita la bata y se acuesta diciendo:*) ¡Qué bien

me encuentro ahora echado en la cama, pienso, pero no temo!
¡Ay, Dios mío! Si no fuera por qué, te pediría que me quitaras esta noche la vida, pero presumo que tu voluntad va a ser otra y, por si me oyes y, como cuando era niño, te rezo:

“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo...” *(Termina llorando, se apaga la escena y baja el telón)*

TELÓN

Monólogo divorciada

(Entra el personaje, deja sobre la cama el bolso y se sienta en una silla. Se quita la chaqueta del traje que lleva. Sale por el lado contrario al que ha entrado, se oye el sonido del agua de una cisterna y regresa a escena con un bote de cerveza. Enciende un cigarro que fuma con ansiedad y mirando la foto que hay en la mesilla de noche, comienza el monólogo)

Divorciada.- ¡Por fin Antonio! Ya lo has conseguido. Vamos a estar divorciados social y jurídicamente hablando, claro, puesto que nuestro divorcio, el nuestro, sabes ya que va para tres años como poco, aunque tuve ese temor desde el día en que te dije que estaba embarazada y tuvimos que adelantar la boda, por mis padres y por los tuyos. A veces me he preguntado si te habrías casado igualmente conmigo de no haber tenido aquel desliz o como lo quieras llamar. ¿Sí? ¿Te habrías casado? Yo me lo pregunto y me respondo también que sí, te amaba tanto,... que no dudé en hacerme tuya desde el primer momento en que me di cuenta que mi vida sin ti no tenía sentido, que estaba vacía. Me habían dicho que eras un hombre veleidoso, que hacías del flirteo todo un arte, pero que cuando tropezaras con tu media naranja serías el más abnegado, fiel y tierno de todos los amantes.

Ya sabes que no quise provocar el embarazo; pero tener un hijo tuyo fue y es tan grande que, aunque no vuelvan a verte mis ojos y así lo espero y deseo, siempre, cuando mire a los de mi hijo, nuestro hijo, te sentiré penetrado en mí. Ésa es la ventaja de las mujeres frente a los hombres: que nuestros hijos y a pesar de que se casen, forman parte de nosotras como prolongación de la juventud que tuvimos y que los años nos van restando. Antonio, todavía te quiero: ¡chapó!

Hace dos años que no manteníamos relaciones sexuales, salvo alguna excepción en Nochevieja, vacaciones y alguna que otra salida nocturna con tus amigotes en las que no habías podido pillar con quien te la había calentado y echabas mano de lo que tenías en tu cama. Yo lo sabía y callaba. Olías a perfume de otras y hasta en alguna ocasión me llamaste por distinto nombre al

mío entregándote con una pasión descontrolada, impropia de un marido que está casado ya quince años; pero te lo perdonaba, lo comprendía. Sabes que siempre intenté entender todo, todo menos la frialdad de estos dos últimos años en donde yo representaba menos que un mueble y en donde tú has estado más preocupado por la liga de fútbol que por mí. Ahora, que he de reconocer que ha sido “cojonudo”; estoy menopáusica, pronto estaré seca y ahora que podría acostarme contigo sin tomar píldoras, sin necesidad de que te apearas en marcha, sin preservativo... me dejas colgada sin ganas ni con quién hacerlo -¡es cojonudo!- Y por si fuera poco, con trescientos euros mensuales según establece el Convenio Regulador que acabamos de firmar, con un hijo que sacar adelante con uñas y dientes si hace falta y con la necesidad de buscarme un empleo, -con lo que abundan en este país- para completar la economía, que la tengo tan boyante como la autoestima: por los suelos. Y mira que te he querido y me has querido. ¡Cómo éramos! ¿Te acuerdas del cine de verano, de cómo en las últimas filas te encendías tocando mis senos, cómo se te empapaba el pantalón y cómo nos descubría la gente cuando se cortaba la película y nos iluminaban las luces que prendían? ¡Qué sofoco! Luego se volvían a apagar y tú, a pesar de que yo me negaba, seguías insistiendo hasta que perdía el sentido y echabas llamas como una hoguera: qué bonito. Siempre intentábamos buscar rincones oscuros; en el zaguán de casa nuestra pasión se desbocaba y te ibas con hinchazón de testículos, salvo en alguna ocasión que sabíamos que mi madre se hallaba dormida en el comedor y satisfacías tu apetito de una forma rápida, entre mis piernas.

Luego, conseguiste que te entregara mi virginidad. Te la merecías. Te amaba y me consta que en aquella época tú también. Vino nuestro primer y único hijo después de casarnos rápidamente. Intentamos formar un hogar y lo conseguimos durante los primeros años. Luego... el uso y la costumbre, lo preestablecido, fue minándote la relación emocional y sexual. Te veía sólo cuando venías de trabajar que, normalmente era como no verte porque siempre estabas cansado y apenas hablábamos. El sábado me poseías y el domingo, lo pasabas en el bar con los amigos jugando la partidita. Todo fue así hasta que tuvimos que trasladarnos a la capital para prosperar económicamente. Nos hipotecamos con este piso por un plazo de veinte años, compramos un coche y nos

relacionamos con un grupo de gente nueva que se hallaba y se sentía tan desarraigada de sus raíces, fuera de su pueblo, de su entorno familiar, como nosotros. Nuestro hijo creció, se educó de forma distinta a la nuestra; es casi un preuniversitario, tan alto y tan guapo como lo eras tú a sus años, como lo sigues siendo aún hoy para mí. Y, cuando parece que todo está en calma y yo asumo dócilmente que ya no me desees con la pasión de antes y es más, con casi ninguna, va y se te ocurre decirme que lo sientes, pero que quieres rehacer tu vida y que para ello no cuentas conmigo sino con una que has conocido en la oficina de los talleres donde trabajas y que seguramente te la pone tan dura como yo, cuando tenía veinte años como ella. ¡Bravo Antonio! Me has dado en el centro, claro que no te digo en el centro de qué, aunque supongo que ya te lo imaginarás. Menos mal que me queda mi hijo. Él todavía me necesita, aunque menos de lo que egoístamente desearía por un lado y más de lo que desearía por otro.

Así que no tengo posibilidad de escape. La mujer tiene que sucumbir ante la madre y ésta está dispuesta a dar hasta que le quede la última gota de sangre por su hijo; pero qué desconcertante es la vida: cuando crees que todo lo tienes asumido, controlado y superado...va y te da un golpe casi de gracia y te endereza de nuevo para que no te adocenes y mal acostumbres, para que sepas que nunca debes bajar la guardia, que siempre corres el riesgo y tienes que estar dispuesta a empezar de nuevo. ¡Ay, qué duro resulta todo! Porque si te hubieras muerto Antonio, yo te llevaría luto en el alma y en el cuerpo. Te llevaría flores a la tumba, como hacen las viudas, te haría misas, te lloraría, pero así... estás muerto para mí, pero vivo y coleando para las demás, que te morderán la boca, que te ofrecerán su cuerpo y que te enloquecerán sabiamente para que seas dependiente de la que así se lo proponga. ¡Cómo me duele, cómo te deseo, cómo te quiero y cuánto te echo de menos!... Ahora soy consciente de mi verdadero drama, de que te he perdido, lo he leído en tus ojos esta tarde en el despacho del abogado, cuando hemos firmado de común acuerdo nuestra demanda de divorcio; pero tenemos un hijo en común y aunque no lo creas, me dará fuerza para hacerme de respetar y ponerme a trabajar con tal de que consiga terminar sus estudios, aunque me rompa la crisma, aunque me tenga que prostituir si hace falta. Quiero que consiga la cultura

que yo no tuve, que sea libre para elegir su destino aunque no sea junto a mí, evidentemente, que sepa que aunque nos hallemos separados, su madre lo tuvo con plena conciencia y le apoya con todo conocimiento, consentimiento y responsabilidad. Nunca intentaré suplantar tu personalidad ni llenar tu vacío, sería absurdo por mi parte; pero tranquilo, nadie notará que en los momentos más importantes de su vida le ha faltado la sombra, el apoyo y el estímulo de su padre. ¡Aquí estoy yo para eso!

(Se dirige a la cama, enciende la lamparilla de la mesita de noche, se desviste, se acuesta y en penumbra dice:)

¡Qué bien me encuentro! Estoy relajada, pienso, pero no temo. ¡Ay, Dios mío! Si no fuera por qué, te pediría que me quitaras esta noche la vida, pero presumo que tu voluntad va a ser otra y, por si me oyes y, como cuando era niña, te rezo:

“Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo...” *(Termina llorando, se apaga la escena y baja el telón)*

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Decorado: El salón de una vivienda unifamiliar en el que tiene que existir un teléfono fijo.

(Entran en escena los tres personajes anteriores, en casa de la divorciada)

Divorciada.- ¡Pasad, sentaos mientras dejo la ropa que llevaba mi hijo! *(sale de escena mientras que las acompañantes toman asiento. Regresa)* ¡Mira que le advertí que tuviera cuidado, que no saliera esta noche! De haberme hecho caso no habría pasado lo que ha ocurrido, aunque pensándolo bien, lo dudo; si estaba escrito... cumplido ha quedado.

Lesbiana.- No tienes por qué atormentarte, estas cosas ocurren sin más. Hay gente que las provoca y casi se lo buscan; ahora, esto que le ha pasado a tu hijo es indignante, porque vamos, que salgas de una discoteca tranquilamente y que unos desalmados la den a palos contigo hasta dejarte desangrando en la acera, es que,... ¡clama al cielo!

Travesti.- ¿Al cielo?... Lo que ocurre es que no hay justicia o mejor dicho, la que hay es débil en su aplicación; es que deberían cogerlos y darles un escarmiento; pero encima la víctima se queda con los palos y los sinvergüenzas libres por falta de pruebas, anda, no me fastidies.

Divorciada.- En este caso es mucho peor; no os lo he querido decir antes, pero los doctores cuando me han llamado aparte, cuando han salido del quirófano, me han comunicado que, además de las contusiones y roturas tiene *(desesperada)* un coágulo de sangre en el cerebro que le ha provocado un coma profundo.

Travesti.- ¿Cómo?

Lesbiana.- ¡No es posible!

Divorciada.- Si, está muerto, prácticamente muerto *(llora)* ¡Mi hijo, muerto! Si vive es sólo artificialmente porque está siéndolo gracias a las máquinas. No me han dejado verle, me han recomendado que me viniera a casa, con mi familia, que no me preocupara, que si ocurría algo me llamarían rápidamente pero que no confiara en milagros que, desgraciadamente, el desenlace

podría ser fatal, que mi hijo está muerto y sin posibilidad de recuperación. ¡Mi hijo! (*llora desconsoladamente*)

Lesbiana.- (*se acerca y la consuela con gestos de cariño*)

Travesti.- ¡No te desesperes! Dime ¿dónde tienes algún tranquilizante? Tila o lo que sea. Lo necesitas, te lo prepararé. Te hará bien.

Divorciada.- No sé. Mira en los cajones de la cocina, no suelo utilizar. No sé...mi hijo... (*Continúa llorando. El travesti sale de escena en busca de la pócima que tranquilice a la divorciada*)

Lesbiana.- (*La abraza y mira con ternura*) No te tortures. No debes hacerlo. Todavía queda esperanza. Ya sabes que sobrevivo gracias a ella. Me están dando las últimas sesiones de quimioterapia, por lo del cáncer y, si no hubiera sido por la esperanza, hace tiempo que me habría muerto. ¡Ten fe!

Divorciada.- ¿Fe? ¿En qué? ¿En quién? ¿En Dios?... ¡No, no la tengo! Él sabía. Él sabe que era lo único que me importaba en la vida, que hubiera dado la mía a cambio de la de él y, sin embargo, permitió que le ocurriera lo que le ha ocurrido ¿Dónde estaba? ¿Está harto, cansado de tantas y tantas cosas a las que tener que atender?... Pues que no hubiera jugado a ser Dios, que no nos hubiera hecho a su imagen y semejanza para luego abandonarnos al libre albedrío; más nos hubiera valido seguir siendo lo que éramos: nada.

Lesbiana.- ¡No digas barbaridades! Sabes que Dios nos pone a prueba y no sé por qué razón, pero es así. Seguramente quiere asegurarse de que somos tan fuertes como Él espera que lo seamos, creyendo que vale la pena vivir. No sé...

Travesti.- (*Entra en escena con una botella de güisqui y bandeja con vasos*) ¡Qué tonterías estás diciendo! Dios es un cabrón, juega con nosotros, nos da libertad de ser y nos condena, precisamente por eso, por ser: tú lesbiana, tú mujer y yo, maricón. Ahora, lo que sí es crueldad es que se condene a un joven, simple y llanamente por la locura y vandalismo de otros (*comienza a servir güisqui*)

Divorciada.- ¡Mi hijo! (*Llora silenciosamente*) Está muerto y yo, sin embargo, sigo respirando. ¡No puede ser, Dios, no puede ser! ¿Por qué?

Lesbiana.- ¡Anda no te interrogues más, no hay respuesta!

Travesti.- (*Le entrega una copa*) ¡Toma, bébete este güisqui! es lo único que he encontrado en la cocina. Te sentará bien. Nos

sentará bien. ¿Quieres un cigarro?

Lesbiana.- ¡Sí, dame uno a mí! Me he quedado sin tabaco y por no bajar a casa...

Travesti.- (*Le ofrece el cigarro a la lesbiana y le enciende y entrega otro a la divorciada; por último enciende uno para él. Cogen el vaso para beber en silencio*)

Divorciada.- Quiero agradeceros que me hayáis acompañado al hospital cuando ha venido la policía.

Lesbiana.- Mujer, es lo menos.

Travesti.- No tiene importancia. Me asusté mucho cuando llegué a casa y me topé con la policía. Pensé que vendrían a por mí –como sabes que esto de la prostitución a pesar de lo de la democracia está todavía perseguido, y más cuando se ejerce en la calle...-

Lesbiana.-Yo, al principio también me asusté; pero al dar tu nombre y comprobar que se habían equivocado de piso, pensé que, aunque poco, algo ayudaría si les acompañaba hasta aquí. Por la cara que traían supuse que se trataba de algo grave, desagradable.

Divorciada.- Os lo agradezco. Me encuentro tan sola y es tan duro pensar que un hijo tuyo está vivo, pero que sólo puede salvarle de la muerte un milagro.

Lesbiana.- ¡Pues los hay!

Travesti.- ¡Lo dudo!

Lesbiana.- ¡No seas cruel!

Travesti.- Digo que lo dudo, que los médicos siempre alarman a los familiares sobre la gravedad del paciente para luego, cuando se recuperan, apuntarse el tanto de que lo ha sido gracias a sus grandes conocimientos y profesionalidad.

Lesbiana.- ¡Qué bestia! Eso era antes, ahora cuando un médico te habla, te habla caro. A mí, por ejemplo, me dijo lo que tenía y el peligro que corría si no me sometía a la intervención y posterior tratamiento.

Travesti.- Sí, pero no todos. A una amiga mía, por ejemplo, el desaprensivo del cirujano que la iba a intervenir para cambiarla de sexo, no le advirtió del riesgo y se ha quedado sin pene, castrada, que era lo que deseaba, pero sin sensibilidad para tener orgasmos, después de lo que le cobró. ¡Vamos, no digas que no es para matarle!

Lesbiana.- Eso es cuando se trata de médicos desaprensivos; pero de eso no sólo hay en esa profesión, existen también en las

de Abogados, Jueces, Policía....

Travesti.- Curanderos. Recuerdo que mi madre, que en paz descansa, me llevó de niño a uno para ver si lo mío tenía cura.

Lesbiana.- ¿Qué era lo tuyo?...

Travesti.- ¡Coño, pues qué tiene que ser, lo de mi mariconeo! (*rien inconscientemente*) Y el capullo, le recomendó que me bañara las partes al levantarme y acostarme con agua fría y caliente y que me tomara tres cucharadas de azahar.

Lesbiana.- ¿Para qué?

Travesti.- Para evitar que me atrajeran los niños del colegio más que las niñas. ¡Ah! y rezar avemarías por un tubo.

Lesbiana.- ¡No me digas! ¿A qué Santo?

Travesti.- ¡A Santa Rita, patrona de lo imposible! (*vuelven a reír las tres distendidamente, como si el drama no se cerniera sobre ellas*)

Lesbiana.- ¡Ay, qué cojones tiene la cosa!

Divorciada.- ¡No te quejes! Hay hombres que tienen los dos y de poco les sirven. Mi marido, por ejemplo, le he llamado desde el hospital y me ha dicho que tardaría en llegar porque se había quedado solo con la niña en casa. Su pareja estaba en una despedida de soltera ¡hay que fastidiarse, y es su padre!

Lesbiana.- Bueno, no te mortifiques; al fin y al cabo, desgraciadamente él no puede solucionar nada, no te sirve para mucho.

Travesti. Eso, encima dale la razón, discúlpale. Es un cabrón. Todos los hombres lo son, pero por mérito propio. Sólo se mueven por el sexo, les domina, les empujea, les...

Lesbiana.- ¡Hija, tampoco seas así, hay algunos que son nobles!

Travesti.- ¡Los menos!

Divorciada.- ¡Tienes razón!

Lesbiana. Posiblemente. He de reconocer que, aunque mi condición de lesbiana me hace aborrecer la prepotencia del macho, del hombre, mi padre siempre fue honesto, honrado, trabajador y amante de su mujer y de sus hijos.

Travesti.- Hija, eso es normal, aunque yo con el mío no lo tuve tan claro, al fin y al cabo, los padres nuestros no suelen resultarnos tan cabrones como los de los demás, si no que me lo digan a mí, que estoy cansada de acostarme con ellos.

Divorciada.- ¡Hay que ver! Qué profesión más dura la tuya.

Travesti.- No lo sabes bien, es dura de por sí y además porque no te puedes permitir el que se les ponga blanda. ¿Me entiendes? (*sonríen malintencionadamente*)

Lesbiana.- ¡Qué putas sois! ¡Más que las mujeres!

Travesti.- ¡Mira! Quién fue a hablar, la que ni para mujer ha servido.

Divorciada.- Ni muchas mujeres, como yo. Fíjate en mi situación matrimonial, de haber sabido y servido ahora no estaría divorciada o lo estaría, pero por otra causa, no por el desamor de un mequetrefe, como es en mi caso.

Travesti.- ¡Tienes razón!

Lesbiana.- Depende.

Travesti.- ¿De qué?

Lesbiana.- De cómo lo quieras ver. Yo lo entiendo o lo veo de otra forma.

Travesti.- Claro, desde la óptica del varón.

Lesbiana.- Como tú desde la de la hembra.

Divorciada.- Bueno ¡Basta, no discutáis! Al fin y al cabo las tres, con nuestros diferentes planteamientos de vida, creo que en el fondo lo que necesitamos es de una gran comprensión y compañía, de alguien con quien compartir, aunque yo, tengo la ventaja de que, gracias a mi hijo... (*Calla, vuelve a la realidad con crudeza, se da cuenta de su circunstancia*) ¡Mi hijo! (*rompe a llorar*)

Lesbiana.- (*Le llena el vaso de güisqui, le da a beber, la obliga casi y el travesti le enciende otro cigarro para que se tranquilice*)

Travesti.- ¡Hay que ver qué cabrona es la vida! lo que nos hace sufrir, lo que nos mortifica y lo mucho que la deseamos vivir, aunque sea a trancas y barrancas como la vivimos nosotras; pero no te apures, piensa que si tu hijo no vuelve del coma profundo en el que se encuentra, no será porque no se lo merezca, será porque Dios le tendrá reservado algo mejor que lo que le tocaría pasar de continuar viviendo. Mírame a mí, si no: hecho un guiñapo, grotesco por fuera y en mi interior con un volcán de ternura deambulando por la vida sin un fin, y como un simple espectador al que se le ha negado todo.

El otro día bajé de nuevo a la orilla de la playa. Hacía un calor sofocante y evitando la habitual siesta me dispuse a andar. La playa, a pesar de que era junio, estaba atestada de gente que

tostaba sus blancas carnes al Sol. Todo era lo habitual como en anteriores ocasiones, sólo que en ésta, mi alma volvía a estar huérfana de horizonte, como anclada en el incontenible mar de la infelicidad. A pocos metros de comenzar a andar tropezando con gente por la orilla, observé a dos señoras y a un niño de rubio pelo, rosada piel, que con los brazos abiertos, iba llorando silenciosa y contenidamente. Entendí que las dos señoras que iban delante le habrían regañado o no permitido acceder a sus caprichos. Nos cruzamos casi rozándonos. Algo me hizo pensar que estaba equivocado. Volví mi vista atrás y comprobé que las dos señoras tomaban asiento en sus respectivas tumbonas mientras que el niño seguía temeroso buscando algo que no hallaba.

No había duda: se había perdido. Retrocedí hasta alcanzarle y al acercarme y preguntarle que qué le pasaba, me cogió de la mano y hablándome en francés, idioma que no hablo, intentó explicarme el porqué de su angustia. Era evidente: se había perdido. Se aferró a mi mano, le pedí que se tranquilizara, me arrodillé frente a él y mirándole fijamente le hice entender que estuviera tranquilo, que yo le ayudaría a encontrar a sus padres, que no le abandonaría, que no estaba solo.

El Sol, clavaba sus rayos en el cuerpo rosado del niño que no paraba de sollozar. Yo le acariciaba la cabeza y le pedía tranquilidad con gestos. Durante unos instantes pensé en ir al puesto de la Cruz Roja, pero estaba todavía sin abrir, no era la temporada para ello. Anduvimos durante largo tiempo en la dirección que él me indicaba. Yo sentía no poder hablarle, no poder saber adónde nos dirigíamos y por qué. Sólo me comunicaba con él a través del calor de mi mano y del consuelo de mis gestos, cuando llamaba a su madre y se arrodillaba en la arena llorando desesperadamente. Qué escena de impotencia y dolor. El niño estaba solo, como nunca se habría sentido. Yo, con la ternura del adulto-niño que en mí aún habita, tomé su cabeza estrechándola con la mía y le transmití humanidad. Busqué caras que me dieran a entender que eran pertenecientes a otros países con el objeto de poder encontrar a alguien de nacionalidad francesa para poder comunicarme con el niño. No tuve suerte: unos eran alemanes, otros ingleses y la mayoría españoles. Seguimos andando por la orilla y hubo un momento en que el niño se alteró desesperadamente temiendo no volver a encontrar a su madre a la que no dejaba de llamar. Intenté

convencerle de que debíamos dirigirnos a un restaurante, mi idea era comunicarme por teléfono con la comisaría de la Guardia Civil. El niño se resistió a abandonar la playa. Era como si temiera que al hacerlo se alejara más de los suyos que allí los había perdido. Ante el temor de que pudieran pensar que yo estaba forzando al niño para llegar al restaurante, me dirigí a un grupo de españoles de los tantos que estaban echando la siesta y al explicarles mi situación, no tuvieron inconveniente alguno en hacerse cargo de él mientras me dirigía a efectuar la llamada. Inmediatamente se acercaron dos señores a los que también les tuve que explicar el problema en el que me encontraba. El niño, en ese instante, cayó de bruces y se puso a llorar desconsoladamente llamando a su madre. La escena conmovió a todos los que la presenciábamos. Una de las señoras ofreció llevarme con su coche al cuartel de la Guardia Civil más cercano. El esposo de otra, se ofreció a llamar con su móvil para notificar la pérdida, ofrecimiento que agradecí rogándole lo hiciera cuanto antes. Cogí en brazos al niño para que no se quemara las plantas de los pies y nos dirigimos a la carretera acompañados por las personas que me habrían ofrecido su ayuda.

Cuando terminó de hablar telefónicamente el hombre que se había ofrecido a hacerlo, nos comunicó que ya se había puesto la denuncia por los padres y que la policía estaba intentando localizar al niño, cuyo paradero les facilitó. Todos respiramos. Él, el niño, todavía seguía llorando llamando a su madre. De la mejor forma posible le indiqué que pronto vendría a por él. Al poco tiempo llegó el coche patrulla y se llevaron al niño para entregárselo a sus padres, que ya sabían de su localización. Todo quedó resuelto. La historia terminó con final feliz; pero yo, seguí andando por la orilla de la playa, sin horizonte alguno, como niño perdido, temiendo que anocheciera en el pozo de mis sentidos, sin haber encontrado al desaparecido juramento de un amor, que hizo encallar al navío de mi alma en las rocas de la cruel realidad que agónicamente sobrellevo (*termina los últimos párrafos con evidente emoción y dolor*)

Lesbiana.- Has conseguido emocionarme y que casi llore. ¡Hijo, es que los de vuestra condición lo contáis todo de una forma y con una sensibilidad que, hasta yo que suelo ser dura de carácter, me he conmovido!

Divorciada.- Qué buena gente eres, no me hubiera importado

tener un hijo como tú –quiero decir, homosexual-

Travesti.- Eso lo dicen todas las mujeres e incluso algún que otro hombre; pero la realidad es que, cuando se enteran de lo que les ha caído en suerte, hasta que lo asumen, piensan que hubiera sido mejor tener en lugar de un engendro, un aborto.

Lesbiana.- ¡Tienes razón!

Divorciada.- Relativamente.

Travesti.- No, lo que ocurre es que quizá la vida, conforme nos va dando palos, nos va formando a la vez y, seguramente por lo de tu separación, debes tener la sensibilidad a flor de piel y te solidarizas más con la gente que, de alguna, forma sufre por la marginación a la que se les obliga socialmente.

Divorciada.- Es posible, aunque no creas que sólo sufrís vosotros. El otro día estuve hablando con una amiga, que también está divorciada y se quejaba de la reacción que tenía su ex-esposo. Me comentaba que la ignoraba, no sólo como mujer, que eso era evidente y claro, si no como persona.

La verdad es que el marido, a quien conozco, lo pasó fatal durante su matrimonio. Imaginaos que, a pesar de sus veintisiete años, no podía consumir el acto sexual, soportando con verdadera resignación e impotencia el problema psicológico que vivía su esposa, mi amiga, desde que su madre murió de cáncer de matriz y vio que su padre se lanzó inmediatamente a buscar a otra que le calentara la cama. Esto, traumó tanto a mi amiga, que vio en su esposo a la figura del hombre que representaba su padre, y el esposo en lugar de intentar solucionar dicho trauma llevando a mi amiga para que la trataran psicológicamente, decidió separarse de ella, a pesar de la corta edad de la niña que ambos habían tenido. En fin, todo esto hace dos años que sucedió y lo más grave es que el otro día fue a despedir a la niña que se iba de excursión con el grupo del colegio y se encontró con su ex-marido. Dice que ambos se miraron y que él apenas le dirigió un saludo. La niña subió al autobús. Ambos la despidieron efusivamente y una vez que el autobús hubo partido, se encontraron frente a frente, como dos extraños. El estado de mi amiga era nefasto, según me contaba, al comprobar lo poco que representaba para su esposo y se agravó la situación cuando, al preguntarle por cómo le iba la vida, él le comunicó que sobrevivía gracias a la ayuda económica de su hermana y de su madre; que le resultaba difícil encontrar

trabajo y que, por lo tanto, carecía de ingresos para hacer frente a la pensión de su hija. Ella le dijo que no se preocupara, que todo se arreglaría; pero todo quedó menos humano y más cruel, cuando de un coche, que ella desconocía, salió la voz de una tía, quince años menor que ella, que recordaba a su ex que llegarían tarde a la cena que tenían concertada con unos amigos como no se diera prisa. ¿Qué os parece?...

¡Qué soledad, qué sequedad y qué falta de autoestima se produce en un ser que ha amado, ha luchado, y ha perdido en la lucha el deseo y la necesidad de amar y ser amado!

Para postre, se me olvidaba contaros que, durante el año de separación, mi amiga no había vuelto a tener menstruación: era la consecuencia lógica por la intervención a la que tuvo que someterse, para más “inri”.

Travesti.- ¡Joder! ¡Qué putada!

Lesbiana.- Y que lo digas. Es más jodida si la comparo con la mía.

Divorciada.- ¿Con la tuya?...

Lesbiana.- Sí, lo de la intervención del pecho; aunque intento llevarlo bien, no puedo ocultaros que es traumante. Todavía recuerdo cuando, después de todo el trago, tuve que ir a la ortopedia para comprarme la prótesis. Elegí el tamaño adecuado, me la coloqué en el sujetador que desde entonces tengo que usar, -antes pasaba de ello- me puse la camiseta de cuello vuelto, la chupa y ¡jala! a la calle.

Cuando salí, me notaba nerviosa y dentro de la desgracia, contenta. No paraba de mirarme en los escaparates para ver si se me notaba algo. ¡Chicas, como si nada, era fantástico! Me fui a recorrer unos grandes almacenes, me sentía optimista; pero claro, el tratamiento y la falta de ganas de comer –porque yo estoy gorda pero no es por lo que como, sino por la medicación que estoy tomando – me provocaron unos sudores y unos mareos que me forzaron a volver a casa rápidamente. Cuando llegué a la habitación, para refrescarme me desnudé y como la prótesis sobre la piel había provocado una rojez, me la quité para sentirme menos molesta. Hasta ahí todo bien. Con la lógica naturalidad con que se actúa inconscientemente, deposité sobre la correspondiente caja que había dejado en la cómoda de la habitación, la prótesis mamaria; pero cuando reaccioné y fui consciente de qué era lo

que se hallaba dentro de esa caja, me hundí; me entró una enorme angustia y pena, me consideré mermada como mujer y sentí la necesidad de acariciarme el pecho que todavía me queda, como quien acaricia al hijo que ha sobrevivido al que acabas de enterrar: con ternura, dolor y zozobra, temiendo perderlo como al que nunca se olvida y recupera. *(Se seca las lágrimas que han fluido durante su declaración y más tranquila pregunta a la divorciada)*
¿Has encontrado trabajo?

Divorciada.- No, es muy difícil y a mi edad y con mis estudios.

Travesti.- Yo, te diría que te vinieras conmigo, pero hija como está tan mal nuestro negocio con la competencia de la inmigración, el fútbol de la televisión y los teléfonos eróticos...

Lesbiana.- Pero qué barbaridad estás diciendo; para eso, tienes que servir.

Travesti.- Sí, como para lo tuyo, no te jode. No es cuestión de servir, es cuestión de tener que asumir que la vida te obliga por distintas circunstancias a ejercitarte en algo que no te gusta, pero que sobrellevas como una amputación. A ti te han amputado un pecho, a mí me amputaron la posibilidad de compartir mi vida con el hombre al que aún sigo amando y, a ella, le pueden amputar su alma con algo mucho más doloroso: la pérdida de su hijo.

Lesbiana.- ¡Calla, no seas cruel!

Travesti.- ¡No soy cruel, soy realista!

Divorciada.- Tienes razón. Todas tenemos el sentimiento de que la vida nos va amputando posibilidades, ambiciones, afectos, cariños, amores,... pero no es del todo cierto, ella no nos amputa, somos nosotros que nos empeñamos en conseguir grandes cosas cuando en realidad son las pequeñas, las cotidianas las que hacen la vida grata y llevadera. ¡Ponme otro güisqui!

Lesbiana.- Eso, toma; no nos alegra, pero nos aturde. Yo, estoy casi borracha y tengo ganas de llorar. Visitar el hospital me ha hecho recordar las noches y los días interminables que estuve en el lecho de muerte de mi cuñada, sin poder hacer nada por ella, esperando sólo el desenlace. *(le sirve un güisqui)*

Travesti.- Hija, no te pongas a llorar ahora. Lo que tenemos que hacer es tener la esperanza de que todo esto va a pasar, de que todas vamos a salir de este pozo sin fondo, de que Dios o quien sea el encargado, se va a acordar de nosotras y nos va a enviar una señal para que nos fortalezcamos en la fe y tengamos agallas

para continuar por este desierto de angustias, ambiciones, dudas, miedos, soledades...

Divorciada.- Falta nos hace. Ojalá ese ser supremo te oyera y salvara a mi hijo, lo más importante de mi existencia, ¿Por qué?... ¿Por qué?... *(Llora)*

Travesti.- No te tortures, verás como todo se arregla.

Lesbiana.- Estoy pensando que, como seguramente me van a dar la baja por larga enfermedad, te podría convenir ocupar el puesto que dejo en la empresa de limpieza donde trabajo, hasta que consigas algo mejor. Te ayudará a completar tu economía y a obligarte a salir a la calle, que sea cual sea el resultado de la actual situación de tu hijo, te hará bien.

Travesti.- Y, por supuesto y, aunque tenga que echar algunas horas más, cuenta con que mientras te haga falta, obtendrás una cantidad semanal para que te puedas dedicar a estar al lado de tu hijo hasta que se recupere, si Dios quiere.

Divorciada.- ¡Ojalá, como tú dices, se recupere porque si no fuera así, mi vida no tendrá ya sentido! No tengo una razón de vivir sin él. Cuando los hijos se desconocen, se desean, se añoran... pero, cuando ya los has tenido en tus brazos no hay fuerza alguna que impida que no dudes en morir por ellos si es necesario.

Travesti.- Tienes razón. Yo nunca los tendré, pero debe ser hermoso tener a alguien por quien dar la vida, aunque la de él ya no te pertenezca.

Lesbiana.- Qué filósofa estás hecha. ¡Quién lo diría, trabajando en lo que trabajas!

Travesti.- Que sepas y entiendas que yo estoy en esto además de por necesidad, como represalia a la traición que sufrí y como rebelión contra mi condición homosexual; pero mi cultura, aun no siendo vasta, sí ha tenido unos principios básicos como para poder entender, no sólo de lo divino, sino también de lo humano.

Divorciada.- “Lo humano”, qué palabra tan mal usada: lo humano. ¿Creéis que es humano tener que soportar lo que cada una de nosotras está soportando sin habérselo buscado?... ¿Es humano que tú tengas que echarle cara a la vida y salir noche tras noche a prostituirse, todo porque perdiste el rumbo, por amor?... ¿Es humano, que tú tengas que padecer lo que estás padeciendo, sólo para seguir sobreviviendo sin el amor que ansías?... ¿Que es humano sentirse humillada, despreciada por el hombre al que le

di los mejores años de mi vida y encima que pierda lo más grande, lo más puro, lo único que me queda: mi hijo?...*(rompe a llorar. Suena el teléfono. Todas se quedan inmóviles sin saber qué hacer, temiendo recibir la noticia que tanto les angustia)*

Lesbiana.- *(Se levanta como una autómatas y coge el teléfono)*
¡Dígame! Sí,...Sí... un momento por favor. ¡Ponte, preguntan por ti! *(le entrega el teléfono)*

Divorciada.- ¿Sí? ¡Sí, soy yo! ¡Por supuesto! Mañana pasaré a firmar la denuncia. Calle...sí... en la Comisaría de Policía, a las once de la mañana. De acuerdo. Gracias. Gracias. *(Cuelga el teléfono)*

Travesti.- ¿Qué ocurre?

Divorciada.- No, nada importante, era el comisario de policía de este distrito, quería saber si estaba dispuesta a presentar la denuncia, le he dicho que sí, que por supuesto. No lo hago, bien sabe Dios, por venganza; ojalá tuviera ese sentimiento hacia los agresores. Lo hago para intentar con ello que se tome conciencia de la problemática de parte de la juventud de hoy en día, que se halla sin sentido y sin valores a los que aferrarse, en un mundo materialista, agresivo, insolidario que sólo les potencia su parte negativa.

Lesbiana.- Tienes razón, nada más hay que ver el telediario o abrir las páginas de un periódico: se te ponen los vellos de punta. Cuando no es el hambre, es la sed, cuando no los terroristas y sus víctimas, la mayoría de las veces las catástrofes naturales y todo ello sin olvidar las que provoca el ser humano.

Travesti.- Cuando no, te prohíben fumar, de beber. Te recomiendan la crema de día, la antiojeras de noche, la faja para la celulitis, el yogur para que se te quede el cuerpo “danone”, el tinte natural para las canas, la pasta dentrífica para unos dientes perfectos y por último, el coche. Ese coche maravilloso que siempre lleva un tío buenísimo dentro y del que baja una asquerosa modelo, que le mira con indiferencia, como diciéndole: “¡Me verás, pero no me catarás!”

Lesbiana.- Y por si fuera poco, los millones de traspaso de tal o cual jugador de fútbol.

Travesti.- O el noviazgo de ésta o aquélla modelo, la separación del cantante de moda, la decoración de la última casa adquirida por tal artista, ¡jo, es que es demasiado! Cuando acabas de ver

todo esto, te miras, observas a tu alrededor y piensas: yo debo ser de otra galaxia, porque esta forma de vida, ni siquiera la huelo; debe ser lo que ha venido a sustituir a los famosos cuentos de hadas de nuestras madres, claro que menos duros y crueles que éstos, porque éstos, encima, tienen personajes de cuerpo entero y qué cuerpos, ¡Dios mío!

Divorciada.- Oyéndoos no puedo evitar reírme de todo. Tenéis razón: hemos formado una sociedad totalmente anacrónica.

Lesbiana.- ¡Ana qué!

Divorciada.- Anacrónica. Quiero decir, sin coherencia. Por un lado, se quejan de la falta de fertilidad en nuestra sociedad; por otro estimulan la permisividad del aborto, por otro lo persiguen. Cuando todo el mundo debe tener derecho a ocupar una vivienda digna, éstas valen cantidades astronómicas para un trabajador honrado. Te facilitan, eso sí, el préstamo, pero como no hay seguridad en el trabajo no te arriesgas, y encima, si lo haces, como tu nómina no cubre la garantía, necesitas que te avale hasta la abuela, suponiendo que la tengas. Del paro, ni hablemos; del aceite, de la gasolina, de la moneda única, de Europa, de Hacienda, de ETA, de los jueces, de los banqueros, de los asesinatos, de la prostitución infantil, de la droga, de sus familiares, del Sida,... ¡Hijas, es que es demasiado, es que dan ganas de salir corriendo! Lo peor es que no sabes hacia dónde.

Travesti.- ¡Chicas, en el fondo yo lo que creo es que estamos en el filo de la navaja, como se suele decir!

Lesbiana.- ¿Qué quieres decir?

Travesti.- Pues está bien claro: que lo que tenemos son todos los números de la rifa para caer en una depresión y, la verdad, encima de todo lo que llevamos no nos podemos permitir ese lujo. Eso sólo se lo puede permitir la “jet-set” que todo lo resuelve comprándose joyas, cambiando de yate, de coche, de amante o de marido. Nosotras no podemos cambiar ni de cupones, siempre nos toca el de la once, bueno, nos toca perder, porque otra cosa...

Divorciada.- No quejaros, hay gente que tiene menos.

Lesbiana.- Y más.

Travesti.- Y mejor.

Divorciada.- Y peor.

Lesbiana.- Bueno, bien está. Dejémoslo ya. ¡Bebamos! Total no podemos arreglar nada. *(beben todas)*

Divorciada.- Y lo peor de todo es la fe, cómo la hemos perdido. Yo no sé cuándo fue, pero un día me di cuenta de que ya no contaba con ella, que tenía que confiar sólo en lo que pudiera hacer por mí misma, sin pensar ni esperar ningún milagro.

Travesti.- Pues, aunque no lo creas, sí que hay milagros, se están produciendo diariamente; pero claro, eso no tiene “morbo” no “vende” y hay que noticiar sólo las desgracias, los accidentes....

Lesbiana.- Bueno, vamos a dejarlo estar, porque yo ya estoy un poco harta de que nos estemos quejando constantemente. Eso crea energía negativa y lo que hay que hacer es lo contrario ¿cómo?... pues muy sencillo: intentando sonreír al vecino, dando las gracias al panadero, pidiendo las cosas por favor, hablando a la cajera que nos atiende en el supermercado haciéndola sentir un ser humano, al de la gasolinera solidarizándote con el calor o el frío que pueda estar pasando, subiendo al autobús sin avasallar...

Travesti.- Duchándose.

Lesbiana.- ¿Duchándose?

Travesti.- Claro, porque hay algunas personas que piensan que con la colonia todo lo tapan y la verdad no es que no lo tapan es que, además, lo porquean más.

Divorciada. ¡Estoy de acuerdo! (*rien todas*)

Lesbiana.- Bueno, pues eso: generando energías positivas como os he dicho.

Travesti.- Sí hija, pero como entenderás eso ya lo hago yo con mis clientes.

Lesbiana.- Porque te pagan.

Travesti.- No siempre, porque a veces y aunque no lo creáis, viene algún que otro cliente que lo que necesita no es que se la empinen, sino que lo abracen, que lo acunen, que le den ternura, que le hagan sentirse niños, porque están hasta los cojones de jugar a ser supermanes.

(*Suena el teléfono. Silencio total. Da tres tonos hasta que lo coge la divorciada*)

Divorciada.- ¡Sí! ¡Dígame! (*silencio*). ¡No! ¡No es posible!... ¡Dios mío, no es posible! ¡Sí, enseguida, enseguida estoy ahí! ¡Gracias! ¡Gracias!

(*Termina con la voz entrecortada por la noticia recibida*)

Lesbiana.- (*La abraza y consuela*) No llores... Tenía que suceder, quizá ha sido lo mejor, los pobres tenemos además de caldo, dos

tazas.

Travesti.- ¡Ay, qué dolor el de ser madre! Pero no te preocupes, aquí estamos para lo que haga falta, te ayudaremos, no estás sola, llora, anda llora, desahógate.

Divorciada.- ¡Mi hijo! ¡Dios mío, mi hijo ha reaccionado, ha vuelto a la vida, me está llamando, mi hijo, me está llamando!

Lesbiana.- ¡Está vivo!

Travesti.- ¡Vive, es un milagro, es un milagro!

Divorciada.- ¡Sí, existen, es un milagro, mi hijo vive!

¡Vayámonos, me está llamando! ¿Dónde están las llaves del coche?

(*Cada una recoge sus prendas de forma acelerada, nerviosas, emocionadas y contentas. A la divorciada se le caen las llaves al suelo. Cuando va a recogerlas el escenario ha quedado en penumbra porque la lesbiana y el travesti han ido apagando las luces del salón. Los tres personajes estáticos y mirando al vacío exclaman:)*

Divorciada.- “Padre Nuestro que estás en los cielos,

Lesbiana.- santificado sea tu nombre,

Travesti.- venga a nosotros tu Reino

Los tres personajes.- hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo”

(*Salen con rapidez de la escena que queda totalmente a oscuras. Segundos más tarde suena de nuevo el teléfono durante cuatro tonos. Entra la divorciada con rapidez, enciende una lámpara, coge del sofá el bolso que había olvidado y por último atiende la llamada*)

Divorciada.- ¿Sí?... Soy yo. ¡Sí! ¿Cómo?... ¡No es posible! (*se desmaya en el escenario dejando sin colgar el teléfono del que sale una voz que dice:*)

Voz en off.,- ¡Oiga! ¿Está ahí?... Siento tener que comunicarle que su hijo, como le he dicho, acaba de fallecer.

TELÓN

**YO, LO HABRÍA HECHO DE
BLANCO**

-Tragicomedia en dos actos-

YO, LO HABRÍA HECHO DE

BLANCO

-Tragicomedia en dos actos-

Personajes: *Miguela. Pepita. La vecina. Su hijo Raúl. La esposa del Alcalde (Puri). La hija del Alcalde (Ana). La esposa del Concejal de Transportes. Amiga 1 y 2 de la esposa del Concejal.*

Decorado: *El salón de una vivienda unifamiliar repleto de ropa y con el aspecto de un taller de costura.*

PRIMER ACTO

(En el escenario aparece Miguela trabajando en la mesa del comedor y manipulando la radio)

Miguela.- ¡Estoy cansada de oír a Luis del Olmo! No hace más

que hablar de política y yo, de política estoy harta. Bastante tuve ya con los años que me tocaron vivir, para ahora tener que calentarme la cabeza con que si esto es España, Europa, el País, la Nación, la Autonomía o la Sucursal de vete tú a saber. Mira, esto voy a dejar: Cadena Dial, cantan en español, cantan, gritan diría yo. Cantar, lo que se dice cantar, antes de que viniera aquel grupo de melencidos que lo revolucionaron todo. Con decirte que hasta yo casi me hago de su club de fans. *(Llaman al timbre y Miguela se dirige a abrir, apagando previamente la radio)*

Miguela.- ¡Hola Sra., Pepita!

Pepita.- ¡Hola Miguela! ¿Qué haces?...

Miguela.- Pues qué voy a hacer. Lo de siempre, ya sabe, coser y cantar.

Pepita.- ¿Cómo la ratita del cuento?....

Miguela.- ¡Sí, pero sin nada más!

Pepita.- ¡Ya lo sé mujer, era una broma!

Miguela.- Broma será, pero siempre tengo que recordarle que, aunque estoy soltera, no estoy tonta.

Pepita.- ¿Tonta tú?... Tonta yo, que me casé y veas tú para qué.

Miguela.- Pues para tener y criar a sus hijos.

Pepita.- ¡Sí, pero para estar ahora más sola que la una y, el perdón de mi ex marido con alguna pelandusca, después de haberle dado toda mi juventud! ¡Ay! Si es que el amor no es eterno.

Miguela.- Depende. Yo pienso que sí puede serlo, pero que es tan difícil como intentar entender el mundo en el que vivimos.

Pepita.- En eso te doy la razón. ¡Bueno, vamos a la nuestra! Quiero que me hagas un vestido para cuanto antes. ¿Cómo vas de trabajo?

Miguela.- ¡Hasta lo topes!

Pepita.- Pues me corre mucha prisa.

Miguela.- ¡Siempre vienen a última hora!

Pepita.- De eso nada. Ya sabes que hace un mes te dije que me tuvieras en cuenta.

Miguela.- Pero es que no paro y el trabajo no sale solo y no sabe el tiempo que pierdo: cuando no es una cosa es otra y ahora, encima de las comuniones...

Pepita.- Y en vísperas de Carnavales, Semana Santa, Navidad. Vosotras las modistas no tenéis nunca crisis.

Miguela.- No, de trabajo es cierto. Tengo más del que puedo. No

tengo tiempo ni de ir a la peluquería y encima el domingo me toca limpiar y arreglar la casa y total, veas tú para qué, no me luce nada. Venga, como diciendo que no, no voy a conseguir nada, no tendré más remedio que hacerlo sea como sea –ahora, todo lo más rápido para dentro de veinte días-

Pepita.- ¡Huy! Es que me quiero ir de viaje.

Miguela.- Pues antes no lo va a poder tener, seguramente.

Pepita.- Haz un poder, anda, hazlo por mí que sabes que soy clienta desde hace años.

Miguela.- ¿Y la tela?

Pepita.- Aquí la traigo. (*Extrae de una bolsa el corte de un vestido con un agresivo estampado*) ¿Te gusta?... Me ha costado muy barata en una de esas tiendas que venden las telas al peso -a diez euros el metro- ¿A que es alegre?

Miguela.- ¡Ya lo creo!

Pepita.- Ten en cuenta que me voy con el Imsero a Palma de Mallorca y quiero que me haga más joven.

Miguela.- Más joven no sé, ahora, más vistosa, seguro. ¿Cómo quiere que se lo haga?

Pepita.- Pues mujer, tú ya conoces mis gustos.

Miguela.- Un poco.

Pepita.- Me gustaría que me lo hicieras moderno, como se lleva ahora.

Miguela.- Ahora lo que se lleva es no llevar nada.

Pepita.- Tapado querrás decir.

Miguela.- ¡Claro!

Pepita.- La verdad es que he comprado tela suficiente para un traje de chaqueta y pensándolo bien, me podría comprar para una blusa sin mangas, transparente,...

Miguela.- ¿Transparente?

Pepita.- Sí, eso he dicho ¿Por qué?

Miguela.- No, por el sujetador.

Pepita.- No hija, si me la hago transparente es para no llevarlo.

Miguela.- Pues ya me dirá con qué sujeta.

Pepita.- ¿El qué?

Miguela.- El pecho.

Pepita.- Pues con las costuras.

Miguela.- (*con ironía*) Y con los esparadrapos.

Pepita.- ¡Hija, qué difícil lo hacéis cuando no os apetece la cosa!

Miguela.- No, si por mí,... pero venga aquí mujer. (*señalándole la figura*) ¿Usted no se da cuenta de que hay cosas que ya no pueden ser... por la ley de la gravedad?

Pepita.- ¡Pero qué dices! Yo ni estoy fuera de la ley ni grave de nada, a Dios gracias.

Miguela.- No me entiende. ¿Usted cree que estos brazos, esta espalda, bueno y estos pechos son para lucirlos con una blusa transparente?... ¡Venga! Que una cosa es tener la mente joven y otra es tenerla como una niña.

Pepita.- ¡Miguela, nunca me habías hablado de esa manera!

Miguela.- Porque una es prudente; tiene que hacer siempre lo que la clienta quiere; pero yo no puedo permitir que se rían de usted por llevarlo, ni de mí, por habérselo cosido.

Pepita.- Bueno, no te pongas así. En el fondo creo que tienes algo de razón.

Miguela.- ¡Algo no, mucha!

Pepita.- Bueno, pues lo que quieras; pero ¿sabes lo que pasa? que estoy atravesando una crisis, me miro al espejo y viene días que no me reconozco. De moreno, estoy fatal; de rubia no me gusto y de caoba... mejor me callo.

Miguela.- Eso son tonterías. Mire, yo el pelo natural, con canas ¿y qué?

Pepita.- ¡Hija, tampoco te pases! No todas las mujeres somos iguales.

Miguela.- ¡Afortunadamente, para algunas!

Pepita.- ¡Es tan triste ver cómo se escapa tu juventud!...

Miguela.- ¿Ahora, a los sesenta y pico?... A esa edad no se escapa la juventud, a ésa, es que ni siquiera la encuentras. (*ríe*)

Pepita.- No seas cruel, te hablo en serio.

Miguela.- Y yo también ¿o es que cree que porque apenas salgo, porque estoy soltera y sola en la vida, como decía un cuplé de la época, yo no he tenido que asumir que nada más quedan pieles sobre mi cuerpo, (*puede sustituirse “pieles” por “celulitis”, según físico actriz*) que esta cara, que era tersa como un pétalo de rosa se ha convertido en un higo paso, que de mi pelo sólo me queda el recuerdo? Pues yo también lo he sufrido y digo que lo he sufrido, porque yo, ya no sufro por nada,... bueno, por casi nada.

Pepita.- ¡Claro! Tú, puedes hablar así porque te has conformado con tu destino, pero yo aún tengo ganas de que me abrace algún

hombre, de que me saque a bailar, de que me lleve al cine, de que me acompañe a pasear,...

Miguela.- Pero, con dos hijos que tiene ¿necesita tanto trajín? Yo si los tuviera -aunque fuera sólo uno- no haría más que dedicarme a él.

Pepita.- ¡No te dejaría su mujer! Ahora no es como antes, ahora nada más cuentas cuando les interesas, el resto no cuentas para nada. Así que claro, tienes necesidad de cubrir esa soledad que te agobia entre las cuatro paredes de tu casa rodeada de fotografías, que nada más hacen que recordarte un pasado que, aunque no ha sido muy dulce, se ha llevado una etapa de tu vida que ya no vuelve.

Miguela.- Pues haga como yo. Mire: ninguna fotografía. Solamente el San Pancraccio, para que no me falle el trabajo. Lo que me faltaba a mí, tener recuerdos alrededor: la mirada estática y fría de los seres que has querido y que ya no tienes, reflejada en una fotografía.

Pepita.- Pero ¿es que las rompes?

Miguela.- ¡No, qué va! Las tengo guardadas en una caja de metal, de esas que antiguamente traían galletas. Cuando algún domingo por la tarde, que no suelo hacer nada, noto que se avecina tormenta...

Pepita.- ¿Tormenta?

Miguela.- Quiero decir, que me siento tristona, pues abro la caja, las miro y ¡jala! me despacho a mi gusto.

Pepita.- ¿Te despachas a tu gusto?

Miguela.- Me hincho a llorar, me desahogo y me quedo como nueva.

Pepita.- Oye y entre esas fotos, me imagino que tendrás la de algún antiguo novio.

Miguela.- ¡Claro!

Pepita.- ¡No me digas!

Miguela.- ¡Pues qué pensaba! Yo, cuando era joven tenía un cuerpo muy bonito, de cara normal pero de cuerpo... cualquier cosa que me ponía, me sentaba bien.

Pepita.- ¿Y por qué te metiste a monja?

Miguela.- Porque mi novio murió.

Pepita.- ¡Cómo! Eso no lo sabía yo. Y de qué...

Miguela.- De los pulmones. Estuvo mucho tiempo enfermo en un

Sanatorio para tuberculosos. Íbamos a casarnos,... parecía que se había recuperado,... pero sólo fue la mejoría de la muerte.

Pepita.- Lo debiste pasar muy mal.

Miguela.- ¡Imagínese! Festeando desde lo catorce años hasta los veintiuno y después... Toda la dote hecha y con todo comprado.

Pepita.- Pero ¿no estaba grave?

Miguela.- Sí, pero como los médicos decían que iba mejorando... bueno así me lo escribía él en las cartas, porque yo sólo lo visité en una ocasión, los médicos dijeron que, como tenía contagio y yo era muy joven, no convenía que volviera a verlo hasta que no se recuperara.

Pepita.- O sea que, por lo que me estás diciendo, te fueron engañando...

Miguela.- No, no fue así, no me engañaron. Un poco fui yo la que se quiso engañar no asumiendo que aquello podría acabar mal.

Pepita.- Hija, pues sí que lo pasarías fatal, porque yo, cuando me abandonó mi esposo para irse con esa pelandusca, creía que me moría, a pesar de lo de los cuernos; pero tú, que se fue contra su voluntad, por una enfermedad...

Miguela.- Gracias a que en el convento que había en el pueblo de al lado encontré la paz que necesitaba, el consuelo a mi llanto y la respuesta a mis interrogaciones.

Pepita.- ¿Tanta fe tenías?

Miguela.- Y la tengo.

Pepita.- Entonces ¿por qué te saliste?...

Miguela.- Por recomendación de los médicos. El lugar era muy húmedo y mis huesos no podían soportarlo. Mi madre había fallecido y mi padre quedó viejo y solo. La madre superiora me hizo ver que se podía servir a Dios dentro y fuera del convento. Así que los designios de Él me condujeron por caminos distintos a los del Carmelo.

Pepita.- Y ¿cómo es que viniste a parar aquí?

Miguela.- Porque el clima de esta tierra es el mejor para mis reumas y como en el pueblo, una vez fallecido mi padre, ya no me quedaba nada... vendí la casa y las tierras y me compré este pisito, y como las Carmelitas siempre me recomiendan, trabajo no me falta.

Pepita.- Pues hija, no sabes cómo te envidio, en el buen sentido.

Miguela.- Y yo también a usted, aunque no lo crea.

Pepita.- Bueno, en fin, y de lo que estábamos hablando ¿qué hacemos?

Miguela.- Pues lo que usted quiera, ahora, yo sigo pensando que iría mejor con un vestido de líneas sencillas, porque con el estampado de la tela ya lleva bastante. *(Llaman)*

Pepita.- ¡Vale! Pues haz lo que te parezca. Deja, no te molestes ya me voy, abriré yo. *(Pepita sale para abrir la puerta y luego regresa para contemplar la escena)*

Concejala.- ¡Hola, buenos días! ¿Está Miguela?

Pepita.- ¡Sí, adelante! Pase.

(Entran en escena la esposa del Concejal de Transportes y dos amigas pijas)

Concejala.- ¡Hola, por fin hemos llegado!

Miguela.- *(mira el reloj)* Sí, pero con una hora de retraso.

Concejala.- ¡Huy! Es que aparcar aunque sea en los barrios, está cada día más difícil.

Amiga 1.- Y como lo tuyo precisamente no es lo de aparcar,...

Amiga 2.- ¡Qué dices! lo de ella no es aparcar, lo de ella es embutir el coche.

Amiga 1.- Espero que salgamos después de que la furgoneta se haya ido, sino, vamos a tener que llamar a la grúa.

Concejala.- ¡No exageréis! ¿Qué va a pensar Miguela?

Amiga 3.- La verdad: que te dieron el carné de conducir en el año setenta, cuando se llevaban los seiscientos...

Amiga 1.- y que para llevar el coche que se ha empeñado en regalarte tu esposo...

Amiga 2.- necesitas dos carnés.

Amiga 1.- Sí, porque con uno sólo, lo único que sabes es darle a las llaves de contacto.

Amiga 2.- y encender el C.D.

Concejala.- ¡Bueno, ya está bien! Es cierto que no domino bastante este coche, como a penas lo utilizo...

Amiga 2.- Entonces ¿para qué te lo ha regalado tu marido?

Concejala.- Para darme satisfacción, pero la verdad es que normalmente utilizo el taxi.

Miguela.- Bueno, perdonen si les molesto pero yo, si no les importa, voy a despedir a esta clienta.

Concejala.- ¡Sí, tú haz lo que tengas que hacer!

Amiga 1.- ¡Nosotras te esperamos!

Amiga 2.- ¡No tenemos prisa!

Miguela.- ¡Ya, ya lo veo!

(Miguela sale con Pepita y la despide)

Miguela.- Bueno, ¡buenas tardes!

Pepita.- Pero si son las doce.

Miguela.- *(señalando a la nueva visita)* No, me refería a las tardes que me esperan.

Pepita.- ¡Ah! Ya entiendo. Entonces, ¿cuándo quieres que venga a probarme?

Miguela.- No hará falta que le haga la prueba, me sé sus medidas, no se apure. Yo le mandaré aviso, no se preocupe, que lo tendrá en la fecha prevista.

Pepita.- Bueno, pues así quedamos.

Miguela.- ¡Adiós! *(Se incorpora al grupo)* Ya estoy aquí, perdone, voy a quitarle la ropa de la silla *(deja unos asientos libres)* ¡Siéntense, por favor!

Amiga 1.- Antes quiero ir al lavabo.

Miguela.- Ahí, a mano derecha, la segunda puerta. *(La amiga número 1 sale de escena)*

Concejala.- Veamos, quiero que me hagas un vestido de noche. Tengo una boda.

Amiga 2.- ¿Quién se casa?... ¿Es conocida?...

Miguela.- ¿Algún familiar?

Concejala.- No, es la hija del Alcalde y como mi marido como Concejal va a celebrar la ceremonia civil...

Miguela.- ¿Es que no se casa por la Iglesia?

Concejala.- ¡Qué va! Si ellos, los novios, no pueden hacerlo.

Amiga 2.- ¿Por qué?

Concejala.- Porque él no pertenece a la religión católica.

Amiga 2.- ¿Es protestante?

Concejala.- No. Árabe. Bueno, marroquí.

Amiga 2.- ¡Moro!

Miguela.- ¡Huy! peligro, peligro. ¿Entonces qué es de los del Jomehini ése?

Concejala.- ¡Sí!

Miguela.- Yo comprendo que todos somos hijos de Dios, pero esos musulmanes dan miedo, con tanto atentado...

Concejala.- Atentados hay en todos los sitios, sino que se lo pregunten a los del Partido.

Amiga 2.- ¡Tienes razón! Mira, el otro día en el ascensor de mi casa violaron a una vecina. (*Entra la amiga 1*)

Concejala.- ¡No me digas!

Amiga 1.- ¡Hija, qué suerte tienen algunas! ¿Qué edad tenía?

Amiga 2.- Sobre los setenta, aunque ella se empeña en decir que tiene sesenta.

Amiga 1.- No me extraña, como ahora, con tanto adelanto te ponen los morros de pato, los pómulos de Heidi

Concejala.- Y los pechos como dos globos de feria...

Miguela.- Y digo yo ¿para qué tanta bobada?

Concejala.- Pues para conservar al marido.

Miguela.- ¿Y para eso tienen que hacer tanto sacrificio?

Amiga 1.- Bueno, para eso y para gustar al marido de tus amigas.

Miguela.- ¡Ah! ya lo entiendo. ¿Y eso no les parece a ustedes que no es muy normal?

Concejala.- Hija, no lo será, pero es lo que hay.

Amiga 2.- Los tiempos, que cambian.

Miguela.- Pues yo prefiero los míos.

Concejala.- Tú hablas así porque como te has pasado toda la vida en el claustro del convento... pero si hubieras tenido que ganarte la confianza de un novio que, después del casamiento se convierte en tu dueño y señor, ya verías tú como lo entenderías todo.

Miguela.- Es posible; pero tenga en cuenta que yo estoy hablando de amor, no de sexo.

Amiga 1.- Es que lo uno, sin lo otro...

Amiga 2.- ¡Es lo mismo que la mar sin sal!

Miguela.- Eso depende. Yo creo que cuando ha habido verdadero amor, no se necesita más que comprensión, amistad, cariño y que sí, que el sexo es necesario, pero no de la forma que se necesita cuando se tienen veinte años.

Concejala.- ¡Afortunadamente, si no lo íbamos a tener claro!

Miguela.- Y en cuanto a que el amor sin sexo es como la mar sin sal,... como a ciertas edades la mayoría está hipertensa, cuando menos cosas saladas se tomen, mejor.

Amiga 1.- ¡Ay, hija mía, qué inocente eres! Eso, seguramente es lo que sentimos la mayoría de las mujeres.

Amiga 2.- Pero, los hombres, no tienen freno

Amiga 1.- y si no lo encuentran en casa,

Amiga 2.- salen a buscarlo fuera de ella.

Concejala.- Así que no sabes cuánto mal de cabeza te has ahorrado al quedarte soltera.

Amigas.- (*al unísono*) ¡Y que los digas! (*ríen las tres*)

Concejala.- A ver, ¿tienes algún figurín?

Miguela.- ¡Tome, estos son los de la última temporada! ¿Tiene idea de lo que quiere?...

Concejala.- Mujer, poco más o menos. Lo quiero muy ajustado, para que no se note que he ganado peso.

Miguela.- ¿Ahora se llama a eso ganar peso?

Concejala.- ¡Sí! Y mira, mejor estar un poco rellenita que no como otras, que parecen anoréxicas, como ésta. (*enseña la revista de modas*)

Amiga 1.- ¡No me digas,... mira qué bracitos!

Amiga 2.- ¡Y qué piernecitas!

Amiga 1.- ¡Y qué pechos!

Amiga 2.- ¡Parecen globos!

Concejala.- Yo no me lo explico.

Amigas.- (*al unísono*) ¡Ni nosotras!

Concejala.- Están flacas como perros, pero los pechos no se les adelgazan...

Amiga 1.- como a nosotras, que engordamos de cintura nada más.

Amiga 2.- y de culo.

Concejala.- y de lo demás ¡dos pellejos!

Amiga 1.- Eso lo diréis por vosotras, porque a mí,...

Amiga 2.- Gracias a los rellenos que te pones, si no...

Concejala.- Me gustaría verte sin ellos.

Amiga 1.- Sí, ni que fueras tú mi amante.

Concejala.- ¡Chica, querrás decir, tu marido!

Amiga 1.- No hija, he dicho bien: mi amante; porque a mi marido no hace falta que le demuestre nada.

Amiga 2.- Ya se lo conoce todo tanto...

Amiga 1.- Como yo me lo conozco a él.

Miguela.- (*molesta*) ¡Señora! Si le parece me dice qué idea tiene del vestido que se quiere hacer.

Concejala.- Pues algo elegante y a la vez atrevido. De una sola pieza.

Miguela.- ¡Claro, de una sola pieza, porque si le hago dos!

Amiga 1.- La altura.

Concejala.- ¡Tampoco soy tan baja!

Miguela.- No, quiero decir que al hacerse una sola pieza, un vestido combina mejor con cualquier echarpe o pañuelo que se ponga.

Concejala.- Pues eso.

Miguela.- ¿Me ha traído la tela?

Concejala.- Por supuesto, aquí la tienes (*la saca de una bolsa y se la entrega. Es el mismo estampado que la tela del vestido de Pepita*) Me dijiste cuatro metros ¿no?

Miguela.- A ver,... ¡Huy! Es rojo.

Concejala.- Rojo. Es un color muy español. Estoy harta de tanto negro. Lo que quiero y eso sí te lo recalco, es que me pongas unas flores rodeando todo el escote. ¿Me entiendes?

Miguela.- ¿Cómo dice?

Concejala.- Quiero unas flores de tul rodeando todo el escote por delante y por detrás y, de paso, me haces tres flores muy grandes para adornarme la cabeza.

Amiga 1.- Oye, ¿no te estarás pasando?

Concejala.- ¡Qué va! ¿No has visto la Pasarela Cibeles?

Amiga 2.- Hija, no tiene comparación.

Concejala.- Bueno, pues me da igual. Yo no puedo ir como las demás, soy la mujer del Concejal de Transportes.

Amiga 1.- Sí, pero eso no quiere decir que vayas como la Rocío Jurado cuando canta “Como una ola”.

Amiga 2.- ¿Como una “ola”? Como una “loca” diría yo; porque desde que tiene al torero...

Amiga 1.- ¡Claro, como corridas no le faltan!

Concejala. ¡Huy! No fiaros de las apariencias que mi marido es el empresario de la Plaza de Toros y de corridas, nada de nada.

Amiga 2.- ¡Hija, pues algo tendrás!

Concejala.- Sólo, de tarde en tarde, ¡alguna charlotada! (*ríen*)

Miguela.- (*molesta*) Pues nada, lo que usted quiera, la clienta siempre tiene razón y la moda es la moda.

Concejala.- ¿No me faltará tela?

Miguela.- No, no creo. Yo pienso que le puede sobrar.

Concejala.- ¡Bien! Si te hiciera falta más tela, dímelo cuanto antes, no vaya a terminarse, aunque a doscientos euros el metro...

Miguela.- ¿No se habrá pasado en el precio?

Amiga 1.- Cómo se nota el desarrollo económico de la Autonomía.

Amiga 2.- De los transportes, más bien diría yo.

Concejala.- ¡Vale, nos vamos! ¿Cuándo paso a probarme?

Miguela.- Como no va a hacer falta que le haga ninguna prueba, sus medidas me las sé de memoria, cuando lo tenga terminado la avisaré para que pase a recogerlo.

Concejala.- ¡Está bien, tú mandas! Ahora, no te olvides que es para la boda de la hija del Alcalde que sabes que es de nuestro partido. Por cierto ya sé que le vas a hacer tú el vestido a la novia ¿Ya ha venido con su madre?...

Miguela.- Me llamó ayer a casa de la vecina comunicándome que vendría hoy, lo que no sé a qué hora piensa venir.

Concejala.- Bueno, pues así quedamos.

Miguela.- ¡Vale!

Concejala.- Venga, vayámonos. ¡Ay! De pensar que tengo que sacar el coche, con lo que me ha costado meterlo.

Amiga 1.- Pues hija, como no se haya ido la furgoneta, te va a tocar llamar a tu marido para que mande a la grúa municipal.

Amiga 2.- Mientras no nos toque llamar a los bomberos. (*Salen las tres del escenario*)

Miguela.- ¡Qué pelmas! Vienen, te marean, se tiran dos horas y ellas a la suya, como si mi tiempo no valiera nada. ¡Claro, como ellas lo tienen todo hecho y ganan lo mismo que si lo hicieran! (*Llaman*)

Miguela.- Hoy, no pego ni un punto, lo tengo claro (*sale a abrir*)

Miguela.- ¡Hola, Doña Puri! La estaba esperando. (*entran la Alcaldesa y su hija*)

Puri.- Pues ya estamos aquí. Hemos visto bajar a la señora Concejala y a sus amigas.

Miguela.- Sí, acaban de marcharse. ¡Huy! Es su hija, ¿verdad? La novia.

Puri.- Sí, se llama Ana.

Ana.- ¡Encantada!

Miguela.- Lo mismo digo. Qué ilusionada tienes que estar, ¿verdad?

Ana.- ¡Sí!

Miguela.- Tome asiento, por favor (*le ofrece el mejor sillón de la estancia*) ¿Tienes idea del modelo?

Puri.- Del modelo no mucho, ahora, del color sí.

Miguela.- Blanco.

Ana.- No, rosa.

Miguela.- ¿Rosa? Pero, con lo bonito que es casarse de blanco. A mí, es el color que más me gusta para una novia.

Puri.- Pero es que me hija es muy moderna. Y menos mal que la he convencido de que no se case al estilo moro.

Miguela.- ¿Moro?...

Puri.- Bueno, más bien árabe.

Ana.- Es que mi novio es de esa raza.

Miguela.- ¡Huy! qué novio más exótico.

Ana.- Sí, le conocí en Marruecos estas pasadas vacaciones de Semana Santa.

Miguela.- y se enamoró de ti locamente.

Puri.- ¡Loca y perdidamente, sí!

Miguela.- Es natural, el amor... ya se sabe, cuando llama...

Ana.- Lo hace sin avisar.

Puri.- Porque de hacerlo, muchas veces, se encontraría con las puertas en las narices.

Ana.- ¡Mamá, no empieces!

Puri.- No hija, si yo no empiezo, si yo lo que quisiera es terminar.

Miguela.- ¡No diga eso! Con lo bonito que debe de ser preparar la boda de una hija.

Puri.- Lo malo es que, además, dentro de poco me tocará preparar también el bautizo.

Miguela.- Pues claro, eso es lo normal, para eso se casa una, para crear una familia.

Puri.- Lo malo es que aquí, como no se dé prisa en casarse, la familia va a estar ya formada (*se señala el vientre como si estuviera embarazada*) ¿Me entiende?...

Miguela.- ¡Ah! Ahora entiendo.

Puri.- Así que ya se imaginará el trajín que tenemos y, encima, por si fuera poco, árabe.

Miguela.- ¡Huy, pues qué suerte, porque esa gente tiene mucho dinero, con lo del petróleo.

Puri.- Pues no será éste, porque ni palmeras que den dátiles tiene.

Ana.- ¡Da igual mamá, yo le quiero!

Puri.- Si hija mía, si da igual, pero si por lo menos tuviera algo que poder exportar.

Miguela.- Da lo mismo. Si entre dos que se quieran, con uno que tenga dinero, basta.

Ana.- ¿A que sí? ¿Lo ves, mamá?

Puri.- ¡Claro!

Miguela.- Bueno y, perdona que te insista ¿cómo no te casas de blanco, con lo guapa que estarías?

Ana.- Porque quiero ir distinta a como han ido mis amigas.

Puri.- ¡Hija, pero si con el novio con el que te casas, ya te distingues!

Miguela.- Tampoco es eso, al fin y al cabo, aunque no sean católicos, también hay gente buena entre ellos.

Ana.- Y que lo diga. Mi novio es de un bueno... No hace más que estar conmigo en casa todo el día. No hace más que estar pendiente de mí. No me permite ni salir, si no es con él.

Puri.- ¡Un moro! ¡Eso es lo que es, un moro!

Ana.- ¡Mamá, yo le quiero!

Miguela.- ¡Pues hija, sarna con gusto no pica!

Puri.- ¡Pero mortifica!

Miguela.- Voy a ir tomando medidas. Me has dicho que no tienes idea sobre el modelo.

Puri.- Se lo dejamos a su elección. Confiamos en su buen gusto. Las Hermanas Carmelitas ya nos han dicho que lo hace muy bien.

Miguela.- Bueno, yo antes hacía los mantos de la Virgen del Convento, las casullas, los manteles del altar... Lo que ocurre es que ahora el tipo de trabajo es distinto, ha cambiado. Pero me hace ilusión hacer un traje de novia.

Puri.- ¿No lo había hecho antes?...

Miguela.- (*Dudando la respuesta*) No, no tuve la oportunidad, aunque de haberla tenido, yo lo habría hecho de blanco (*se queda pensativa*)

Puri.- ¿Cómo dice?... No la entiendo.

Miguela.- Perdona, estaba pensando en voz alta; quiero decir que yo, de haberme casado, lo habría hecho de blanco.

Puri.- Pues sí que lo siento que no lo haya podido hacer.

Miguela.- Lo hice con Dios y no me arrepiento.

Ana.- Pero, al salirte de monja ¿no fue como si te divorciaras de Él?

Miguela.- Niña, qué joven eres y qué ingenuidad la tuya. Cuando alguien ha querido, aunque el paisaje se transforme las gentes de tu alrededor sean distintas, hay algo que no puedes evitar: el recuerdo. Y yo, de hábito o de calle, sigo sintiendo lo mismo.

Ana.- ¿Y qué es?... tú que dices que lo has sentido.

Miguela.- Algo que hace que mi cuerpo funcione como esos conejillos que tocan el tambor hasta volverse locos, gracias a unas pilas: la caridad, la comprensión hacia mis semejantes...

Ana.- ¡Huy! hablas como si fueras una santa.

Miguela.- ¿Santa yo?... Eso es algo muy grande y yo, soy muy pequeña, aunque a los ojos de Dios todos somos iguales y Él sabe que intento cada día crecer un poco más, aunque no lo consiga; pero sólo con intentarlo tengo eso que te he dicho antes.

Ana.- ¿El qué?

Miguela.- Fuerza para poder seguir viviendo.

Ana.- ¡Ya!

Puri.- Entonces, ¿cuántos metros tenemos que comprar?

Miguela.- Depende. ¿Traje largo, corto, con cola o sin cola?

Ana.- Quiero un vestido que me sirva para podérmelo poner en cualquier otra fiesta.

Miguela.- Entonces yo pienso que lo mejor sería un traje largo pero sin cola

Ana.- ¡Eso!

Miguela.- Pues ocho metros si no es doble ancho.

Puri.- ¿Y si lo es?

Miguela.- Pues la mitad.

Puri.- ¡Ya!

Miguela.- Y, de verdad ¿Estás segura que lo quieres de color de rosa?

Ana.- ¡Sí claro! Quiero ir distinta. ¡Yo soy muy moderna!

Miguela.- *(con nostalgia y mirando al vacío)* No, si yo no digo nada; ahora, hija mía, yo para qué te lo voy a negar, yo... lo habría hecho de blanco.

T E L Ó N

SEGUNDO ACTO

(En el escenario, Miguela está probando unos pantalones a un niño de siete años de edad)

Miguela.- A ver, date la vuelta. Bien, ya está terminado. Ha quedado perfecto. Que no se te olvide: la mamá no tiene que saber que te he hecho el traje de comunión. Así, se llevará una sorpresa.

Raúl.- No te preocupes. Te prometo que no se lo diré.

Miguela.- ¡Ala! ya está. Quitátelo. *(el niño va quitándose el pantalón y colocándose el que llevaba)* Y el papá ¿cómo está? La mamá me ha dicho que esta semana ya lo traen del hospital.

Raúl.- No lo sé. Yo, sólo sé que de vez en cuando, veo llorar a mi madre aunque lo quiere disimular. Debe estar triste porque papá está enfermo.

Miguela.- Seguro. Por eso tienes que ser bueno y aplicado en el colegio. La mamá necesita que le des mucho cariño, ten en cuenta que tú eres el ser a quien más quiere en la vida.

Raúl.- Y yo a ella. Bueno, también quiero mucho a mi padre.

Miguela.- ¡Claro hijo! a los dos hay que quererlos por igual: son los cariños más grandes que se tienen en la vida. Te lo dan todo a cambio de nada.

Raúl.- Yo también les doy, aunque a veces sea algún disgusto que otro.

Miguela.- Bueno, pero eso es normal. A veces alguna travesura que otra tampoco es malo, por algo se es niño. ¡Ala, ya está! Baja rápido y si la mamá te pregunta por qué has tardado en bajar, dile que he sido yo que te he entretenido, que me apetecía hablar contigo. ¡Anda, dame un beso! ¡Ah y toma! *(le entrega un sobre)* Dale esto a la mamá.

Raúl.- ¡Vale! ¡Hasta luego tía Miguela!

Miguela.- ¡Hasta luego hijo! Dios te bendiga.

(Sale el niño y Miguela se queda sola en la escena y aprovecha la ocasión para tomarse una copita de anís)

Miguela.- Voy a tomarme una copita, hoy tengo la moral baja. Será porque he dormido poco. Me he acostado a las seis de la madrugada terminando todo. Ya se han llevado lo que corría más prisa. Lo de Doña Pepita, la Concejala, el traje de novia... todo. Y

encima esta tarde tengo que ir a vestirla y a la ceremonia –con las pocas ganas que tengo- (*bebe*) Voy a arreglar un poco todo esto. A ver, ¿por dónde empiezo? El traje de comunión de Raúl, (*levanta los pantalones admirándolos y abrazándolos con cariño*) voy a guardarlo para que no lo vea nadie. Espero que vaya el más guapo de todos. El niño ya lo es y, con poco que se le ponga... Aquí está el traje que tengo que reformar; todas estas telas son vestidos por cortar y yo, apenas tengo tiempo de terminarme el que me empecé la primavera pasada. Pero no me importa, total, para lo que salgo, y para ir a misa, con una falda y una blusa en verano y un chaquetón en invierno... Lo de la moda no es para mí. Voy de gris y de negro siempre. Es como mejor me encuentro. ¡Huy! Cuánto polvo tiene todo, mañana como es domingo, me dedicaré antes de ir a misa, a limpiar. Hoy no tengo ganas, ni tiempo. (*Llaman*)

Miguela.- (*se dirige a abrir la puerta*) ¡Hola! Eres tú, pasa, anda, ¿qué traes ahí?

La vecina.- Un plato de natillas. Espero que le gusten.

Miguela. ¿Por qué te has molestado?...

La vecina.- No me cuesta ningún trabajo.

Miguela.- ¡Anda, siéntate! ¿No vas al hospital?

La vecina.- Sí, dentro de un rato.

Miguela.- ¿Y cómo está?

La vecina.- Bien. Los médicos todavía no saben a qué atenerse. No han recibido el resultado de las pruebas que le hicieron, pero me dicen que no me preocupe, que se le ha extirpado lo que le molestaba y que, hasta el final, nunca se sabe. Que no hay enfermedades, sino enfermos; pero no se lo puedo negar Miguela, ¡estoy aterrada! No por mí, sino por él. Es aún muy joven y le hace tanta falta a mi hijo. Es su mejor amigo. (*Llora*)

Miguela.- ¡No te aflijas! La medicina está muy adelantada y la Seguridad Social, cuando se trata de un caso como el de tu marido, se vuelca. Verás como todo se resuelve.

La vecina.- ¡Dios lo quiera!

Miguela.- Ya le rezo para ello.

La vecina.- (*se toca el bolsillo del delantal y saca un sobre blanco*) Por cierto, Raúl me ha dado este sobre y no lo he abierto (*lo abre y hay un billete de cien euros y asombrada se dirige a Miguela*) Pero, ¿qué es esto? Son cien euros, ¿se los ha dado

usted?

Miguela.- Sí. Yo le habría comprado tabaco a tu marido si fumara, pero como no fuma, ni debe, pues se me ha ocurrido darte dinero para que tú le compres lo que más rabia te dé.

La vecina.- Pero la semana pasada ya me dio dinero con el pretexto del colegio del niño.

Miguela.- No seas boba. Esto no tiene importancia. Yo ahora puedo. No me falta trabajo y como no tengo tiempo de gastar, porque no salgo... me puedo permitir algún capricho como éste – ¿no ves que no tengo hijos?– ¡Así que no se hable más del asunto!

La vecina.- ¡Qué buena es usted! Lo supe desde el primer día en que vino a vivir a esta casa.

Miguela.- Lo mismo pensé yo de vosotros. Fuisteis los únicos en ofrecerme vuestro afecto y siempre he recibido muchos detalles de vuestra parte.

La vecina.- Es normal. Mi hijo la llama tía y le ha tenido, desde que era pequeñito, mucho cariño.

Miguela.- Porque también se lo inculcasteis que me lo tuviera.

La vecina.- Y porque usted se le ganó.

Miguela.- Aún recuerdo el primer día que fue a la guardería.

La vecina.- Lloraba porque quería quedarse con usted.

Miguela.- ¡Qué gracia! ¡Cómo ha pasado el tiempo!

La vecina.- Parece que fue ayer y ya tiene siete años. El mes que viene hace la primera comunión. ¿Me acompañará a comprarle el traje? ¿Podrá? Él tiene ilusión de que sea de marinero.

Miguela.- ¡Pues así será, si Dios quiere y así lo querrá!

La vecina.- ¿Va a ir a la boda por fin?

Miguela.- Si hija y no me apetece nada; pero como se han empeñado en que la vista yo.

La vecina.- ¿Y qué tal le ha quedado el vestido?

Miguela.- ¡Precioso! Se lo he hecho muy sencillo, como único detalle lleva un maravilloso bordado sobre las mangas y el cuello. La madre quería algo más extravagante, con mucho escote, sin mangas,... poco fino. Y aunque es sólo una boda civil pienso que hay que tener un poquito de recato. Ahora, lo que aún no comprendo es cómo ha elegido ese color. ¿Tú, de qué color te casaste?...

La vecina.- De color champagne.

Miguela.- ¡Ah! Pues yo lo habría hecho de blanco. (*Se queda*

pensativa)

La vecina.- Me tengo que marchar. Mi madre se ha quedado fregando los platos y quitando la mesa y ya es tarde.

Miguela.- ¿Te vas al hospital?

La vecina.- Sí.

Miguela.- Pero, ¿se ha quedado sólo?

La vecina.- No. Esta mañana se ha quedado su hermana. Yo he venido para arreglar un poco la casa, poner la lavadora, planchar, darme un baño y comer con mi hijo, como hoy no tiene colegio.

Miguela.- ¡Ay! Pues mira: mañana si quieres no prepares comida. Os invito al restaurante de al lado.

La vecina.- Pero nos saldrá más barato si preparo algo en casa.

Miguela.- ¡Ni hablar! Mira, a mí la pasta me encanta, a tu hijo la pizza le vuelve loco y como a ti te gusta todo...nadie tiene problemas con la comida –así tienes más tiempo de estar al lado de tu hijo y dedicarle tus mimos, que falta le harán- Luego, si quieres, cuando te vayas al hospital se puede quedar conmigo, me lo llevo a oír Misa y te esperamos aquí leyendo cuentos.

La vecina.- Bueno, la verdad es que la idea me parece estupenda y a Raúl no digamos, seguro que le encantará.

Miguela.- Entonces no se hable más. Dame un beso y no te olvides darle muchos recuerdos a tu marido y dile que no decaiga. ¡Ah! Y toma esta estampita de Santa Rita. Es muy milagrosa.

La vecina.- Es la patrona de lo imposible ¿no?

Miguela.- ¡Sí!

La vecina.- Pues debe tener mucho trabajo últimamente, porque está todo...

(La vecina sale de escena y Miguela aprovecha para tomarse otra copita de anís)

Miguela.- ¡Otro traguito para levantar el ánimo! Total, como tengo el estómago lleno, que acabo de comer... Voy a descansar un poco antes de marcharme. Tengo que poner los pies en alto, se me hinchan los tobillos –claro, como estoy todo el día sentada – Me rezaré un rosario. Lo voy a ofrecer para que se mejore el papá de Raúl. El pobre lo necesita.

(Sentada en una silla saca el rosario, cierra los ojos y empieza a rezar hasta que se queda dormida. De pronto llaman a la puerta y se despierta)

¡A ver quién es ahora! *(Se dirige a abrir con desgana)* ¡Hola,

Doña Pepita! ¿Qué le trae a estas horas por aquí?

Pepita.- *(entran ambas)* ¡Calla, calla, que si no lo veo no lo creo! ¿Tú sabes la que me has armado?

Miguela.- ¿En qué sentido?

Pepita.- En que te has pasado. Una cosa es que te lo pidiera ajustado, pero otra es que no me lo pueda ni meter.

Miguela.- ¡Huy! ¿No será que ha engordado un poco?

Pepita.- ¿Un poco?... Pero para que este vestido me esté bien, tendría que haber adelgazado diez kilos, por lo menos.

Miguela.- Ya será menos. ¡Ande, pruébeselo que se lo vea yo!

(Pepita sale del escenario para probarse el vestido)
Miguela.- *(Suena de nuevo el timbre. Santiguándose se dirige a abrir la puerta)* ¡A ver quién es ahora! ¡Hola, Sra. Concejala! ¿Qué la trae por aquí?

Pepita.- ¡Ay! No veas el disgusto que traigo. El vestido, he tirado a ponérmelo...

Miguela.- Y no le cabe.

Concejala.- ¿Qué no me cabe?... Lo que ocurre es que cogen dos personas dentro de él.

Miguela.- Doña Pepita ¿puede salir?

Pepita.- A penas.

Miguela.- Bueno, no se preocupe, ahora lo veré yo. Sra., Concejala, pruébese usted, entretanto. Entre en mi dormitorio. *(La Concejala sale de escena. A continuación entra Doña Pepita con un vestido estrecho a medio abrochar en la espalda)*

Miguela.- ¿A ver?... ¡Huy! Sí que le está un poco estrecho. ¿No tendrá inflamación?

Pepita.- Pues no creo. Yo me encuentro bien.

Miguela.- ¿Se encuentra bien?... ¿Qué ha comido?...

Pepita.- Cocido.

Miguela.- ¡Pues ya está! Los garbanzos,... la pelota,... la patata...

Pepita.- Pero ¿todo eso me ha engordado tanto?...

Miguela.- Esa puede ser la causa. ¿No ve que no le abrocha la cremallera?

Pepita.- ¿Y qué me dices de las mangas? ¿También me han engordado los brazos?

Miguela.- ¡Mujer, engordar por el cocido no creo! Ahora, habérsele hecho más musculosos por el ejercicio. ¿Ha barrido el suelo, sacudido las alfombras?... en fin ¿ha hecho algo extraordinario?

Pepita.- Nadar en la piscina del Hogar del Pensionista. Me he apuntado a un cursillo -como nos vamos a Palma de Mallorca-

Miguela.- ¡Pues ya está! No me diga más. Eso es que al nadar le han desarrollado los músculos.

Pepita.- Pero, si el monitor nos dijo que adelgazaríamos al hacer ejercicio.

Miguela.- Eso será cuando sepa nadar; pero hasta que eso llegue... Lo que ha ocurrido es que como el músculo está atrofiado, se ha desarrollado por el ejercicio.

Pepita.- Entonces ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Miguela.- ¡Ala! Pues no se apure que como tiene para sacarle, se lo arreglaré antes de que se vaya de viaje.

Pepita.- ¡Es que me voy el lunes por la tarde!

Miguela.- No se preocupe. El lunes por la mañana si usted no puede venir se lo acercaré yo. *(Pepita sale para cambiarse el vestido)*

Miguela.- Cuando yo digo que el día lo tengo claro,... Y encima esta tarde la boda *(coge una copita de anís y bebe rápidamente para que no la vea nadie)*

Pepita.- *(Vuelve a escena y le entrega el vestido para arreglar)* Bueno, pues ya me voy y gracias por arreglármelo tan rápidamente.

Miguela.- ¡No faltaría más, tratándose de usted!

Pepita.- ¡Ala, hasta el lunes! *(la acompaña en la salida)*

Miguela.- Si Dios quiere. Adiós. *(se marcha)*

Miguela.- ¡Sra. Concejala! ¿Sale o quiere que entre?

Concejala.- ¿Estás sola?

Miguela.- Sí, la visita ya se ha ido.

Concejala.- Entonces salgo. *(La Concejala sale con un vestido anchísimo)*

Miguela.- ¡Huy! ¿Pero cómo ha adelgazado tanto?

Concejala.- ¿Adelgazado?

Miguela.- ¡Claro, si no hay más que ver lo holgado que le está el vestido!

Concejala.- Pero si no he guardado régimen. Al contrario.

Miguela.- Pues algo tiene que haber hecho para que le esté grande. Las medidas de usted me las sé de memoria. ¿No me estará engañando y se estará tomando esas pastillas que han salido ahora para adelgazar?

Concejala.- Pero, si yo siempre he estado delgada.

Miguela.- Entonces deben de haber sido los nervios. ¿Conduce mucho?

Concejala.- Últimamente, sí.

Miguela.- ¡Pues ya está! Eso es.

Concejala.- ¿El qué?

Miguela.- El conducir. Hay personas que en lugar de relajarse conduciendo se ponen nerviosas y empiezan a sudar, y ya se sabe, las saunas para qué están, pues para sudar. ¡Para sudar y adelgazar!

Concejala.- Pues sí que puede tener razón, porque yo por mucho que no quiera, el conducir me pone nerviosa y pierdo hasta las ganas de comer.

Miguela.- ¿Lo ve como tengo razón? ¡Por fin hemos encontrado la explicación!

Concejala.- ¿Entonces, qué hacemos?

Miguela.- Pues yo creo que va a ser más aconsejable que en lugar de que engorde para que le esté bien el vestido, se lo estreche.

Concejala.- ¿Tú crees? ¡Ay! No sabes cuánto te lo agradezco.

Miguela.- No tiene por qué. Usted es clienta y ya se sabe: yo estoy para lo que haga falta.

Concejala.- Entonces lo deajo. Menos mal que tengo un vestido que me venía pequeño y que estrené esta Nochevieja cuando nos fuimos a esquiar. Como nadie del partido me lo ha visto, creerán que lo estreno para la ceremonia.

Miguela.- Pues mejor que mejor. No, si ya lo digo yo, Dios aprieta, pero no ahoga. Menos mal.

Concejala.- Bueno, voy a cambiarme. *(Sale de escena para cambiarse)*

Miguela.- ¡Vale! *(coge la copa y bebe)* Otro traguito no me perjudicará. Total yo sólo bebo anís cuando me encuentro baja de moral. Me acostumbé en el convento, como lo fabricábamos allí para vender a los feligreses y, a veces, me sentía tan deprimida... *(Bebe)*

Concejala.- *(sale a escena)* ¡Ya está! Bueno, me voy rápidamente: he dejado el coche en doble fila y seguro que estará la grúa para llevárselo.

Miguela.- *(con ironía)* ¡Pues estupendo! Como es la grúa del Ayuntamiento, en cuanto les diga que es la esposa del Concejal de Transportes, se lo llevan directamente a su casa y así se ahorra

tener que conducir.

Concejala.- ¡Que graciosa eres Miguela!

Miguela.- Una, que no es tan aburrida como parece.

Concejala.- ¡Adiós! (*Sale de escena la Concejala*)

Miguela.- (*Mirando hacia el cielo*) ¡Ay, Dios mío, perdona todas las mentiras que tengo que inventarme! Lo que ha pasado es que no he tenido tiempo ni de que se probaran los vestidos, he confundido los modelos de ambas y como las telas son idénticas... ha ocurrido lo que ha ocurrido. (*bebe*) Pero Tú sabes que este trabajo mío es desquiciante a veces, no es como el Carmelo que con las oraciones, las labores, la limpieza y las misas, se te pasaba el día, la semana y los meses, sin alterarte (*mira el reloj de pulsera que lleva*) ¡Ay! Si son ya las cuatro y la boda es a la seis. Voy a ponerme la chaqueta y los zapatos y me voy pitando, que se me va a hacer tarde. ¡Ni tiempo a rezar el rosario! Bueno, rezaré unos Padrenuestros mientras me cambio (*Miguela sale del escenario para cambiarse y la escena queda a oscuras. Inmediatamente aparece de nuevo por el lado contrario del escenario, cansada y con un ramo de novia entre sus manos. Regresa de la boda y se ilumina el escenario*)

Miguela.- ¡Mira qué gracia: la novia ha tirado el ramo y lo he cogido yo! Dicen que quien lo coge se casa -se dicen tantas cosas- Voy a hacerme unas hierbas, porque con lo que he comido no tengo el estómago muy católico que digamos. Parece que estoy un poco alegre.

(*Llaman y Miguela se dirige a abrir la puerta*)

Miguela.- ¡Hola Doña Pepita! ¿Usted otra vez?... No me vendrá a decir ahora que ha adelgazado, ¿verdad?

Pepita.- ¡Qué va boba! Es que he estado antes, pero me ha dicho una vecina que estabas en la boda y que hasta las diez o las once no llegarías.

Miguela.- Pues ya he llegado. Usted dirá.

Pepita.- Pues nada hija, que en la asociación de separados a la que yo pertenezco, me han dicho que el viaje a Palma de Mallorca que teníamos proyectado, ha sido retrasado por el Imsero.

Miguela.- ¿Y eso?

Pepita.- Pues no sé, porque por falta de viajeros no creo que haya sido.

Miguela.- ¿Y entonces?

Pepita.- Pues que entonces no hace falta que corras tanto para arreglarme el vestido.

Miguela.- Qué bien me viene, porque así mañana lo dedico a descansar, como no tengo que hacer comida porque como fuera.

Pepita.- ¡Mejor que mejor! Ojalá pudiera yo hacer lo mismo, pero mañana viene mi hijo y mi nuera a comer a casa. Como estamos a último de mes, ya se sabe.

Miguela.- ¿El qué?

Pepita.- Miguela, parece que vivas en las nubes. Me refería a que como estamos a últimos de mes y normalmente nunca les queda dinero, aprovechan, me hacen la visita y se ahorran el gasto y yo, como soy madre, me callo y me hago la tonta por mi hijo.

Miguela.- ¿Y por quién mejor?

Pepita.- Pues por eso, si no... ya le leería yo la cuartilla a mi nuera.

Miguela.- ¿Por qué?

Pepita.- Porque ella se cree que soy tonta y lo que pasa es que soy prudente.

Miguela.- En eso puede que tenga razón.

Pepita.- ¡Toda! Porque otra en mi lugar le diría: hija ¿por qué no vienes a comer a primero de mes o mejor me invitáis a comer a mí en un restaurante como haces con tu madre?

Miguela.- ¡No me diga que hace eso!

Pepita.- Sí hija, tú qué sabes lo que tiene que aguantar una madre cuando hay nueras por medio. Todo para que no se peleen y total veas para qué, si luego, en cuanto te descuidas se te separan y ¡jala! a casa de la mamá. Cada vez que pienso en mi hijo el mayor,... porque claro que, desde que se separó, está hasta más repuesto, como le cocino yo y antes su mujer sólo le alimentaba con hamburguesas, pizzas y cervezas, la muy,...

Miguela.- ¡No hable así!

Pepita.- ¿Qué no hable así? Pero ¿Crees que es normal que después de quince años de casados le dé por decir que “no se siente realizada” al lado de mi hijo, que quiere divorciarse? Lo que pasa es que desde que cayó en el paro -porque ahí no entras, no qué va, ahí caes, pero con todo el equipo- como los ingresos habían disminuido, la señora no podía continuar yendo los fines de semana de cenas, discotecas, caraoques, bingos, etc., etc., y, claro, en lugar de arremangarse las mangas y ponerse a trabajar

en lo que fuera, para ayudar a su marido hasta que él encontrara algo, le resultó más fácil decir eso: “Que no se sentía realizada” Y menos mal que no han tenido hijos.

Miguela.- Desde luego el mundo está loco. No sabemos lo que queremos.

Pepita.- El mundo no, la gente, que yo no sé para qué nos ha servido tanto adelanto. Cada vez estamos más locos. Si estás bien, no haces más que preocuparte por temer llegar a estar mal y si estás mal no paras de desear estar bien. Total, al final, locos; lo que te he dicho, estamos todos locos.

Miguela.- ¡Ave María Purísima! Qué claro lo ha dicho.

Pepita.- Yo antes no pensaba ni me expresaba así, pero ahora, desde que veo los programas de la tarde en la televisión... Culturizan mucho, ¿no ves que todo son miserias? Deberías comprarte un televisor, verías, verías tú lo que hay en el mundo.

Miguela.- ¡No mande Dios! Yo no necesito saber tanto. Con lo poco que sé, me sobra. (*Llaman*)

Miguela.- (*Se dirige a abrir. Entra la vecina y su niño Raúl*) ¡Hola cariño! ¿Ya estáis aquí? Dame un beso. ¿Qué tal está el papá? ¿Has ido a verle?

La vecina.- Sí. Le han dejado que subiera unos minutos. No vea la alegría que se ha llevado. ¿Tiene visita, la interrumpimos?

Miguela.- ¡No, qué va! Doña Pepita es una clienta, bueno, casi una amiga. ¡Siéntate, anda!

La vecina.- No por mucho tiempo. Es muy tarde para Raúl. Es que hemos subido antes de acostarnos para decirle que los médicos están muy contentos, que han recibido esta mañana todos los informes de las pruebas que le hicieron y...

Miguela.- ¿Qué?

La vecina.- ¡Que todo ha sido una falsa alarma!

Miguela.- ¡Dios! ¡Dios! ¿Cómo no te he de querer? Si es que siempre nos estás poniendo a prueba, pero al final siempre nos recompensas de una forma u otra.

La vecina.- ¡Y que lo diga!

(*Se abrazan emocionadas, estableciéndose una pausa*)

La vecina.- Y la boda, ¿qué tal ha estado?

Miguela.- ¡Huy! Muy bien, de gente hasta los topes.

La vecina.- ¡Claro, como era la hija del Alcalde!...

Pepita.- ¿Estáis hablando de la boda que se ha celebrado hoy en el Ayuntamiento? Yo he pasado esta tarde y había una cantidad de gente... La novia llevaba un vestido muy bonito.

Miguela.- Sí, se lo he cosido yo.

Pepita.- ¡Hija, pues era precioso, finísimo! ¿Elegió ella el modelo?

Miguela.- ¡Que va! Ella quería algo más descarado, pero yo me opuse: bastante tuve con que no me hizo caso en cuanto a lo del color.

Pepita.- De quién ¿del novio?

Miguela.- ¡No, qué cosas dice!

Pepita.- Como a él le vi un poco tostado...

Miguela.- Es que es marroquí, aunque la madre de la novia, la Alcaldesa, se empeñaba en decir a los invitados que era árabe.

Pepita.- ¿Es que no es lo mismo?

Miguela.- Pues yo creo que no. Me va que los árabes son esos que van con esos batones blancos, que tienen esos palacios, que controlan el petróleo.

Pepita.- ¿Y los otros?

Miguela.- Los otros son los que se dedican a la exportación de los higos, de los dátiles, de los frutos secos en general.

Pepita.- ¡Ah!

Miguela.- ¿No es así?

La vecina.- Así será, si así les parece. (*ríen*)

Miguela.- ¿Queréis una copita de anís? Yo voy a tomarme una a ver si me arregla el estómago – como he comido todas esas cosas tan raras que nos han servido –

La vecina.- ¿El qué?

Miguela.- Pues hija no lo sé.

Pepita.- Pero ¿qué es lo que han dado de cenar?

Miguela.-Lo primero creo que era marisco, pero como estaba pelado y vestido con una salsa del color del traje de la novia – seguramente para hacer juego –... De lo segundo, estoy segura que era carne pero con otra salsa marrón oscuro, seguramente también para hacer juego con el color de la piel del novio. Bueno y antes de todo eso sirvieron canapés, todos muy variados, pero que sabían a lo mismo. Lo que sí me ha gustado ha sido la tarta de los novios de tres pisos y de color blanco.

La vecina.- ¿De merengue?

Miguela.- No, de nata y fresas. Era preciosa.

Raúl.- ¡Tía Miguela! ¿Yo tendré una tarta de nata y chocolate cuando tome la primera comunión?

Miguela.- ¡Claro que sí, hijo! La tía te la encargará bien grande, con un muñequito arriba vestido de marinerito.

Raúl.- ¿Cómo el traje que me has hecho tú?

Miguela.- (*alarmada*) ¡Raúl, el secreto!

Raúl.- ¡Es verdad, se me ha escapado!

La vecina.- ¡Qué cosas tiene!

Miguela.- Mira, no te enfades, pero tu hijo y yo, teníamos un secreto que compartir y ahora creo que es el mejor momento para desvelarlo.

La vecina.- ¿El qué?

Raúl.- ¡Mami, el secreto!

La vecina.- ¡No entiendo nada!

Miguela.- ¡Vamos! Esperad un poco (*Miguela y el niño salen de la escena*)

Pepita.- ¡Qué rico es el niño! ¿Qué edad tiene?

La vecina.- Siete años.

Pepita.- ¿Y va a tomar la primera comunión?

La vecina.- Sí, al mes que viene.

Pepita.- Entonces estarás contenta.

La vecina.- No sólo por eso, si no por lo de mi marido.

Pepita.- Mujer, eso es una buena noticia.

La vecina.- Sí, lo hemos pasado muy mal pero, gracias a Dios, parece que todo se va a resolver favorablemente.

Pepita.- ¡Ay hija! Yo, aunque a veces despotriqué reconozco que si no fuera por la fe que tenemos no sé qué sería de nosotros.

La vecina.- Tiene razón, porque el ser humano tiene que creer en algo, en alguien superior a él mismo y gracias a eso parece que las penas se te hacen más llevaderas.

Pepita.- Y que lo digas hija, y que lo digas.

Miguela.- (*Aparece en escena imitando el sonido de un cornetín:*) ¡Tararí! Silencio. Ahora va a aparecer Raúl para darles una sorpresa. Tienen que cerrar los ojos y no abrirlos hasta que yo no lo diga. ¿Dispuestas? Pues venga. (*Aparece el niño con el traje de comunión*)

Raúl.- ¡Ya vale! ¡Ya podéis abrir los ojos!

La vecina.- (*sorprendida*) ¡Oh! Pero ¿qué esto?

Pepita.- ¡Qué guapo!

Raúl.- ¡Mi traje de comunión mamá! Me lo ha hecho la tía Miguela.

La vecina.- ¡Hijo, ven, déjame que te abrace! (*se funden madre e hijo en un abrazo con la emoción contenida de Miguela y Pepita que contemplan tan emotiva escena entre madre e hijo*)

La vecina.- ¡Miguela, Dios la bendiga! No sé cómo podré pagarle todo lo que hace por nosotros, por mi hijo.

Miguela.- Pues está claro: queriéndome como sé que me queréis. ¡Anda, no llores más, que al final vas a conseguir que lo haga yo también y no quiero!

Pepita.- ¡A mí se me han empañado las gafas! Qué bonito, esto sí que es bonito. ¡Ven, dame un beso hijo! Y mira, como yo no tengo nietos y al paso que van mis hijos, Dios sabe cuándo será, te voy a hacer un regalo que tenía guardado para cuando los tuviera.

La vecina.- ¿Sí? ¿Qué es?

Pepita.- Un ordenador de esos que se llevan ahora –me tocó en la Caja -

Raúl.- ¡Bien! Mamá ¿has oído? ¡un ordenador!

La vecina.- Sí hijo.

Pepita.- Ya se lo traeré la semana que viene. Se lo diré a mi hijo que lo traiga con el coche.

La vecina.- ¡Muchas gracias señora, no tenía porqué!

Pepita.- No las merece. Seguro que su hijo, por lo listo que le veo, le sacará mucho producto y me voy, que es tardísimo.

La vecina.- Si, nosotros también nos vamos (*se levantan para marcharse la vecina, su hijo y la Sra. Pepita*)

Raúl.- ¿Tía Miguela, hace falta que me lo deje aquí?

Miguela.- Ahora ya no, te lo puedes guardar en tu armario hasta que llegue el día de tu comunión, que espero sea tan feliz como tus papás y tú os merecéis (*le da un beso en la frente a Raúl*) Que descanséis.

La vecina.- ¡Gracias, gracias por todo! (*se abrazan*)

Pepita.- Bueno, Miguela me voy a casa. Ya vendré la semana que viene.

Miguela.- De acuerdo. ¡Buenas noches!

Raúl.- Hasta mañana tía Miguela.

Miguela.- Si Dios quiere (*todos salen de escena salvo Miguela*)

Miguela.- (*Mirando hacia el cielo*) ¡Gracias Dios mío por lo del padre de Raúl! Te debo como mínimo tres rosarios. Protégelos,

dales la oportunidad de criar a ese niño y puedan hacer de él un hombre de bien. *(Bebe)* ¡Ala Miguela, hoy sí que te has pasado! Miguela, qué nombre más original. Ahora me doy cuenta. Todo por la cabezonería de mi padre. Claro que, si me llegan a poner el de mi madre, me muero: Robustiana *(ríe)*

Todavía sigo estando disgustada por lo del color del traje de la novia: rosa. Será boba, que “ella es muy moderna” -como si la modernidad estuviera sujeta a un color- ¡Tonterías! *(bebe)* Hoy, a pesar de todo, estoy como esas nubes negras que amenazan tormenta. Hacía tiempo que no me ocurría. Debe de ser por lo de la boda a la que he asistido. Ha sido fría, porque no es igual que casarse por la Iglesia, digan lo que digan. Con lo bonita que es la de mi pueblo: humilde, pero bonita. Cuántas veces me la he imaginado toda llena de flores blancas,... A punto estuve de colmar mi sueño, pero Dios no lo quiso y Él sabrá por qué. La verdad es que aquello fue duro *(bebe)* Todo estaba preparado. Hasta el traje de novia terminado. Por cierto, voy a mi dormitorio a traerlo.

(Sale y vuelve con un traje blanco de novia enfundado en una bolsa de plástico)

¡Aquí está! *(mira al cielo dirigiéndose a Dios)* ¿Lo hago o no lo hago?... *(bebe)* ¡Voy a hacerlo! *(mira hacia arriba)* ¿No será pecado, verdad que no?

(Coge el ramo y sale de escena para ponerse encima de su ropa el vestido de novia que amorosamente tenía guardado)

¡Huy! Si no me cabe. *(imitando la voz de la hija del Alcalde)* De rosa, de rosa, “lo quiero moderno” de color de rosa ¡Bobadas! De color rosa... pues mira yo: ¡de blanco!

(Al fondo del escenario aparece vestida de novia colocándose una corona de flores de cera con un velo de tul... Conectar un fondo musical adecuado a lo dramático y patético de la escena. Lenta y ceremoniosamente, como si estuviera entrando en la iglesia, se coloca en primer término del centro del escenario y acariciando su vestido gime:) ¡De blanco, como la nieve; de blanco como la sal; de blanco, como una paloma blanca! *(gira dando vueltas, medio borracha. Ríe y llora)* ¡De blanco! Yo, *(señalando al cielo)* si Él, lo hubiera permitido, lo habría hecho de blanco; tan de blanco, como la sábana que yo bordé y con la que me lo *(desgarradoramente)* amortajaron... ¡Yo, lo habría hecho

de blanco! *(termina llorando y derrumbada en el escenario)*

TELÓN

VOLVER A VERTE

-Tragicomedia en dos actos-

VOLVER A VERTE

-Tragicomedia en dos actos-

Personajes: *Alejandro. Raúl. Doña Amparo. Engracia. Elia. Enfermera. Voz en off., del niño Rubén.*

Decoración:

*Primer acto: salón de vivienda vanguardista. Iluminación diurna.
Segundo acto: dormitorio con TV. Iluminación nocturna.*

PRIMER ACTO

(En escena aparece sentado en un sofá y vestido de manera informal Raúl, que se halla hojeando una revista. Al instante entra Alejandro, vestido con traje de ejecutivo y portando un maletín)

Alejandro.- ¿Qué tal te ha ido el día?

Raúl.- ¡Normal! ¿Y a ti?

Alejandro.- (*se acerca y besa a Raúl*) Regular. Cada vez me aburren más los homenajes. Y el de Narváez, he de reconocer que ha sido tedioso, porque además de lo insoportable que es como persona, el Rector se ha pasado un montón ponderando las virtudes del sujeto. ¡Como si todos no supiéramos de qué pie cojea!

Raúl.- Está claro que la Universidad es como el Vaticano: mucha mierda, pero encubierta, para que no salpique. Yo no entiendo cómo se puede homenajear a alguien a quien se le ha obligado a marchar, socavadamente claro, por dar rienda suelta a sus necesidades sexuales.

Alejandro.- No ha cambiado nada. Ya sabes que en este país puedes hacer lo que te plazca, pero siempre y cuando, no des pié a que los demás no puedan eludir la realidad. Y Narváez, hemos de reconocer que ha tenido un par de cojones, porque además de enrollarse con una cubana de diecinueve años, la ha paseado por todos los sitios e impuesto al resto de sus compañeros de Universidad en cenas y homenajes.

Raúl.- Y de qué se han asustado ¿de ver que ellos no los han tenido?

Alejandro.- No seas así Raúl. No todo el mundo tiene las mismas ideas. La mayoría de mis compañeros están casados, y aunque sus esposas les resulten aburridas no tienen más remedio que soportarlas, porque ellos son conscientes también de que tampoco están como para ser soportados por alguien con quienes no se esté vinculado por intereses comunes, tales como la familia, el bungalow, el coche...

Raúl.- Hablando de coche: mañana tienes que levantarte media hora más temprano para acompañarme a recoger el mío.

Alejandro.- De acuerdo.

Raúl.- ¿Qué cenamos hoy?

Alejandro.- Voy a preparar una ensalada y quesos. No he tenido ganas de cocinar. Pero aún es pronto.

Raúl.- Lo que tú digas. ¿Te apetece un jerez?

Alejandro.- Mejor un zumo de tomate.

Raúl.- De acuerdo, ahora lo preparo. Pero antes voy a cambiarme para estar más cómodo (*se acerca a Alejandro para hojear la revista*) ¡Huy! ¡Que virilidad la del elefante! ¡Ojalá la conservaras tú!

Alejandro.- ¡No empecemos! Yo no me he metido contigo.

Raúl.- Ni yo tampoco. ¿O es que decir en voz alta lo que uno desearía, es meterse con alguien...? No te enfades (*le da un beso y se entra al dormitorio para cambiar su atuendo. Desde dentro Alejandro pregunta:*)

Alejandro.- ¿Qué tal está lo del hijo de Jacinta?

Raúl.- Mañana sale con la provisional.

Alejandro.- ¿Y vuelve con su madre?

Raúl.- ¡Claro! A ver con quién se va a ir.

Alejandro.- Pues empezamos de nuevo a padecer. ¿Cómo se le ocurre volver a meter en casa a su hijo?

Raúl.- ¡Y qué va a hacer!, como dice ella. No tiene otra solución. No va a tirarlo a la calle.

Alejandro.- Yo no soy tan cruel como para decir que haga eso. Pero la Administración debería intervenir en estos casos, porque no es normal que, después de que le condenaran a prisión por los maltratos a la madre, ahora permitan que regrese con ella. Deberían tener guarderías como con los niños para que, por lo menos, fueran atendidos por gente especializada.

Raúl.- ¿Cuándo te convencerás de que no todo es tan simple y tan fácil como lo planteas?

Alejandro.- Tienes razón, soy un utópico; pero gracias a ello hemos conseguido muchas cosas. Gracias a los utópicos avanza la sociedad. (*Sale vestido informalmente*)

Raúl.- ¡No me jodas!

Alejandro.- ¡No seas mal hablado!

Raúl.- ¿Vulgar, quieres decir vulgar? Recuerda que eso fue precisamente lo que te atrajo de mí: la vulgaridad. ¿O es que ya no te acuerdas de aquellas camisetas ceñidas, de aquellos pantalones, de aquella melena?

Alejandro.- Tú nunca has sido vulgar. Lo que necesitabas era un simple pulido.

Raúl.- ¡Claro y para eso estabas tú, para pulirme! (*le vuelve a besar*)

Alejandro.- ¡No sé cómo tienes ganas! Yo ya estoy mayor para estos trotes.

Raúl.- ¿Mayor a los cuarenta y dos años? Tú siempre has estado mayor. No, mejor dicho: maduro. Eso fue lo que me atrajo de ti, esa madurez que yo nunca he tenido fue lo que hizo que volviera

al redil. Gracias a eso pude terminar Derecho.

Alejandro.- Y convertirte en lo que hoy eres: un afamado Abogado penalista.

Raúl.- Y tú, continuar siendo lo que eras: un maravilloso Catedrático de Historia (*comienza a acariciar con sensualidad a Alejandro que se entrega con agrado al amoroso invite hasta que suena el timbre*)

Alejandro.- No te molestes, abro yo. Debe de ser tu madre. Le he dicho que volviera sobre estas horas. Quiere hablar contigo de no sé qué problemas jurídicos.

Raúl.- ¡Pues con el día que he llevado hoy no estoy para muchos problemas!

Alejandro.- Será simplemente una excusa para justificar su visita. (*Alejandro sale a abrir la puerta y entra Doña Amparo*)

Amparo.- ¿Ha llegado?

Alejandro.- Sí, aquí lo tiene, vivito y coleando.

Raúl.- ¡Hola mamá!

Amparo.- ¡Gracias a Dios que te veo! ¡Hijo, te haces tan caro de ver...!

Raúl.- ¡Es que tengo mucho trabajo mamá!

Alejandro.- No te disculpes. Tu madre tiene razón.

Amparo.- Si estuvieras viviendo en el extranjero seguro que te vería más. Por lo menos cuando tomaras vacaciones, porque ahora, ni aun en verano te veo. ¡Como siempre estáis viajando!

Raúl.- No me riñas mamá, que ya no soy un crío.

Amparo.- ¡De eso te salvas, porque si lo fueras ya te iba a dar yo para el pelo!

Alejandro.- ¿Le apetece tomar algo con nosotros? Puede quedarse a cenar. Luego la acercamos a casa. Mañana es sábado, no hay que madrugar.

Amparo.- No sé qué decirte. Bueno, de momento, me puedes poner una copita.

Raúl.- ¿De jerez, como yo?

Amparo.- ¿No me emborrachará?

Raúl.- ¡Mamá! con una copa no creo que te marees.

Amparo.- ¡Vale! Entonces pónmela. Pero necesito tomar algo sólido, porque si no, puedo caer redonda.

Raúl.- Aquí traigo unas patatas fritas. (*Se sientan todos alrededor de la mesa de centro y toman la copa que previamente ha servido*

Raúl)

Raúl.- Me ha dicho Alejandro que tienes problemas.

Amparo.- No son problemas, son líos. ¡Estoy harta de inquilinos! Cada vez se ponen más pesados. No hacen más que exigir y yo, económicamente no estoy para hacer todas las reformas que ellos quieren. Con lo que me pagan no puedo hacer muchos milagros y no tengo la culpa de que el edificio esté cada día más viejo. ¡Qué más quisiera, pero el pobre está como yo, en ruinas!

Raúl.- ¡Ya empezamos! ¿Oyes lo que está diciendo mi madre? ¿No te parece una tontería? Nadie diría que tiene la edad que tiene.

Amparo.- ¡Claro que nadie lo diría, porque sería una descortesía para conmigo que yo no perdonaría!

Alejandro.- Amparo, su hijo tiene razón. Está estupenda.

Amparo.- ¡Qué amable y educado has sido siempre conmigo! La verdad es que al principio no entendía cómo mi hijo, tan guapo, podría haberse enamorado de ti. ¡Perdón, quiero decir de una persona tan seria como tú! Pero cada día estoy más convencida de que ha tenido mucha suerte encontrándote, porque aunque no te puedo negar que me habría hecho más ilusión de que se enamorara de una mujer, por lo de los nietos, ya sabes, he de reconocer que has sido y eres la pareja perfecta para mi hijo. ¡Nunca lo he visto tan equilibrado hasta que te conoció!

Alejandro.- Yo no he hecho nada. El mérito en todo caso es de él.

Amparo.- No, el mérito es del amor que nos moldea como hierro candente (*suena el timbre*)

Alejandro.- ¿Quién será a estas horas? no esperamos a nadie (*Sale de escena para abrir la puerta*)

¡Hola, eres tú! (*entran Alejandro y Engracia. Ella lleva un paquete entre las manos*)

Engracia.- ¡Creía que no llegaba a tiempo! ¿No habrán cenado todavía, verdad? (*saluda a Amparo y Raúl*)

Alejandro.- No Engracia. ¿Qué ocurre?

Engracia.- Que me han traído embutidos del pueblo y he pensado: voy a preparar una empanada para mis señoritos, que los pobres no comen más que congelados.

Raúl.- Pues has tenido una buena idea. ¿Tienes mucha prisa?

Engracia.- No me espera nadie en casa.

Alejandro.- Entonces, te quedas también a cenar con nosotros.

Luego os llevamos a las dos ¡Acomódate! (*Engracia toma asiento y le entrega la empanada a Alejandro que sale de escena*)

Raúl.- ¿Le hace una copita?

Engracia.- ¿Me subirá la tensión?

Amparo.- Eso me haría falta a mí, que me la subieran.

Engracia.- Me refería a la tensión.

Amparo.- ¡Ah! Había entendido la pensión.

(*Alejandro regresa con la bandeja en la que porta bebidas y frutos secos y Alejandro le sirve una cerveza*)

Alejandro.- ¿No estaba mejor?

Engracia.- Gracias a las pastillas que me tomo, si no...

Amparo.- Hija, es que a ciertas edades ya se empieza a estar achacosa, he de reconocerlo, pero no sé qué tiene esta vida, que nadie quiere dejarla o, por lo menos, lo más tarde posible.

Engracia.- Pues será usted, porque yo, con lo de mi hijo, a veces pienso cosas raras.

Amparo.- Tienes razón, no había caído en eso.

Raúl.- Pero vosotras sois unas mujeres fuertes, habéis sobrevivido a una posguerra,

Alejandro.- a una dictadura,

Amparo.- a una democracia,

Raúl.- a un centro,

Amparo.- a una izquierda

Engracia.- y una derecha -democrática, claro, según dicen - ¡Lo hemos vivido todo!

Amparo.- ¡A nosotras sólo nos queda por vivir el viaje a la Luna!

Alejandro.- Pues como se siga avanzando en la longevidad, como se está avanzado, no me extrañaría que a los cien años las enviaran allí con un viaje del Imsero.

Amparo.- ¡No mande Dios! Yo no me atrevería.

Engracia.- Pues a mí, no me importaría.

Amparo.- Y ¿quién le dice a usted, que una vez allí no nos dejaran perdidas?

Engracia.- Ahora todo está muy controlado. No es como antes, que te perdías y no te encontraban ni en el pajar, -que es donde solías perderte-

Amparo.- No me fío mucho. Con la esperanza de vida que dicen que se va a tener, La Tesorería de la Seguridad Social, es capaz de deshacerse de nosotros, los mayores, con tal de ahorrarse la

jubilación y los medicamentos.

Engracia.- ¡Yo no quiero ni pensar semejante cosa! ¿Mira que si llegamos a los cien, como dice Alejandro? Sería mi ruina, porque conforme estoy ya con sesenta y tres años.

Amparo.- ¿Sólo tiene sesenta y tres años?

Engracia.- ¿Es que no los aparento?

Amparo.- ¡Claro hija, esos y algunos más! por eso lo preguntaba.

Raúl.- ¡Mamá!

Alejandro.- Engracia está muy bien. Claro que tampoco hay que negar que no es lo mismo llevar una vida placentera como la de Doña Amparo, que llevarla como la lleva Engracia. Todo se refleja en el rostro al final.

Amparo.- ¿Qué quieres decir, que yo no he pasado en esta vida, porque apenas tengo arrugas? (*con tono victimista*) ¡Pues también he pasado no creas! He perdido a un marido que me adoraba. – bueno, más bien que me mandaba- Me he quedado viuda y sola. Lo que ocurre es que una tiene un carácter, que todo se lo echa a la espalda. Porque no quiero reprocharte nada, pero recordarás todo lo que pasamos tu padre y yo cuando nos hiciste saber lo de tu homosexualidad.

Raúl.- ¡Mamá! Todo eso forma parte del pasado y está superado.

Amparo.- Sí, claro; pero hijo, tu padre, sargento de caballería confiado en que su hijo fuera comandante... y de repente le dices que ni general, ni comandante, que sí que a ti te va el ejército, que a ti te gusta el armamento, pero de otra forma. Vamos, que a ti lo de los tanques y los fusiles, nada de nada, que a ti lo que te volvía loco eran “las pistolas” ¡Después de haber puesto toda su esperanza en ti! ¡De ser su hijo único!

Raúl.- ¡Permite que ahora me ría de todo el revuelo que se armó! Y lo que más gracia me hizo, fue cuando me llevaste a que me tratara un Psicólogo para que me curara la enfermedad mental que papá creía que tenía (*ríe*)

Amparo.- ¡No te rías! Que encima me cobraba por cada visita tres mil pesetas de aquel entonces.

Raúl.- Para luego invitarme a cenar a solas y así poder seguir la “terapia” de grupo en el dormitorio de su casa particular.

Amparo.- Con razón me decía que todo era “natural”.

Alejandro.- ¿Es que todavía le parece a usted que lo nuestro no es natural?

Engracia.- Para mí, sí que lo es. Reconozco que no tengo mucha cultura de la del libro, pero tengo conocimiento de lo que pasa en la calle, en el mundo y a mí lo de los señoritos me parece cosa normal. ¿O es que no ve como salen en la Tele? Su hijo y Don Alejandro serán lo que serán, pero son unos señores. Lo que yo no sé si podría resistir es que en uno de esos programas mi hijo saliera de repente vestido de drag-queen y que encima me llevara de invitada, para que descubriera a qué dedica el tiempo libre. ¡Creo que me cogería un espasmo! ¡Delante de todo el país!

Amparo.- ¡Es que usted también pone unos ejemplos!

Engracia.- Los que hay. Además, con todo lo que se oye no sé cómo no está curada de espanto.

Amparo.- Curada no estoy pero espantada, bastante. Hasta los curas, hoy en día, salen del armario.

Raúl.- ¡Bueno! y hasta del ejército adonde mi padre se empeñó en que perteneciera.

Amparo.- ¡Es que se ha perdido la vergüenza!

Alejandro.- Entonces, ¿piensa que nosotros no la tenemos?

Amparo.- Lo de vosotros es distinto, vosotros os queréis. Lucháis porque se os respete y respetáis, pero es que la mayoría, parece que encima de lo que tienen, se alegren.

Engracia.- ¿Y no le parece que hay para alegrarse? La vida son cuatro días y el que nace así no tiene por qué vivir en la sombra, como antes. Lo que yo no entiendo mucho es por qué ahora reconocer que se es maricón, equivale a salir de un armario. No sé qué relación tiene una cosa con otra. Porque a mi poco entender lo de meter y sacar está claro, pero en un armario...

Raúl.- ¿Para qué sirve un armario, Engracia?

Engracia.- Para guardar ropa: camisas, chaquetas, pantalones...

Raúl.- Pues eso es lo que hacen algunos homosexuales: encerrar y guardar en un armario su inclinación sexual aunque no puedan evitar sacarla de vez en cuando, para que se airee como la ropa (*Alejandro y Raúl ríen*)

Engracia.- ¡Cómo se ríe de todo su hijo! ¡Qué buen humor tiene! Usted también Don Alejandro, pero menos, perdone que se lo diga. Usted me da más respeto.

Amparo.- Pues yo prefiero a las personas así: serias y cariñosas, como él.

Alejandro.- ¿Otra copita?

Engracia.- ¡Bueno!

Amparo.- ¡Yo también! Los médicos dicen que beber alcohol reduce el riesgo de demencia senil o como lo llaman ahora, Alzheimer.

Raúl.- ¡Claro mamá! Pero tienes que llevar cuidado.

Amparo.- ¿Por qué?

Alejandro.- Porque me temo que sí, que beber alcohol reduce el riesgo de esas enfermedades, pero es porque te mueres antes de la cirrosis que enganchas.

Engracia.- ¡Ay! no me asuste. Que yo suelo beber mucha cerveza.

Alejandro.- ¿Y qué es para usted, mucha cerveza?

Engracia.- Pues dos botellas de litro, diarias. ¿De qué cree que tengo este estómago?: del gas. Porque yo antes, tenía una cintura de avispa...

Amparo.- Y yo un pelo, y unas uñas...

Engracia.- ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

Amparo.- Nada. Pero quiero decir que yo antes, también tenía una melena y unas uñas y ahora, con el colesterol...

Raúl.- ¡Prohibido hablar de enfermedades! Que a vosotras se os da un dedo y os tomáis la mano. No debéis quejaros. Estáis estupendas. Cambiemos de tercio.

Amparo.- ¡Tienes razón! No vamos ahora a amargaros la vida con nuestras dolencias. Por cierto, ¿hay alguna revista esta semana?

Raúl.- Alguna debe de haber por ahí.

Amparo.- ¡Ah! Pues que no se me olvide llevármela, así me distraigo. No es que tenga mucha vista para poder leer, pero me entretiene mucho ver las fotografías.

Engracia.- Lo mismo que a mí. Yo me lo paso muy distraído. Sobre todo con las revistas que compran ellos, sobre cuerpos humanos.

Raúl.- ¡Mira aquí tienen dos! (*les entrega una revista*)

Amparo.- (*hojea la revista*) ¡Huy! qué descaró. Comprendo que tienen unos cuerpos perfectos,...

Engracia.- (*observando la suya*) Perfectos no. De “Danone”. Cuerpos de “Danone”.

Amparo.- No saben qué hacer ya para vender. ¡Mira que llamar a esto cuerpo “Danone”, con lo negro que está! (*le entrega la revista, en donde aparece fotografiado un negro desnudo*)

Alejandro.- ¿Que cómo le llamaría usted?

Amparo.- ¡Yo soy una señora!

Engracia.- Pues yo a esto le llamaría mejor “pata negra”. (*ríen*)

Amparo.- ¿No tienes más patatitas fritas o unas aceitunas?

Alejandro.- Voy a verlo yo. (*sale para traer frutos secos. Llaman a la puerta*)

Raúl.- ¡Vaya hoy no paran de llamar! (*Raúl sale a abrir la puerta*)
¡Elia!, pasa, pasa. No te quedes ahí (*entran en escena Raúl y Elia que se halla embarazada con la edad de unos veintitantos años*)

Elia.- ¿Tenéis visita?

Raúl.- No. Son de casa. Pasa.

Elia.- Buenas noches.

Alejandro.- (*Regresa a la escena con los frutos secos y la saluda efusivamente*) ¡Hola Elia! Qué bien que hayas venido. Mira: aquí te presento a Doña Amparo, la madre de Raúl y a nuestra asistente Engracia. Ella se llama Elia. Es una gran amiga nuestra. (*Se saludan las tres mujeres*)

Alejandro.- Siéntate aquí, anda. Estarás más cómoda. ¡Qué bien que hayas venido!

Engracia.- ¿Estás embarazada?

Amparo.- ¡Qué graciosa eres Engracia! Mira que preguntarle si está embarazada. Si no lo puede negar.

Engracia.- Ya... Pero a mí, el otro en el día en el autobús, un señor me cedió el asiento y yo, tan contenta, le di las gracias y resulta que, el muy grosero, va y me pregunta que de cuánto estaba.

Raúl.- ¡Pues menudo piropo Engracia! porque a tu edad, preguntarte eso es como un piropo.

Engracia.- Ahora que lo dice, puede que sí que tenga razón. Que lo que quisiera fuera piropearme. No había caído yo en eso. Menos mal que aún hay gente amable.

Amparo.- ¿De cuántos meses estás?

Elia.- De seis meses.

Amparo.- ¡Pues te queda lo peor! Los últimos meses son los más pesados y encima del verano, más.

Engracia.- Yo lo pasé muy mal los dos primeros meses. No hacía más que vomitar. No soportaba ningún olor y encima, con ardores.

Amparo.- Usted no se privó de nada.

Engracia.- Como que si yo lo llego a saber, de dónde... Y encima, una vez criado, te balda a palizas.

Raúl.- Jacinta, él no es dueño de sus actos. Tienes que reconocer

que tu hijo está enfermo.

Engracia.- Si yo lo reconozco. Y que aunque me pegue es mi hijo. Y al fin y al cabo, ¿quién le va a dar el cobijo que necesita? una madre, porque a ver si no.

Amparo.- Pues yo, cuando me quedé embarazada, me llevé una alegría tremenda, aunque claro, como dijo el poeta “no hay rosa sin espina”. Primero vino el “capullo” y luego la “espina”. Para que veas. Nadie está satisfecho del todo.

Engracia.- ¿Sabes ya el sexo de lo que traes?

Amparo.- Y para qué lo quiere saber. Eso son tonterías, porque a mí me dijeron que era un niño y...

Engracia.- Y un niño ha tenido, o es que Don Raúl no es un hombre.

Amparo.- ¡Claro! Un hombre. Y ¿quién ha dicho lo contrario? Un hombre “sensual” no quiere decir que no sea como los demás, pero, claro, yo me he quedado con las ganas de tener un nieto.

Elia.- A mí me han dicho que es un niño.

Amparo.- Pues tu marido debe de estar contentísimo. Porque a los hombres eso de tener un hijo que lleve su apellido es lo que más les gusta. Luego se lo pueden llevar al fútbol, a los bares; hacen muchas migas de mayor. En eso sí que he de reconocer que dentro de lo malo yo, naciendo mi hijo como ha nacido, he disfrutado mucho más de él, porque tienen razón los que opinan que los “hombres sensuales” tienen más amor hacia sus madres que los “hombres normales”.

Elia.- ¡Raúl, yo no sabía que tenías una madre tan chistosa!

Alejandro.- Si la trataras más, te darías cuenta que no es tan intransigente como parece, lo que ocurre es que ha sido educada en un seno familiar retrógrado y lo de la homosexualidad no lo lleva muy bien.

Amparo.- Ahora sí. Ahora ya lo tengo asumido y hasta le encuentro unas ventajas que antes no encontraba.

Alejandro.- ¿Cuáles son esas ventajas Doña Amparo?

Amparo.- Por ejemplo: el no correr el riesgo de tener que soportar a una nuera.

Raúl.- Mamá, Alejandro es como un yerno.

Amparo.- Pero es distinto, porque con él no tengo que competir como lo haría con una nuera, con una mujer. Con él comparto el cariño hacia ti, pero no intenta robármelo.

Alejandro.- (Le da un beso en la mejilla, cariñosamente, a Doña Amparo) ¡Claro que no, al contrario! Muchas veces me quejo de que Raúl no esté más pendiente de usted. Él, aún no sabe lo maravilloso que es poder decir “madre”. Cuando la pierda se dará cuenta que es la palabra más bella que existe.

Engracia.- Tanto como la de “hijo”

Amparo.- Qué sensible eres Alejandro. Te ganas todo el cariño que te tengo. Y mira, si algún día, por lo que fuera, se os ocurriera seguir la “moda” de separaros, Raúl, con tiempo te lo advierto: a mí no me pongas en la tesitura de tener que renunciar al cariño de Alejandro.

Raúl.- ¡Tranquila mamá! Nosotros ya no estamos para ir a la “moda”. Nosotros ya hemos convertido nuestra relación en algo sólido.

Amparo.- ¡Cuánto me alegra oírte decir eso! Lo único que os falta para ser una pareja perfecta es tener... ¡un perro! He oído en una tertulia de la radio que los perros hacen mucha compañía y que se ha descubierto que, además de ser beneficioso para los ancianos, lo es también para las parejas que no pueden tener hijos, porque vuelcan en el perro todo el cariño que no pueden depositar en un niño.

Engracia.- ¡Se ha pasado Doña Amparo! ¿Cómo va a ser igual un perro que un hijo?

Amparo.- ¡Yo no he querido decir eso! Yo me limito a decir lo que oí.

Alejandro.- Doña Amparo, su hijo y yo tenemos en proyecto llenar esta casa de alegría. Dentro de poco se llevará una sorpresa.

Amparo.- A mi edad, hay pocas cosas que me puedan sorprender ya. Estoy curada de espanto.

Raúl.- ¿Tú crees?

Alejandro.- Doña Amparo ¿y si alguien le dijera que va a ser abuela?

Amparo.- ¡Pues le diría que es un grosero, porque yo puedo ser mayor, pero no abuela, porque desgraciadamente no tengo nietos!

Alejandro.- Me refiero a eso, Doña Amparo. Si alguien le dijera que va a tener un nieto. ¿No le sorprendería agradablemente?

Amparo.- No quiero ni pararme a pensar. Eso más que una sorpresa, sería una bendición.

Raúl.- ¿Se lo digo ya Alejandro?

Alejandro.- Creo que ya es hora y éste sería un buen momento.

Engracia.- Disculpen. Voy un segundo al servicio, con el permiso de ustedes.

Alejandro.- No Engracia. No tienes que irte. Para nosotros eres como de la familia. Debes participar también de la “buena nueva”.

Engracia.- Como usted diga.

Alejandro.- ¡Vamos a tener un niño!

Amparo.- Pero, ¿qué locura es esa?

Raúl.- ¡Sí mamá! Lo tenemos decidido.

Amparo.- Pero ¿os habéis vuelto locos? Por mucho que os ejercitarais y muy adelantada que esté la ciencia, vosotros no podéis...

Elia.- Sí, Doña Amparo. Yo soy la madre. Su nieto está en mi seno ya.

Amparo.- ¡Ay, ay, ay, que me da un espasmo! (*alarmados se dirigen a ella para atenderla*) ¡Hijo: tú me quieres matar! ¡Has venido al mundo nada más que para sorprenderme!

Engracia.- Pero esta sorpresa es preciosa Doña Amparo. ¡Por fin va a tener un nieto! ¿No decía que era la única pena que tenía, la de no poder ser abuela? pues para que vea, nunca es tarde y hasta al final...

Amparo.- Pero señorita, ¿no me diga que la ha embarazado mi hijo? ¿Cómo ha conseguido ese milagro?

Engracia.- Ahora que lo dice, tiene razón. Parece cosa de un milagro.

Elia.- Señora, mi hijo no va a tener un solo padre. Mi hijo tiene dos por falta de uno.

Alejandro.- Se ha sometido a un tratamiento de fecundación “in Vitro”.

Amparo.- O sea, ¿quiere decir que mi nieto es un “niño probeta”?

Engracia.- “Probeta” será, pero el embarazo bien abultado que está.

Raúl.- Mamá, Alejandro y yo hemos sido los donantes del semen y pedimos que fuera fecundada con ambos.

Amparo.- Pero ¿quién se ha casado con esta señora?

Elia.- Señorita, yo estoy soltera.

Amparo.- ¿Entonces?

Elia.- Soy lesbiana y quiero mucho a Alejandro y a Raúl y ellos se merecen ser padres. Me he prestado a la inseminación artificial.

Cuando dé a luz ellos ejercerán sus derechos plenamente. Pienso trasladarme a vivir a Francia. No sabrán nada de mí. No les perturbaré en la educación. Lo único que quiero es poderme dedicar a la escultura y con la cantidad que reciba podré vivir holgadamente hasta que consiga una estabilidad económica y un reconocimiento artístico.

Amparo.- ¿O sea, que usted es una madre de alquiler?

Raúl.- ¡Mamá!

Amparo.- ¡Con lo mal que me va a mí con los alquileres!

Alejandro.- No es lo mismo Doña Amparo. Esto está pactado, pero con el amor y por él asumimos todos los derechos y obligaciones que contraemos. No tiene por qué preocuparse. Lo tenemos todo hablado.

Engracia.- Pues entonces ya puede dormir tranquila, porque con lo listo que es su hijo como Abogado, lo tiene que tener todo más que atado.

Amparo.- ¡Atado lo dejó Franco y mire todo lo que se armó después!

Engracia.- ¡Y aún no ha parado de armarse! No sé adónde vamos a llegar. Esto mismo, si Franco levantara la cabeza se volvía a morir.

Amparo.- Bueno, Franco y mi esposo. El hijo de un militar, no sólo no sale del armario porque ni siquiera quiso entrar sino que, además, ahora, va a ser padre gracias a una madre de alquiler. Yo, creía que todo lo tenía ya vivido, pero con esto último no contaba.

Alejandro.- Doña Amparo, no tiene por qué preocuparse. Sabe que su hijo y yo estamos preparados para asumir todas las obligaciones. Es lo único que nos faltaba para consolidar nuestra felicidad: un hijo, Doña Amparo, no un perro.

Amparo.- ¡Alejandro, no me malinterpretes! Lo del perro lo he dicho sin saber lo que ahora sé y he de reconocer que adonde esté un hijo, lo demás...

Alejandro.- Mi deseo es que de momento lleve los apellidos de Raúl como padre, junto con los de la madre hasta que yo pueda adoptarlo como pareja de su hijo, en cuanto cambien las leyes.

Engracia.- Entonces voy a tener que espabilarme, porque un niño en casa y más cuando son pequeños, da mucho trabajo -porque me imagino que no se les ocurrirá buscar a otra muchacha más joven para que les atienda, ¿verdad?-

Alejandro.- Tranquila Engracia. Nosotros estaremos encantados de que sigas viniendo a casa como hasta ahora.

Amparo.- ¡Oye, que no se os olvide que aquí está también la abuela para ayudar en lo que haga falta!

Raúl.- Por supuesto mamá, pero con una condición: que no le mimes tanto como me mimaste a mí. No vaya a ser que le gusten también las muñecas como a mí.

Amparo.- Eso pensé yo, que te gustarían las muñecas de carne y hueso, pero mira... me equivoqué en poco, porque te gustaron los muñecos – no lo digo por ti – (*se dirige a Alejandro*)

Elia.- Si se parece a la madre, va a tener a un varón total.

Amparo.- ¡Bueno hija, por lo menos eso me tranquiliza un poco! Aunque tampoco me importaría, al fin y al cabo, salvo los diez minutos de sexo, en el resto, los homosexuales son seres humanos como los demás.

Raúl.- ¡Te has pasado mamá!

Alejandro.- No hay que hacer caso a tu madre. Hay que comprender que debe de estar muy nerviosa por la noticia que le acabamos de dar.

Engracia.- Y ¿han pensado ya en el nombre que le van a poner a la criatura?

Alejandro.- Todavía no lo tenemos decidido.

Amparo.- ¿Y tú, tampoco tienes pensado alguno?

Elia.- El nombre de mi abuelo era muy bonito. El de mi padre no tanto. Pero como va a ser chico y los padres van a ser ellos, les corresponde elegirlo.

Alejandro.- Ahora que lo dices, ¿cómo se llamaba tu abuelo?

Elia.- Washinton

Engracia.- ¡Muy original!

Amparo.- Me suena a tabaco.

Raúl.- Ha dicho Whashington, no Winston.

Amparo.- ¡Ah! Tiene razón, es que como todo termina en “ton” y no sé inglés...

Alejandro.- Lo veo original, pero... A usted Doña Amparo ¿qué nombre le gustaría?

Amparo.- Yo me he quedado ya antigua. En mi época, los nombres que se les ponían a los hijos eran los de sus padres: José, Antonio, Juan, Manuel... Ahora, como todos los nombres están permitidos.

Engracia.- Pues a mí, un nombre que me encanta es Richard.
Amparo.- Pues tiene nombre de aperitivo.
Raúl.- Mamá, ha dicho Richard, no “Ricard”.
Engracia.- Puede que tenga razón, pero si le añade Gere...
Alejandro.- ¡Ah! Entonces es distinto. Pero no le vamos a poner al niño Richard Geere.
Raúl.- Sobre todo porque nos puede demandar.
Engracia.- ¿Por qué no le ponen el nombre de ustedes: Alejandro-Raúl?
Amparo.- Mejor Raúl-Alejandro.
Raúl.- ¡Suena a nombre de culebrón!
Alejandro.- Seguramente le pondremos el nombre de algún emperador romano: César, Marco-Antonio, Claudio.
Raúl.- ¡Claudio! Ese nombre me gusta, Claudio, y además tiene una ventaja.
Amparo.- ¿Cuál?
Raúl.- Pues la de que si el día de mañana quiere cambiar de sexo, Claudia también es un nombre bonito.
Amparo.- ¡Raúl! No gastes bromas con el niño. No seas bruto.
Engracia.- Pues yo el otro día vi en vídeo una película cuyo protagonista me encantó. Podrían llamar al niño Gladiator.
Alejandro.- No, mejor Robocop.
Amparo.- O Internet, que se lleva mucho.
Elia.- Ya tengo un nombre bonito para el niño.
Alejandro.- ¿Cuál?
Elia.- Rubén.
Amparo.- ¡Sí, que es bonito!
Engracia.- ¡Precioso!
Raúl.- Rubén.
Alejandro.- Tiene nombre de poeta: Rubén Darío.
Raúl.- Me gusta.
Alejandro.- Es poco usual.
Raúl.- ¿Entonces?
Alejandro.- ¡Decidido! Nuestro hijo se llamará Rubén.
Amparo.- Rubén ¿qué más?
Raúl.- De momento llevará los apellidos nuestros, el de Elia y el mío. Luego intentaremos conseguir que permitan la adopción por Alejandro, como ya te ha comentado.
Amparo.- Bueno, pues ya hemos aclarado algo ¿Cenamos?

Alejandro.- Por mi parte, cuando digan.
Elia.- Yo tengo hambre.
Raúl.- Pues entonces vamos a prepararlo enseguida.
Elia.- ¿Ayudo en algo?
Amparo.- No hija. Tú tienes que reposar. Que lo hagan ellos.
Engracia.- Voy a poner la mesa entretanto.
Raúl.- Engracia, con que pongas un mantel en esta mesa, es suficiente. Va a ser un picoteo.
Engracia.- Está bien. *(Alejandro, Raúl y Engracia salen de escena)*
Amparo.- ¿En qué trabajas?
Elia.- Trabajo de cajera en unos grandes almacenes. Pero intento, como le he dicho, vivir de mi verdadera vocación: la escultura.
Amparo.- Pues en esos almacenes están toda la jornada de pie.
Elia.- Nosotras no. Nosotras trabajamos sentadas. Soy cajera.
Amparo.- Menos mal. Y tus padres, ¿qué dicen de tu embarazo?
Elia.- No saben nada. No viven aquí.
Amparo.- Y ¿adónde viven?
Elia.- En Australia. Aquí las cosas les iban fatales y emigraron. La verdad es que no les va todo lo bien que creían. Aquella vida es muy dura. Echan mucho de menos España.
Amparo.- ¿Y te dejaron aquí?
Elia.- Sí, al cuidado de mi abuela, que ya murió hace un año.
Amparo.- ¿Entonces vives sola?
Elia.- Sí. Bueno, pero tengo buenos amigos. Raúl es una persona excelente y Alejandro no digamos. Nos conocíamos porque frecuentábamos los mismos lugares. Entablé amistad con ellos y cuando mi abuela murió, como le he dicho, se portaron conmigo mejor que si hubieran sido hermanos. Mis padres vinieron cuando mi abuela había fallecido ya, pero hasta que llegaron, todo lo que hicieron por mí Raúl y Alejandro no está pagado con nada. Por eso no encontré descabellada la idea de quedarme embarazada para poderles dar un hijo cuando me lo propusieron. Seguramente pensará usted que lo he hecho sólo por dinero, pero no es así. Yo no quería ni quiero nada, pero Alejandro ha insistido en que debo de luchar por mi carrera escultórica y me han dado la posibilidad de que lo haga sin que me tenga que preocupar nada más que de ello, durante el tiempo que termine la carrera de Bellas Artes en París. Pero yo les he dicho que lo aceptaba sólo como un

préstamo. Que cuando triunfe se lo devolveré (*entra Engracia con utensilios para preparar la mesa*)

Amparo.- ¡Atreverte a hacer por ellos lo que has hecho, no creas que lo hace todo el mundo!

Engracia.- ¡Algunas hoy en día lo harían por poder vender una exclusiva!

Amparo.- Si mi hijo y Alejandro fueran famosos...

Engracia.- Y aunque no lo seas. Cuentas tu historia en cuatro revistas, te presentas en un programa de la tarde y ¡ala! a cobrar.

Elia.- Pero, para eso tienes que servir.

Amparo.- Tienes razón, porque yo tampoco podría hacerlo.

Engracia.- Nosotras no estamos ya en edad de merecer (*sale de escena*)

Amparo.- (*dirigiéndose a Elia*) ¡No lo estará ella! porque yo me cuido.

Alejandro.- (*Entran Alejandro y Raúl con el resto de los utensilios y alimentos necesarios para la cena*) ¡Ya está todo aquí!

Raúl.- Engracia por favor, trae la mantequilla.

Engracia.- (*Desde el interior de la escena*) Enseguida señorito.

Elia.- ¡Qué buena cara tiene todo!

Alejandro.- Lo precocinado, ya se sabe. Lo metes en el microondas y en un momento tienes la cena resuelta. Bueno y además hoy tenemos el lujo de comer empanada gallega echa por Engracia, que es valenciana.

Engracia.- (*Entra con la mantequilla*) Con embutido de Jaén.

Alejandro.- Y la crema de postre, catalana.

Amparo.- Aunque yo todavía no estoy muy conforme con lo de las Autonomías, he de reconocer que en gastronomía no nos gana ningún país de la Comunidad Europea.

Engracia.- ¡Muy bien dicho Doña Amparo!

Raúl.- Antes que nada vamos a brindar.

Alejandro.- ¡De acuerdo!

Amparo.- ¡Eso, que en vinos tampoco andamos mal!

Engracia.- ¡Ni en vinagres, a mí el de manzana me encanta!

Amparo.- ¿Por qué brindamos?

Alejandro.- Por Rubén.

Todos.- ¡Pues por él! (*brindan todos y la escena queda oscuras*)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(Aparece en escena un dormitorio. Alejandro está sentado en un sillón frente al televisor y Raúl sobre la cama pegando fotos en un álbum. Se oye la noticia que da la televisión respecto a la manifestación del "DÍA DEL ORGULLO GAY")

Voz en off.,” Hoy, día veintiocho de junio se celebra el Día del Orgullo Gay con una manifestación que ha recorrido las zonas más importantes de la ciudad, y que ha concluido leyéndose un manifiesto en el que se reivindicaban los derechos de los homosexuales a que se le reconozca el mismo trato jurídico que a las parejas de heterosexuales.”

Alejandro.- ¡Esto no tiene arreglo! No hay quién se aclare. Mucha Asociación, mucha manifestación, mucha aparente libertad, pero nada. Todo sigue igual.

Raúl.- Algo hemos avanzado. El que nosotros no participemos de toda esa algarabía no quiere decir que no se consiga nada.

Alejandro.- Me tomaría otra cerveza.

Raúl.- ¿Otra? Ya van tres. Alejandro tienes que cuidarte.

Alejandro.- Ya lo hago. Lo que no sé es para qué sirve.

Raúl.- Lo tienes que hacer por mí.

Alejandro.- Y por Rubén. Lo tengo todo dispuesto para que si pasara algo, no os faltara de nada, no te preocupes.

Raúl.- Por qué me hablas de eso. Yo no estoy diciendo que vaya a pasarte algo. Únicamente te he recordado que tenemos que cuidarnos. Sólo nos tenemos a nosotros.

Alejandro.- Y a Rubén. ¿Qué estará haciendo en estos momentos?

Raúl.- Pues como está de vacaciones, estará disfrutando. Elia sabes que es una mujer muy activa y seguramente le estará llevando a todos los sitios donde él se lo pueda pasar bien haciendo deporte, que es lo que más le gusta.

Alejandro.- ¿Crees que hemos hecho bien?

Raúl.- ¡Con qué!

Alejandro.- Con la educación de Rubén.

Raúl.- Yo no sólo pienso que sí, si no que además los psicólogos del Instituto así lo reconocieron y nos lo hicieron saber. Tenía un

potencial afectivo superior a la media. Era consciente de todo lo que le rodeaba, de la peculiar relación mantenida por sus padres, que asumía y entendía perfectamente, el que fuera fecundado “in Vitro” con espermatozoides nuestros, el que su “madre natural” tuviera relación con nosotros, como amiga. No tenía complejo alguno y encima, pese a lo que el “vulgo” pudiera creer, no tuvo ninguna inclinación homosexual pese a haber sido criado por nosotros. Con todo eso, ¿cómo puedes dudar y creer que nos hemos podido equivocar?

Alejandro.- ¡Tengo miedo! Está despertando a la vida. Su cambio físico y psíquico es evidente. Va a cumplir doce años. Ya no es un niño. Ya se ha convertido en un adolescente y el que haya querido pasar estas vacaciones con quien es su madre, me intranquiliza. Yo sé que todo el amor que hemos depositado en él durante todos estos años no va a evaporarse como el humo; que en nosotros, pase lo que pase, nunca desaparecerá toda esa entrega profunda que amorosamente él provoca. Pero qué quieres, tengo miedo.

Raúl.- Vamos a ver: tienes cincuenta y cinco años. Yo, cuarenta y cuatro. Somos dos seres maduros a los que la vida poco nos puede enseñar ya y lo único que nos puede arrebatar es la existencia; pero el amor que Rubén provocó en nosotros nunca podrá desaparecer. Fue lógico que él tuviera curiosidad por saber qué era una madre, que tuviera necesidad de conocerla, de vivirla, de llamarla, pero nosotros seguiremos siendo sus padres, para bien o para mal. Además ese riesgo lo asumimos en el momento que convinimos tener un hijo. Sabíamos todo lo que podía venirnos encima. No hemos cejado un solo instante en el empeño de que no tuviera ninguna carencia afectiva. Hemos asistido a todo tipo de entrevistas, de reuniones, de visitas médicas, sufriendo humillaciones que día a día hemos tenido que superar. Todo por amor a Rubén. Porque él ha sido lo más bello que nos ha podido ocurrir en nuestras vidas. Reconócelo Alejandro.

Alejandro.- ¡Cómo no lo voy a reconocer! Mi vida cambió gracias a su existencia. Yo, cuando descubrí mi homosexualidad pasé un calvario odiándola, ocultándola y rechazándola a la vez que ejercitándola. Toda mi vida he sido consciente de que había algo en mí que me hacía “diferente” a los demás, a la mayoría, a esa mayoría, que en su inculpa prepotencia, hace que los que no pertenecen a ella se sientan diezmados. Me costó un gran esfuerzo

no caer en depresión. Hasta que salí del armario un calvario y cuando lo hice, menos mal que te encontré a ti, sino no sé qué hubiera sido de mí.

Raúl.- Pues yo, he de reconocer que todo lo tuve mucho más claro desde el principio. Pienso que todo eso va con el carácter. Yo enseguida me di cuenta que me atraían más mis compañeros de colegio que mis compañeras, ahora, lo que me fastidiaba es que siempre me enamoraba de alguien que no “entendía”, de momento, claro, porque luego yo conseguía, con un gran esfuerzo por mi parte, que la mayoría lo “entendieran”, aunque no se hicieran practicantes acérrimos. La verdad es que casi todos han tragado. ¿Quieres que te diga una cosa? El que más me costó de todos ellos fuiste tú.

Alejandro.- ¡No me lo creo!

Raúl.- Pues créetelo. Te veía tan bien casado, con todo tan bien organizado. Eras tan serio, tan seguro de ti mismo.

Alejandro.- ¿No te estarás pasando?...

Raúl.- Alejandro, yo, cada vez que venías los domingos a comprarme la prensa y después te sentabas a leerla en el banco del parque, frente al quiosco, me extasiaba. Tan pulcro, tan respetuoso conmigo: me enamoraste.

Alejandro.- Pues a mí me pasó tres cuartos de lo mismo. En la Universidad y durante la semana, recibía toda la prensa, la ojeaba; pero el domingo era una fiesta tener que levantarme y, después de un frugal desayuno, lanzarme a la calle para dirigirme al quiosco en donde estabas trabajando. Recuerdo que uno de esos domingos, por cierto lluvioso, llegué empapado con la ilusión de verte y no te encontré. Pregunté a la señora que me atendió, dónde estaba el amable chico que de ordinario atendía el negocio. Me dijo que habías tenido un accidente. Interrogué nervioso que qué tipo de accidente y, cuando me dijo que había sido de tráfico y que estabas en la UCI, noté que algo irracional se producía en mí: una necesidad de correr a verte, de estar contigo, de acompañarte. A la tercera semana la señora me dijo que ya habías salido de la clínica, pero que tendrías que volver allí para continuar con los ejercicios de rehabilitación.

Raúl.- Y ahí fue cuando te encontré de bruces. Estabas entre los familiares de los pacientes que acudían a rehabilitarse. Cuando hube terminado la sesión de ejercicios, al salir, me abordaste y yo

te presenté a mi madre, como a un amigo.

Alejandro.- Te di una tarjeta con mis números de teléfono, por si te podía ayudar en algo.

Raúl.- Yo, te llamé esa misma mañana...

Alejandro.- Y hasta hoy.

Raúl.- Todo fue simple y a la vez complicado.

Alejandro.- Como todo en la vida.

Raúl.- Tienes razón.

Alejandro.- ¿Estás seguro que iban a llamar hoy?

Raúl.- Elia me dijo que lo harían sobre las diez de la noche. Que hoy salían de excursión y que hasta esa hora, seguramente, no podrían regresar. Que no nos preocupáramos, que Rubén estaba bien.

Alejandro.- Hace dos semanas que se marchó y me parece una eternidad. ¡Qué vacía está la casa!

Raúl.- No seas negativo. Se ha ido de vacaciones con su madre.

Alejandro.- Tú lo has dicho: con su madre. Me siento como si estuviera esperando las notas de un examen.

Raúl.- Eso es por la deformación profesional que tienes. No es para tanto. ¿O sí lo es? Mira, lo que me faltaba, que empezara a tener dudas yo también. ¿En qué te basas para tener ese temor?

Alejandro.- No sé. Pero es angustioso.

Raúl.- Reaccionemos Alejandro: ¿Qué temor tenemos? Vamos a ver. ¿Que Rubén se sienta más a gusto con su madre que con nosotros? Y pensándolo bien, ¿qué ocurriría en tal caso?

Alejandro.- Que tendríamos que asumirlo sin más. Al fin y al cabo, aquí lo único que nos debe de importar es la felicidad de Rubén. Eso lo tengo claro.

Raúl.- Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

Alejandro.- Raúl, me preocupa lo mismo que a ti. ¿O es que acaso crees que no me he dado cuenta de que intentas evadirte, que no paras un momento, que te vuelcas más de lo normal en cosas intrascendentes?

Raúl.- ¿Como por ejemplo?

Alejandro.- Haberte empeñado en ordenar y pegar todas las fotografías en álbumes de sofisticada piel, para distraerte.

Raúl.- Por cierto. Anoche terminé éste. ¡Mira qué bien ha quedado!

(Raúl coge un álbum de fotos que se halla depositado en la mesa

de centro y se lo enseña a Alejandro)

Alejandro.- *(Abre el álbum de fotos y empieza a observarlas con ternura)* Hemos de reconocer que Rubén fue un bebé precioso. No se parece a ninguno de nosotros.

Raúl.- Es que nosotros hace tiempo ya que dejamos de ser bebés. *(ríe)*

Alejandro.- ¡Ya lo sé tonto! Me refería a que no tiene ningún rasgo que le pueda identificar con nosotros.

Raúl.- No es cierto, porque cuando saca su genio, que lo tiene, se parece mucho a ti.

Alejandro.- Yo, sin embargo, creo que es al contrario, que a quien se parece en eso es a ti.

Raúl.- “Fifty” “fifty”.

Alejandro.- De su madre, ha sacado toda la virilidad.

Raúl.- ¡Menos mal!

Alejandro.- ¿Quieres decir que nosotros tenemos pluma?

Raúl.- Tanto como pluma no sé; pero lo que no me negarás es que de vez en cuando te sale algún bolígrafo que otro. *(Le mete mano en la bragueta del pantalón)*

Alejandro.- ¡Eres imprevisible! Te estoy hablando en serio y siempre sales con una broma que me deja descolocado.

Raúl.- ¿Y no era eso lo que te entusiasmaba de mí?

Alejandro.- Y me sigue entusiasmado, aunque hayamos madurado.

Raúl.- Tú un poco más que yo, no lo olvides.

Alejandro.- ¿Qué hora tienes?

Raúl.- Las diez y cuarto.

Alejandro.- Aún no ha llamado Elia.

Raúl.- Venga, lo voy a hacer yo. Así te quedas tranquilo.

(Raúl coge su móvil y marca. Espera la contestación pero no llega. Vuelve a intentarlo. No responde nadie)

Alejandro.- ¿No contesta?

Raúl.- No deben de haber llegado todavía a casa.

Alejandro.- ¿No les habrá ocurrido algo?

Raúl.- No seas pájaro de mal agüero. Puede que al salir de excursión se hayan retrasado en el regreso.

Alejandro.- Tienes razón. Uno siempre piensa en lo peor.

Raúl.- ¡Pues piensa bien, aunque no aciertes! *(Conecta el televisor y escucha la siguiente noticia:)*

Voz en off.- “Un grupo de ochenta sacerdotes de la diócesis de Girona ha remitido un documento a la autoridad eclesiástica solicitando que el celibato, obligatorio desde el año 1.126, sea voluntario y que las mujeres puedan officiar misa.”

Raúl.- ¡Oye! ¿Estás oyendo? Setenta y un sacerdotes han firmado un manifiesto solicitando el consentimiento de la Iglesia para que puedan contraer matrimonio. Y encima hablan de discriminación de la mujer por no poder acceder al sacerdocio.

Alejandro.- ¡Me parece genial! Dentro de poco no me extrañaría que las monjas firmaran otro escrito de esos solicitando también el poder casarse.

Raúl.- ¡Sería demasiado!

Alejandro.- ¡Pues yo lo entendería si así lo solicitaran! Porque si como mujeres se sienten discriminadas por no poder ser sacerdotes, ¿por qué no pueden sentirse también discriminadas al no poder contraer matrimonio por el simple hecho de ser monjas?

Raúl.- Oye, visto así tampoco lo veo tan descabellado.

Alejandro.- La Iglesia está avanzando, aunque no se sabe muy bien hacia dónde, porque para algo que estaba claro desde hace siglos...

Raúl.- Pero todo esto viene gracias a la salida del armario de más de uno.

Alejandro.- Yo creo que estos temas se tocan casi siempre de una forma frívola. No se dan cuenta que detrás de cada caso siempre hay una persona que sufre. Mira nosotros: cansados de reivindicar los mismos derechos que los heterosexuales para poder adoptar y nada, que no hay forma de hacerles entender que están equivocados. Pero el “sistema” es el “sistema” y por mucho que digan... ¡Mira, hoy mismo en la prensa he leído algo que te va a encantar! *(se levanta, coge la prensa, busca y lee:)* Aquí está. Dice: “No hay datos que apoyen la creencia de que la adopción por homosexuales tenga consecuencias negativas para el niño y que negar a dichas parejas el derecho de adopción priva a muchos niños de tener unos padres responsables y capaces. Y que no es un tema político, sino el bienestar del niño”.

Raúl.- ¿Y quién ha dicho eso?

Alejandro.- Es un comunicado que ha dado la Academia de Pediatría de Estados Unidos.

Raúl.- ¡Pues hasta que eso lo entiendan aquí!

Alejandro.- Tú imagínate que no tuvieras, como padre, reconocido tus derechos sobre Rubén. Ante un tratamiento crucial y necesario para él, no tendríamos capacidad legal para conceder el permiso de su aplicación, según resaltan aquí también.

Raúl.- ¿Tú crees que si nos viera la gente por un agujero entendería nuestra situación? ¿Estarían de acuerdo con nosotros?

Alejandro.- Hace tiempo que leí algo de Schopenhauer que me hizo recapacitar. Decía que “lo que uno valiera en opinión de los demás debía ser algo secundario a lo que sólo se le tenía que conceder un interés subordinado”. Y mi opinión, como bien sabes, es que para conseguir la felicidad, en primer lugar debes de conocerte bien, sin tapujos, ni mentiras; en segundo lugar, aceptarte tal cual, y en último lugar, quererte. Todo lo demás son armaduras con las que nos protegemos socialmente para ser mejor aceptados. Y ellos, la sociedad, si te das cuenta, es tanto o más hipócrita que lo eres tú cuando les sigues el juego, porque no olvides que ellos también participan del mismo.

Raúl.- Es cierto.

Alejandro.- Podrías volver a llamar. Estoy intranquilo.

Raúl.- Está bien. (*Raúl vuelve a llamar con el móvil*) No lo cogen. ¿Quieres comer algo?

Alejandro.- No podría. Ya te he dicho que estoy nervioso. ¿Cómo puedes pensar en la comida, sin tener noticias de Rubén, sin saber si le ha pasado algo?

Raúl.- ¿Te hace un zumo?

Alejandro.- Mejor otra cerveza, por favor.

Raúl.- Eso está hecho (*Raúl coge un vaso y le sirve otra cerveza*) Aquí tienes, como a ti te gusta.

Alejandro.- Y tú, ¿no tomas nada?

Raúl.- Claro, aquí lo tengo. (*conecta la tv*)

Alejandro.- ¡Mira! Están anunciando el lanzamiento de un C.D. con música de los 60 y de los 70. Era bonita la música de entonces.

Raúl.- Alejandro, no toda; porque había cada bodrio.

Alejandro.- Como los hay ahora. No sé si tú te acordarás. Eres más joven que yo. Pero por aquel entonces estaba triunfando un niño. ¿Te acuerdas? : Joselito. Se llamaba Joselito. Todas las madres en aquella época, querían que sus hijos se parecieran a él.

Raúl.- ¡Claro que me acuerdo, y de Marisol! ¿Te puedo contar un secreto?

Alejandro.- ¡A estas alturas me lo preguntas!

Raúl.- Yo, quería tener el pelo rubio como Marisol y mi madre me lavaba la cabeza con manzanilla, como a las niñas de la época (*rien*)

Alejandro.- ¡Eres tremendo! No cambiarás nunca. Por aquella época había también otra chica que cantaba. Se llamaba Rocío...

Raúl.- ¿Jurado?

Alejandro.- ¡No hombre! Espera, se llamaba Durcal. Rocío Durcal. Ahora me acuerdo. Me gustaba más que Marisol. Ahora que hablo de ella, recuerdo que cantaba una canción que siempre que la escuchaba me emocionaba. Y por cierto, en estos momentos, refleja mucho mi estado de ánimo por la ausencia de Rubén.

Raúl.- ¿Y qué canción era?

Alejandro.- Pues vamos a ver. El tono era. (*Piensa. No lo recuerda*) Hablaba de volver a ver a alguien...

Raúl.- ¡Ha sí, yo la recuerdo! ¡Es preciosa! (*Raúl le da el tono*)

Alejandro.- (*Musita*) “Volver a verte, volver a verte, saber que existes en realidad, mirar tus ojos, besar tu frente, volver a verte y nada más...” Pero seré tonto. Otra vez me he vuelto a emocionar, sin querer.

Raúl.- ¿Qué te pasa hoy, Alejandro?

Alejandro.- Te lo he dicho antes. Raúl, la casa está vacía. Rubén la llena tanto... Tengo necesidad de verle.

Raúl.- Mira Alejandro, no quiero que ignores lo que está ocurriendo, aunque dentro de cinco minutos lo volverás a olvidar. Rubén no se ha ido simplemente a pasar quince días con Elia, con su madre. Se ha marchado para pasar una larga temporada. Estuvo hablando conmigo.

Alejandro.- ¿Contigo?

Raúl.- Sí. Dijo que, de momento, no quería hacértelo saber a ti -sufres más por todo que yo, según su opinión-

Alejandro.- ¿Y qué es lo que te dijo?

Raúl.- Que quería convivir con su madre. En principio una larga temporada: todo lo que duraran las vacaciones. Después adoptaría la decisión que creyera oportuna.

Alejandro.- ¿Decisión, respecto a qué?

Raúl.- Rubén, aunque lo tiene todo asumido y superado, allá en el fondo, le queda como una “asignatura pendiente”: la de convivir con su madre, la de poder estar y sentir junto a ella todo lo que

siente un adolescente. En el colegio él nunca ha tenido problemas, pero ahora, se conoce que con la edad ha sentido la necesidad de comprobar por sí mismo, como la mayoría de sus compañeros, lo que es tener madre. No debes preocuparte, aunque yo no puedo negar que también lo esté. Así que nos apoyaremos como hasta ahora lo hemos hecho e intentaremos atravesar esta etapa lo mejor posible.

Alejandro.- Algo me temía, pero tenía que llegar. Raúl, tú sabes que nosotros tenemos un concepto muy amplio de la “libertad” distinto al de los demás y que hemos deseado que nuestro hijo se criara bajo ese sentimiento para elegir su modo de vida. Yo era consciente de que cada año que pasara se nos iría alejando un poco más, que iría creciendo y que tendría otras necesidades distintas que cubrir al margen de nosotros y que, tarde o temprano abandonaría la casa, el hogar; pero eso es ley de vida y en el fondo es bonito porque para eso se crían a los hijos, para verlos, una vez crecidos, cómo se valen por sí mismos. Pero aún es pronto. Rubén tiene sólo doce años. Todavía le hacemos falta. Necesita de nuestro apoyo, de nuestro estímulo para que sepa el camino más idóneo a seguir. Nosotros le podemos ayudar para que él elija libremente su carrera, su porvenir, para que esté sólida su educación. Vamos, quiero pensar que esos son los motivos que me impulsan a tener necesidad de él, de su presencia, aunque quizá, mi necesidad no sea más que puro “egoísmo” de tenerlo conmigo.

Raúl.- Y aunque fuera “egoísta” tu necesidad, sería tan humana... La mía también lo es como la tuya. A todos los padres les pasa igual. Queremos ver crecer a los críos, a nuestros hijos, estamos luchando para que eso sea así y deseando que se hagan mayores y luego cuando se van haciendo, todo va cambiando. Y no precisamente cambia para mal, sino todo lo contrario, pero es una etapa muy dura, hay que reconocerlo.

Alejandro.- ¡Ay, Raúl, cómo duelen los hijos!

Raúl.- Es cierto porque los hijos no son tenerlos, como dicen la mayoría de las madres biológicas, los hijos son criarlos.

Alejandro.- Raúl y nosotros, ¡cómo hemos criado a Rubén!

Raúl.- Pues con todo nuestro amor y cariño, con toda nuestra capacidad de entrega, como lo volveríamos a hacer a pesar de lo que pudiera pasar.

Alejandro.- Sí, lo volvería a hacer.

Raúl.- ¿Qué miras?

Alejandro.- *(Se pone a leer el periódico)* Estoy comprobando el horóscopo. Tengo curiosidad por saber lo que dice: “*Jornada propensa a la depresión. Controle sus impulsos. Relacionarse con los demás puede ayudarlo a sobreponerse. Piense que todo se resolverá.*” ¡Hasta los horóscopos!

Raúl.- ¡Pero Alejandro! ¿Ahora te lo vas a creer? ¿Cuántas veces nos hemos reído de lo que decían? Siempre dicen todo lo contrario a la realidad. A ver ¿qué dice ahí? ¿Mal presagio? Pues seguro que es todo lo contrario. Aunque mira, me estás poniendo nervioso e intranquilo.

Alejandro.- ¿Llamas?

Raúl.- Voy a volver a llamar a ver si ya han regresado *(efectúa la llamada)* Nada: fuera de cobertura.

Alejandro.- Y es tarde ya. ¿Qué hacemos, adónde llamamos?

Raúl.- Alejandro no podemos llamar a ningún otro sitio, no tenemos más remedio que esperar a que nos llamen ellos.

Alejandro.- No me gustaría tener que acostarme sin saber que está en casa. Pero es que esta mujer podría pensar un poco en nosotros.

Raúl.- Elia tampoco tiene por qué saber lo que estamos sufriendo. A lo mejor piensa que estamos descansando de él.

Alejandro.- Pero, es la primera vez que el niño sale fuera de casa durante tanto tiempo. Así que, bueno, habrá que resignarse *(Abre el álbum de fotos y Raúl, sentándose al lado de Alejandro sobre la cama, le señala una)*

Raúl.- ¡Mira! ¿Ves esta foto de aquí?

Alejandro.- ¿Esta foto? No me acuerdo de ella.

Raúl.- Sí, esta foto la sacamos cuando cumplió tres años. ¡Qué bien está mi madre!

Alejandro.- ¡Tanto como bien!...

Raúl.- Quiero decir de aspecto.

estaba Rubén para comérselo.

Alejandro.- Porque a los tres meses falleció. La pobre, cómo quería a Rubén.

Alejandro.- Estaba precioso en la playa. Aquí ya llevaba bañador.

Raúl.- La volvía loca: “Abuela, quiero esto, abuela quiero lo otro...” No paraba. Y la abuela, como un cordero detrás de él siempre. No le negaba nada. Qué pena que se haya ido.

Raúl.- Claro, es que a ti te hacía mucha ilusión tapar al niño.

Alejandro.- Pues sí, y Engracia también.

Alejandro.- Oye, es que los bañadores creo que se han inventado para algo, pero como tú estabas tan acostumbrado a la playa de nudistas creías que todo el campo era orégano; pero el niño no tenía necesidad de que sus partes fueran rozando por ahí teniendo contacto con la arena, con tanta suciedad, con tanta contaminación....

Raúl.- Es cierto. Lo que ocurre es que lo de Engracia fue más duro, fue cruel; porque ya sabemos que morir tiene que morir uno, pero morir a manos de un hijo no es lo mismo que morir por él.

Raúl.- Siempre has sido igual: meticuloso, pragmático...

Alejandro.- Es que ese tipo de enfermedades mentales, las maniaco-depresivas, ya sabes...

Alejandro.- Sí, es cierto, pero todo lo que yo he tenido de exceso lo has tenido tú de defecto.

Raúl.- Mira, aquí ya tenía cuatro años. Aquí le hacíamos la raya, le poníamos fijador y arreglado. Qué ojos más bonitos: azules. Yo no los tengo.

Alejandro.- Ya lo sé, pero los tiene su madre.

Raúl.- Bien. Mira esta foto, no me digas que no

Raúl.- Mira, la foto del Colegio, con los de su clase. ¡Qué pequeños todos!

Alejandro.- Aquí había salido de un constipado. Estaba delgado, pero nos lo llevamos enseguida a la sierra y se recuperó. Claro, como que lo mejor es el campo, el sol. Y aquí quiso,...bueno, bueno... ¡Cómo se reía! Bueno. Quería que lo disfrazáramos y a tí no se te ocurrió ni más ni menos que disfrazarlo de gitana y él, se partía de risa al verse con faldas.

Raúl.- Es que es un gamberro.

Alejandro.- Sí, es tan gamberro como lo eres tú.

Raúl.- Hombre, ha sacado mi buen humor. Oye, tampoco es tan malo.

Alejandro.- ¿O sea que Rubén te dijo que tenía dudas?... Y es tan humano que quiera estar con su madre. Y si al final tomara esa decisión ¿sabes que te digo? Que nos inventaríamos algo para ser nosotros los que tuviéramos que ir a verle ¿no te parece?

Raúl.- Claro Alejandro, claro. Con las autopistas que hay estaríamos en un periquete en Burdeos y podríamos verle todos los fines de semana.

Alejandro.- Tienes razón, lo que sí debemos hacer es controlar sus estudios y desde luego no permitir que los abandone, porque su madre es estupenda, he de reconocerlo, nunca nos ha molestado, nunca, al contrario; pero el ambiente bohemio de ella, a lo mejor, no es lo más recomendable para el niño, en estas edades ya se sabe.

Raúl.- *(Absortos)* Al fin y al cabo no debemos preocuparnos en exceso, al final, si Rubén se tuviera que marchar...

Alejandro.- y la casa se quedara tan vacía como lo está ahora...

Raúl.- ya encontraríamos alguna solución para que no nos resultara tan agobiante.

Alejandro.- Pues sí. Se me está ocurriendo la que nos daba tu madre, que en paz descanse. ¿Recuerdas la que nos dio? tendríamos un perro.

Raúl.- No está mal pensado. Compráramos el que tú creyeras conveniente.

Alejandro.- ¿Comprarlo? Ni hablar. Lo sacaríamos de la perrera. Allí hay muchos abandonados por los que dicen llamarse sus amos.

Raúl.- Es una feliz idea.

Alejandro.- Pero claro, no para sustituir a Rubén.

Raúl.- ¡Que va! Sería para que la casa estuviera menos vacía.

Alejandro.- Ya, ya, ya, claro... *(entra en escena la enfermera debidamente uniformada, que porta una pequeña bandeja con un vaso de leche y una pastilla)*

Enfermera.- Disculpe, Don Raúl, se ha hecho ya demasiado tarde y Don Alejandro tiene que descansar. Aquí le dejo la pastilla y el vaso de leche para que se lo tome,

Alejandro.- Conforme, ya lo hago, no se ponga nerviosa, ya lo hago *(sale de escena)*

Enfermera.- *(dirigiéndose a Raúl en voz baja, mientras arregla la cama)* ¿Cómo ha pasado hoy el día?

Raúl.- Un poco nervioso. Hoy tiene fijación con Rubén, no ha hecho más que insistir en llamarle. A veces parece que tiene conciencia de las cosas y otras...

Enfermera.- Estas cosas, ya se sabe... El cerebro es un misterio. Extrae del pasado recuerdos que no asume en el presente y otras, sin embargo, se regocija en ellos.

Raúl.- Alejandro, la mayoría del tiempo sigue anclado en el pasado desde que la leucemia nos arrebató a Rubén. Yo, entretanto, le doy la razón en casi todo, le hablo como si nada hubiera ocurrido, como si el tiempo se hubiera detenido, aunque han transcurrido ya dos años desde aquel verano tan nefasto. De vez en cuando hablamos con Elia, la madre de Rubén, y como su voz es muy parecida a la que tenía él, Alejandro cree estar hablando con Rubén, -así se lo hacemos creer para que no se hunda de nuevo en la depresión que lo tuvo como un vegetal durante meses-. Cuando lo creo conveniente finjo que le llamo y que el teléfono no contesta. No puedo estar molestando constantemente a Elia con mis llamadas. Toda esta farsa hace que Alejandro lleve una vida más relajada.

Enfermera.- Pues es lo mejor para él. La mente es imprevisible y nunca se sabe... Así como se reacciona para lo peor, puede reaccionar para lo mejor si no se la flagela *(La enfermera sale de escena cuando regresa Alejandro. Él se toma el vaso de leche y la pastilla)*

Raúl.- Alejandro, voy a dejarte. Tengo mucho trabajo en el despacho y cuando antes lo termine, antes podré estar aquí de nuevo. Ahora lo que debes hacer es tomarte la pastilla y la leche

que te han traído y descansar.

Alejandro.- ¿Otra vez te tienes que ir?

Raúl.- Sí Alejandro, pero sabes que vuelvo, que yo, siempre vuelvo.

Alejandro.- ¿A qué hora vendrás?

Raúl.- En cuanto termine. Te lo prometo. No te preocupes por mí. Un beso.

Alejandro.- Oye Raúl, ¿por qué no insistes en ver cómo está Rubén?...

Raúl.- Alejandro, Rubén está bien. Ya te he dicho que está con su madre, pero que no te preocupes, yo estoy aquí contigo y juntos esperaremos el día en que él vuelva. ¿Vale?

Alejandro.- De acuerdo, lo que tú digas. Pero es que mi cabeza ya no sabe si fue, si lo es,... Ya no me acuerdo de su imagen.

Raúl.- Alejandro, recuerda que es un niño muy guapo, que tiene los ojos azules y que nos quiere.

Alejandro.- Sí, eso es, los ojos azules, pero tengo miedo, es como si no fuera a verlo nunca más.

Raúl.- Alejandro, no seas negativo, tienes que ser como yo: optimista. Mañana lo verás de otra forma, así que tranquilo, ¿vale? Me voy, que tengo mucho trabajo, el pleito que llevo entre manos es muy importante y debo aprovechar la noche para plantearlo. ¿De acuerdo?.. Bueno, pues quedamos así. Un beso.

Alejandro.- Un beso Raúl. Oye, por cierto, que se me olvidaba. ¿Cómo era esa canción, el tono de la canción que me gustaba, de Rocío... de esa cantante?

Raúl.- ¡Ah! *(Raúl silva el tono de la canción mientras se va alejando lentamente hacia la puerta de salida sin darle la espalda)*

Alejandro.- ¡Ya! Gracias Raúl ¡Hasta mañana!

Raúl.- Que descanses.

(Alejandro se toma la pastilla y la leche y saca de una caja de cartón unos juguetes, entre los cuales, se encuentra un oso de peluche que deposita en su regazo, y una carta que abre y lee en silencio oyéndose en off., la voz de Rubén:)

“Querido papá Alejandro:

Este fin de semana he preferido quedarme en casa, no

me apetecía acompañar a Elía con su amiga a la inauguración de una exposición de esculturas. No sé por qué te escribo, ya sabes que soy un poco vago para ello. Debe de ser que me acuerdo mucho de vosotros y en especial de ti, eso no quiere decir que te quiera más que a papá Raúl, pero sé que tú sufres más por todo. Gracias a estar conviviendo con mi madre, Elía, sé distinguir mis sentimientos y he podido aclarar mis ideas. Estoy deseando volver a casa. Necesito que me regañes, que te ocupes de mí como siempre y que papá Raúl, me consienta todos los caprichos, a pesar de tu rectitud. He crecido con vosotros y con vosotros quiero volver. Quereros, es lo más grande que he sentido, aunque me haya dado cuenta en la distancia. Os hecho en falta. Me gustaría poder estar pronto a vuestro lado. De salud me encuentro bien, aunque no puedo negarte que últimamente estoy muy cansado, las piernas me duelen y me siento torpe al andar, Elía dice que estaré creciendo y que la fiebre que todas las tardes tengo, son consecuencia de ello. Estoy deseando poder abrazaros pronto, poder volver a verte”.

(Alejandro, termina de leer la carta, diciendo en voz alta el nombre de quién la firma:)

Alejandro.- “Rubén”.

(Con la mirada en el vacío procede a guardarla en la caja y con dolor abraza y mece en su pecho al oso de peluche de Rubén, sin poder evitar el llanto doloroso y callado. Oscurece lentamente la escena)

TELÓN

LAS CÁRCELES DEL ALMA

-Tragicomedia en un solo acto y tres tiempos-

LAS CÁRCELES DEL ALMA

-Tragicomedia en un solo acto y tres tiempos-

Personajes: Reverenda Madre. Hermana Ana .Hermana Blanca.
Padre Jacinto. Alcalde.

Decoración: *En el escenario debe ubicarse la zona de despacho interior del convento y el pequeño jardín. Los elementos decorativos serán los propios a tal fin.*

PRIMER TIEMPO

(La reverenda madre se halla escribiendo sobre su mesa de despacho. La hermana Ana, nerviosa, entra en el escenario portando el correo que se acaba de recibir)

Hermana Ana.- Reverenda madre, ha llegado el correo. Entre las cartas se ha recibido una de la casa madre. ¡Tome, aquí está! *(le entrega la carta)*

Madre.- Espero que contenga buenas nuevas *(abre la carta y la lee para sí)* ¡Está fuera de peligro! Pronto le darán el alta y será trasladada de nuevo con nosotros. Fue una suerte que se llegara a tiempo.

Hermana Ana.- ¡Dios puso su Santa Mano!

Madre.- Dios y la hermana Blanca, que fue quien se alarmó esa

noche cuando se retiró a su celda y la descubrió en el jardín.

Hermana Ana.- De no haber sido así se habría muerto desangrada.

Madre.- No hablemos más de este tema. Debemos evitar que todo esto salga de las paredes de este convento. Lo mejor que podemos hacer es orar para que pronto olvide lo sucedido y vuelva a reanudar sus tareas. ¿Han llegado los suministros?

Hermana Ana.- Sólo los que hemos traído nosotras directamente del pueblo, poca cosa. Los donativos que nos prometieron no se han recibido todavía.

Madre.- ¡Dios quiera que lleguen mañana! A este paso no vamos a poder reanudar nuestra labor.

Hermana Ana.- Que, por cierto, está quedando preciosa.

Madre.- Sí, es el manto más lindo que ha dibujado la hermana Blanca.

Hermana Ana.- Y, encima, con todo el bordado que con el hilo de oro estamos llevando a cabo...

Madre.- Puede quedar precioso. ¡Ojalá esté acabado para la próxima Semana de Pasión!

Hermana Ana.- Si la familia de la novicia que acaba de salir, no se arrepiente de sufragar su costo.

Madre.- ¡Ya haré yo de que no se arrepientan! Tengo práctica en ello. Voy a acercarme a la cocina. Necesito comprobar cómo se hallan los estantes de la despensa.

Hermana Ana.- *(sonríe)* ¿Cómo van a hallarse?... como nuestros estómagos: vacíos.

Madre.- Recordad que somos unas privilegiadas, que contamos con todo el amor de Nuestro Señor y que, Él, es el alimento más enriquecedor que un ser puede llegar a degustar.

Hermana Ana.- Pues perdone que le recuerde reverenda madre, que no nos quedan obleas más que para una semana.

Madre.- Habrá que recordárselo al padre Jacinto para que nos preste una cajita, se la devolveremos cuando las recibamos de nuestra casa madre. Aunque pensándolo bien, tampoco es grave el problema, en un momento dado se puede comulgar como antiguamente: con pan y vino.

Hermana Ana.- ¡Si tuviéramos vino!

Madre.- ¡No me diga que también se ha terminado el vino para consagrar!

Hermana Ana.- Prácticamente así ha sido. Recuerde, reverenda

madre, que la Hermana Blanca rompió anteayer la vasija que teníamos en el sótano. Sólo pudimos salvar un cuartillo.

Madre.- ¡Está bien! No vamos a preocuparnos ahora de esas menudencias teniendo el problema que tenemos con intentar evitar que el pueblo se entere de lo que ha intentado hacer la hermana Teresa, y nos haga la vida más imposible de lo que nos la está haciendo.

Hermana Ana.- ¿Recuerda cómo nos ayudaban y apoyaban antaño?...

Madre.- ¡Cómo no! Y toda la culpa la tiene el Sr. Alcalde. Nos está haciendo la vida imposible y consiguiendo que el pueblo esté en contra de nosotras.

Hermana Ana.- Se aprovecha de que ya no ejercemos la influencia que ejercíamos hace unos años.

Madre.- ¡Bastantes, por cierto!

Hermana Ana.- Todos los que Nuestro Señor ha dejado de ocuparse de sus hijas. Otros menesteres más importantes, que el de ayudarnos, parece ser que le tienen ocupado.

Madre.- ¡Dios es misericordia! No se despreocupa nunca de sus siervas. Somos nosotras las que no tenemos que provocar en Él mayores enojos, con los que la Humanidad le causa ya tiene suficiente.

(Salen del despacho hacia el jardín y van al encuentro de la hermana Blanca que se dirige hacia ellas con dificultad y ayudada por un bastón)

Madre.- ¡Hermana Blanca, se han recibido noticias de la hermana Teresa!

Hermana Blanca.- ¿Y cómo se encuentra la pobrecilla?

Madre.- Nos comunican que se halla fuera de peligro. Que pronto estará en condiciones de regresar a ésta, su casa.

Hermana Blanca.- ¡Dios ha escuchado mis plegarias!

Madre.- Y las de toda nuestra comunidad. ¿Cómo va con su maravillosa labor?

Hermana Blanca.- Se me ha terminado el hilo de oro para poder continuarla.

Madre.- Hermana Ana me advirtió. Hoy mismo me pondré en contacto con nuestros benefactores. Conviene que no nos retrasemos demasiado.

Hermana Blanca.- Yo en su lugar, no me preocuparía en exceso.

Salvo el manto de la Virgen, no tenemos ningún otro encargo pendiente. Los pocos que han ido llegando se han terminado. Lo último fue la bata de acristianar de la nieta del farmacéutico.

Hermana Ana.- Que por cierto, quedó muy linda.

Hermana Blanca.- ¡Y tanto! Qué me va a decir a mí, que casi me des-ojo de tanta vainica doble que tuve que hacer.

Madre.- Pero, por lo menos, supieron apreciar tal labor. Recuerde que, además de pagar debidamente el trabajo que realizamos, nos hicieron un donativo importante para restaurar la capilla.

Hermana Blanca.- Donativo que, por cierto, aún no ha visto la pobre.

Madre.- Hermana, las goteras son cosa importante; pero tuvimos que atender primero otras necesidades más urgentes. ¿O es que no recuerda que, gracias al tratamiento que le suministraron, le salvaron la vida?...

Hermana Blanca.- ¡No me lo recuerde! ¡Qué mal lo pasé! Aunque a veces me pregunto si no hubiera valido más la pena que ese dinero no se hubiera invertido en mí. Al fin y al cabo con mis años y mis problemas de corazón, tarde o temprano me tendré que ir, pero la capilla...

Madre.- La capilla no se tendrá que ir, es cierto; pero pronto la derrumbarán, si Dios no lo remedia.

Hermana Ana.- ¿Es posible que este Alcalde nos tenga tanto odio como para conseguir lo que pretende?...

Madre.- Ése y mucho más. Tenga en cuenta que nuestro convento está lindando por sus cuatro costados con las fincas que ha ido adquiriendo con malas artes gracias a su poder en el Ayuntamiento, y que nosotras somos la espina que le impide actuar libremente para convertir todo el terreno rústico en urbano.

Hermana Blanca.- ¿Y usted cree que lo llegará a conseguir, madre?

Madre.- Es posible que así sea, aunque intentaré impedirlo. “Las fuerzas del mal” existen para que las “fuerzas del bien”, en alerta constante, tengan su razón existencial.

Hermana Blanca.- Y por otra parte, si Dios lo tiene dispuesto así, ¿qué otra cosa podríamos hacer nosotras?

Hermana Ana.- Eso nos obligaría a tener que abandonar este convento.

Madre.- En principio así es; pero nunca se sabe lo que puede

ocurrir. Hasta el final...

Hermana Blanca.- Para mí, tener que abandonar este convento en el que entré con quince años, sería terrible. Un castigo que no creo merecer. ¡Cuánta vida han visto estos muros! ¿Recuerda, reverenda madre? éramos veintiocho hermanas.

Madre.- Y ahora somos únicamente cuatro, contando a la hermana Teresa.

Hermana Ana.- Venían de todos los pueblos de alrededor para oír nuestras misas cantadas,...

Hermana Blanca.- para probar nuestros dulces,...

Madre.- para enriquecer los ajuares de novia...

Hermana Ana.- ¡Parece ser que Dios ya no se acuerda!

Madre.- ¡No puede ofenderle así en mi presencia! No debe siquiera con el pensamiento, llegar a creer que Dios nos da el castigo de su olvido.

Hermana Blanca.- Todo fue a raíz de aquel escándalo.

Madre.- Y del cual, el Sr. Alcalde se aprovechó influyendo negativamente contra nosotras.

Hermana Ana.- El pueblo dejó de visitarnos con la frecuencia con que lo hacía hasta entonces.

Madre.- Tratamos de acallar a las malas lenguas, pero fue imposible.

Hermana Blanca.- Todo por culpa de aquella violación ¿verdad madre?

Madre.- Ahora, transcurrido el tiempo, estoy más convencida de que esa fue la causa principal y como anteriormente he comentado, dicha circunstancia fuera aprovechada por el Sr. Alcalde para sembrar la duda de que la violación fuera la excusa que nos inventamos para evitar el escándalo de los amoríos de la hermana Teresa con alguien del pueblo. Pero, evidentemente, fue una violación. No hay que entenderlo de otra forma. La hermana Teresa cambió a raíz de aquello. Su carácter se hizo muy introvertido. Su alegría se transformó en tristeza hasta causarle una depresión. Buena prueba de ello es que, a pesar de los dos años que han transcurrido desde aquel suceso, se encuentre convaleciente en estos instantes por un intento de suicidio.

Hermana Ana.- ¿Usted cree que nuestra casa madre no tomará represalias contra la hermana Teresa por lo que ha hecho?

Madre.- En otro tiempo sí, sin ponerlo en duda. Pero, hoy,

las vocaciones han disminuido. Gracias a la inmigración, aparentemente vocacional, nuestros conventos sobreviven. No les interesa provocar más desastre entre nosotras -las hermanas que hemos sobrevivido a toda esta catástrofe vocacional-. Ahora, la superioridad comprende lo que es tener que vivir encerradas en un mundo en el que ya no representamos poder alguno. Las depresiones se suceden y no hay nada que lo remedie salvo los fármacos que se nos recetan cuando estamos al borde del abismo. A la hermana Teresa, no le va a ocurrir nada peor que lo que ya tuvo que sufrir. Volverá con nosotras, porque así lo he solicitado expresamente a nuestra madre superior. Me debe muchos favores, somos viejas camaradas en esto de la fe y sabe y comprende, que yo no estoy ya para muchas historias. Los años, los golpes curten y ella y yo, estamos curtidas y lo único que nos da fuerza para continuar es nuestra fe, que potenciamos día tras día, minuto a minuto, para que no se desvanezca como nuestras oraciones lo hacen en este valle de lágrimas. ¡La hermana Teresa volverá! *(toma asiento al lado de la hermana Blanca)*

Hermana Ana.- Reverenda madre, no quiero atormentarla con mis dudas; pero, últimamente, se agigantan cada vez más ¿Tiene sentido todo esto, ha tenido sentido toda nuestra lucha?... *(coge una silla y busca un espacio soleado donde ponerse a zurcir una sábana)*

Madre.- ¡Sin duda alguna, hermana!

Hermana Blanca.- Yo no concibo mi vida sin haberla vivido como hasta ahora, entregada a mis labores, a través de mi fe en Dios. Es más, estoy muy mayor para poder plantearme otra cosa distinta a la de crearme útil con mis labores y oraciones. Cada uno debe luchar según sus fuerzas y las mías, caducas ya, no pueden hacerlo más que con la oración, aunque como usted hermana Ana, ponga en duda su eficacia.

Madre.- La duda es buena, es señal de que aún se está vivo. La duda enriquece, nos hace ser fuertes, porque no cejamos en el empeño de continuar buscando aunque no hallemos. ¡Pobre de aquel que cree saberlo todo! ¡Lo maravilloso de la existencia de Dios es, precisamente, no hallarlo sino a través de nuestros sufrimientos, de nuestros temores, de nuestras angustias, de nuestro egoísmo que es, evidentemente, lo que justifica nuestra necesidad de Él! El que no duda, no halla. La duda es lo que hace

verosímil nuestra creencia.

Hermana Blanca.- Pero, usted reverenda madre ¿volvería a entregar su vida a la oración?...

Madre.- ¡Y qué otra cosa mejor hubiera podido hacer! Cuando entré en el convento para renunciar a los placeres de la vida, la juventud hacía presa de mi cuerpo. Se regocijaba en él. Pero yo era un ser indefenso, mis padres habían muerto en la guerra. No tenía ni techo. Gracias a la influencia de la piedad de una familia adinerada de aquel entonces, que me pagó la dote, pude entrar en la Orden. Desde los diecisiete años estoy en este convento. Aquí he vivido todo, todo lo que estaba destinado que viviera. Mi vida ha transcurrido entre todo lo que ella lleva consigo: tristezas, alegrías, dudas, temores, esperanzas, muerte, vida, *(con la mirada hacia el vacío)* amor,... *(queda abstraída)*

Hermana Ana.- ¿Quiere decir que se ha llegado a enamorar?...

Madre.- *(reacciona alarmada)* ¡De Dios, hermana! ¡Siempre de Dios!

Hermana Blanca.- Nosotras no debemos estar enamoradas más que de Él. Si no ¿qué razón tiene que estemos aquí presas todos los mejores años de nuestra vida?... Somos miembros de su harén. Nos tiene a su completo servicio. Él nos da y Él nos quita. Aunque a mí, he de reconocer, que últimamente más bien me está dando que quitando: los dolores no me abandonan.

Madre.- Es lo único que no nos abandona en nuestros últimos años de vida: los dolores. *(se levanta y ayuda a la hermana Ana a plegar la sábana zurcida)* Por cierto, me ha comunicado la hermana Ana que los estantes de la despensa se hallan vacíos.

Hermana Blanca.- ¡Tanto, que necesitaríamos un milagro, pero como el que hizo Jesús con los panes y los peces!

Hermana Ana.- Con menos me conformaría yo. Simplemente con una gallina con la que hacer un buen caldo.

Hermana Blanca.- Tenemos aún dos coles y unas cuantas patatas. Podemos hacer un hervido.

Hermana Ana.- Yo he traído del pueblo unos huevos. A falta de gallina...

Madre.- ¡No podemos soportar más esta situación! Dios nos está apretando y segura estoy que no querrá ahogarnos, pero tenemos que ayudarnos para que así no ocurra. No debo demorar más el hablar claramente con el Sr. Alcalde. Él está provocando todo

esto. Estamos sitiadas y lo peor es que no podemos acudir a nadie, porque nadie daría crédito a lo que nos está haciendo. Tenemos que conseguir sobrevivir sea como sea, pero sin perder la dignidad. ¡Nuestro Señor nos ayudará! Hermana Ana, no estaría de más que mañana, cuando se dirija al pueblo con el fin de obtener algún donativo, pase por el Ayuntamiento y solicite día y hora para entrevistarme con el Sr. Alcalde. Aunque, pensándolo bien, no sé si sería más conveniente que la entrevista lo fuera en mi terreno. Aquí me siento más segura.

Hermana Blanca.- Ésa ha sido siempre nuestra estrategia. Aquí tenemos más fuerza porque estamos en nuestros dominios. Esta es nuestra fortaleza.

Madre.- Entonces hermana Ana, dígame que deseo hablar con él en mi despacho y que le espero para tratar sobre el proyecto de expropiación del convento. Es una buena trampa para que no se niegue a venir, y una vez que esté en nuestros dominios, como dice la hermana Blanca, el Espíritu Santo me iluminará para convencer o vencer al enemigo.

Hermana Blanca.- ¿Y qué le va a plantear al Alcalde para que cambie de actitud, si puedo preguntárselo reverenda madre?

Madre.- Hermana Blanca, puede preguntármelo, pero no puedo contestar a esa pregunta en estos instantes. Ni yo misma sé por dónde puedo entrarle.

Hermana Ana.- Recuérdale su antigua relación con el Convento. Cuando le dimos trabajo como jardinero y comía gracias a nosotras que le ayudábamos, cuando sus tierras no tenían productividad alguna.

Hermana Blanca.- Recuérdale que atendimos a sus padres, en especial, a su madre en sus últimos momentos; que la ayudamos a bien morir.

Hermana Ana.- Que le confeccionamos la mortaja con nuestras sábanas de hilo que, debidamente bordadas, teníamos reservadas para la hermana que de nosotras primero faltara.

Madre.- Todo eso no hará falta que yo se lo recuerde. El Sr. Alcalde ha cambiado de actitud con respecto a nosotras, pero eso no quiere decir que haya perdido la memoria. En la vida, hay cosas que por mucho que uno quiera y se empeñe en olvidar, no se consigue.

Hermana Blanca.- Reverenda madre, como de costumbre

puede que tenga razón, pero no estaría de más que le refrescara la memoria, por si acaso.

Hermana Ana.- ¡Claro! Porque puede habersele olvidado ahora al estar en el poder, porque con la democracia y la política que se lleva en los ayuntamientos hoy en día, hay que reconocer que lo tiene, y mucho.

Hermana Blanca.- Lo malo es que lo emplee contra nosotras.

Madre.- Lo peor no es eso. Lo peor es que actúa llevado de una sed de venganza hacia todo lo que se le resiste.

Hermana Ana.- Pero nosotras ¿qué tenemos que ver en esa contienda?...

Hermana Blanca.- Como no sea que la reverenda madre lo despidió del convento y ahora quiera vengarse...

Madre.- ¡Me vi forzada a ello! Él lo sabe. Los rumores llegaron muy lejos. La casa madre, ordenó inmediatamente que se le impidiera la entrada en este convento y yo, con razón o sin ella, tuve que acatar la orden.

Hermana Blanca.- ¡Qué época más mala! No quiero recordarla. Pocas semanas más tarde de que tuviéramos que prescindir de la ayuda del jardinero, por si no tuviésemos bastante, se produjo el hundimiento del piso superior.

Hermana Ana.- Pues para mí, la época más mala fue la que tuvimos que vivir como consecuencia de la violación de la hermana Teresa. Todavía me pregunto quién pudo cometer semejante barbarie.

Hermana Blanca.- Y lo peor de todo fue que no se halló al desaprensivo que cometió tan criminal acto. Y mira que investigaron por todo el pueblo; pero nada. No hubo ni el más mínimo resquicio. El violador no dejó huella alguna. Se conoce que lo tenía todo bien premeditado.

Hermana Ana.- O que el mal fue su aliado.

Hermana Blanca.- Y encima en el pueblo nunca creyeron que aquello fuera una violación.

Hermana Ana.- ¡Claro, al ser tan joven la hermana Teresa y no encontrar al culpable!...

Hermana Blanca.- Nos condenaron a nosotras.

Hermana Ana.- Por eso lo más acertado fue que la reverenda madre consiguiera que se retirara la denuncia presentada.

Madre.- Peor hicieron con Jesucristo: aun no encontrándolo

culpable le crucificaron. ¿Por qué íbamos a tener nosotras un trato diferente?... Una vez más quedó manifiesta la ignorancia, la crueldad del pueblo, haciéndonos pagar por algo que no habíamos cometido.

Hermana Ana.- Pero, ¿en qué cabeza cabe, que la hermana Teresa, que siempre se ha caracterizado por su recato y entrega a Dios, estuviera manteniendo relaciones con un hombre, a pesar de su juventud?

Madre.- En la de aquellos que nos miraban con lujuria, con sadismo. En la de aquellos que nunca nos perdonaron que nos mantuviésemos en nuestra fe en Cristo, a pesar de todo lo que tuvimos que sufrir por ello.

Hermana Blanca.- Sufrir y pagar, porque poco a poco, las hermanas que fueron quedando, tomaron la decisión de trasladarse a otros conventos de la orden. No pudieron soportar los rumores y las presiones del pueblo.

Madre.- Pero Cristo, nos enseñó que en la vida hay que luchar por mantener la dignidad y que no hay que temer al enemigo por muy fuerte que éste parezca. La Biblia, sin ir más lejos, en su Antiguo Testamento, nos enseña que las grandes batallas también pueden ser ganadas por pequeñas criaturas. Acuérdense de David frente a Goliat.

Hermana Blanca.- Eso mismo le iba yo a referir ahora. Nosotras estamos en la posición de David.

Hermana Ana.- Y el Alcalde en la de Goliat.

Madre.- Pero no se debe nunca subestimar al débil y aunque en estos momentos nosotras lo seamos, no pienso amedrentarme y emplearé las armas con que cuente para evitar que nos humille más. Ha llegado la hora de enfrentarse al enemigo y estoy dispuesta.

Hermana Blanca.- ¡Reverenda madre, qué miedo me da oírla! ¡Me recuerda a Juana de Arco! ¡Que Dios nos proteja!

Hermana Ana.- Con que de momento nos permitiera conseguir alimentos, tendríamos suficiente.

Hermana Blanca.- No sea tan bruta hermana. ¡Esto es muy serio!

Hermana Ana.- ¿Y lo de llenar el estómago no se lo parece también?...

Madre.- De continuar esta situación económica, no tendremos más remedio que vender la única joya que nos queda en este

convento y que no está inventariada.

Hermana Blanca.- ¡El crucifijo no, reverenda madre!

Hermana Ana.- ¡Eso sería lo último!

Madre.- Usted lo ha dicho, eso sería lo “último”. Ese crucifijo data del Siglo XVIII y todavía me pregunto cómo pudo caer en nuestras manos.

Hermana Blanca.- (*contrariada*) Nos lo regaló la señora Marquesa, antes de morir.

Hermana Ana.- (*temerosa de que se descubra que lo sustrajeron*) ¡Se lo juro!

Madre.- (*intuyendo la verdad de lo ocurrido*) No hay necesidad de jurar en vano, hermana. No sé por qué pone en duda lo que yo no he llegado siquiera a dudar. Sea cual fuere la forma en que ese crucifijo llegó a este convento, estoy segura de que, hasta hoy, ha tenido mejor cobijo que cualquier otro que el destino le hubiera podido deparar en manos de los herederos de la señora Marquesa del Prado que, por cierto, mañana hace seis años ya que nos abandonó.

Hermana Blanca.- ¡Qué memoria tiene reverenda madre! A mí, se me habría pasado.

Madre.- No es cuestión de memoria. Es cuestión de tener que repasar los libros de “peticiones”. Recordará, hermana Blanca, que Doña Lucía, la señora Marquesa, nos entregó una importante cantidad para que celebráramos misa por su alma los primeros viernes de mes y el día de su aniversario.

Hermana Ana.- La pena fue que el donativo se lo llevó el tejado de la Sala capitular.

Hermana Blanca.- Y dando gracias, que si no... hubiésemos tenido que dormir en las cuadras.

Hermana Ana.- ¿Entonces, mañana vendrá el padre Jacinto a dar misa?

Madre.- Efectivamente hermana Ana. Debe tenerlo todo dispuesto, como de costumbre.

Hermana Blanca.- En mi celda tengo una vela prácticamente por estrenar.

Madre.- No se preocupe hermana Blanca. Guárdela, puede hacernos falta para los días de tormenta. Mañana celebraremos la Santa Misa aquí, en el jardín. Resultará más bella. Es primavera y para nosotras tres no hace falta tanto boato. (*con nostalgia*)

Recordaremos las misas que celebrábamos antaño al aire libre, en el campo, el Domingo de Resurrección, cuando se desplazaba el pueblo hasta aquí y nos ofrecía toda clase de alimentos para que celebráramos la Pascua. Era imposible oír la misa en la Capilla por la cantidad de fieles que asistían.

Hermana Blanca.- ¡No me lo recuerde que me emociono, sin querer!

Hermana Ana.- Hacíamos una labor evangelista maravillosa. Los niños del pueblo asistían para que les diéramos catequesis.

Hermana Blanca.- Yo, enseñaba a las niñas a hacer labores: punto de cruz, vainica, bordados...

Madre.- No hay que entristecerse, al contrario. En cada momento hay que acometer las empresas que Dios nos tiene predestinadas. Ahora nuestra labor es más contemplativa que participativa y comunitaria.

Hermana Blanca.- ¡Y más aburrida!

Madre.- ¡Hermana!

Hermana Blanca.- Reverenda madre, por mi edad, ya tengo derecho a permitirme ciertas licencias y una de ellas, es la de poder decir lo que pienso en voz alta. Yo no pretendo ofender a nadie. Dios sabe que, si volviera a hacer, volvería a servirle de la forma en que lo he hecho. Pero, reverenda madre, aunque usted intente ocultarnos la verdad, nosotras, sus hijas, somos conscientes de que esto no funciona, que está tocando a su fin, que por mucho que nos empeñemos, el destino nos está obligando a tener que asumir la cruel realidad. Estamos mayores, somos mayores.

Hermana Ana.- Nuestras espaldas están tullidas, les falta vigor, fuerza. Nuestra mente sigue estando lúcida, pero nuestros cuerpos no nos acompañan ya. La huerta está abandonada, nadie la trabaja.

Hermana Blanca.- El jardín ya no es ni la sombra de lo que fue. El palmito, la gitanilla, las rosas que adornaban estos parterres, han sido sustituidas por la hierba que la falta de cuidados y la sequía han provocado. No nos queda nada de lo que fuimos. Estamos usando la ropa de nuestras hermanas fallecidas. Gracias a sus capas podemos ir abrigadas en invierno

Hermana Ana.- Y en verano, en verano acampamos como los mendigos, de cualquier manera; porque nosotras hicimos votos de pobreza, madre, pero reconozca que lo nuestro es “miseria”.

Madre.- Hermana Blanca, si usted supiera cuánto dolor me

produce el escucharla... Quizá por el cariño que sé que siente hacia mí, comprendo que se niegue a renunciar al ejercicio de esa libertad de expresión que los años le dan, porque usted, precisamente usted, es la que menos se merece este final. Pero recuerde que yo no la obligo a que continúe en este convento, ni a usted hermana Ana. Comprendería que solicitaran el traslado a otra casa con mayores ingresos y comodidades que ésta.

Hermana Blanca.- Si el marchar de aquí fuera la solución, a nuestro pesar, lo habríamos hecho ya hace tiempo. Usted, reverenda madre, no se lo ha merecido y sigue sin merecérselo. Hicimos un pacto: que de aquí, las supervivientes, saldríamos muertas o vivas, pero en este último supuesto, juntas.

Hermana Ana.- Reverenda madre, no tema en nuestras palabras reproche alguno, nosotras mejor que nadie sabemos todo lo que usted ha tenido que luchar y lo que está luchando para que esta casa cuando se cierre, si es que ese tiene que ser su final y Dios no parece querer lo contrario, no lo sea por debilidad, cobardía, falta de fe. Eso es lo que siempre hemos valorado en usted reverenda madre y es lo que nos une a este final. *(Llaman a la campanilla de la puerta)*

Madre.- Vaya a abrir, hermana Ana. Dios quiera que sea gente de paz. Hoy no tengo el espíritu muy predispuesto para la lucha. *(La hermana Ana sale a abrir la puerta)*

Hermana Blanca.- ¡Mire qué cielo, reverenda madre! ¡Qué azul se encuentra! No hay ni una nube que lo perturbe. Observándolo parece que el tiempo no ha transcurrido. Yo, a veces, en momentos de tristeza, que no suelen ser muchos, pero que de vez en cuando me atacan como la artrosis, miro hacia arriba y recuerdo mi niñez: cuando terminábamos de coger hierba para dar alimento a los animales que teníamos en el corral, me echaba en los campos de trigo boca arriba y me ponía a observar a los pajarillos que revoloteaban alrededor de los espantapájaros. Mi padre y mis hermanos terminaban sus tareas y todos nos montábamos en el carro, camino de nuestra casa adonde mi madre nos esperaba con la cena preparada que consistía, fundamentalmente, en patatas hervidas y leche. Pecosa, la vaca, hasta que se hizo mayor nos alimentó en nuestra niñez a mis hermanos y a mí. Murió dos días antes que mi padre. Y está feo lo que le voy a confesar reverenda madre, pero yo no sé por quién de los dos lloré más.

(Entra la hermana Ana con una cesta de mimbre repleta de alimentos, entre los que se encuentra una gallina cuya cabeza sobresale por el capazo)

Hermana Ana.- Reverenda madre: ¡milagro! ¡Se ha producido un milagro! ¡Mire lo que nos acaban de regalar!

Hermana Blanca.- ¿Quién?...

Hermana Ana.- No me lo ha dicho. Lo ha traído un joven del pueblo. Dice que dentro iba una nota *(busca entre los alimentos)* ¡Mire, aquí está!

Madre.- ¡A ver! *(lee la nota y su gesto se torna brusco)* ¡Devuélvala hermana!

Hermana Blanca.- ¿Cómo?

Hermana Ana.- ¿Se ha vuelto loca? *(coge el cuello de la gallina muerta y lo levanta)* ¿No le da pena la pobre gallina?...

Madre.- La persona que la envía quiere comprarnos y nosotras, nuestra férrea voluntad, no está en venta.

Hermana Ana.- ¿De quién se trata?

Hermana Blanca.- ¿Quién pretende hacer semejante cosa?

Madre.- ¡El diablo! Sólo él puede tentarnos como lo hace.

Hermana Blanca.- Pero, reverenda madre ¿cómo el diablo puede tener este detalle con nosotras, si sabe que somos sus enemigas?

Madre.- Usted lo ha dicho, hermana Blanca. Porque somos sus enemigas es por lo que pretende que nos convirtamos en sus aliadas. Ésta es una jugada a la que están acostumbrados los políticos desaprensivos que tanto abundan y... *(reflexiona)* pensándolo bien, quizá sea más inteligente seguirle el juego. Aceptaremos el donativo. Mañana con el estómago lleno tendré más fuerza para evitar sucumbir a las tentaciones que todavía me esperan.

Hermana Blanca.- Pero, reverenda madre ¿con quién se las va a tener que ver mañana?

Madre.- En esta nota se nos anuncia que mañana nos visitará a las once de la mañana el Sr. Alcalde de este pueblo.

Hermana Blanca.- *(alarmadas)* ¡El diablo!

Hermana Ana.- ¡Qué razón tiene!

Hermana Blanca.- ¡El diablo! Que no se nos olvide echar agua bendita por los aposentos.

Madre.- *(con seguridad y dominio)* No hará falta hermana Blanca. Yo cuento con un arma infalible.

Hermana Ana.- ¿Con un arma infalible? No entiendo.

Madre.- Ni lo entendería, aunque se lo explicara.

Hermana Blanca.- ¡Dios nos proteja!

Madre.- ¡A la cocina hermanas! Vamos a llenar algunas lejas de la despensa y a hacernos un buen caldo con esa pobre víctima llamada gallina.

Hermana Ana.- Que no note el enemigo que no tenemos armas ni fuerzas con las que poder luchar.

Hermana Blanca.- ¡Eso! Ni estómagos que saciar *(por el banquete que les espera, salen estimuladas del escenario)*

TELÓN

SEGUNDO TIEMPO

(Con el escenario a oscuras se oye el canto de las hermanas)

“¡BENDITO, BENDITO, BENDITO SEA DIOS!
LOS ÁNGELES CANTAN Y ALABAN A DIOS,
LOS ANGELES CANTAN Y ALABAN A DIOS.
CREO JESÚS MÍO, QUE ESTÁIS EN EL ALTAR
OCULTO EN LA HOSTIA QUE VENGO A TOMAR,
OCULTO EN LA HOSTIA QUE VENGO A TOMAR,
¡BENDITO, BENDITO, BENDITO SEA DIOS!
LOS ANGELES CANTAN Y ALABAN A DIOS,
LOS ANGELES CANTAN Y ALABAN A DIOS”

(Cuando terminan la canción, se ilumina el escenario con luz solar. El decorado es idéntico al del primer acto. En el jardín se ha improvisado un altar con una pequeña mesa y mantel donde el padre Jacinto está terminando de decir la Santa Misa. Las hermanas se hallan arrodilladas)

Padre Jacinto.- ¡La bendición de Dios Todopoderoso descienda sobre vosotras! *(con la mano señala la Cruz bendiciéndolas)*
¡Podéis ir en Paz!

Hermanas.- ¡Demos gracias a Dios!

(El padre se despoja de la casulla con la que ha celebrado la misa, las hermanas se levantan, recogen los ornamentos del altar y se dirigen a preparar el desayuno para el padre Jacinto. La reverenda madre queda a solas con él)

Madre.- *(Comprueba que las hermanas no pueden escucharles)*
¡Padre, estaba deseando poder hablar a solas con usted!

Padre.- ¿Qué ocurre, reverenda madre? la noto inquieta.

Madre.- Estoy esperando la visita del Sr. Alcalde.

Padre.- *(alarmado)* ¿Es posible?

Madre.- Ayer me envió un mensaje en el que me lo comunicaba. Llegará sobre las once.

Padre.- *(inquieto)* ¡No me gustaría que me encontrara aquí!

Madre.- ¿Usted también le tiene miedo?

Padre.- Reverenda madre, sabe que a nuestras edades y viviendo lo que hemos tenido que vivir, ya hay pocas cosas que nos puedan asustar, por no decir que sólo una: la muerte.

Madre.- Entonces ¿por qué teme que le encuentre el Sr. Alcalde en este convento?

Padre.- Precisamente mi temor es por usted. No quiero provocar en él más ira que la que sé y me consta tiene hacia su persona.

Madre.- ¿Hacia lo que yo represento, quiere decir?

Padre.- No, hacia lo que usted representa no. Hacia lo que es usted como persona. El Sr. Alcalde no frecuenta la iglesia nada más que en contadas ocasiones. Nunca nos hemos tenido gran aprecio. Antes de que ostentara el cargo las cosas eran diferentes. De vez en cuando, me buscaba y si estaba en mi mano le ayudaba. Pero ahora las cosas son bien distintas. No cuento con su colaboración. Siempre que he ido a contar con ella me ha contestado lo mismo: ¡La Iglesia sigue siendo muy rica, no tiene por qué pedir ayuda y menos de este Ayuntamiento mientras yo sea su Alcalde!”

Madre.- ¿Cómo puede cambiar tanto una persona?

Padre.- Reverenda madre, las personas no cambian, lo que cambian son las circunstancias. Él nunca ha sido tan inhumano como nos quiere demostrar, lo que ocurre es que ahora puede permitirse comportarse con los demás como él cree que se merecen: de mala forma.

Madre.- Yo sé que nadie es malo porque sí. Que todo tiene que tener una razón que lo justifique. Lo que yo no sé es precisamente eso: el motivo para que se comporte conmigo de la forma en que lo está haciendo.

Padre.- Reverenda madre, usted conoce cosas y circunstancias de su vida que muy poca gente puede recordar y reprocharle.

Madre.- Pero usted sabe, padre, que yo me he mantenido siempre al margen de todos los avatares políticos que ha sufrido el pueblo. Nunca me he manifestado ni en contra ni a favor de ningún partido.

Padre.- Pero es evidente que, por su religión, esté más en contra de su ideología que a favor.

Madre.- No tiene nada que ver una cosa con otra. Todos tenemos derecho a vivir según nuestras creencias, pero sin molestar ni perjudicar a los demás, aunque no opinen como nosotros.

Padre.- Al Alcalde, y perdone reverenda madre que así se lo diga,

lo que más placer le produciría sería verla humillada frente a él. Eso le congratularía tanto, que quizá llegara hasta a mostrarse más magnánimo en su comportamiento y se prestara, incluso, a ayudarla.

Madre.- Padre, ¿me está queriendo insinuar que todo esto es por mi culpa? ¿Qué soy demasiado orgullosa? ¿Qué me debería doblegar por el bien de la comunidad?

Padre.- No, reverenda madre, le estoy haciendo saber lo que pienso al respecto para que usted tome conciencia del enemigo con el que se enfrenta.

Madre.- Está bien padre. Gracias por haber sido tan claro conmigo. No sé cómo acabará todo; pero si al final tenemos que abandonar esta casa, le aseguro padre, que será para volver. No pienso ceder ni un solo ápice en mi empeño por salvar este convento.

Padre.- Admiro la seguridad que tiene en usted y más cuando la madre general parece ser que se ha inhibido de todo el problema con tal de no enfrentarse a los políticos.

Madre.- La madre general, con la que mantuve una intensa y profunda reunión, está desanimada. Piensa que al final lo que triunfará serán los intereses políticos; pero también me ha hecho saber que, aunque no puedo contar con su ayuda, cuento con su apoyo espiritual y reza porque tenga la suficiente claridad mental para evitar contiendas.

Padre.- Pues entonces no tengo más remedio, reverenda madre, que encomendar mis oraciones hacia el mismo fin.

(Entran las hermanas Ana y Blanca portando, respectivamente, una bandeja con tazones y un plato con rollitos y servilletas de papel)

Hermana Ana.- ¡Padre, aquí le traemos un tazón de las hierbas que tenemos en nuestra huerta!

Hermana Blanca.- ¡Y unos rollitos que hicimos esta mañana!

Padre.- Y que por la pinta que tienen, deben de estar de “pecado”.

Madre.- ¡Sentémonos entonces! *(toman asiento el padre y la reverenda madre. Las hermanas les facilitan los tazones y le sirven los rollitos)*

Hermana Ana.- A usted, reverenda madre, le hemos preparado una infusión de azahar.

Madre.- No me vendrá nada mal. Tengo unos nervios, aquí en la boca del estómago... *(El padre y la reverenda madre comienzan*

a desayunar de forma informal y cotidiana)

Hermana Blanca.- Pues no tiene por qué. Usted no tiene que tener miedo de nada. Va a defender con sus armas lo que cree que es justo y evitar así que un desalmado se aproveche del poder que le otorga la propia Ley.

Padre.- ¿Ha tenido noticias de la hermana Teresa?

Madre.- Sí, ayer recibí una carta de la casa madre comunicándome que se encuentra fuera de peligro y que en cuanto se restablezca, que espero sea pronto, regresará de nuevo con nosotras, si esa es su voluntad.

Hermana Ana.- Padre, ¿usted piensa como yo, que es una desgracia el llegar a desear perder lo más grande que tiene el ser humano: la vida?

Padre.- Tenga en cuenta, hermana Ana, que hay circunstancias en el destino de las personas que nos hacen creer que la mejor solución a nuestros problemas es la de tirar la toalla, la de desaparecer y yo, no puedo estar de acuerdo con los que opinan tal cosa. La vida, ya se sabe, es una sucesión de acontecimientos negativos y positivos y hay que tener la suficiente fuerza, en nuestro caso fe, para sobrellevarlo todo con resignación e intentar madurar con el fin de ayudar a tus semejantes en la medida que ellos lo necesiten. Pero el caso de la hermana Teresa es distinto, diferente, excepcional. Ella, con su corta edad, ha sido sometida a una tortura que pocas mujeres pueden llegar a superar: la violación. De todos nosotros es conocido que, desde que ocurrió tal desgracia, su carácter cambió, dejó de ser la alegría que representaba en este convento y se convirtió en una sombra que deambulaba sin más interés, ni propósito, que el de dejarse llevar por su trauma.

Hermana Ana.- ¡Quizás, si se hubiera encontrado al culpable, todo habría sido diferente! Por lo menos, la hermana Teresa, habría obtenido la satisfacción de ver que el peso de la Justicia recaía sobre él; pero es que ni siquiera se encontró un cabello del violador ¿verdad reverenda madre?

Madre.- *(que estaba absorta recordando los hechos descritos, reacciona volviendo a la realidad)* ¿Cómo?

Hermana Ana.- Usted fue la primera que irrumpió en los aposentos a los gritos de la hermana Teresa y no halló nada en la habitación ¿verdad?

Madre.- *(contrariada)* ¡Efectivamente, así fue!

Padre.- Hermana Ana, usted ha hecho referencia a la justicia humana, pero la hermana Teresa, lo que creo que no ha llegado a superar es tener que asumir que ha sido la Justicia Divina, la que la ha elegido para ser víctima.

Hermana Blanca.- Podríamos dejar este tema. Aunque hace tiempo que ocurrió, va ya para dos años, me cuesta creer que lo haya sido por alguna razón divina.

Madre.- Eso, hasta el final nadie lo puede saber. ¿Quién no le dice a usted, que gracias a todo lo que pasó no se pueda evitar otra tragedia?

Hermana Ana.- Me parecería de todas formas muy cruel por parte de Nuestro Señor.

Padre.- ¿Y no le parece poca crueldad toda la que están sufriendo nuestros hermanos en el Tercer Mundo?

Hermana Blanca.- Peor me lo pone. Si empezamos a analizar todo lo que está ocurriendo en el mundo, podemos llegar a unas consecuencias funestas.

Padre.- Por eso, hermanas, la fe es lo único que nos hace que esta vida tenga sentido para nosotros.

Madre.- Aunque si hemos de ser sinceros, padre, cada vez encontremos menos razones para que sea así.

Padre.- El desayuno ha sido estupendo ¿Las hierbas que me han servido eran las de la huerta?

Hermana Ana.- Sí, pero no de las silvestres, padre *(sonríe)* ¿Cómo puede pensar semejante cosa?

Hermana Blanca.- Son hojas de la hierba luisa que tenemos plantada, flor del jazminero que hay en el porche y cortezas de limón secadas por nosotras.

Hermana Ana.- A falta de otros ingredientes....

Hermana Blanca.- Damos creatividad a nuestra mente.

Padre.- Pues a ver si esta semana les traigo higos secos y miel.

Hermana Blanca.- ¡Ay! Pues si lo hace, prometo prepararlos almibarados con canela ¡Están de rechupete!

Madre.- ¡Qué golosa ha sido siempre, hermana Blanca!

Hermana Ana.- Gracias a ello tuvimos tanto éxito con los dulces que fabricábamos.

Madre.- ¡Es verdad!

Hermana Blanca.- Aunque ahora no tengan la misma salida de antaño.

Padre.- Porque ahora todo tiene que tener su “marketing”.

Hermana Blanca.- Y eso qué es ¿un nuevo condimento?

Padre.- Ojalá hermana se tratara sólo de eso. Son los nuevos tiempos que avanzan sin contar con nosotros, que estamos cada vez más anclados en nuestras raíces.

Hermana Ana.- Pues yo aún me pondría al día si hiciera falta. Aprendería “marketing” si fuera una solución a nuestros problemas económicos.

Padre.- Lo que no estaría mal es que una de ustedes supiera informática. Usted por ejemplo, hermana Ana, que es la más atrevida.

Hermana Ana.- No sé muy bien qué es eso, pero recomendándomelo usted, no me importaría.

Padre.- Después aprendería a manejar Internet para anunciar sus pastelillos,..

Hermana Ana.- Y después vendría lo del “marketing” ¿no, padre?

Padre.- ¡Efectivamente, usted lo ha dicho!

Madre.- Pero padre, cómo le mete todo eso en la cabeza a la hermana Ana, si no tenemos ni para poder pagar un teléfono.

Hermana Blanca.- Pero si conseguimos que el Alcalde nos deje vivir en paz, podríamos empezar por intentar vender nuestros productos en los pueblos de alrededor y así, poco a poco, recoger dinero para montar todo lo que ha dicho el padre Jacinto.

Madre.- De momento, con intentar que no nos echen comoapestadas de este convento, tenemos tarea suficiente. Ahora es lo más importante y, si Dios quiere, si lo es favorablemente para nosotras, tendré muy en cuenta lo que hemos hablado y la hermana Ana no tendrá más remedio que aprender todos estos menesteres y, usted y yo, ponernos manos a la masa. ¡Dios dirá!

Padre.- Bueno, me marcho hermanas. Me gustaría, antes de que se hiciera más tarde, efectuar un par de visitas a unas enfermas del pueblo. Se trata de dos beatas y a ellas no las puedo defraudar, son las únicas que me llenan el primer banco de la iglesia.

Hermana Blanca.- (*jocosamente*) ¡Qué buen humor tiene siempre, Padre!

Padre.- ¡Y que no me falte! (*con discreción para que no le oigan el resto de las hermanas se dirige a la reverenda madre*) Recuerde lo que le he dicho antes, reverenda madre. Ya sabe mi opinión

y quiero confiarle una cosa, por si acaso. Piense que yo soy su confesor más inmediato y que, si como me imagino, tuviera que emplear todas las armas que puedan obrar en su “poder”, aunque incurriera en pecado mortal, sería absuelta a través de la confesión, por mí. Recuerde que el “reconocimiento” de lo que se ha hecho mal es lo que hace que el pecado carezca de importancia ante los ojos de Dios.

Madre.- ¡Gracias, padre! Sus palabras me reconfortan. Me siento más tranquila, aunque no puedo negarle que estoy deseando aclarar de una vez por todas esta angustiosa situación.

Padre.- Pues entonces, el domingo en cuanto termine la misa de nueve me pasaré por aquí. Espero y confío en que todo tenga una solución acorde con lo que usted se merece, reverenda madre.

(*La reverenda madre besa la mano del padre y éste le da la bendición. A continuación comienza a salir de escena, acompañado de la hermana Ana*)

Hermana Ana.- ¡Yo le acompaño, Padre!

Padre.- Como usted quiera. (*Suena la campanilla del convento. Todos quedan paralizados*)

Hermana Ana.- (*tartamudeando*) De paso abro. Están llamando.

Hermana Blanca.- ¿Será el Alcalde, reverenda madre?... Son las diez y media tan solo.

Madre.- ¡Pronto sabremos de quién se trata! Espero en mi despacho. ¡Empieza la batalla!

(*La reverenda madre se dirige al despacho y la hermana Blanca se queda en el jardín por donde al instante entra nerviosa, portando una nota, la hermana Ana*)

Hermana Blanca.- ¿Quién era?

Hermana Ana.- El notificador del Ayuntamiento. Ha traído este sobre para la reverenda madre.

Hermana Blanca.- Traiga. Yo se lo doy. Está esperando en el despacho. (*Se dirige a entregar la misiva a la reverenda madre*) ¡Tranquícese, reverenda madre! No hay moros en la costa, de momento. Quien ha llamado era un simple notificador del Ayuntamiento que ha traído este sobre para usted. Me va que el Alcalde no viene (*le entrega el sobre*)

Madre.- ¡Dios mío! ¿Qué querrá ahora? (*lee la nota*) Se excusa por no poder asistir hoy a la cita. Le han surgido otros compromisos imprevistos. Dice que volverá a concertar una entrevista conmigo

y encima se despide sarcásticamente diciéndome que quede con Dios.

Hermana Blanca.- ¡Pues menos mal que Dios no se le ha olvidado! Claro que siendo el mismísimo demonio ¿cómo se le va a olvidar si es su competidor en este Mundo?

Madre.- ¡No sé cómo tiene humor para gastar bromas con esto!

Hermana Blanca.- Esto, comparado con lo que hemos tenido que sufrir en nuestras vidas, es jauja. Total ¿qué puede ocurrirnos? ¿Qué nos trasladen a otra casa?... ¿Qué la Orden pierda las ruinas de un convento que data del Siglo XVII? Y qué más le da. Callará y consentirá en connivencia con el Sr. Alcalde. Se recogerán unos cuantos millones a cambio y a nosotras nos colocarán en donde sea, porque como al paro no nos pueden enviar. Así que no se preocupe. Yo comprendo que a usted lo que le duele es la injusticia y más viniendo de quien viene. Pero, si me lo permite, reverenda madre, yo pienso que esto no lo tiene que plantear como una contienda entre usted y el Alcalde. Negócielo como se negocian las cosas. Aquí los sentimientos no son moneda de cambio, no sirven para poder vencer a la injusticia.

Madre.- El padre Jacinto me ha insinuado también, hace unos instantes, que quizá todo lo que está ocurriendo sea por mi culpa, por mi orgullo. Que quizá todo se resolviera si yo cambiara de actitud.

Hermana Blanca.- Me temo que ha acertado; porque yo no quiero remover viejas historias, pero soy consciente de que entre el Alcalde y usted, cuando él no era nadie, hubo una relación de amistad muy “especial” y que las cosas, a veces, es mejor dejarlas como están y no volver a remover el rescoldo de viejas hogueras.

Madre.- Voy a perder el dominio de la situación si esto se prolonga más de lo debido. No sé ya por dónde salir. No sé si lo que hago es para defender los intereses de la Orden, o para defender mi orgullo frente al Sr. Alcalde.

Hermana Blanca.- Frente a Fernando, reverenda madre, frente a Fernando. Ese es el miedo que me da. No debo ocultárselo más. A mí, lo de la Alcaldía, no me preocupa demasiado. Estoy acostumbrada. Los políticos tienen siempre la posibilidad de hacer lo que les plazca y más cuando los que se encuentran en la oposición, como éste es el caso, no hacen nada para evitarlo. Pero, yo me acuerdo de Fernando el jardinero. Recuerdo su galanura, su

encanto para con nosotras, su cariño. ¡Cuántas veces me he tenido que flagelar en mi celda por tener los pensamientos pecaminosos que he tenido por culpa de él!

Madre.- (*escandalizada*) ¡Hermana!

Hermana Blanca.- ¡Sí, reverenda madre, para qué voy a andar con tapujos con usted! El padre Jacinto lo sabe de sobra: nos ha confesado a todas las del convento y la mayoría, han caído en las mismas tentaciones que yo. Incluso usted, reverenda madre. No lo olvide. Y eso es lo que más miedo me está dando, que vuelva a surgir entre ustedes la atracción que provocó que saliera de este convento –por habladurías sí, es cierto – pero como si hubiera cometido un delito.

Madre.- Estoy como en un callejón sin salida y lo peor es que no sé si me he metido en él por mi propio gusto o por defender lo justo.

Hermana Blanca.- De eso sí que no tiene que tener la más mínima duda. Ha sido por defender lo justo, aunque recuerde: el peligro siempre está al acecho y en esta jaula de palomas, de “viejas palomas”, se espera la visita de un “maduro gavilán” (*salen y el escenario queda a oscuras*)

TELÓN

TERCER TIEMPO

(El escenario se halla iluminado tenuemente como corresponde a la noche. En el despacho se halla la madre superiora haciendo anotaciones en un libro. Suena la campanilla del convento. En escena y de forma apresurada entra la hermana Ana)

Hermana Ana.- ¡Reverenda madre! ¡Reverenda Madre, la visita que esperaba acaba de llegar!

Madre.- Está bien ¡Hágala pasar! ¡Retírense a sus celdas a orar! No quiero que nadie nos interrumpa. No hace falta que baje a abrir la puerta cuando se marche. El visitante conoce muy bien el camino.

Hermana Ana.- ¡Está bien reverenda madre! Como usted diga reverenda madre ¡Dios la ayude!

(Sale de escena la hermana Ana y lentamente aparece el Alcalde ataviado como un gañán, pero sensual y atractivo. Accede al despacho de la reverenda madre y la saluda con altanería)

Alcalde.- ¡Buenas noches nos dé Dios!

Madre.- *(con actitud distante le responde)* Y que Él nunca nos abandone.

Alcalde.- ¿Cuánto tiempo hace?...

Madre.- Lo sabe perfectamente. ¿Va a tomar asiento o prefiere que hablemos de pié?

Alcalde.- Si me lo permite reverenda madre, prefiero estar de pié. Sentado me encuentro como atrapado en una silla de torturas.

Madre.- Como quiera. Yo prefiero escuchar sentada lo que tenga que comunicarme. *(toma asiento)*

Alcalde.- Pues lo que vengo a comunicarle reverenda madre es poco más o menos lo que viene temiendo usted: ya he conseguido todos los informes necesarios y exigidos legalmente para que el convento sea declarado en ruinas y sus terrenos sean expropiados por interés público al precio que marque la Ley, es decir, por un valor muy inferior al del mercado. Con eso tendré resuelta la contienda que ha provocado. Ya ve usted que, tarde o temprano, yo consigo todo lo que me propongo en la vida.

Madre.- Casi todo. No me puede engañar. Hay algo que usted no podrá conseguir aunque este convento fuera declarado en ruinas y

sus terrenos al final y por sus malas artes pasaran a ser de dominio público.

Alcalde.- Veo que sigue siendo tan aguda como siempre.

Madre.- Recuerde que, gracias a esa agudeza, usted consiguió sobrevivir.

Alcalde.- ¡Mentira! Gracias a usted, reverenda madre, lo único que he conseguido es vivir la vida rabiando, porque cuando más se alejaba de mí, más cerca la deseaba.

Madre.- ¡Le exijo un respeto! Está usted en mi casa.

Alcalde.- No hace falta que me lo recuerde. Hace veinte años que tuve que abandonarla por su voluntad.

Madre.- ¿Ha venido también para hacerme reproches?...

Alcalde.- ¡He venido porque deseaba tenerla cerca de mí, frente a frente, a solas, sin testigos!

Madre.- ¡Dios está entre estas paredes!

Alcalde.- ¡Dios es un verdugo! Él me venció en un principio y ahora me estoy vengando, porque el que va a vencer en esta contienda, recuerde, soy yo.

Madre.- ¿Cómo?

Alcalde.- A través de usted. Yo sé lo que representa este convento en su vida y quiero ver cómo sufre cuando lo pierda, que sin duda alguna, no será más de lo que sufrí yo cuando por Él, su Dios, usted me rechazó.

Madre.- Si continúa por ahí mucho me temo que no podremos prolongar más esta entrevista. Yo he cambiado, usted también.

Alcalde.- ¿Cambiar yo? ¡Ojalá! Eso le pedí a su Dios durante años, que me hiciera cambiar, que apartara de mí ese amor que me quemaba el alma; pero ni me escuchó, porque a pesar de mi matrimonio, de mi hijo, de mi poder, sería capaz de renunciar a todo con tal de que usted compartiera su vida conmigo en lugar de seguir haciéndolo con Él.

Madre.- No tiene remedio. El tiempo pasado, pasado queda. La primavera de este año nada tendrá que ver con la del que viene.

Alcalde.- ¿Y cree que no lo sé, que no lo he sabido durante este calvario que me está tocando vivir? ¿Por qué? *(se acerca a ella)* ¿Por qué me diste a beber de tus labios y luego me condenaste a morir de sed?... ¿Es eso lo que te recomendó tu Dios que hicieras conmigo?... ¿Dios no era todo amor? ¿O es que Él sólo desea que se le quiera sobre todas las cosas y lo que es peor, sobre todos los

seres? ¿Es eso lo que te exige tu religión?...

Madre.- (*se aleja de él*) Lo sabe perfectamente. No voy a discutir algo que no tiene razón de ser. Cuando me conoció, yo ya había elegido mi camino.

Alcalde.- Pero me hiciste creer que lo abandonarías por continuar con el mío.

Madre.- ¡Jamás le prometí nada!

Alcalde.- No hizo falta. Mantuvimos estrechas relaciones como para suponer que aquello era algo más que un simple calentamiento de entrepiernas.

Madre.- Habla de sufrir y no tiene idea de cuánto se puede llegar a odiar el tener que ser coherente con lo que uno ha elegido.

Alcalde.- ¡Te hubiese dado tanto! ¡Te daría aún tanto si tú me lo pidieras!

Madre.- ¡Recuerde que está hablando con la reverenda madre que rige este convento! ¡No le permito que me tutee y mucho menos que me hable en el tono en el que me está hablando! Si no recuerdo mal fue usted el que consintió entrevistarse conmigo y, evidentemente, está claro que lo ha sido con el ruin propósito de amenazarme, de demostrarme el poder que ahora tiene. Pero hay algo que está olvidando Sr. Alcalde.

Alcalde.- (*irónicamente*) ¡No me diga, reverenda madre! ¿Qué es lo que he olvidado?

Madre.- (*con dolor*) Que no sangra más la herida por estar expuesta al sol, que la que se lleva escondida en el alma.

Alcalde.- No entiendo la metáfora ¿Qué ha querido decir?

Madre.- No me haga repetir cosas que no deseo aclarar. Yo, en un momento de mi vida quizá cometí un error: el de amarle, quizá tanto, que Dios me castigó.

Alcalde.- ¿Su Dios la castigó? (*ríe sarcásticamente*) ¿Cómo? ¡Dígamelo! ¿Haciéndome sufrir a mí su desamor?

Madre.- ¡Haciéndome perder lo que una mujer más desea cuando lo ha saboreado!

Alcalde.- ¡No entiendo!

Madre.- ¡Ni entenderá nunca!

Alcalde.- ¿Por qué no me lo explica? ¿Tan poco valor tengo para usted? ¿Tan torpe me cree?...

Madre.- ¡No! Torpe me consta que no lo es y en cuanto al valor, tiene justo el que para mí se merece tener. Mire si soy consciente

de ambas cosas, de su valor y de su listeza, que le voy a hacer una propuesta.

Alcalde.- (*ansioso*) ¡Por fin! ¿Cuál? ¡Diga! ¿Cuál?

Madre.- Usted no va a consentir que este convento sea declarado en ruinas y que los terrenos sean expropiados por interés público.

Alcalde.- ¡Ah! ¿No? ¿Y qué piensa ofrecerme a cambio?

Madre.- ¡La tranquilidad de que su hijo no entre en la cárcel!

Alcalde.- ¿Mi hijo? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Madre.- ¡Todo lo que usted quiera que tenga!

Alcalde.- ¡Hable más claro! ¡No la entiendo!

Madre.- Yo, renuncié a un amor que no debió crecer jamás en mi corazón y lo pagué caro, pero no creo merecer ese sentimiento de venganza que tiene hacia mí al no haberme podido conseguir despojándome de mis hábitos. Y por el amor que también profeso por ese Dios que me obligó a renunciar al Mundo, le juro que pienso dar respuesta a la amenaza que me acaba de hacer. ¡Lleve a cabo ese expediente de expropiación y haré que pague con cárcel el delito que su hijo cometió!

Alcalde.- ¿Mi hijo?...

Madre.- ¡Sí, su hijo! que podría haber sido el mío y como a tal lo traté ocultando a las autoridades la personalidad del sujeto que entró en la celda de la hermana Teresa, para violarla.

Alcalde.- ¿Está loca?

Madre.- ¡Así debiera estarlo por haber callado semejante crimen e incluso haber permitido con ello, que la honra de mis hermanas quedara en entredicho!

Alcalde.- (*asombrado*) Debo de estar alucinando ¡no entiendo!

Madre.- ¡Pues está claro Sr. Alcalde!: su hijo en una noche de alcohol y droga, fue quien violó en su celda, hace ahora dos años, a la hermana Teresa.

Alcalde.- ¿Qué pruebas tiene para acusarle?

Madre.- ¡Las que oculté en su momento, para salvarle!

Alcalde.- ¿Que usted ocultó las pruebas?... ¿Y piensa que yo me lo voy a creer? ¿Por qué motivo las iba usted a ocultar?

Madre.- ¿Le suena a usted la palabra “amor”?

Alcalde.- ¿Por amor? ¿A quién?

Madre.- A un ser que me hizo sentir la parte femenina de mi alma y de mi cuerpo. A un ser al que le habría dado la vida si ésta me hubiera pertenecido por entero; pero mi Dios era su dueño y a Él

me debía. Lo demás poco contó. Supuse que, a través de los años, ese ser me olvidaría, reharía su vida –que yo lo consiguiera o no, no tenía mayor importancia, ése sería mi castigo: llevar oculto mi dolor me ha hecho insensible al mismo durante todos estos largos años-

Alcalde.- ¿Qué pruebas tiene, qué pruebas son esas?

Madre.- La cadena de plata que con una medalla le regalé a usted cuando tuvo que abandonar este convento ¿No lo recuerda?

Alcalde.- (*tocando su cuello se percata que no la lleva*) Si denunciara el hecho, usted sería también condenada por complicidad al ocultar las pruebas. ¿No teme a la condena?

Madre.- Sr. Alcalde ¿no me cree con la suficiente inteligencia como para asumir mi culpa como otro castigo divino,... e incluso para aducir que tuve que ocultar la prueba ante las amenazas sufridas por culpa de usted? Todo el pueblo reconocería la animadversión que siente hacia este convento y, en particular, hacia su reverenda madre. Me exculparían de todo delito. Yo le aconsejaría que no provocara situaciones que pudieran perjudicar todo lo que usted representa en el pueblo. Recuerde que hay muchas formas de maltratar a un ser y una de ellas es la que psicológicamente ha empleado conmigo.

Alcalde.- ¿Y cómo podría justificar que la llevaba él?

Madre.- Porque la esposa de usted le encargó al joyero que le consiguiera otra idéntica cuando su hijo le hizo saber que la había perdido en una riña. No quería que usted, su padre, fuera conocedor de esa pérdida. Sabía del amor que tenía por esa medalla.

Alcalde.- ¿Y cómo llegó usted a enterarse de eso?

Madre.- Porque fue el joyero el que vino a preguntarme, como religiosa, si sabía adónde podía adquirir una igual.

Alcalde.- ¿Y por qué a usted precisamente? Nadie sabía que me había hecho ese regalo, lo mantuve siempre en secreto.

Madre.- Tenga en cuenta que nosotras al ser monjas, conocemos los lugares en donde se pueden adquirir todo tipo de objetos religiosos. Le recomendé que fuera a un establecimiento especializado que había en la ciudad, pero no llegó a encontrarla igual. Esa medalla fue hecha en su día por encargo mío.

Alcalde.- ¿Qué santo era?

Madre.- San Fernando: su santo. ¿No lo recuerda?

Alcalde.- (*abatido*) ¡Hemos sido los dos unas víctimas! Lo mejor

habría sido que no nos hubiéramos siquiera conocido.

Madre.- Pero pequé y Dios lo sabe cuánto me costó el pagar mi culpa.

Alcalde.- Ahora la balanza se inclina a su favor ¿Qué es lo que me propone que haga?

Madre.- Que olvide ese odio que tiene hacia mi persona, que comprenda que en este momento le está hablando un ser que, al volverle a ver, sigue dándose cuenta de cuánto ha significado y sigue significando en su vida pero, que la reverenda madre que represento y, en beneficio de la comunidad, desea que acabe esta pugna entre los dos. Para ello exijo que se amojone la finca, que se nos respete centímetro a centímetro nuestra propiedad y que nos conceda un donativo monetario y personal para la restauración total de nuestro convento que posteriormente, y gracias a su encomiable empeño y gestión, será declarado e inventariado como bien protegido por el Municipio que usted representa. Con ello no perjudico a las arcas del Ayuntamiento y contribuyo a que parte de la riqueza que usted ha acumulado con malas artes, tenga un destino noble. En reconocimiento a su donación, prometo que en la fachada de esta santa casa se instalará una losa de piedra en la que se hará constar que “En el año de Gracia de 2004 dieron comienzo las obras de restauración del convento gracias a la dotación económica donada por el Sr. Alcalde de este Municipio, Don Fernando Expósito Ruíz.”

Alcalde.- (*vencido*) ¡Usted ha ganado reverenda madre! Nobleza obliga, aunque el arma que ha empleado no haya sido la más ortodoxa.

Madre.- Pienso pagar mis culpas con la penitencia que mi confesor me imponga.

Alcalde.- (*se acerca a ella amorosamente*) ¿Merezco recibir a cambio algún detalle personal de la mujer de la que todavía sigo enamorado?

Madre.- Mi eterna gratitud y, con la promesa de que no se desprenderá nunca de ella, le devolveré la medalla que sólo a usted pertenece (*se acerca a él y con ternura le cuelga del cuello la cadena y medalla perdida por su hijo*)

Alcalde.- (*emocionado*) ¡Prometido y jurado quede! (*Recoge el sombrero y los guantes y se dispone a marchar*) ¿Me permitirá poder volverla a ver, reverenda madre?

Madre.- Siempre que no pretenda conseguir a la débil mujer que se esconde tras de ella, sí.

Alcalde.- Lucharé porque así sea. *(Se aleja de ella andando hacia atrás sin dejar de mirarla y apenado)* ¡Quede con Dios, reverenda madre! ¡Regreso a la cárcel de mi alma!

Madre.- *(con entereza y dolor)* ¡Con la mía, que con usted también se marcha, Sr. Alcalde!

Alcalde.- *(El Alcalde sale bruscamente de la escena para evitar que su llanto sea descubierto por la reverenda madre que no puede contener el suyo, pero recapacita y regresa arrastrado por el deseo de abrazar el cuerpo de la reverenda madre que, sorprendida sale a su encuentro. Cuando sus cuerpos van a fundirse con un abrazo, la reverenda madre reacciona evitando el deseo de ambos. El Alcalde sale airosamente y la reverenda madre cae de bruces frente al crucifijo que existe en el reclinitorio de su despacho, con los brazos en cruz, llorando desconsoladamente como sólo puede hacer una mujer frustradamente enamorada)*

TELÓN

POBREZA OCULTA

-Tragicomedia en dos actos-

POBREZA OCULTA

-Tragicomedia en dos actos-

Personajes: *Ana. Luisa. Juan. Empleado.*

Decorado: *Unos bancos al lado de contenedores de basura.*

Iluminación: *Nocturna.*

PRIMER ACTO

(En el escenario Doña Ana se encuentra sentada sobre un banco llevando sobre la cabeza un velo negro. Hace frío. Luisa entra en escena frotándose las manos, vestida con un abrigo más pequeño que su talla y con calcetines y zapatillas de deporte. Porta un capazo ajado)

Luisa. - ¿Hace mucho que está aquí?

Ana. - Hoy he venido una hora antes. Temí que se me fuera a hacer tarde como ayer, que apenas puede conseguir algo.

Luisa. - Pues este mes hay casi de todo.

Ana. - La Navidad ha pasado y, gracias a Dios, ahora a la gente le da por no comprar, como tienen los estómagos llenos...

Luisa. - Ellos sí, pero nosotras... En Navidad tocamos a menos que en cualquier otro mes del año. Ahora parece que se ha normalizado todo un poco. Están de rebajas y la gente no piensa tanto en comer.

Ana. - Pasa como en primavera, la gente comienza a hacer dieta

para poderse colocar los bañadores en el verano.

Luisa.- Como que para mí son las mejores épocas del año: invierno, por lo de las rebajas, y primavera, por lo de la dieta.

Ana.- El verano tampoco está mal. Como la mayoría se van de vacaciones, hay excedentes.

Luisa.- La verdad es que no nos podemos quejar, dentro de lo que cabe, siempre podemos pillar algo.

Ana.- Lo más complicado al principio de todo esto, es la organización.

Luisa.- ¿La organización?

Ana.- ¡Claro! Porque cuando eres novicia en este trabajo, arramblas con todo y, lo mejor, es tener un listado de prioridades a cubrir. Lo más importante son los alimentos no perecederos, de esos nunca sobra nada por más que almacenes. Lo de las conservas depende de la fecha de caducidad; no es conveniente tentar mucho.

Luisa.- Ni en las conservas ni en nada. Tienes que saber qué productos son los más peligrosos de consumir después de la fecha de vencimiento.

Ana.- Yo pienso que muy pocos. Tenga en cuenta que la fecha que indican es la que “recomiendan” al cliente. Luego tienes un plazo prudencial para consumirlo sin que afecte a tu organismo.

Luisa.- Al hablar de la “organización” yo, me refería a hacer una compra con equilibrio. Si tengo carne por consumir, es preferible el pescado; si hay legumbres, mejor las verduras y si no hay nada, pues lo que te echen.

Ana.- Eso, lo que te echen.

(Entra en escena un hombre humildemente vestido, con un gorro de lana sobre la cabeza y un macuto al hombro)

Juan.- *(respetuosamente)* ¡Buenas noches!

Luisa.- Buenas.

Ana.- *(para sí)* ¡Otro que viene de estrecho!

Juan.- Disculpen. Han cerrado el supermercado y tengo necesidad de determinado producto para cenar.

Ana.- Y nosotras, no te fastidia. ¿O es que cree que estamos esperando el metro?

Juan.- Quiero decir, que si saben a qué hora suelen vaciar.

Luisa.- Pues dentro de una media hora, aproximadamente. Depende de la cantidad que tengan que desechar.

Ana.- Le advertimos que en esta plaza somos personas ordenadas, que no tenemos nada que ver con toda esa gente maloliente y desalmada. Esto es un barrio nuevo con un Hipermercado recién inaugurado y no vamos a consentir que empiecen los problemas de siempre.

Juan.- Por mí, no se preocupen. No voy a comentárselo a nadie.

Ana.- Y ¿cómo se ha enterado?

Juan.- Me enteré de la inauguración de este Hipermercado por una propaganda que encontré en el suelo. Esta mañana estuve pidiendo trabajo. Dejé mi currículum. Me dijeron que ya me contestarían.

Ana.- Pues debe de tomárselo con paciencia. No es que yo quiera desanimarle, pero con la edad que tiene...

Juan.- Tengo sólo cincuenta años.

Luisa.- Pues perdone, pero no los aparenta.

Ana.- Y aunque así sea. Ahora quieren carne fresca. Les pagan lo mínimo establecido, hacen catorce o dieciséis horas y cuando acaba el contrato a fletar otro barco.

Juan.- ¿Otro barco?...

Ana.- Lo digo en sentido figurado. Aquí a los esclavos no hace falta que los traigan de alta mar. Con poner unos anuncios en el INEM o en la prensa, tienen cubierto el material humano.

Juan.- Ustedes también están aquí por lo mismo, me imagino.

Ana.- *(con ironía)* Sí, pero nosotras no hemos echado el currículum. Nosotras ya tenemos plaza fija, sólo que pertenecemos al “personal de contingencias externas.”

Juan.- Por la forma de expresarse se nota que tiene estudios.

Ana.- Hice un curso de Secretariado en mi época y tuve la suerte de colocarme en una empresa familiar que abandoné una semana antes de casarme, y luego ya se sabe, vinieron los hijos y una no podía continuar trabajando, o si podía, no era lo más aconsejable en la época. El hombre era el que tenía la obligación de traer el dinero y la mujer, la de administrarlo. No es lo mismo que ahora.

Luisa.- Ahora no tiene nada que ver con lo de antes. Hemos avanzado mucho.

Ana.- ¡Ya lo creo! Mismamente ¿le parece poco avance el teléfono móvil?...

Juan.- Eso ¡es un milagro de la tecnología!

Ana.- ¿Y los viajes espaciales?

Luisa.- ¡Fantástico también!

Juan.- ¿Y el descubrimiento de las enfermedades hereditarias?

Luisa.- En cuarenta años hemos avanzado, bueno, algo descomunal. La televisión mismo ¡Qué invento!

Ana.- De todas formas aún hay cosas que siguen igual que antes. No han variado.

Luisa.- Las que no lo han hecho es porque no son importantes para el ser humano, porque de serlo, ya se habrían calentado la cabeza para hacerle cómoda la vida a las personas.

Juan.- Puede que tenga razón, aunque pienso que peca un poco de ingenua.

Luisa.- ¡Hombre, está claro! ¿Usted cree que si el trabajo no diera salud, el ser humano iría loco detrás de él?...

Juan.- Tiene razón, no había caído yo en eso.

Luisa.- ¡Pues claro! Por eso el Gobierno quiere que trabaje todo el mundo, porque como da salud se reducen los gastos de la Seguridad Social.

Ana.- ¿De dónde saca usted esas conclusiones?

Luisa.- De mi cabeza, que piensa. Yo he sido criada durante veinte años de una casa muy importante y he visto, escuchado y analizado la vida.

Ana.- Perdone y ¿cómo es que se encuentra ahora haciendo “footing”?

Luisa.- Me despidieron y como no me tenían asegurada...

Ana.- ¿Cómo unos señores de esa categoría no la tenían asegurada?...

Luisa.- Bueno, me tenían a su forma.

Juan.- ¡Como de costumbre!

Ana.- No es muy fácil de entender.

Juan.- Según las circunstancias de cada cual.

Ana.- Si quiere preservar su intimidad lo entiendo. Ahora, no nos venga con esos cuentos. Si la echaron podría haberlos denunciado y, por lo menos, ahora estaría cobrando el paro.

Luisa.- Me sacaron del pueblo y me trajeron a trabajar con ellos, con el consentimiento de mis padres, cuando contaba con la edad de quince años –se trataba del hijo del Alcalde del pueblo y necesitaba niñera –

Ana.- Y ahora qué ¿ya han crecido los niños?...

Luisa.- ¡Ya lo creo! Están hechos unos hombres de bien...

(*Cambia su rostro y se entristece*) Salvo el más pequeño, al que cuidé yo desde que nació con deficiencia mental. Es por el que más dolor me ha producido tener que dejar la casa. Estaba acostumbrado a mí y yo a él. Nos necesitábamos.

Ana.- Y si tan bien se llevaban ¿por qué les han separado despidiéndola a usted?...

Luisa.- La señora prefirió internarlo en un Colegio especializado en ese tipo de problemas. Aunque todavía no sé si lo ha hecho por él o por ella.

Ana.- ¡No entiendo!

Luisa.- Es que así la señora parece ser que tenía más tiempo para sus menesteres sociales. Como trabaja en un ministerio -se ha metido a política- tiene que relacionarse con mucha gente y claro, a veces, el tener un hijo subnormal en casa, quieras o no, no resultaba demasiado agradable cuando recibía a sus amistades.

Ana.- Entiendo. Ahora con el campo libre no tendrá que mostrar sus miserias.

Juan.- Para eso de las miserias no hay que correr demasiado. Se las encuentra uno a la vuelta de cualquier esquina. Yo mismo,...

Ana.- ¡Oiga! Espero que no empiece a contarnos batallitas que yo, desde que murió mi esposo, juré que no las iba a soportar nunca más de nadie.

Juan.- (*molesto*) Señora, el hecho de que yo sea hombre y esté esperando lo mismo que ustedes, no quiere decir que sea un deshecho de la vida. De la sociedad, es posible, lo admito, pero de la vida no. Le advierto que, aunque mi situación no sea la más recomendable, no soy una persona dada a contar rollos y menos a gente desconocida como usted, que se cree muy en posesión de la verdad y piensa que los demás son unos débiles por no haber hecho frente a la vida. Porque a mí, no me engaña. Usted no ha estado casada, ni viuda, usted ha estado insatisfecha siempre.

Ana.- ¿Cómo se atreve? ¡Grosero!

Juan.- ¡Sincero y directo, pero grosero, no! He recibido muy buena educación como para saber distinguir al rey del mendigo y a una señora de una portera, con todos mis respetos hacia la profesión.

Luisa.- Tampoco hace falta que se ponga usted así. Ella no quería ofenderle.

Juan.- Pues lo ha conseguido. Yo sólo pretendía entablar una

conversación con ustedes y hacer más amena la espera, que me desespera.

Ana.- ¿Y para eso no se le ocurre otra cosa que ofenderme?...

Juan.- No he pretendido hacerlo. Le pido disculpas; pero entenderá que yo tampoco tengo por qué soportar impertinencias, cuando mi conducta es correcta y educada. No pretendo perturbar a nadie. Bastante tengo yo, con lo mío. Así que les rogaría que no me hicieran más dolorosa la circunstancia de tener que estar esperando a que vacíen los carros de alimentos desechados por este Hipermercado.

Ana.- Puede que me haya excedido en mi apreciación. Perdóneme usted también. Llega un momento en que la situación económica hace que te comportes con los demás como nunca podrías haber llegado a entender; pero es que ser pobre en un país en donde todo parece de fácil acceso, donde la opulencia y el consumo se dan la mano para la mayoría, desquicia los nervios a cualquiera.

Luisa.- Yo siempre he estado entre la opulencia. He de reconocer que nunca he padecido de manjares. Cuando los señores terminaban de comer o cenar, retirábamos la mesa y bajábamos a la cocina todos los alimentos que habían sobrado. Si se trataba de sopa o hervido, no hacíamos mucho caso, ahora, cuando se trataba de carnes, pescados o postres,... nos poníamos las botas. La cocinera que teníamos era muy lista y buena, siempre hacía comida para cuatro comensales más. Decía que nunca se sabía y que era mejor que sobrara comida a tener que preparar de forma rápida un plato con el que atender al invitado imprevisto. Lo cierto era que lo que sobraba, casi siempre, daba suficiente alimento al jardinero, su esposa, la cocinera y una servidora. ¡Cuánto les hecho en falta!

Ana.- ¿Ellos también fueron despedidos?

Luisa.- No, a ellos les convencieron y se jubilaron anticipadamente. Las peores paradas, fuimos la cocinera y yo.

Juan.- ¿Y eso?

Luisa.- La cocinera era mayor, no podía estar mucho tiempo de pié y en una cocina de la envergadura que tenía aquella se requería ser fuerte y joven. La sustituyeron por dos dominicanas que trajeron sin papeles.

Ana.- ¡Vaya señorío!

Luisa.- Y terminó en una Residencia de la Seguridad Social. Tuvo

suerte, según decía la señora. Gracias a su baja paga y a no tener ningún otro bien, pudo acceder, por recomendación del señor, a una residencia que había a doscientos kilómetros de su pueblo.

Ana.- ¡Eso, bien lejos! Como para ir a visitarla a tomar un chocolate.

Luisa.- No tenía familia. Estaba como yo. Bueno, peor. Porque a ella su hermano se le había muerto. A mí, por lo menos, me queda una hermana viva, de los cuatro que éramos.

Ana.- ¿No le ha comentado su situación?

Luisa.- Eso le habría producido más dolor. Bastante tiene con su ceguera. Prefiero que crea que estoy en la ciudad sirviendo en casa de unos nuevos ricos.

Juan.- A veces, no hay más remedio que mentir.

Luisa.- De ahí viene lo de las mentiras piadosas.

Ana.- Y usted ¿no nos va a contar su vida? ¿Todavía le dura el enfado? Pues no ha sido para tanto.

Juan.- Prefiero escuchar.

Luisa.- Hay un refrán que dice que “al buen callado le llaman sabio”.

Juan.- Pero no es de aplicación a mí. Si yo hubiera sido sabio no estaría como estoy y no digo si hubiera sido sólo un poco listo.

Ana.- (*se acerca con ternura a Juan*) A ver ¿Qué ocurre? porque no puedo negarle que tanto silencio me mosquea.

Juan.- Usted es un poco complicada. Si se habla, mal y si no se hace, también.

Ana.- ¡No soy complicada! Tengo carácter: el mío.

Luisa.- Como todos.

Juan.- Ni eso tuve yo. De haberlo tenido no habría abandonado mi casa por ella.

Luisa.- ¿Por ella?

Ana.- ¿Por su mujer?

Juan.- Sí, por mi ex mujer.

Ana.- Eso es lo normal. Cuando uno se separa lo más normal es que la esposa se quede con los hijos en su hogar conyugal.

Juan.- No me quejo de que haya sido así, porque fue decisión mía. El Juez, dictó lo contrario en nuestra separación pero ¿cómo iba yo a permitir que mi hija tuviera que irse a vivir a una pensión de mala muerte con su madre por el simple empeño de ella en querer “liberarse”?

Ana.- Emanciparse.

Luisa.- Es lo mismo.

Juan.- Da igual.

Ana.- Es que ustedes los hombres no se dan cuenta. Empiezan a tirar de la cuerda y no paran. Hasta que una se harta y dice: “hasta aquí llegó”-ese machismo les mata-

Luisa.- ¡O hace que maten!

Juan.- Ese no es mi caso. Soy un hombre y me considero tal, pero débil. Esa debilidad, esa comprensión, ese aguantar es lo que hace que me encuentre como me encuentro. Si yo hubiera puesto mis co...

Ana.- ¡Cuidado con los exabruptos!

Juan.- ¡Perdone! Quiero decir, que si hubiera tenido un poco más de valor y me hubiera negado a sus caprichos, otro gallo me cantarían.

Ana.- Mejor, quizá haya sido mejor así; porque en más de una ocasión, al hombre se le sube la sangre a la cabeza y comete locuras de las que luego tiene que arrepentirse en la cárcel.

Juan.- ¿Y le parece poca cárcel en la que me encuentro? Solo. No tengo cobijo ni amparo de nadie.

Ana.- ¿Y su trabajo?

Juan.- Me echaron de la empresa en la que trabajaba. Atravesé una crisis y me dio por automedicarme. Tomaba somníferos para conciliar el sueño y por la mañana, estimulantes para poder hacer frente al día. Cada vez necesitaba ingerir más medicamentos y al final eso, mezclado con el alcohol, hizo que tuvieran que ingresarme en la unidad de antialcohólicos más cercana de donde acabo de salir, aparentemente rehabilitado. Y sinceramente, tengo que reconocer que no sé si era mejor mi estado anterior que el actual. Por lo menos allí estaba recogido, cuidado, me escuchaban los psicólogos. Pero aquí no conozco a nadie, apenas hablo y mi cabeza no para de cavilar.

Luisa.- Pues por mí, puede desahogarse todo lo que necesite. Yo me encuentro igual que usted. Estoy durmiendo en un portal, donde la portera del inmueble me permite que lo haga a cambio de que una vez que han venido los basureros, deje el patio y el zaguán del edificio totalmente limpios. A mí no me cuesta mucho trabajo y hasta que encuentre algo mejor...

Ana.- Pero ¿ha buscado?

Luisa.- No paro. Todos los días me recorro los barrios adinerados por si les hace falta una sirvienta, pero como no tengo a nadie que me avale y dé informes de mí...

Juan.- ¿Y por qué no se los pide a los señores en donde estaba trabajando hasta ahora?

Luisa.- ¡No mande Dios! Juré que me valdría por mí misma. Después de cómo se han comportado conmigo no quiero nada de ellos, ni siquiera deberles el favor de que hablen bien de mí. No lo necesito ¡Dios proveerá!

Juan.- Eso dicen los que creen en Él, pero yo, ni eso.

Ana.- ¡Pues sí que lo tiene usted claro! Encima no tiene fe.

Luisa.- A mí no me falta.

Ana.- A mí no es que me sobre, pero algo hay que tener para estos casos.

Juan.- Yo, por no tener, no tengo ni Dios, ni Universo, ni día, ni noche. Sólo tengo,...

Luisa.- ¡No me lo diga, que yo también tengo de eso!

Ana.- Una gran soledad.

Juan.- ¿Cómo lo han adivinado?

Ana.- Para eso no hay que ser adivina. Con ver tienes bastante. ¿Usted cree que un negro con vista no distingue a otro de su misma raza?

Luisa.- Pues esto es lo mismo. Todos tenemos el mismo color. Uno por una cosa, otro por otra, lo mismo.

Ana.- Tenemos tanta necesidad de alimentar el cuerpo como la de alimentar el alma. Lo primero es difícil, pero lo segundo es casi imposible. Mira que le rezo a todas las vírgenes que hay en las parroquias de los alrededores.

Juan.- ¿Tantas hay?

Luisa.- Tantas.

Ana.- Y todas parecen que funcionan. Ocurre lo mismo que con los Cristos: que si el del Perdón, que si el de las Llagas, que si el de la Santa Espina,...

Juan.- Yo prefiero estar al margen de todo eso.

Ana.- ¡Claro! Ustedes los hombres, bastante tienen con sus equipos de fútbol, pero nosotras a nuestra edad y cultura, ¿qué nos queda?... pues encomendarnos a las vírgenes y a los cristos, para ver si alguno de ellos oyen nuestras plegarias y dan un giro a nuestras vidas.

Juan.- Yo giro no pedí y mire si me lo han dado.

Luisa.- Es que hay cosas que, aunque no las pidas, te las encuentras
(*se desploma*)

Juan.- ¿Qué le ocurre?

Ana.- ¡Debilidad, seguro que es debilidad! (*rápidamente se acercan para levantarla*)

Juan.- ¡Despierte, por favor! ¡Despierte!

Ana.- ¡Tome! Dele agua de esta botella.

Juan.- ¿Estaba en el contenedor?...

Ana.- Pero está sin usar. No sea tan escrupuloso.

(*Le echa el agua sobre la cara para que reaccione. Se despierta asustada y aturdida. La sientan en el banco*)

Luisa.- ¿Qué es lo que me ha pasado?

Juan.- Se ha caído. ¿Le duele algo?

Luisa.- Un poco, aquí en el codo. Pero no es nada. Perdonen el susto. No sé qué es lo que me ha ocurrido.

Ana.- Pues está bien claro. ¿Desde cuándo no ha probado alimento?...

Luisa.- Desde esta mañana.

Juan.- ¡Y son las diez de la noche!

Luisa.- Pero desayuné muy bien. La portera me preparó un tazón de leche y unos churros que habían sobrado.

Ana.- Pero por muy gordos que fueran los churros, no es alimento suficiente como para aguantar hasta estas horas sin probar bocado y menos una chica con su edad. ¿Tiene desarreglos?

Juan.- ¡No sé cómo puede hacerle esa pregunta, y menos delante de mí!

Ana.- ¡Pues tápese los oídos! ¿Tiene desarreglos?

Luisa.- Sí, los vengo observando desde hace tres meses, aproximadamente.

Ana.- ¡Pues eso es lo que tiene!

Juan.- Usted parece que todo lo sabe, que todo lo adivina.

Ana.- La que ha sido cocinera antes que fraile...

Juan.- (*recoge del suelo el velo negro que se la ha caído a Doña Ana y se lo entrega*) Perdón por si la pregunta es indiscreta. ¿Por qué lleva velo? ¿Por algún luto?

Ana.- Para dar la sensación de que soy una mujer piadosa, no te fastidia. Lo llevo porque parece que me resguarda del helor de la noche. No pretenderá que lleve un gorro de lana. No crea, que

ya me lo probé y parecía un atracador de bancos. Además como lo utilicé durante el luto de mi marido, me sabe mal quitármelo, parece que llevándolo le guardo mayor respeto.

Juan.- ¡Ojalá mi mujer me hubiera respetado la mitad de lo que usted demuestra respetar a su esposo!

Ana.- Se lo merecía. Nunca me faltó en nada. Siempre trajo hasta la última peseta a casa. Viví como una reina –mis hijos le adoraban-. Cuando falleció dejé de ser lo que era para convertirme en lo que ahora soy: un fantasma.

Luisa.- Es bonito tener a alguien que te quiera y a la vez, respete.

Juan.- Y difícil.

Ana.- No siempre.

Juan.- Oyéndola y perdone, porque las comparaciones suelen ser siempre odiosas, así creí haberme comportado con mi esposa durante los veinticuatro años que duró nuestro matrimonio.

Ana.- ¿No será que lo que usted echa en falta es la comodidad que le suministraba el hogar?...

Luisa.- Sería normal que así fuera. Él era hombre y ella mujer, cada uno desarrollaba su papel en el hogar.

Juan.- Tiene razón, aunque yo me refería al cariño, a la necesidad de seguir viviendo con la mujer que ha dado vida a tus hijos.

Ana.- Le honra ese sentimiento hacia ella, pero estoy segura, de que tendría sus motivos para haberse separado de usted.

Luisa.- Y si como parece, todavía la sigue queriendo, ¿por qué no intenta volver con ella?

Ana.- ¡Cuánto daría yo por poder volver a vivir con mi difunto esposo!

Juan.- Si por mí fuera, mañana mismo lo haría.

Luisa.- Y ¿qué es lo que se lo impide?...

Juan.- Mi dignidad. No tengo nada que poder ofrecerle. Sólo mi amor.

Luisa.- ¿Y le parece poco, con lo escaso que está hoy en día?...

Ana.- Me temo que sí. Intuyo que con sólo amor su mujer no pueda resolver los problemas económicos con los que habrá tenido que enfrentarse durante estos últimos años.

Luisa.- Aunque, puede haber cambiado de opinión. A lo mejor, si usted le hiciera saber que todavía la quiere.

Ana.- ¡Qué bondadosa es usted, por no llamarla ingenua! Si ella consiguió el divorcio fue para poder rehacer su vida.

Luisa.- ¿La ha vuelto a ver?

Juan.- Sí, hace unas semanas, desde el bar que hay enfrente del edificio donde viven; estuve esperando hasta que salió acompañada de un joven colombiano.

Ana.- ¿No me diga?

Luisa.- Y cómo sabía que iba con ella, a lo mejor era sólo un vecino.

Juan.- Un vecino no te coge de la cintura y palpa tus posaderas.

Ana.- ¡Dios mío! Esta gente puede con todo.

Luisa.- ¿A qué gente se refiere?...

Ana.- A los inmigrantes.

Luisa.- Pues dentro de lo que cabe no es tan malo, nuestros políticos quieren que se reproduzcan por lo de la baja natalidad y además hablan nuestra propia lengua.

Ana.- ¿A qué lengua se refiere?

Luisa.- A la castellana.

Ana.- ¡Ah! Eso es otra, toda la vida intentando evitar que se nos notara acento que nos distinguiera de los de la capital y ahora,...

Juan.- Ahora, hay ya muchas capitales.

Luisa.- Las de las autonomías.

Ana.- Y veas tú para qué.

Juan.- Para dar de comer a todos los que están al frente de las mismas.

Luisa.- Que no son pocos. Yo lo sé por mis señores.

Juan.- Pero por lo menos hay paz. Todos despotrican, pero como todos chupan del bote

Ana.- Unos antes y otros después,...

Juan.- El “sistema” funciona. No corre peligro siempre que el estómago esté lleno.

Ana.- Las revoluciones lo han sido siempre por culpa del hambre del cuerpo.

Juan.- Pero también habría que valorar el hambre del alma. Nunca los seres hemos estado más comunicados y a la vez más alejados de sus vidas. No crean que hablo así porque soy un ex alcohólico. Creo hablar con propiedad. He comprobado durante mi rehabilitación, qué mundos de soledades ha creado el “sistema”. Ha dividido a los seres humanos y ha vencido.

Luisa.- ¿Ha dividido? ¿Quién?

Juan.- El sistema.

Ana.- Y ¿quién es el sistema?

Juan.- Los que dominan al capital.

Luisa.- ¿Los ricos?

Juan.- Qué va, esos son la comparsa. El capital al que me refiero tiene muchos millones de ceros a su favor. Es como un inmenso pulpo cuyos tentáculos atenazan a los propios gobiernos que dirigen a su antojo.

Luisa.- No entiendo mucho, pero habla muy bien ¡Siga, por favor!

Juan.- Al prevalecer el capitalismo, nos hemos convertido en esclavos del consumo.

Ana.- Pero la sociedad tiene que avanzar

Luisa.- ¡Claro!

Juan.- Por eso estamos nosotros aquí, por el avance ¿no? Señora, hemos llegado a la Luna, aterrizaremos en Marte, pero nosotros, el ser humano, no cambiará ni de materia, ni de mente.

Luisa.- Pero no me negará que no estamos mejor que nuestros abuelos.

Juan.- ¿De verdad lo cree así? Se ha parado a pensar cuán felices eran nuestros padres. No tendrían Seguridad Social, jubilaciones, vacaciones, cultura, pero tenían manos con las que luchar honradamente para conseguir el pan de cada día y compartirlo con su familia. Hoy habrá pan y hasta de distintos gustos, no se lo discuto, pero falta la verdadera familia por la que luchar y con la que compartirlo. El avance ha llegado, faltan geriátricos y dinero para poder pagar su ingreso y sobran responsabilidades laborales y económicas, excusas perfectas para evitar, en la mayoría de los casos, el atender a tus mayores con el amor que ellos depositaron en su día. La hipoteca, el coche, las vacaciones son causas más que justificadas para tener que trabajar y evitar asumir el duro trago de llenar de alegría los últimos años de soledad de nuestros mayores; porque no olvidemos, cuando uno seguramente empieza a sentirse solo, es cuando a nadie interesa e incluso molesta el que manifiestes tu opinión.

Ana.- ¿Qué hora tiene?

Juan.- ¿Quiere la buena o la mala?

Ana.- Le estoy hablando en serio.

Juan.- Y yo también. Si quiere la mala me la callo y si quiere la buena la ignoro. No tengo reloj (*ríe*)

Ana.- ¡Haber empezado por ahí!

Luisa.- Deben ser las diez y media. Casi no quedan coches en el parking.

Ana.- Pues a ver si llegan pronto. Se me están helando los pies.

Juan.- A mí no. Estas deportivas abrigan mucho.

Ana.- Pues a mí me escaldan los pies. La goma y el paño son los únicos materiales que puedo calzar (*señalándose las zapatillas*). Me las dan en Cáritas.

Luisa.- Bueno, yo también tengo unos zapatos de piel aunque dos números más grandes que mi pié. Son de vestir y los uso solamente cuando voy a pedir trabajo.

Ana.- Y cómo anda ¿Cómo el Pato Donald? (*ríe*)

Luisa.- No. Gracias al ingenio que he desarrollado. Me pongo periódicos en las puntas y pocos metros antes de llegar me quito las deportivas y me los coloco.

Ana.- ¿Qué número usa, un treinta y cinco?

Luisa.- Depende.

Ana.- ¿Del fabricante?

Luisa.- No mujer, de cómo los tenga de hinchados.

Ana.- Yo gasto el treinta y seis. Intentaré localizar unos botines que guardo en casa. No los utilizo por lo de las varices. Me oprimen excesivamente el talón. A lo mejor a usted le van de maravilla.

Luisa.- Le quedo muy agradecida por la molestia que le voy a originar.

Juan.- Habla con una exquisitez impropia de una señorita que toda su vida ha sido criada.

Luisa.- Precisamente por ello hablo medio bien y, en cuanto a mis modales he intentado siempre que fueran lo más parecidos a los que utilizaban mis señores. Me ha gustado aprender. No olvide que, aunque subnormal, el niño que tuve a mi cargo, al que crié, mi Ricardo, todo lo que sabe lo aprendió gracias a mí. No he tenido estudios, pero sí algo que me distinguía del resto de la gente de mi aldea.

Juan.- Humanidad, eso es lo que a usted la distingue.

Luisa.- ¿Y eso es bueno?

Ana.- Para los tiempos que corren, no mucho. Pero aunque en desuso, si la tiene, no está mal. Aunque yo, no se lo voy a ocultar, también la tuve y la vida me vapuleó tanto que me vi obligada a tener que retorcerme el colmillo para luchar contra ella diente a

diente. (*Juan ha recogido una colilla del suelo*)

Juan.- Les importa si fumo.

Ana.- Por mí, puede hacerlo. La habitación está suficientemente aireada.

Luisa.- Y por mí también, no me molesta.

Juan.- (*enciende el cigarrillo y observa el cielo*) Parece que va a llover, el cielo está oscuro, sin estrella alguna.

Luisa.- Sí, es cierto.

Ana.- Pues si tiene que empezar a llover que lo haga cuando esté en casa. No estoy para empaparme de agua y coger una pulmonía.

Luisa.- Parece que viene alguien.

(*Aparece un joven arrastrando un carro atestado de cajas de alimentos desechados*)

Ana.- ¡Por fin! Oiga joven, ¿qué tal ha ido el día?

Joven.- ¡Mal!

Ana.- ¡No me diga!

Empleado.- ¡Es broma! En esa bolsa blanca hay algo de charcutería y fruta y en esa otra hay unas barras de pan que he roto para que no las pudieran vender.

Ana.- (*Ana y Luisa se acercan contentas al carro*) ¡Ay! Es usted un bendito, qué digo bendito, es usted mi Antonio Banderas. ¡Guapo!

Luisa.- ¿No se acerca?

Juan.- ¿Yo?

Ana.- ¡Si, usted!

Juan.- ¿Puedo?

Ana.- ¡Pues claro, hoy tenemos cena! Mañana, Dios dirá.

(*Como gatos hambrientos corren hacia el carro para buscar de entre las bolsas los alimentos desechados*).

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(El acto se desarrolla en verano y el vestuario de los personajes es el propio para dicha estación. En escena sólo están sentadas Doña Ana y Luisa, con sus bolsos vacíos)

Luisa.- *(Desilusionada, se quita los pendientes)* ¡Hoy tampoco ha venido!

Ana.- No es de extrañar. Seguramente habrá caído de nuevo en la bebida.

Luisa.- ¿Por qué razón piensa eso?

Ana.- Hija, soy más vieja que tú y algo más sé sobre la vida. Los hombres son más débiles que nosotras. No paren, con eso ya te lo he dicho todo.

Luisa.- Pues yo creo que ése no es el motivo por el que no viene desde hace tres noches. Presiento que le puede haber ocurrido algo.

Ana.- ¡Huy! Esa inquietud me intriga. ¿No te habrás enamorado de él?

Luisa.- ¡Estoy hablando en serio!

Ana.- Y yo también.

Luisa.- *(duda)* Es posible. Durante estos meses me he acostumbrado a su compañía, como a la de usted, pero de distinta forma, he de reconocerlo.

Ana.- Hija mía y perdona que te llame hija, pero podrías haberlo sido. Aunque despotriqué, porque ese es mi carácter y no pienso cambiarlo, he de reconocer que este hombre se esfuerza por vivir con dignidad y encontrar un trabajo que se lo permita. Lo tiene difícil, pero el mérito no hay que quitárselo. La soledad es mala compañera y encuentro lógico que cuando una mujer recibe buen trato por parte de un hombre educado, es muy difícil que la mujer no se rinda a sus encantos y Juan, así se ha comportado con nosotras y, en especial, contigo. Así que niña, confiemos que el no haber venido estas últimas noches, no sea por algo desagradable como te he dicho antes, medio en broma. No obstante,... si no me equivoco y me falla la vista,... esa sombra que se acerca me resulta peculiar... ¡Aquí está! ¡Ya ha venido! *(Luisa vuelve a ponerse los pendientes con nerviosismo)*

Juan.- *(entra corriendo y contento, llevando la bolsa de un supermercado)* ¡Estaba deseando poder volver a verlas! Tengo una buena noticia. He conseguido un empleo por las noches, de guardacoches.

Ana.- ¡Eso es una gran suerte hoy en día, con cincuenta y pico, guardar coches es un chollo! ¡Cuánta gente lo quería para sí!

Luisa.- Sobre todo los que están en los invernaderos recolectando fresas,...

Ana.- O en la boca del metro, limosneando.

Luisa.- ¿Quiere decir que no va a volver?

Juan.- De noche, ya no me será posible salvo cuando libre, pero de día podremos quedar. Vernos para contarnos cómo nos va la vida. Después de cinco meses, la amistad que he conseguido de ustedes no pienso tirarla por la borda. Tal es así, que he traído una bandeja de bombones, que tanto le gustan *(dirigiéndose a Doña Ana)* y una botella de cava como la que solía descorchar en los cumpleaños de mi hija.

Ana.- ¿De dónde ha sacado para tanto lujo?

Juan.- No lo he robado, tranquila. He conseguido un pequeño adelanto de mi jefe.

Ana.- ¡Qué raro!

Juan.- Le conté una mentira.

Luisa.- ¿Cuál?

Juan.- Le dije que me tiraban de la pensión si no pagaba esta semana.

Ana.- ¿Pensión?

Juan.- Sí. No le iba a decir que dormía en los portales y que me aseaba en las grandes superficies. Di como dirección la de su casa ¿No le importará, verdad?

Ana.- Mientras no vengán a reclamarme dinero.

Luisa.- Pero todo esto es maravilloso. Va a poder rehacer su vida.

Juan.- Eso espero ¿Ustedes han cenado ya?

Ana.- *(mintiendo)* No tengo mucho apetito últimamente.

Luisa.- ¡Ni yo!

Juan.- Entonces, podemos tomar esto como postre.

(Juan entrega a Luisa la caja de bombones para que la destape)

Luisa.- *(mirando asombrada los bombones de la caja)* ¡Bombones! ¡Qué ricos, Dios mío! Coja usted primero, Doña Ana.

Ana.- ¿Por ser la mayor?

Juan.- Por ser una mujer dulce que oculta su humanidad para que no se la dañen.

Ana.- ¡Qué gentil ha venido!

Luisa.- ¡Tome, Juan!

Juan.- Gracias.

Ana.- *(mirando el envoltorio de la caja de bombones)* La pastelería es famosa. Le habrá costado muy caro.

Luisa.- ¡Huy! Es verdad. A mí, cada vez que paso frente a sus escaparates se me hace la boca agua y sobre todo, sobre todo, cuando ponen las bandejas de “marrón glasé”

Ana.- ¿Marrón glasé?

Luisa.- Sí.

Ana.- Pues no lo he probado nunca. Ahora, lo que si me llama la atención son los huesos de santo y no precisamente por que piense en los de mi marido *(ríen)*

Luisa.- ¡Qué graciosa es, Doña Ana!

Ana.- ¿Se lo parezco? ¿Por qué?

Luisa.- Por lo de lo de su marido.

Ana.- Es verdad. Mi marido está muerto y en paz descansa, pero la que descansó en realidad fui yo. Póngame un poco más. Qué rico está *(se le humedecen los ojos)* Se me han subido las burbujas a los ojos. Estoy llorando.

Luisa.- A mí me hace cosquillas en la nariz, por eso mis señores, antes de beber, eliminaban el gas con una especie de cucharilla de plata.

Ana.- ¡Qué elegantes!

(Durante toda la anterior conversación Juan, ha estado sirviendo cava y ellas comiendo bombones glotonamente)

Luisa.- ¿No bebe con nosotras?

Juan.- No puedo. Soy ex-alcohólico. Si lo probara sería mi perdición.

Ana.- ¡Muy bien dicho! Tiene razón.

Luisa.- No sabía del peligro...

Juan.- ¿Cómo han ido las cosas estos últimos días?

Ana.- No muy mal. Hemos tenido víveres de toda clase.

Luisa.- Sí y además, Doña Ana y yo hemos llegado al acuerdo de que puede contar con lo que hemos recogido: pasta, arroz, hasta aceite.

Juan.- Pero, ¿cómo han desechado en los contenedores botellas

de aceite?

Luisa.- No, no lo han desechado. Nos iba haciendo falta y optamos por entrar en el Hipermercado.

Ana.- Fue cosa mía. Como suelo llevar siempre esta bolsa, al entrar mostré al guarda jurado un paquete de azúcar y con la excusa de que se me había roto, me dejó salir cuando le dije que ya lo había cambiado y que le agradecía el detalle.

Juan.- ¡Menos mal que no le dio por comprobar lo que llevaba!

Ana.- Esa es la ventaja de ser vieja, como damos pena.

Luisa.- ¿Otro traguito más?

Ana.- Conforme. ¿Sabes que me está sentando muy bien?

Luisa.- Y a mí. *(con tono romántico y mirando al cielo)* Hacía tiempo que no veía el cielo tan estrellado como esta noche.

Ana.- ¡Huy! Pero eso no es sólo por el cava, eso me huele a otro tipo de estímulo ¡pero no te pongas colorada, tonta! Si yo también fui joven.

Luisa.- ¡Qué cosas tiene, Doña Ana! Siempre con sus bromas.

Ana.- ¡Ay! Si yo tuviera unos años menos y una paga de más.

Juan.- ¿Qué haría?

Ana.- Intentar rehacer mi vida.

Luisa.- ¿Cómo?

Ana.- Buscándome una pareja. Dicen que no es bueno que el hombre esté solo, pero que la mujer lo esté tampoco es muy recomendable que digamos.

Juan.- Usted no está sola.

Ana.- Más que la una, a qué nos vamos a engañar. Lo que ocurre es que me he montado mi propia película, porque la que refleja la realidad de la mía no me gusta nada.

Luisa.- ¿Y sus hijos?

Ana.- Haciendo su vida, pero está claro que yo en ella ni sirvo, ni cuento. Al contrario: ¡molesto!

Luisa.- ¡No sea tan cruel con ellos!

Ana.- ¿Cruel?... ¿Sabes cuánto tiempo hace que no me han llevado a pasar unos días con ellos?... Pues desde hace dos navidades. Yo lo comprendo son jóvenes, tienen que disfrutar porque trabajan, pero ¡jolin!, ¿qué otra cosa he hecho yo en esta vida?... trabajar por y para ellos y lo volvería a hacer, pero lo que me cuestiono es si volvería a tener hijos.

Luisa.- ¡A mí sí me gustaría!

Ana.- Pues me parece rica que se te pasó ya el arroz.

Juan.- Yo tengo una hija, pero durante todo el tiempo que estuve rehabilitándome, tampoco recibí una sola llamada o una simple carta.

Ana.- ¡Pues también está usted como para echar las campanas al vuelo!

Juan.- Quiero pensar que su madre le haya influido para que no lo hiciera.

Luisa.- Un poco egoísta ¿no le parece?

Ana.- ¡Práctica! Eso es lo que ha sido. Si estaban separados para qué ir con pamplinas. Cuando menos contacto, mejor. ¿No se había hecho cargo su mujer de la responsabilidad de su hija?

Juan.- Pero yo no la he abandonado. Tuve necesidad de rehabilitarme y al fin y al cabo soy su padre...

Ana.- ¡Lo de siempre!

Luisa.- Entonces,... ¿la que mejor está de todos soy yo?

Ana.- Pues sí, porque como no los has tenido, no sufres ni padeces por ellos; porque hija, esto de ser madre es muy duro, es como la perpetua, para toda la vida

Juan.- *(se cubre el rostro con una mano para evitar que le vean)*

Luisa.- ¿Por qué llora? ¡Está llorando!

Ana.- ¿Qué ocurre? ¿He dicho algo que le haya molestado?

Juan.- No, en absoluto. Es que al verlas beber y disfrutar me he transportado a las celebraciones familiares de antaño.

Luisa.- Ahora que lo dice, a mí también me ha recordado tiempos mejores. Cuando los señores se reunían con amigos que pasaban los fines de semana en la finca. Era cuando más feliz me hallaba. Ricardo y yo, teníamos todo el día para nosotros. Permitían que pasara el domingo en el pueblo de al lado. Allí nos reuníamos en casa de una prima solterona y mayor que yo. Comíamos, cenábamos y dormíamos en su casa. Por la tarde nos íbamos al cine. No importaba la película que hicieran. Comprábamos pipas y ¡ala! a disfrutar con los protagonistas.

Ana.- Le quería mucho, ¿verdad?

Luisa.- No tiene usted idea. Bueno, sí que puede tenerla. Como a un hijo. Le quería, le quiero como a un hijo; pero la realidad se impone y ésta es mi cruda y cruel realidad. Sola. Con cuarenta años y sola.

Juan.- Si le consuela yo tengo cincuenta y estoy igual.

Ana.- Pues yo mis años no los pienso decir, pero tampoco es que pueda quejarme por no tener libertad y tiempo libre: me sobra, pero no es precisamente lo que más se necesita a estas edades.

Juan.- Ni a la mía. He vivido lo suficiente como para desear tener un largo descanso. No digo un hogar, porque es una utopía en mi caso, pero sí un techo adonde poder vivir con dignidad.

Luisa.- ¡Ya tiene empleo, le falta menos!

Ana.- Pero le queda lo más duro, no lo olvide, el poder conservarlo.

Juan.- ¡Qué va! Eso quisiera: poder olvidar.

Luisa.- Como yo.

Ana.- Como todos.

Luisa.- Usted, ¿por qué?

Juan.- Se me está ocurriendo una cosa. ¿Por qué no jugamos un poco?

Ana.- Yo no estoy para muchos trotes.

Luisa.- ¿A qué?

Juan.- A desempolvar el alma. Presumo que nos puede ayudar el desahogarnos.

Ana.- Estoy un poquillo alegre. No sé muy bien si lo que voy a decir es lo correcto políticamente hablando, como se dice ahora, pero estoy ¡harta! Harta de todo: de mi vejez, de mi pasado, de mis hijos, de mi presente y, lo que es peor, del futuro. Les he mentido sobre mi vida. Regenté un prostíbulo. Creí en el amor de los hombres. Tuve dos hijos, cada uno de un padre distinto. Conseguí criarlos al margen de mi negocio en casa de una mujer a la que terminaron queriendo más que a mí. Fue lógico, a mí sólo me veían una vez a la semana y por pocas horas. Eso sí, no les faltó nunca de nada. Salieron estudiosos y les pagué la Universidad, bueno a mi hija sólo. A él, a mi Antonio, no le gustaba estudiar y le monté un comercio de vídeos de alquiler; pero todo se complicó cuando mi nuera, a la que no soporté jamás, me exigió que vendiera la casa del pueblo para que les pudiera prestar un dinero con el que ampliar el negocio. Se encargó de hacer las averiguaciones para la venta y alguna de las vecinas la pusieron al corriente sobre la que hasta entonces había sido mi vida en la capital. Para evitar que mis hijos se enteraran, accedí al chantaje de mi nuera y poco a poco se quedó con los ahorros que tenía y con las joyas que me reservaba, por si acaso, para la vejez. Una vez que me hubo desplumado indispuso a mi hijo para que consintiera que no me

acercara a visitarles más que cuando ella lo creyera conveniente, es decir, de tarde en tarde. ¡Va ya para dos años!

De mi hija no tengo queja, siempre fue muy independiente. Le hago creer que no me falta de nada y como está tan atareada con sus clases en Inglaterra, donde ejerce como profesora de idiomas, no tiene mucho tiempo que dedicarme. Yo la animo a que viaje en vacaciones haciéndole creer que yo también me voy con las amigas que tengo. Así evito que venga. Me llama a menudo. ¡Me quiere mucho! A su forma, es decir, de una forma que, seguramente, provoqué cuando me ocupé más en ganar dinero que en ganarme su cariño (*llora*)

Luisa.- Yo le quería, le vi crecer, como a un hijo. Él me necesitaba y me tenía. Hasta tal punto, que era tan inmensa la ternura que me infundía, que no dudé en darle el placer carnal que todo adolescente demanda. Sí, lo que oyen. Me entregué. Le di lo mejor de mi alma y de mi cuerpo, y no me arrepiento. Había inocencia, ilusión, alegría, gozo en aquella mirada. Nos descubrieron. Quedé embarazada y me hicieron abortar para no ir a la cárcel por violación. No lo habría hecho si alguien me hubiera prestado ayuda, si mi madre hubiera vivido habría dado a luz, pero sola y sin haberes, poca fuerza se tiene para iniciar una revolución. Nos separaron. Sufrí hasta lo más hondo, hasta donde más duele, hasta mis entrañas. Aún resuenan en mis oídos los gritos y llantos que Ricardo emitía, llamándome, cuando nos separaron. No puedo tener hijos. Se me pasó el arroz como muy bien ha dicho antes, pero cuánto hecho en falta tener algo mío, Doña Ana.

Ana.- Llámame Ana a secas, después de mi verdad, el Doña puedes apearlo.

Luisa.- No, Doña Ana. Para mí sigue siendo la misma.

Ana.- Y usted para mí, también. Dar amor a quien se ama es lo más bello que se puede hacer en este mundo. Me reprocho quizá no haberme dado cuenta de ello antes. ¡Soy un fracaso total!

Juan.- Fracaso somos todos. Cada cual, mantiene su vela. Yo me tiré al alcohol por cobardía. Fui maltratado. Mi esposa, psicológicamente, me hundía día a día comparándome con el hombre triunfador que ella ambicionaba. Yo, solamente era un oficinista. Sueldos base, con gratificaciones tan escasas como tardías, dos pagas extras y un mes de vacaciones que no disfrutaba para poder cobrarlo. Luego vino el paro: los cuarenta y ocho años.

El ir un día tras otro tras la oferta de trabajo que prometían los anuncios que se exponían en las llamadas “oficinas de empleo”. Mi interés en reciclarme se diluía cuando al intentar hacer los cursos que me podían ser útiles, me percataba de que la edad máxima para poder acceder a ellos era la de treinta años, como la mayoría de las ofertas de trabajo que se ofrecían.

Cuando más necesitaba de ayuda, mi esposa me negó el dormir en nuestra habitual cama de matrimonio. Como excusa adujo que tenía las cervicales rotas y necesitaba moverse a su aire sin que nada la incomodara y pusiera más nerviosa de lo que ya estaba por la situación económica que atravesábamos, -gracias a su mala administración-. ¡Mentira todo! ¡Excusas de mal pagador! Ya le había echado el ojo a un colombiano que le hacía creer que podía alcanzar a su lado la juventud perdida.

A mi hija se le detectó una enfermedad: anorexia, provocada, según los psicólogos, por culpa de la problemática de nosotros, sus padres que, al final terminaron por separarse. El resto, se lo pueden imaginar: abogados, papeles, disputas por la propiedad de los pocos bienes que teníamos y yo, hundiéndome sin remisión y por cobardía, en el pozo del alcoholismo. He tardado dos años en rehabilitarme. Creo ser un hombre nuevo. Sólo hecho en falta un hogar.

Ana.- Estoy pensando que, después de todo, lo que estamos es hartos de aguantar tanta soledad, tanto desarraigo.

Luisa.- Seguramente, nos lo hemos ganado a pulso.

Juan.- Es posible.

Ana.- Pero ya es demasiado tiempo. Creí estar acostumbrada a este tipo de vida; pero la verdad es que cada noche, cuando regreso de nuevo a mi casa la veo más vacía. Con ustedes hablo, les he tomado cariño.

Luisa.- Pues yo, qué les voy a contar.

Juan.- Hemos conseguido algo que es difícil: desembuchar nuestras miserias. Es un gran paso para continuar con esta incipiente amistad.

Ana.- Vamos a intentar darle la vuelta a la tortilla. Estamos todos esperando un milagro y éstos ya no existen. Como no nos construyamos nuestra propia tabla de salvación podemos naufragar. ¡Les voy a hacer una proposición!

Luisa.- Usted dirá, Doña Ana.

Juan.- ¿Qué es lo que se le ha ocurrido que hagamos?

Ana.- En el piso en el que vivo puede haber espacio para dos personas más. Tengo una habitación libre.

Luisa.- Pero, Doña María ¿qué es lo que está insinuando?

Juan.- ¡No entiendo!

Ana.- ¡No se asusten! Hace tiempo que dejé mi profesión de alcahueta. Estoy jubilada, sin paga, pero jubilada, con el SOVI. Si ustedes quieren pueden vivir en mi casa. Usted dormirá solo en una habitación y en la mía podemos dormir nosotras dos.

Juan.- ¡Pronto voy a tener un sueldo, podré contribuir a los gastos!

Luisa.- ¿Y yo?

Ana.- Teniendo un techo las cosas cambian. Podemos buscar en dónde puedas limpiar. Es un trabajo digno y de momento... Te advierto que aún conozco a personas que me deben algún que otro favor de cuando trabajaba y a las que no me importaría pedirselo para ti. Puedo encontrarte alguna casa digna, con quién se acueste su dueña no debe importarte con tal de que te cumplan a fin de mes.

Juan.- ¡Es asombroso! Parece que todo se vaya a resolver.

Luisa.- Con que mejorara un poco, ... sería suficiente.

Ana.- Por cierto, ¿lo que estoy oyendo es el maullido de un gato?... *(Se oye el llanto de una criatura)*

Luisa.- Yo diría que se trata del llanto de un niño.

Juan.- Pues por cómo llora, debe de pasarle algo.

Luisa.- ¡Viene de allí, de aquellos contenedores!

Ana.- ¡Ay, Dios mío, que me estoy temiendo lo peor!

¡Vaya! ¡Vaya corriendo, usted que es un hombre!

Luisa.- ¡Yo le acompaño! *(salen de escena Juan y Luisa)*

Ana.- ¿A que va a ser lo que pienso? *(apura el vaso de cava)*

Ana.- Ya no se le oye llorar.

Luisa.- *(Juan y Luisa, ésta con una criatura en los brazos, entran nerviosos)* ¡Mire Doña Ana! Es una criatura. Ha debido ser abandonada junto a aquellos contenedores de basura.

Ana.- ¿A ver?... Pero este niño no acaba de nacer. El cordón umbilical lo tiene sequito.

Juan.- Es moreno.

Ana.- ¡Es negro!

Luisa.- y qué más da. Es un ángel.

Ana.- Como los de Machín.

Juan.- ¡Pero, un ángel!

Ana.- A ver, déjemelo a mí. *(le acerca el dedo a la boca)* ¡Huy, tiene hambre!

Juan.- ¿Y qué podemos hacer?...

Ana.- En casa tengo leche, de momento,...

Juan.- De momento, lo primero que tendríamos que hacer es ir a comunicar a la Policía que nos lo hemos encontrado.

Luisa.- ¿Y qué harán con él?

Ana.- Aplicarle el Reglamento ¿No ve que estamos en Europa?... Antes habría sido suficiente con que hubiésemos ido a la Guardia civil y el niño habría quedado entre nosotros, de momento; pero ahora...

Luisa.- Pues a mí no me importaría poder quedarme con él.

Ana.- ¡Qué madre debe de ser la que abandona así a un hijo!

Juan.- Miedo me da pensar en la situación en que debe hallarse para tener que haber dado este paso.

Luisa.- Tiene razón. No creo que nadie en su sano juicio cometa esta barbarie.

Ana.- La juventud de hoy en día, ya se sabe,...

Luisa.- Es que los inmigrantes parece que no tienen cabeza.

Ana.- Pero para hacer hijos no tienen pereza.

Luisa.- A falta de la natalidad española,...

Juan.- Yo no lo veo tan negro, miren *(Se acercan los tres bajo la luz)*

Luisa.- Es verdad, es tostadito.

Ana.- Más bien quemadito.

Luisa.- Qué ojos, mire cómo se coge a mis senos. Busca comida.

Juan.- Pues es lo primero que tenemos que hacer, conseguirle comida ¿no le parece Doña Ana?...

Ana.- Pero ¿y si la madre no lo ha abandonado?... Deberíamos esperar un poco. A lo mejor se arrepiente y vuelve a por él.

Juan.- Tiene razón. Voy a acercarme a ver si localizo a alguien. *(Sale de escena)*

Luisa.- Pues voy a intentar dormirlo. A lo mejor lo que le hace falta es un poco de calor humano.

Ana.- Hará bien, porque como le dé a la policía por pasar por aquí y preguntarnos por qué llora el niño, nos podemos ver metidos en un buen lío.

Juan.- *(entra en escena)* He encontrado esta bolsa, parece que tiene alimentos para el bebé *(se la entrega a Doña Ana)*

Ana.- ¿A ver?... *(busca)* Es cierto, tiene pañales y un biberón repleto que todavía está caliente.

Juan.- Esto no me huele a abandono, más bien parece ser un regalo que nos han hecho.

Ana.- Un regalo que nos puede costar la cárcel, si no lo denunciemos pronto.

Luisa.- ¡Ay, no me asuste!

Juan.- Vamos a tratar de poner orden en nuestras mentes. Está claro que por donde han dejado al niño lo único que pretendían era que nos lo encontráramos nosotros.

Luisa.- Y ¿con qué finalidad?

Ana.- Con la de que nos comiéramos el marrón.

Luisa.- Pero vamos a ver ¿existe alguna posibilidad de que este niño pueda ser criado por nosotros? Nos lo han regalado.

Juan.- Pero las cosas son más complicadas de lo que parecen. Ahora no es como antes. Existen leyes que regulan y protegen este tipo de situación. A lo máximo que podemos aspirar es a que nos concedan como una tutela provisional.

Ana.- ¿Y en qué consistiría?

Juan.- En que podríamos tenerlo en nuestra compañía bajo la supervisión de los asistentes sociales.

Ana.- Pues la hemos jorobado. En cuanto investiguen nuestro “pedigrí” no nos van a dejar ni verlo.

Luisa.- ¡Tiene razón!

Juan.- Puede que en nuestra vida hayamos cometido muchos errores, pero eso no quiere decir que no estemos aptos para poder continuarla con dignidad. Ya tengo trabajo.

Ana.- Y casa.

Luisa.- Y alguien que estaría dispuesta a ayudarle en lo que fuera menester...

Ana.- ¡Estaba deseando oírlo! ¡Por fin!

Juan.- ¿Por fin qué, Doña Ana?

Ana.- ¡Pues está claro! ¡No me ha fallado mi ojo clínico!

Juan.- No entiendo.

Ana.- Pues yo se lo voy a hacer entendible. ¡Se le acaban de declarar!

Juan.- ¿Es cierto?...

Luisa.- *(entrega la criatura a Doña Ana y lentamente se acerca pudorosamente a Juan)* Sí. Me parece un hombre encantador, humano, con muchas ganas de dar amor y yo, tengo muchos deseos de poder recibirlo.

Juan.- *(con rubor)* Nunca me hubiera atrevido a pedírselo, pero me he dado cuenta en este tiempo que el haberla conocido ha dado una esperanza a mi vida.

Ana.- O sea, ¿que esto puede funcionar?

Luisa.- Por mi parte,...

Juan.- Y por la mía. Estoy seguro *(se besan dulcemente en la boca)*

Ana.- A todo esto, no sabemos qué sexo tiene la criatura.

Luisa.- ¡Es verdad!

Juan.- ¡Compruébenlo! *(Luisa y Ana observan debajo de los pañales el sexo de la criatura)*

Ana.- Es niña.

Luisa.- Aquí lleva una nota *(se la entrega a Juan)*

Ana.- ¿Qué dice?

Juan.- *(lee la nota y arrugando y echando el papel al suelo, exclama)* ¡Tengo Sida! *(Los tres personajes, perplejos, se miran angustiados por la comunicación recibida a través de la nota. Él se dirige hacia la criatura, la coge en sus brazos y las dos señoras se colocan a su lado en el centro del escenario. Los tres contemplan a la criatura y terminan dirigiendo sus miradas hacia el cielo, llenos de dolor)*

TELÓN

CUATRO JORNADAS DE LUTO

-comedia en cuatro tiempos-

CUATRO JORNADAS DE LUTO

-comedia en cuatro tiempos-

Personajes: Viudo. Viuda. Hija 1. Hija 2. Yerno.

Decorado: *Dos losas en el suelo con dos cruces y dos bancos frente al espectador. Iluminación variable en función de la estación en la que se desarrollan las cuatro jornadas.*

JORNADA DE INVIERNO

(Los personajes llevarán el vestuario adecuado a las respectivas estaciones en las que se desarrollan las cuatro jornadas)

Viuda.- *(Entra la viuda con un ramo de claveles rojos y amarillos. Observa la lápida y se dirige a ella) ¡Al fin te han puesto la inscripción en la losa! ¡Qué pesados! Casi han tardado dos meses. Si me descuido la palmo yo y con una inscripción habríamos matado dos pájaros de un tiro. (Saca del bolso un trapo, comienza a limpiar la losa y lee la inscripción) Emiliano Juárez Ortega, 12-2-42 y 3-3-2007. Dejó este mundo a la edad de 35 años ¡Cómo! ¿Treinta y cinco años? Se han confundido. Si tenías sesenta y cinco. ¡Hay que ver, encima de tarde, mal y eso que pagamos un complemento para mejorar la losa! Emiliano, espero que no te importe el error, figurar como un difunto joven, en la flor de la vida, no es cosa que pueda molestar a nadie. (Le muestra el ramo) Te he traído claveles, rojos y amarillos, son muy españoles y con lo que te iba a ti lo de la Patria, seguro que*

te gustan.

¿Cómo me ves, más gordita, verdad? *(se da la vuelta para que observe su silueta)* Es que parece que me estoy recuperando un poco, no mucho; pero claro, como durante tu larga y penosa enfermedad apenas tenía hambre... *(Toma asiento en el banco)*

La casa está como siempre, en seis meses no ha dado tiempo para que se derrumbe, ya llegará, si Dios no lo remedia, cuando falte yo. Lo único que te sorprendería es verla llena de retratos tuyos: en la entrada, en la cocina, en el comedor, en el dormitorio, en toda la casa te tengo retratado. Me acompaña tu foto. ¿Sabes cual he puesto?... ¿La de nuestra boda? ¡No, qué va! He puesto la que te hiciste cuando te conocí, cuando tenías veinticinco años, vestido de torero ¡qué guapo estabas! Con razón me enamoraste. No, no quiero decir que últimamente no lo haya estado también, a pesar de lo de tu excesiva gordura. Sabes que siempre te he querido y si no lo sabías, si es cierto que los muertos ven, ahora me verás y te darás cuenta de que nunca te he mentado, aunque a veces haya pensado si te merecías o no, el que yo te quisiera como te he querido ¡bandido, cuánto me has hecho sufrir con tus escauceos amorosos!... *(Saca un pañuelo de la manga y se limpia las lágrimas)*

La Juani, me va que está embarazada; ella lo niega, pero yo le veo una cara que no me gusta un pelo. ¡Qué quieres, yo no tengo la culpa, no puedo estar en todos los sitios y menos con la juventud de hoy en día, que nada más piensa en irse fuera de casa y pasárselo bien! Sólo me faltaba eso, tener un nieto más, como si no tuviera ya bastante con los dos de la Antonia, que me han tocado en propiedad desde que tuvo que ponerse a trabajar.

Viudo.- *(llega el viudo)* ¡Buenos días!

Viuda.- Según se mire. Porque está haciendo un frío.

Viudo.- Claro, como estamos a la intemperie.

Viuda.- Afortunadamente. No me imagino un cementerio cerrado, con calefacción y aire acondicionado, como vi el otro día en una película de los americanos esos.

Viudo.- No quería decir eso. Me refería a que en esta zona del cementerio sopla más el viento por lo de la llanura.

Viuda.- Por eso yo, en previsión, le pongo piedras al jarro, porque las flores se las lleva el viento.

Viudo.- Y si son de plástico, con mayor facilidad.

Viuda.- ¡A mí no me gustan! Prefiero naturales y, si no puedo, mejor no poner ninguna.

Viudo.- Yo también soy de esa opinión.

Viuda.- ¿Algún familiar?

Viudo.- Sí.

Viuda.- Reciente ¿verdad?

Viudo.- Hace sólo dos semanas.

Viuda.- Ya me di cuenta el otro día de que la tumba estaba ocupada, pero como no he visto a nadie hasta hoy.

Viudo.- Se trata de mi esposa.

Viuda.- Yo tengo a mi marido aquí. Murió hace seis meses. Todavía no me lo creo, y eso que estuvimos tiempo temiendo que ocurriera lo peor.

Viudo.- Lo mío duró menos. Un mes. En un mes, quedó todo resuelto. ¡Hasta la eternidad!

Viuda.- Perdona que me meta en lo que no me importa, pero cuanto antes aclare lo de la inscripción de la losa, mejor, suelen tardar mucho. Con la de mi marido han tardado dos meses y encima, se han equivocado en una fecha. En fin, voy a por agua. ¿Le traigo a usted?

Viudo.- No, gracias. Hoy no he traído flores. No me ha dado tiempo.

Viuda.- ¿O ha preferido no hacerlo? porque, a los precios que están.

Viudo.- No es que me sobre, pero tampoco pretendo tacañear. Lo de hoy ha sido una falta de previsión. Cuando estaba en el autobús me he dado cuenta que no las había comprado.

Viuda.- La falta de práctica. Ya se irá acostumbrando, no se preocupe.

Viudo.- Además, ahora que me doy cuenta tampoco he pensado que haría falta un jarrón.

Viuda.- Para comprar jarrones estará usted. Yo, al mes de fallecer mi esposo tenía la cabeza loca teniendo que asumir su falta y el problema burocrático en el que te tienes que meter para conseguir cobrar la miseria de pensión que te da el Gobierno en estos casos. Más que una pensión parece un donativo de caridad. ¡Hay que ver, y mira que prometen y prometen, pero nada, las viudas igual o peor que siempre!

Viudo.- ¿Le echa en falta?

Viuda – ¿Qué quiere que le diga? Todavía no me he acostumbrado a su ausencia. No es que yo lo quiera decir, pero mi marido lo llenaba todo, y no precisamente por los ciento veinte kilos que pesaba.

Viudo – Yo pienso que cuando un matrimonio se quiere, como nos queríamos mi mujer y yo, lo mejor sería morir a la vez.

Viuda – Mire, no es por llevarle la contraria, pero casi prefiero que sea así, porque, el que queda vida hace.

Viudo – ¿Quiere decir que todavía hay vida?

Viuda – ¿Después de la muerte?... no sé; pero estando vivo, ya lo creo; aunque he de reconocer que nosotras, las viudas, somos más fuertes que ustedes los hombres para superar este trance, a ustedes... parece que les cuesta más. Claro, como son más inútiles en la casa, pues van de cabeza y lo único que desean es volver a encontrar a otra mujer que supla el servicio que la difunta daba.

Viudo – ¿No le parece demasiada dura su opinión?

Viuda – Y certera. Para prueba, mi cuñado. Enviudó de mi hermana y a los dos meses ya había encontrado en un baile a una, que le devolvió la vida. Claro que he de reconocer que, con el carácter de mi hermana, cualquiera se habría liberado con su desaparición.

Viudo – Yo pienso, que eso dependerá de la persona.

Viuda – Es posible. Bueno voy a por el agua, que se me va a pasar la mañana y todavía tengo que visitar las tumbas del resto de familiares que han pasado a mejor vida. *(sale de escena)*

Viudo – *(dirigiéndose a la losa)* Nati, todavía no me lo puedo creer. Qué solo me has dejado. La casa se me hunde sin tu presencia y mucho más cuando llega la tarde. No lo soporto. Tengo que lanzarme a la calle a vagabundear, sin rumbo fijo. Intento no frecuentar los sitios por donde solíamos pasear o tomar café. Cojo un autobús, me monto en él y, cuando llego al final de trayecto, lo vuelvo a tomar de regreso. Así un día y otro. Espero que todo esto pase, como acaba de decir la señora de aquí al lado, aunque tú sabes y yo te recuerdo, que no tengo el alma para mucho baile, ni ganas de encontrar a otra que te sustituya aunque sea un inútil en la casa. Hasta ahora las vecinas me van apoyando, me traen algún que otro plato de caliente; yo arreglo, a mi aire, la casa y la ropa la llevo a la lavandería. De momento me lo voy solucionando como puedo, aunque es cierto, que puedo bien

poco. *(Llora)* Estoy desolado. No llegué a pensar que pudieras marcharte antes que yo y esto para mí ha sido un golpe bajo, muy bajo. No sé si me encuentro así por no haber tenido hijos, dicen algunos que consuelan, aunque otros opinan que complican más la vida. Lo cierto es que eso es algo que nunca podré comprobar. La naturaleza me hizo estéril y tú volcaste en mí todo el amor de esposa y madre a la vez. Así me encuentro ahora, como un niño perdido. *(oculta su dolor)*

Viuda. - *(entra con un cubo lleno de agua)* ¡Ya estoy aquí! *(pone agua al jarrón y lo arregla. Observa a su acompañante y le entrega dos flores)* ¡Tome! ponga estas dos sobre la losa, me da no se qué verla tan pelada.

Viudo – ¡Gracias!

Viuda – Ha dicho que viene en autobús ¿verdad?

Viudo – Sí. Cojo el veintitrés

Viuda – Como yo. ¿No tiene coche?

Viudo – Sí. Lo que ocurre es que no me apetecía sacarlo. No tengo mucha seguridad conduciendo. Como el médico me ha recetado unas pastillas, para lo de la depresión, me aturdo al aparcar y me siento inseguro con tanto tráfico.

Viuda - Lo entiendo. Yo también voy a base de pastillas, pero no sólo para lo de la depresión, si no para otras muchas cosas más.

Viudo - ¿Por qué me ha hecho esa pregunta?

Viuda – No, por nada.

Viudo – Por algo habrá sido.

Viuda – ¿Tiene hijos?

Viudo – No.

Viuda – Me imagino que ahora, al principio, tendrá necesidad de visitar la tumba de su esposa.

Viudo – Sí, lo haré los domingos y festivos, bien por la mañana o por la tarde, según me pille.

Viuda – Pues a eso me quería referir. Si quiere, como yo le llevo seis meses de adelanto y sé lo duro que es venir y encima solo, como lo está usted, podríamos quedar el domingo que viene a la hora que creamos conveniente y por lo menos durante el viaje de ida y vuelta, charlaríamos de nuestras cosas. Ahora, eso no quiere decir que yo no necesite mi momento de esparcimiento para hablar con mi marido, como me imagino que le ocurrirá a usted con su esposa pero, con cinco minutos que tengamos de soledad

es más que suficiente para contarles todo lo que nos haya podido ocurrir durante la semana. ¿Qué le parece la idea, descabellada?

Viudo – En absoluto.

Viuda – Entonces ¿le parece bien a las diez de la mañana?

Viudo – ¡De acuerdo!

Viuda – Yo subo en la parada de la calle Miguel Fleita (*fundir con el diálogo música de fondo*)

Viudo – Pues yo puedo acercarme a esa parada. No me pilla lejos, el que primero llegue que espere al otro. ¿De acuerdo?

Viuda – ¡Por supuesto! (*quedan estáticos, degradando lentamente la iluminación hasta quedar a oscuras*)

-Cambio de jornada-

JORNADA DE PRIMAVERA

(Entran en escena ella y él, cargados con sendos ramos, el de ella de claveles rojos y amarillos y el de él, de rosas blancas. Las dos losas tienen ya sus respectivos jarrones de cristal)

Viuda – ¡Casi llegamos! Hemos subido al autobús a las diez y son las doce y cuarto. Si nos descuidamos nos cierran el cementerio.

Viudo – ¡Cada día está peor lo del tráfico!

Viuda – Y hacía un calor que creía que me iba a marear. Todo cerrado y con la calefacción puesta. No hay derecho, en pleno marzo y como si estuviéramos todavía en invierno (*él saca al escenario una escoba y recogedor y barre el suelo, mientras ella charla*)

Viudo - No creo que la calefacción estuviera puesta. Ellos se deben a unas normas y hasta que no llegue la fecha, me imagino que no podrán poner el aire acondicionado.

Viuda – Pero deberían adecuar la norma según el tiempo que hiciera. Porque vamos, no me negará que en este mes está haciendo un calor que más bien corresponde al mes de junio. ¡En fin ya estamos aquí!

Viudo – Voy a por el agua (*ha terminado de barrer y se lleva la escoba y el recogedor fuera de escena*)

Viuda – ¡Vale! así aprovecho para charlar un poco con mi marido. Tengo ciertas novedades que contarle.

Viudo – ¡Hasta ahora entonces!

Viuda – (*dirigiéndose a la tumba de su marido*) ¡Bueno, te traigo una buena noticia! La Juani, después de lo del aborto sabes que sentó la cabeza y gracias a eso parece que ha encontrado a un chico que le gusta. Trabaja de comercial. Yo no sé qué tipo de carrera será esa, pero siempre va trajeado. Demasiado elegante para lo que somos nosotros, pero hijo, bien está que nuestras hijas se superen, porque vamos, de la miseria no salimos. ¡Ah! Nos han subido la contribución, bueno, y el agua, teléfono, gas, productos lácteos -la leche- en fin, todo, todo está subiendo como la espuma. En ocho meses que hace que te has ido ha subido todo, ahora

eso sí, el Presidente dice que España va como nunca y no creas, que su razón tiene: ¡como nunca! Por lo demás, todo sigue su curso normal, dentro de la anormalidad de la vida que llevamos, bueno, que llevan, porque yo sigo haciendo lo propio, lo mismo que hacía cuando estabas vivo: atiando la casa, cuidando de mis dos nietas, aguantando a su madre, la Antonia, que cada vez está más histérica, claro, porque ella y su marido no paran de trabajar, pero como cada vez se endeudan más,... y la Juani ya sabes, tonteando con el nuevo amigo. Ya le he dicho que ponga remedio y que no me líe con otro aborto y que si quiere tener un hijo que lo tenga por lo legal, con piso, marido y sueldo fijo, porque yo con lo que me ha quedado de pensión no estoy para apoyar mucho, que digo mucho, nada. ¿Que me ves más guapa?... ¡Tonterías! ¿Que si me estoy enamorando?... No sé de quién. ¿De Don Miguel? ¡Qué va! Tenemos una buena amistad, nos caemos simpáticos y el pobre, está tan solo. ¿Traerlo a casa?... ¡No, no mande Dios! no te daría yo ese disgusto, así que descansa tranquilo hijo, que para mí, no ha habido ni habrá más hombre que tú.

Viudo -*(Llega el viudo con el cubo y llena de agua los jarrones)* Estaban comentando en la fuente, que el domingo que viene van a cortar el agua por obras en el cementerio, y que tendremos que ir a recogerla a la parte de atrás adonde pondrán dos grifos provisionales.

Viuda – Pues no tendremos más remedio que aguantar, como de costumbre.

Viudo – ¡Esta vida es todo un aguantar!

Viuda – *(arregla su jarro con flores y él, sentado, la observa en silencio)* ¡Voy a hacer el recorrido, enseguida vuelvo! *(ella sale de escena)*.

Viudo - ¡De acuerdo! *(dirigiéndose a la tumba de su esposa)* Nati, por fin te he podido traer las rosas blancas que tanto te gustaban. *(se las muestra y coloca en el jarrón)* Ya hace tres meses y me parece que fue ayer. Me dice la gente que ha pasado por donde estoy pasando yo que, hasta el año de luto no empieza uno a levantar cabeza. A mí no me importa, porque aunque la llegue a levantar, la vida no tendrá el mismo sentido que tenía cuando la compartía contigo. ¿Doña María?... Sí. Me hace mucha compañía. Me distrae, me apoya, me comprende; pero nada de visitar ni su casa ni la mía. Si quedamos alguna tarde lo hacemos fuera de

nuestros respectivos domicilios. Ella no quiere compromisos y yo tampoco. Además casi lo prefiero, no estoy yo para tener que aguantar problemas familiares y por lo que ella me cuenta los tiene, y muy gordos. Quizá de ahí saque la fuerza que tiene para hacer frente a la vida. Yo, como contigo lo perdí todo, no tengo aliciente y estímulo para luchar. En fin, he tenido que cambiar la cocina, el otro día fui a prepararme el desayuno y pegó un fogonazo que casi me muero del susto. Ya la tengo instalada, con horno, como la que había, aunque no sé para qué, con lo que yo cocino. Como ya sabes, la mayoría de las veces, me voy al restaurante que he descubierto cuyo menú del día, además de resultar económico, me gusta: cuenta con platos de cuchara que son los que tanto hecho en falta desde que te has ido. Todavía está todo como lo dejaste. No encuentro ni quiero el momento para alterar siquiera los cajones de los armarios. Me he comprado varias toallas, las que hay llevan tus iniciales y no quiero que se desgasten por el uso; también he comprado unas sábanas, pero para la cama de cuerpo y medio, en donde duermo ahora, la de matrimonio la encuentro muy vacía sin tu presencia. (¿...?) ¿Por qué me preguntas eso? No, no tengo nada más especial que contarte, nada que no sepas ya... ¿Qué me encuentras mejor?... ¡Es posible! La primavera ayuda al luto, las pastillas para la depresión me imagino que estarán haciendo su efecto y a qué negarlo, la relación con Doña María también me está estimulando. ¿La chaqueta? Me la ha regalado ella, era de su esposo antes de que empezara a engordar, y por no hacerle un feo... me la he puesto.

Viuda – *(regresa a escena)* ¡Ya estoy aquí! Lo bueno de venir al cementerio es que una vez que has terminado con la labor, te queda una tranquilidad... *(toma asiento en su banco y él continúa sentado en el suyo)*

Viudo – Y una paz. A mí me hace sentir menos solo. Mi esposa siempre había pensado en que nos incineráramos cuando llegara el momento, pero a última hora cuando se enteró del escándalo de alguna que otra funeraria tomó miedo y optó por desear que la enterraran como antiguamente. Y no sabe cuánto me alegra el que tomara dicha decisión. Por lo menos y aunque soy consciente de lo que queda dentro del féretro, no cabe duda que me sirve de gran consuelo el venir y poder dirigirme a ella como si estuviera viva.

Viuda – ¡Y que lo diga! Mi marido alguna vez tuvo la feliz idea de que le incineraran y esparciéramos los restos por el Mediterráneo, pero yo le dije que descartara dicha posibilidad, porque no estaba dispuesta a ir a echarle rosas, como la Massiel, en el mar.

Viudo – Además es mucho más impersonal. Y no tienes la misma posibilidad de comunicarte.

Viuda – Como la hemos tenido usted y yo.

Viudo - Así que, dentro de lo malo...

Viuda – ¿Adónde va a comer hoy?

Viudo – En el restaurante donde suelo ir por costumbre. Hoy es domingo y hacen paella y por cierto, bastante buena.

Viuda – ¡Huy! Pues si probara la que yo hago, se chuparía los dedos. Espero que en un futuro tenga la libertad de poder invitarle a comer en mi casa, porque lo que es ahora, con mis dos nietos, mis dos hijas y mi yerno no tengo la libertad de poder hacerlo. No por mí, que me apetecería, si no por ellas, tendría que explicarles cosas que no comprenderían.

Viudo - ¡No se preocupe! Lo entiendo. Daremos tiempo al tiempo. Pero entretanto, sí que me gustaría invitarla un día a algún sitio que sea discreto.

Viuda – ¿Tiene que celebrar algo?

Viuda – (*intentando justificar la invitación*) Mi cumpleaños, por ejemplo.

Viuda - ¿Cuántos?

Viudo – Sesenta y cuatro.

Viuda – Como los que tenía mi difunto esposo.

Viudo – Es una edad peligrosa, lo sé.

Viuda – ¡Que va! usted está estupendo comparando a como lo estaba mi esposo. Él había fumado mucho, fumaba mucho, y de comer, ni le cuento, así que, cuando menos se lo esperaba, le dio una trombosis y estuvo padeciendo hasta que le volvió a repetir seis meses después, cuando parecía que se estaba recuperando.

Viudo – Yo me suelo hacer anualmente un chequeo. No por mí, sino por la empresa en la que estaba trabajando hasta hace un año. Por cierto, dentro de poco tendré que pedir cita al urólogo para la revisión de este año, aunque si le soy sincero, ¡poco me importa mi estado de salud!

Viuda – ¡No diga eso! Hay que tratar de evitar, en lo posible, dejar de tener una vida sin calidad.

Viudo – Aunque no me negará que eso no esté siempre en nuestras manos. Yo tengo cantidad de amigos que han estado cuidándose y cuando les ha llegado la hora,... poco ha importado.

Viuda – ¡Hombre! ya sabemos que donde está la vida está la muerte. Pero lo mejor es luchar contra ella lo más que se pueda. Yo también me hago mis revisiones, porque los achaques ahí están.

Viudo – ¿Son importantes?

Viuda – Ya sabe, los normales: la artrosis, el colesterol, pero lo que más me está mareando es el azúcar. Yo nunca había padecido de eso, pero se conoce que con lo de mi marido me cambió el metabolismo y como no tenía bastante con lo que ya tenía, ahora tengo que estar pendiente de otra cosa nueva.

Viudo – Pues no es para alarmarse pero sí para llevar un control.

Viuda – ¡Con lo que me gusta a mí el dulce!

Viudo – Pero hay pastas y dulces sin azúcar.

Viuda – ¡Ya! qué remedio me queda. Ahora, lo que no pienso perdonar son los turrónes. Me encantan y como sólo los tomo una vez al año...

Viudo – Bueno, pero también los fabrican para diabéticos.

Viuda – ¡Pero no tienen color! Como los que se hacen en Jijona, con todos sus ingredientes...

Viudo – Tiene razón, a qué se lo voy a negar; pero no se preocupe, si usted me lo permite, voy a encargar a un amigo mío, que es representante y viaja mucho, que nos traiga para estas navidades un lote de turrón, pero del casero.

Viuda - ¿Cómo no se lo voy a permitir? si nada más que de pensarlo se me está haciendo la boca agua. El hecho a la piedra me vuelve loca ¡hum! con ese saborcito a canela... ¡ahora mismo me comería un trozo!

Viudo – Pues siento no poder complacerla, por ahora sólo le puedo ofrecer el tomar un aperitivo en el bar que hay en la parada del autobús.

Viuda – ¡Pues por mí que no quede! Por este domingo, lo que teníamos que hacer ya está hecho, así que cuando usted quiera nos podemos marchar, así tendremos tiempo de pasear un poco, si le apetece, por la rosaleta, -hace una mañana preciosa-

Viudo – ¡Cómo no! Estaré encantado. Por cierto, mañana lunes es el día del espectador. ¿Le apetecería que fuéramos al cine por

la tarde?

Viuda – ¿Al cine?...Como apetecerme, me apetece, pero este lunes me parece que lo voy a tener un poco difícil: a mi hija le toca el turno de tarde y yo tengo que recoger a las niñas del colegio. Si le parece, podríamos dejarlo para el lunes siguiente.

Viudo – De acuerdo.

Viuda – ¿Tiene idea de la película que vamos a ir a ver? A mí de pena no me apetece mucho. Preferiría ir a ver una película de risa, de entretenimiento. Bastantes problemas tenemos cotidianamente.

Viudo – Han estrenado una película que promete ser distraída, pero ahora que lo pienso, a sus nietas les podría apetecer verla también. Se trata de una de dibujos animados que distraen indistintamente a los niños y a los adultos.

Viuda – ¿Está insinuándome que no le importaría que las llevara conmigo?

Viudo – ¿No son sus nietas?

Viuda – Por supuesto.

Viudo – Entonces cómo me va a importar, si lo fundamental es que usted vendrá con ellas.

Viuda - ¡Ay, Miguel! No sabe cuánto le agradezco el detalle y qué ilusión me hace, tanto, que como van a venirse con nosotros no hace falta que esperemos más. ¡Mañana mismo podemos ir a la segunda sesión, cuando recoja a las niñas del colegio!

Viudo – ¡Por mí, encantado!

Viuda – Prepararé unas torrijas para merendar con unas cuantas onzas de chocolate. Las esconderemos para que no nos prohíban comer. A mí lo de las palomitas no me va.

Viudo – Ni a mí. Pero no obstante a las niñas se las compraremos si les apetece.

Viuda – Seguro. Eso y las Coca-colas las vuelven locas (*se funde diálogo con música de fondo*)

Viudo – Pues entonces espero tener ración doble, porque las torrijas me gustan mucho, me recuerdan a las que mi esposa me solía hacer en Semana Santa. (*Quedan estáticos, degradando lentamente la iluminación hasta quedar a oscuras*)

-Cambio de jornada-

JORNADA DE VERANO

(Los viudos entran en escena, sin flores, pero cubriéndose con un paraguas negro)

Viuda – Hemos hecho muy bien viniendo por la tarde, hace menos calor. Y lo de traerme el paraguas para el sol ha sido un acierto. Ha tenido muy buena idea.

Viudo - ¿Otra vez de usted? ¿En qué habíamos quedado?

Viuda – Tienes razón, habíamos quedado en que nos tutearíamos, que nos hablaríamos de tú, pero como esa decisión la tomamos anoche, todavía no me ha dado tiempo a acostumbrarme.

Viudo – ¿Se lo decimos? *(mirando a las tumbas)*

Viuda – ¡Hombre, yo creo que es lo más conveniente! No somos unos niños que juegan a enamorarse y aunque lo nuestro ha surgido como suelen surgir las cosas, sin esperar, tenemos la suficiente seriedad como para no considerar lo nuestro una simple aventura.

Viudo – Por mi parte, puedes estar tranquila. No pienso decepcionarte. *(Dirigiéndose a la difunta)* Sí, lo que oyes Nati, lo que parecía algo imposible se ha producido. He encontrado a una mujer que sin menospreciarte, merece mi respeto y cariño. Cuando me comentabas que si a ti te pasaba algo, que no fuera tonto, que no me quedara solo, que me buscara alguien con quien compartir el resto de mi vida, me parecía absurdo. Pero qué sabía eras, qué conocimiento tenías del ser humano. La soledad es mala compañera y llevarla como la llevaba yo, a regañadientes, es poco recomendable. Y aquí nos tienes a los dos, ilusionados como niños, pero con la madurez que dan los años.

Viuda – *(Dirigiéndose al difunto)* Y no creas Emiliano que he dejado de quererte. Siempre estarás en un lugar privilegiado. Nunca podré olvidarte y de hecho, todavía te echo en falta; pero a pesar de tener dos hijas y dos nietas, me siento igual de sola que él, Don Miguel. Y al fin y al cabo, pienso que no ofendo a tu memoria por el hecho de compartir mis últimos años con alguien que, como yo, necesita compañía, amistad, respeto, cariño. Sí, todo eso es lo que he encontrado en él. ¿Contigo? Fue distinto, lo tuyo fue pasión, celos, rabia, amor, derechos y obligaciones, la

juventud, la aventura de lo por vivir, mis hijas... toda una vida, la que ya no volveré a vivir porque es irreplicable. Lo de ahora es diferente, distinto, más sosegado, más tierno, más equilibrado y más coherente con la etapa que nos queda por vivir. Así que Emiliano, ¡danos tu bendición!

Viudo – *(Dirigiéndose a la difunta)* ¡Y tú Nati, también! Somos los mismos que éramos, el amor que sentimos a vuestro lado, nada tiene que ver con el cariño que compartimos Doña María y yo. Pero nos es muy necesario el despertar al día con la alegría de saber que alguien, durante el mismo, ocupará su mente pensando en ti y echará de menos tu presencia. No, no nos vamos a vivir juntos. Lo hemos decidido los dos.

Viuda – *(Dirigiéndose a la difunta)* Yo tengo necesidad de estar en mi casa, por lo de mis nietas y mis hijas. Todavía les hago falta y hasta que pueda, no me importa ayudarlas.

Viudo – *(Dirigiéndose al difunto)* Yo, aunque siga viviendo solo en mi piso, no tendré la misma angustia y tristeza sabiendo que alguien espera mi llamada, aunque sólo sea para preguntarle cómo ha pasado la noche.

Viuda – *(Dirigiéndose a ambos difuntos)* Es bonito si lo analizan bien.

Viudo - Vivir cada uno en su propia casa tiene también sus ventajas.

Viuda - No llegas nunca a quemar la relación que, en la mayoría de las veces lo es por el uso y la costumbre.

Viudo - No digo que vivir juntos sea negativo...

Viuda - ¡No, no es eso!, pero la cita...

Viudo - el nerviosismo...

Viuda - y la alegría que se siente cuando el encuentro es diario,

Viudo - pero sujeto a un horario -como si fueras un colegial-...

Viuda – hace que te estalle el corazón de alegría

Viudo - se te disparen los sentidos

Viuda - y te inunde una sensación de gozo

Viudo - y felicidad...

Viudo – *(Dirigiéndose al difunto)* ¿No les estaremos molestando por decir lo que sentimos, verdad? No, no lo pretendemos pero, compréndanos, ustedes no pueden sentirse solos porque nos tienen a nosotros, pero nosotros, como materia que somos necesitamos todavía de ella.

Viuda – Que no de sexo. ¡No, qué va!

Viudo - (*alarmado*) ¿No?

Viuda – ¡Ay! no me sonrojes más de lo que estoy con estos calores. Todo llegará, pero tienes que tener un poco de paciencia. Nos debemos a un luto y no sólo al del alma sino al del cuerpo. Gilipollas

Viudo – (*mirando a la tumba*) ¡Gracias!

Viuda – ¿Qué ha dicho?

Viudo – Que me felicita por mi cumpleaños.

Viuda – ¡Qué detalle! Todo lo contrario que mi marido, el otro día fue mi santo y como si nada... (*Dirigiéndose a su esposo*) Sí ya lo sé, nunca has sido detallista lo sé, pero hijo de algo podría haberte servido pasar a mejor vida, por lo menos para mejorarte un poco.

Viudo – (*respecto a la difunta*) Dice, que nos comprende y desea que nuestra relación nos ayude a compartir todo lo bueno y lo malo que nos quede por vivir.

Viuda – (*respecto al difunto*) Y él, que prefiere conocer con quién voy a no saber con quién ando. Que a usted, bueno, que a ti, ya te conoce por las visitas al cementerio y que cree que eres un buen hombre.

Viudo – (*respecto al difunto*) ¡Muchas gracias! (*respecto a la difunta*) Ella opina que eres una excelente mujer y además, acaba de proponerme algo que no sé si debo...

Viuda – ¡El qué!

Viudo – Que para sellar el inicio de nuestra relación nos diéramos un beso.

Viuda – ¿Delante de ellos?

Viudo – Pero, un beso respetuoso.

Viuda – ¡Sin lengua!

Viudo - ¡Por supuesto!

Viuda – ¡Bueno! pues si es por complacer a tu esposa. (*dirigiéndose a su esposo*) ¿A ti no te importa tampoco verdad, Emiliano?

Viudo - ¿Qué ha dicho?

Viuda – Que, un poco, pero no va a hacerse ahora el puritano, después de la vida de golfo que ha llevado.

Viudo - ¿Todo eso te ha dicho?

Viuda – Bueno,... poco más o menos.

Viudo - Pues entonces.

Viuda – Sí, pero nos taparemos con el paraguas, a mí me da un poco de vergüenza, delante de ellos...

Viudo – Como quieras. Bueno, con el permiso de ustedes,... (*Se besan tapándose con el paraguas. Hasta ahora los protagonistas han estado de pié en el centro de las respectivas tumbas bajo el paraguas. Después del beso ella tiene que tomar asiento con prontitud al sentirse mareada*)

Viuda – ¡Huy, qué mareo me ha dado!

Viudo – ¿Qué te pasa?... estás pálida.

Viuda – Pero no temas que no es por lo que acabamos de hacer. Es un subidón de azúcar. Se me pasará en unos instantes.

Viudo - ¿Te hago algo?

Viuda – Sí, quédate aquí sentado a mi lado haciéndome compañía. Se me pasará pronto. (*Él toma asiento junto a ella*)

Viudo - ¿Te ocurre muy a menudo?

Viuda – De tarde en tarde.

Viudo - ¿Cuándo te hiciste los últimos análisis?

Viuda – La semana pasada y los tenía bastante bien.

Viudo – Pero lo del azúcar no lo controlas como es debido.

Viuda - ¡Ay! No seas hipocondríaco.

Viudo – No lo soy, lo que ocurre es el que el gato escaldado del agua fría huye. La experiencia con Nati me ha dejado más temeroso frente a la muerte.

Viuda – Pues no tienes por qué. Lo peor de la enfermedad no es que te mueras es que te quedes inútil y ahí sí que te tengo que dar la razón. A mí me da pánico pensar que me puedo quedar como mi marido; porque a él lo cuidé yo pero a mí, no sé, no sé qué pasaría.

Viudo – Seguro que tus hijas estarían a la altura de lo que tú te mereces y yo espero también estar a tu lado, si llegara el momento.

Viuda – ¿Estás seguro que lo harías, no te importaría?

Viudo – (*él le coge las manos con ternura*) Cuando uno se casa lo es para la riqueza y la pobreza, para la salud y enfermedad.

Viuda – Pero nosotros no nos vamos a casar.

Viudo – Porque tú no querrás. Pero por mi parte, estaría dispuesto en cuanto tú consintieras.

Viuda – ¡Mira, lo que me faltaba! Estás consiguiendo que al final me ponga nerviosa con tantos acontecimientos, no tenemos bastante con que hemos solicitado el permiso para nuestra

relación, sino que encima me estás proponiendo matrimonio. ¿Cómo no quieres que me suba el azúcar?

Viudo - El azúcar te ha subido por el postre que has tomado hoy en la comida.

Viuda - ¿No era tu cumpleaños? ¡Pues un día es un día! No creo que sea para tanto. ¡Además piensa que el calor que está haciendo hace que se mareen hasta los pájaros!

Viudo – (*ríe*) Me encantan las salidas que tienes. Nunca puedo hablar contigo en serio.

Viuda -¿A no? Entonces todo lo de antes y lo de ayer, antes de ayer y etc., etc., etc., ¿era broma? (*el viudo se acerca sinuosamente a la viuda*)

Viudo – ¡En absoluto! Era en serio y muy en serio. Soy un hombre cabal.

Viuda – (*con ternura le roza el rostro con sus manos*) Y más te vale, porque si no, además de tenértelas que ver conmigo, te las tendrás que entender con Doña Nati, tu esposa y con mi Emiliano y ya sabes, con los muertos no se juega.

Viudo – ¡Ni es mi intención!

Viuda – Bueno, pues vamos a rezar un padrenuestro que hoy no hemos traído flores, con lo de tu cumpleaños se nos ha olvidado.

Viudo – Es que con estos calores, las que trajimos el domingo pasado cuando llegamos aquí estaban deshidratadas.

Viuda – ¡Ah! pero a falta de flores, vamos a poner un cirio, lo llevo aquí en el bolso, no me acordaba (*colocan el cirio entre las dos tumbas y él lo enciende. Vuelven a sentarse*)

Viudo – Estás en todo. No me extraña que tus hijas te quieran tanto.

Viuda - No creas. Más bien me necesitan, pero lo de quererme, quererme, a su forma, que la mayoría de las veces no comprendo. No sabes lo que tiene que pasar una madre por sus hijos, y es natural, no te lo discuto, pero los hijos, en la mayoría de los casos, van a la suya y se preocupan muy poco, por no decir nada, de sus padres. Es ley de vida, según se dice ahora, pero yo, cuando me tocó, bien que estuve al frente de los míos para que no les faltara lo que más se necesita cuando uno se hace mayor: cariño.

Viudo – Es cierto. Yo, con la ayuda de mi mujer, traté de hacer por los míos lo mejor que pude y no sólo por ellos, si no por mi suegra también, que la tuvimos en casa postrada durante muchos

años.

Viuda – Lo que yo te digo. Eran otros tiempos, ahora de dónde te van a tener en casa postrada. Son capaces de buscarse trabajo a cuatrocientos kilómetros con tal de no asumir tal responsabilidad.

Viudo - ¡Bueno! y los hay que tienen más morro, porque yo conozco cada caso de algún vecino que dan ganas de llorar. Voy a cerrar el paraguas, parece que ya no hace tanto sol.

Viuda - Bueno ¿rezamos o qué? Todavía tenemos que ir a hacer más visitas.

Viudo – Por mi parte...

Viuda – Un Padrenuestro por el alma de Doña Natividad: “Padre nuestro que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo”

Viudo – “El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdona nuestras deudas...”

Viuda – (*alarmada*) ¡Qué dices! Ya no se puede decir que se nos perdonen nuestras deudas.

Viudo -¿Cómo?

Viuda – ¡Lo que oyes! Parece ser que se quejó Hacienda, porque había mucha gente que no pagaba confiando que un milagro se las perdonara.

Viudo – Y la Iglesia...

Viuda – Ya sabes, como es tan lista, para no perder subvenciones del Gobierno enseguida tomó nota y cambió la “deuda” por la “ofensa”. Así nos va, porque hoy en día, nos ofende constantemente a nuestra inteligencia todo lo que leemos, vemos y oímos.

Viudo – Sobre todo de nuestros políticos (*fundir diálogo con música de fondo*)

Viuda – En fin, recemos ahora un Padrenuestro por el alma de mi difunto esposo Emiliano: “Padrenuestro nuestro que estás en el cielo, etc., (*siguen rezando con voz tenue. Quedan estáticos, degradándose lentamente la iluminación hasta quedar a oscuras*)

-Cambio de jornada-

JORNADA DE OTOÑO

(El viudo entra en escena derrumbado, sin flores. El escenario debe estar lleno de hojas secas. Toma asiento en el banco)

Viudo – Nati: ¡estoy desolado, hundido, sin ganas de vivir! He vuelto a la oscuridad y soledad en la que me dejaste. Hemos roto. No encuentro motivo alguno para que haya sucedido: te lo juro. Me he comportado lo mejor que he sabido. Sabes que hace dos meses que no nos vemos porque ha estado enferma por una hernia, según me dijo, pero el lunes me llamó diciéndome que lo mejor era que lo dejáramos, que lo nuestro no tenía sentido, que había sido un error, que la perdonara, pero que ella no podía continuar con nuestra historia. ¿...? No, no me había presentado todavía a su familia, sólo conocí a sus dos nietas, sabes que hemos ido con ellas varias veces al cine. Decía que todavía era pronto, que temía que sus hijas no lo entendieran, que era mejor que lo lleváramos, como hasta entonces, en secreto. Yo lo entendía, lo aceptaba, lo comprendía, todo con tal de continuar con esa afectuosa amistad que había nacido entre nosotros, bueno, por lo que veo, que había nacido sólo en mí. Yo le insistí en que por lo menos nos siguiéramos viendo los domingos en el cementerio, pero me dijo que no, que yo lo siguiera haciendo en los días festivos, por mi comodidad, y que ella lo haría entre semana; pero no me he podido aguantar hasta mañana y aunque hoy es sábado he sentido la necesidad de venir a hablaros. (¿...?) *(Dirigiéndose a la tumba de su esposa)* ¿Que debo luchar por ella si realmente la quiero? ¿Así lo crees? *(dirigiéndose a la tumba de Don Emiliano)* ¿Y usted también Don Emiliano? ¿No me pasará, no la agobiaré insistiendo?... ¿No sería mejor esperar?... (¿...?) ¿A qué?... ¡Tienen razón! Cuando uno se siente perdido sin hallar como me encuentro sin ella, lo que debo hacer es luchar pase lo que pase y pese a quien pese, incluso atreverme a saltar por encima de su familia si es la que se opone a nuestra relación contra su voluntad, ¿no les parece? ¡Gracias! Necesitaba escucharles, que me aconsejaran; en ustedes no hay acritud ni egoísmos, todo lo que eran lo fueron y ahora es energía lo que les alimenta y no las ambiciones tan propias del ser humano. *(Él se percata que alguien llega a visitar la tumba)*

de Don Emiliano. Se trata de la Juani (hija 1) embarazada y con aspecto de fumeta, cargada con un ramo de crisantemos)

Hija 1- ¡Qué pesado resulta venir al cementerio! Y todo por la voluntad de mi madre. Si no fuera por lo del piso, de dónde iba a haber venido yo siendo sábado y conforme estoy. No puedo con mi alma. Y encima con estas flores, con el “yuyu” que me dan, crisantemos: flores de muerto. *(Dirigiéndose al viudo)* Disculpe, ¿de dónde se coge aquí el agua?

Viudo – Si quiere se la puedo traer yo, que sé dónde es. Todavía están de obras en el cementerio y han cambiado la instalación de los grifos, además en su estado...

Hija 1 –Está bien, ya que se ofrece. Estoy muy pesada. Llevo el embarazo bastante mal. Espero que pasen rápidos los seis meses que me faltan para dar a luz.

Viudo.- *(sale de escena para recoger el agua y aparece la viuda acompañada de su otra hija (hija 2) y yerno. Lleva gafas oscuras y anda con cierta torpeza, acompañada de un bastón de invidente)*

Viuda -¿Hay alguien?

Hija 1.- ¡Aquí no hay nadie! Bueno, los muertos, con perdón.

Hija 2 - ¡Ala! Ya estamos aquí. No sé por qué te has empeñado en que viniéramos, a mí el cementerio me pone enferma de la cabeza.

Viuda – ¿Más de lo que estás?

Hija 2 – No empieces con tus ironías. Valora que nos ha traído tu yerno, en lugar de haberse quedado en casa a ver el fútbol un día que tiene para descansar, el pobre.

Viuda – Nadie le ha pedido que me trajera.

Hija 2 – Y ¿cómo pensabas venir, andando?

Viuda – Hay taxis. La Juani me podría haber acompañado.

Hija 2- Pues si esto lo llego yo a saber antes, nos habríamos ahorrado el viaje.

Viuda.- *(Dirigiéndose a Emiliano)* Emiliano, ¿quieren que vendamos la casa! ¿Estás oyendo?

Hija 2 – Dicho así parece que queramos dejarte en la calle. Ya sabes que me pertenece la cuarta parte de la casa, por la herencia de mi padre

Viuda - Mi esposo.

Hija 2 – Y Juan necesita tapar algunos agujeros que tenemos y cambiar de coche.

Viuda – Claro, y para eso me tengo yo que ir de mi casa, de la casa de tu padre y mía. De la casa donde nos cambiamos cuando nos casamos, donde habéis nacido vosotras, donde ha muerto él.

Hija 2 – No empieces con tus sermones, una casa es una casa y nada más.

Yerno - ¡Ladrillos!

Viuda – Para mí, es mucho más que ladrillos, para mí es toda la historia de mi vida, la ocupé cuando abandoné la de mis padres para casarme.

Hija 2- Y claro, por eso simplemente, nosotros tenemos que pasar estrecheces. Eres una egoísta.

Hija 1 – Y piensa que a mí también me vendría muy bien cobrar la parte de la herencia de mi padre. Mi Antonio y yo, necesitamos tomar un piso en alquiler, para *(titubeando)* independizarnos.

Viuda – ¿Tú? tú no estarás independizada jamás en la vida. Si no tienes cabeza hija. Pena me da del hijo que vas a traer al mundo. Una víctima más, menos mal que yo ya no lo veré.

Yerno - ¿Es que se piensa morir?

Viuda – Por no darte a ti ese gusto soy capaz de vender mi alma al diablo y tú, piensa que la vida no la tienes asegurada, por muy chulo que te creas, que la muerte te puede llegar cuando menos te lo pienses.

Yerno – ¡Usted, tan amable como siempre!

Viuda – ¡Como os merecéis que lo sea! Emiliano, ¿me has oído? quieren que vendamos la casa.

Hija 2 – Y repartirnos lo que nos pertenece, papá,

Viuda – A vosotras, de qué. ¿Qué habéis aportado vosotras al mantenimiento de ella? Hemos sido nosotros, tu padre y yo, trabajando y ahorrando. Nunca os ha faltado de nada -a pesar de nuestra posición obrera- nunca os hemos pedido que aportarais nada, al contrario, siempre os habéis llevado, cuando no por pitos, por flautas.

Hija 1 – ¡Yo menos que ella!

Viuda – ¡Tú calla!

Hija 1- ¡No me da la gana!

Viuda – ¡A que te doy un bofetón! A mí no me levantes la voz y menos delante de la tumba de tu padre, que en gloria esté, aunque seguro que sí lo está, porque esto de aquí abajo es el puro infierno.

Viuda – ¡Qué desencanto al final de mi vida! No esperaba esto de

vosotras y menos de ti, que hasta te pagamos la entrada del piso cuando te casaste.

Hija 1 – ¿Lo ves?... a ella le habéis dado más que a mí.

Viuda – ¡Te he dicho que calles! Que a ti no ha hecho falta que te diéramos, ya te has encargado tú de robárnoslo para pagar tus vicios.

Hija 1 – ¡Eso es mentira! Siempre me he pagado yo mis caprichos.

Viuda – Sí, ejerciendo la prostitución, como si lo viera.

Hija 2- ¡Mamá, estás insufrible!

Viuda – ¿Y creéis que no es para estarlo? ¿Adónde me vais a llevar si se vende el piso?... No, no hace falta que lo digáis. Sé que lo tenéis todo planeado, os escuché la otra noche en la cocina.

Yerno – ¿Ahora que se dedica a espiarnos?

Viuda – En mi propia casa puedo hacer lo que me dé la gana y si no hablarais en ella lo que no debéis, yo no me enteraría. Son repugnantes. Maquinar todo para que vosotros dispongáis de unos miles de euros que, como de costumbre, malgastaréis sin importaros que yo muera de pena, fuera del ambiente que para mí representa toda mi vida. Sólo me consuela pensar que esto es una cadena y que cada uno de nosotros representamos un eslabón.

Yerno – ¿Y qué?

Viuda – ¿Y qué?...que tarde o temprano a todos nos toca pasar por algo imprevisto y tú, seguro, si es que llegas, pasarás con tus hijas por donde me estáis haciendo pasar a mí, así que, ¡vete poniendo las pilas!

Hija 2 – ¡No dices más que tonterías! Hay que traer agua para poner las flores en el jarrón ¿no? ¿De dónde se trae?

Hija 1 – El hombre que había aquí al lado ha dicho que la traería él, que no me molestara.

Viuda - ¿Un hombre, aquí al lado?

Hija 1- ¡Sí!

Viuda - ¿Cómo era?

Hija 1- ¡Un hombre!

Viuda – Quiero decir ¿qué aspecto tenía?

Hija 1 - Canoso, con barba,...

Viuda - ¿Alto?

Hija 1- Sí.

Viuda – ¡Llevadme de aquí, no quiero verlo! No quiero que me vea.

Hija 2 – ¿Es que lo conoces?...

Yerno - ¡Vaya con la abuela!

Viuda – ¡Grosero! ¡Calla! no manches su recuerdo con tus comentarios. Sí, le conozco. Va a hacer un año casi.

Hija 1- ¿Y qué?

Viuda – ¿Cómo que y qué?

Hija 1 – Que si ha habido... lío.

Viuda – Eso, eso es a lo que tú has estado acostumbrada toda la vida, al lío.

Hija 2- Bueno, entonces a ¿qué viene todo este secretismo? ¿Por qué no quieres que te vea aquí?

Viuda – Porque es mejor para él y para mí.

Hija 1- Para él, ¿por qué?

Viuda – Porque no se merece que la vida le maltrate de nuevo, es suficiente con que me maltrate a mí.

Yerno – ¡Ahora entiendo! ¡Está claro! ¡Cuando dos se quieren con uno sufra, basta!

Viuda – (*Dirigiéndose al difunto*) Emiliano, ¿estás oyendo?

Yerno- Los muertos no oyen.

Viuda – ¡Serán los tuyos, que nacieron tontos!

Hija 2 - ¡Mamá, mamá no te consiento!

Viuda – ¿Qué es lo que no me consientes?... Ahora sí que tienes agallas para defender a tu marido, pero hasta que yo os he servido, bien que te has cobijado en mis brazos para que te ayudara a soportar la crianza de tus hijas y el alcoholismo de ese enano mental.

Yerno - ¡Señora!

Viuda – ¡Gracias por lo de señora! Creo que es una de las pocas verdades que has dicho en tu vida. Eso soy: una señora, antes, durante y después. ¡Así que vete haciendo a la idea de que no firmaré para lo de la venta del piso!

Yerno – Pues tendremos que declararla incapaz.

Hija 2 – ¡No hace falta, si ya lo está!

Hija 1 –La verdad es que sí, a qué lo vamos a negar.

Viuda – ¡No tienes agallas! porque antes de que tú consiguieras que me declararan incapaz y para lo que me queda de vida, te abro la cabeza, ¡lo juro por mi Emiliano, que me está oyendo!

Hija 2 – (*el yerno intenta abalanzarse contra la viuda y su esposa lo retiene*) ¡Juan, Juan no entres al trapo! ¡Déjala! No metas más

cizaña que ya hay bastante con la que hay. ¡Hoy llevas un día, mamá!

(El viudo aparece en el fondo de la escena, observando y escuchando la conversación que se está manteniendo)

Hija 1- ¿Le has dado las pastillas que le recetó el médico?

Hija 2- Sí, con el desayuno.

Viuda – Eso, para atontarme y tenerme como un vegetal, dormida todo el día en la mecedora, ¡pues que sepáis que no me las he tomado, ni me las pienso seguir tomando!

Hija 2 – Es, para que no estés tan nerviosa y tan agresiva.

Viuda – A mí lo que me quitaría el nerviosismo y la agresividad, sería perderos de vista

Yerno – *(con ironía)* ¡Eso, eso ya lo ha conseguido!

Viuda – Alejarme de vosotros, ¡imbécil! La vida me ha dado la posibilidad de compartir mis últimos días con una persona que siempre llevaré en lo más hondo de mi corazón, pero...

Hija 2 – ¡Vaya, la mamá de las narices! Qué calladito se lo tenía.

Viuda – Él y mi Emiliano son las dos únicas personas que me han demostrado cariño, aunque cada uno a su forma; el primero con la pasión y la vehemencia de la juventud y el segundo, con la paz y ternura que el otoño necesita.

Hija 1- *(con sarcasmo)* Pero claro, el primero se te ha muerto

Hija 2 – *(burlonamente)* Y el segundo, se habrá ido huyendo cuando se haya enterado...

Viuda – Él no sabe nada de lo mío.

Yerno – *(con cachondeo)* ¡Pues mejor me lo pone, habrá sido porque se ha dado cuenta de lo que valía el peine! *(rien las dos hijas y el yerno socavadamente)*

Viuda – De eso, de eso me di cuenta yo hace mucho tiempo respecto a ti, porque ni eso, ni un peine vales comparándote con él. Él es un caballero, un señor...

Hija 1 – Y si tanto te quería, ¿por qué huyes de él?

Viuda – Porque yo, ... ¡yo también le quiero!

Viudo – *(aparece con el cubo del agua)* ¿Y siendo así, qué error imperdonable he cometido para merecer tu desprecio?

Viuda - ¿Eres tú?

Viudo - ¿Quién si no? ¿Tan cambiado estoy que no me reconoces? ¿Con tan sólo dos meses has podido borrar de tu mente mi imagen?

Viuda – No, de mi mente te juro que nunca podré borrarla. De

mis pupilas sí.

Hija 2 – ¡Es que está ciega por culpa de una subida de azúcar!

Yerno.- Una coma diabética de esas.

Hija 1 – Él ya lo debe de saber.

Yerno – Y esa será la razón por la que habrá roto, para no tener que cargar con el muerto. *(deja con furia el cubo en el suelo abalanzándose hacia el yerno sin llegar a las manos)*

Viudo - Tiene razón su suegra, ¡qué poco hombre es usted! Si no fuera por donde estamos, ya le enseñaría yo a tener modales. *(dirigiéndose a los difuntos)* Nati, ¿no me dijiste que tenía que luchar si realmente la quería?... *(dirigiéndose al difunto)* Y usted Don Emiliano ¿no lo apoyó también?... Pues eso es lo que voy a hacer, a luchar por ti, a salvarte de esta jungla de animales que sólo sirven para alimentarse de los demás, como carroñeros. ¡Mírame, aunque no me puedas ver! Me has querido *(con sus manos coge su rostro y lo pone frente a él mirándolo con cariño)* ¿Me quieres todavía?...

Viuda – *(emocionada)* No puedo negar que sí.

Viudo – Entonces, ¿qué nos impide continuar con nuestra maravillosa locura?

Viuda – Mi temor a que no seas feliz al lado de una molesta invidente.

Viudo– ¿Y para qué cosa mejor querría mis ojos, sino para ser tu lazarillo? Si me quieres hazlo sin temor, sin pudor, nos iremos a mi casa a vivir juntos, *(fundir diálogos con música de fondo)* porque yo, también te quiero y te juro que si me correspondes, darás luz a mi vida y podremos compartir todo lo bueno y lo malo que el destino nos designe en éste, nuestro enmarañado otoño. *(Él, con recato, besa los ojos y la frente de ella abrazándose con un pasional beso en la boca, quedando estáticos hasta que la escena quede a oscuras)*

TELÓN

EL PELIGROSO JUEGO DEL AMOR

-Comedia en un sólo acto y tres tiempos-

EL PELIGROSO JUEGO DEL AMOR

-Comedia en un sólo acto y tres tiempos-

Personajes: *Eva. Luís. Enrique. Júnior.*

Decorados: *Un salón elegante. Nivel de los personajes: clase media alta. Iluminación: en el primer cuadro diurna, y nocturna e intimista en el segundo.*

El autor aclara que cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia.

PRIMER TIEMPO

(En escena aparece Eva sentada en un sofá y Luís, preparando unos cócteles. Él se acerca a ella y le entrega una de las copas. Brindan)

Luís- ¿Qué era eso tan importante que tenías que comunicarme?

Eva- Enrique sospecha algo. Le noto nervioso.

Luís- ¿Por qué motivos?

Eva- Teme que nuestra relación sea algo más profunda que una simple amistad.

Luís- ¡Está equivocado!

Eva- Lo sé. Pero ¿cómo se lo hago entender?

Luís- Tú misma.

Eva- Anoche, después que me dejaras en casa, empezó a acosarme con preguntas.

Luís.- ¿Qué tipo de preguntas?

Eva.- Aparentemente simples, pero con una doble intención. Como si con la respuesta intentara descubrir la verdad de nuestra relación.

Luís.- Pero ¿qué verdad?

Eva.- La que él no llega a entender.

Luís.- Ni yo.

Eva.- Le conozco y sé que lo que intenta llegar a descubrir es el motivo que ha provocado este cambio en mí. Durante muchos años he estado hibernando en la burbuja que por amor a él me tuve que crear.

Luís.- ¿Por qué?

Eva.- Cuando fui madre me di cuenta de lo importante que había sido para mí el poder realizarme como mujer y también, y no te asombres, lo importante que fue para él el llegar a ser padre. Todavía recuerdo la ternura con que cogió en sus brazos a nuestros hijos. Descubrí en él la existencia de la parte masculina y femenina. Se encargaba de cambiarles, de bañarles, de preparar y darles los biberones,...

Luís.- Con tu consentimiento y por tu egoísmo y comodidad, me imagino.

Eva.- Sí, y por amor a él. Me di cuenta de qué clase de ser humano me había ofrecido la vida y créeme, me he sentido y me siento una mujer privilegiada.

Luís.- Y en todo esto ¿qué tengo que ver yo?...

Eva.- Tú, has entrado por la ventana de mi vida como una ráfaga de aire fresco, cuando mis pulmones se hallaban acostumbrados a respirar bajo mínimos.

Luís.- Y él, lo ha notado.

Eva.- ¡Cómo no! En mi forma de vestir, de peinarme, de salir con prisa de casa, nerviosa por temer llegar tarde a la cita, a tu cita.

Luís.- Pero ¿él sabe que soy homosexual?

Eva.- Nosotros nunca hemos tocado ese tema. Enrique tiene una concepción de la vida muy amplia. Comprende, aunque no la practique, la homosexualidad y, seguramente, la tendrá que aceptar y asumir en la figura de su propio hijo, el nuestro.

Luís.- ¿Y qué peligro cree correr con el desarrollo de nuestra amistad?

Eva.- Ninguno y todo.

Luís.- Sé más explícita.

Eva.- El hecho de que durante nuestros años de matrimonio no haya habido nada, o casi nada que haya estimulado a la mujer que hay en mí, hace que tema que esa mujer que tú has conseguido despertar no pueda asumir el continuar viviendo como hasta ahora lo he hecho por mi voluntad y también por qué no, por mi temor.

Luís.- ¿A qué?

Eva.- Establecimos una norma de conducta o de comportamiento, como lo quieras llamar. La norma de la fidelidad. Nos hicimos la promesa de que ninguno de los dos la rompería salvo que llegáramos mutuamente a dicho acuerdo y a pesar de los riesgos que, respectivamente, hemos corrido durante nuestros años de matrimonio, la hemos cumplido a rajatabla.

Luís.- ¿Tan segura estás?

Eva.- Por él sí, por la mía hasta hoy también, pero estoy hecha un lío. No sé qué se ha despertado en mí que ya me cuestiono lo absurdo de la “norma”.

Luís.- ¿Presientes que estás corriendo peligro?

Eva.- Sí.

Luís.- ¿Y puedo saber quién te hace correr ese riesgo?...

Eva.- Tú.

Luís.- ¿Yo?...

Eva.- Sí, no te asombres.

Luís.- Pero no puede ser verdad. Tú sabes mi condición sexual, que por mucho que me atraiga estar contigo, por mucho que esté encantado de haberte conocido, en mi mente no está el tener una relación sexual con una mujer.

Eva.- Aunque a mi no me importaría llegar a tenerla contigo.

Luís.- El sexo no está en la cabeza de abajo sino en la de arriba y sin saber por qué razón o motivo, las mujeres me atraen única y exclusivamente por su feminidad; aunque he de recordarte que el verdadero homosexual desea al hombre por el hombre porque se considera tal, de ahí que me encuentre tan a gusto con mujeres como tú, que tan atractivas resultáis a los ojos del sexo contrario.

Eva.- Pero aunque así sea yo me siento tan distinta, tan diferente desde que te he conocido que no me importa el que no exista la posibilidad de llegar a tener una relación sexual contigo, con la que la vida me ha regalado tengo suficiente. Nunca he sido una

mujer apasionada, he cedido por amor a mi marido más que por la necesidad propia.

Luís.- Me tranquiliza, porque no quiero jugar a un juego que puede resultar peligroso si antes no se establece con claridad la transparencia de las cartas con las que hay que jugar. Yo estoy asombrado de ver cómo me dejo llevar por tu voluntad y accedo a tus deseos de salir o entrar a pesar de que seas madre y esposa. En el fondo alimentas mi ego de varón con esas muestras de amor que percibo cuando simplemente me miras. Haces que me sienta más seguro frente a la vida. No olvides que nunca me aceptaré como homosexual. Lo asumo más bien como un accidente más de la naturaleza.

Eva.- No digas eso. Si eres maravilloso.

Luís.- Sí, pero homosexual.

Eva.- Mi hijo puede llegar a serlo, tú mismo me lo has dejado entrever.

Luís.- Para que no hagas con él lo que la mayoría de los padres suelen hacer: ven con normalidad el que los hijos de los demás sean homosexuales hasta que les toca a ellos. Entonces se produce una debacle y en ella la única víctima es el hijo que, avergonzado, quiere luchar contra su naturaleza para intentar evitar el dolor en su entorno.

Eva.- ¿Cómo no quieres que te quiera, si me ayudas hasta en eso? Otro no se habría molestado siquiera en plantear ese supuesto y mucho menos alertarme para que si llegara el momento lo asumiera todo con el cariño y la ternura que mi hijo merece, aunque lo que peor llevaría sería el que algún desaprensivo le rompiera el corazón. Tiene diecinueve años, pero es todavía tan niño... Caso de que realmente llegara a decantarse por la misma tendencia sexual que tú, ¿le ayudarías?

Luís.- ¿A qué?

Enrique.- A que supiera vivir su primera experiencia con alguien que mereciera la pena, por ejemplo, alguien como tú.

Luís.- ¡Desvarías! Y su padre, ¿qué opinión tiene respecto a todo esto? ¿Habéis tratado alguna vez de esa supuesta homosexualidad de vuestro hijo?

Eva.- Mi esposo tiene muchos miedos, lo detecto y yo no quiero profundizar en el porqué, y ahora lo entenderás. Voy a hacerte una revelación muy íntima respecto a él: creo que en su mente

subyace cierta tendencia homosexual que le hace ser poco feliz en su matrimonio.

Luís.- Pero ¿no me has dicho que es un maravilloso padre y esposo?

Eva.- Sí, pero no tiene nada que ver. Él se esfuerza en ser lo mejor para nosotros, sus hijos y yo, y lo consigue, pero a cambio de renunciar a ser el otro que presiento.

Luís.- Es duro lo que acabas de revelarme y no puedo rebatirte la opinión. No tengo datos suficientes para darte o quitarte la razón.

Eva.- Por eso, y no te asombres por lo que te voy a decir: a mí no me importaría que mi marido y tú llegarais a ser “amigos”.

Luís.- Si ya lo somos.

Eva.- Quiero decir amantes.

Luís.- ¡Estás loca! No sabes lo que dices.

Eva.- Sé perfectamente lo que estoy diciendo. Conozco suficientemente a mi esposo como para saber que no le desagrada tu presencia, aunque sea víctima de los celos por mi comportamiento hacia ti.

Luís.- ¿No estarás pretendiendo insinuarme que has notado en mí, cierta atracción hacia él?

Eva.- No, aunque no me importaría con tal de que mi esposo fuera más feliz.

Luís.- ¿Conmigo?

Eva.- Sí contigo. Eres sincero, transparente y sé que jamás le harías daño y no haciéndoselo a él tampoco podrías hacérmelo a mí.

Luís.- Te puedes equivocar, querida.

Eva.- Indudablemente, pero de forma consciente las equivocaciones se asumen de otra forma, hacen menos daño, dejan menos huella. *(Suena el móvil de Eva y lo saca de su bolso)*

Eva.- ¡Hola, cariño! Estoy con Luís. Quería devolverle unos libros que sabes me dejó y me ha propuesto que almorzáramos juntos -es Enrique-

Luís.- ¿Me pasas con él?

Eva.- Espera, que te paso con él, quiere hablar contigo. *(Le entrega el móvil a Luís)*

Luís.- ¡Hola Enrique! ¿Qué haces? Hombre, me imagino. ¿Tardas mucho en salir de la clínica?.. Pues entonces agrégate a nosotros, donde almuerzan dos almuerzan tres y como invito

yo... De acuerdo. Te esperamos. No tardes, estoy hambriento. (*Le devuelve el móvil a Eva*)

Eva.- Enrique, ¿entonces vienes?... De acuerdo. Un beso. (*pausa*)

Luís.- ¿Sabía que estábamos juntos?

Eva.- No. Pero últimamente me llama muy a menudo. Ya te he dicho que le noto inquieto y me siento controlada. Apenas duerme. Estoy preocupada y la verdad es que lo estoy más por mí que por él.

Luís.- ¿Por ti?

Eva.- Sí, temo que tener que enfrentarme con él y afrontar mi amistad contigo me haga correr el riesgo de perderte.

Luís.- Nuestra amistad no puede romperse por tan poca cosa. Nosotros no tenemos que ocultar nada y estoy dispuesto a aclarárselo a Enrique cuando proceda.

Eva.- ¿Lo ves? Eso es lo que me altera los nervios. ¿Por qué tenemos que aclarar lo que está claro?

Luís.- Claro para nosotros dos, pero para el resto...

Eva.- Y el resto quién es. ¿La gente?... No me importa lo más mínimo. He vivido de espaldas a ella durante toda mi vida y pienso seguir haciendo lo mismo y mucho más si con ello mantengo la amistad contigo que tanto me ha hecho sentir.

Luís.- No quiero que sufras.

Eva.- ¿Tú crees que se puede sufrir descubriendo que hay otros amaneceres, que la noche puede ser tan cálida y luminosa como el sol de la mañana desde que sé que existes? No querido, eso no es sufrir, el verdadero sufrimiento para mí sería no contemplarte, no poder departir contigo, no sentirme arropada por el calor que emana tu mirada.

Luís.- ¡Estoy aturdido! Esto es una verdadera declaración de amor.

Eva.- Pero ¿es que tú lo ignorabas?

Luís.- Lo he podido intuir, pero habría sido incapaz...

Eva.- ¿De qué?

Luís.- De avivar este amor, de perturbar tu orden, el de tu marido, el de tu familia.

Eva.- Es que dentro del orden que todo ello representa, necesito el desorden de tu presencia.

Luís.- ¿Quieres otro?

Eva.- No, gracias. Probaré un poco del tuyo si te pones más. (*Luís*

se levanta y se dirige a ponerse el resto del cóctel preparado)

Luís.- Estoy contrariado. ¿Qué crees que debería hacer después de todo lo que acabas de contarme? (*ella se dirige hacia él, toma un sorbo del cóctel y con sensualidad le acaricia el rostro*)

Eva.- Lo que te voy a proponer en estos instantes. Yo no quiero que nuestra amistad desaparezca y una forma de evitarlo es que potencies en Enrique tu interés sexual.

Luís.- ¿Cómo eres tan atrevida? Eso puede ser peligroso.

Eva.- No soy atrevida. Quiero, deseo, necesito a mi esposo tanto como a ti. A él le tengo, y a ti no quiero perderte.

Luís.- ¿Y no se te ocurre otra cosa que pedirme que le declare mi amor para que se reconozca de mi misma condición?

Eva.- Si lo es y él se descubre y se reconoce contigo, será maravilloso. ¿Con quién mejor? Te he dicho que Enrique está sufriendo hace mucho tiempo y ya es hora de que recupere las ganas de vivir.

Luís.- ¿Eres consciente de que en este juego alguien puede salir perjudicado?

Eva.- ¿Por amor?...

Luís.- O por desamor.

Eva.- ¡Y qué mejor sufrimiento! Es preferible arriesgarse por amor que morir por la abulia que lo socialmente preestablecido y aceptado nos impone.

Luís.- Siempre he creído que eras mujer excepcional. Mucho más inteligente y sensible de lo que tú misma te reconoces y sinceramente el tiempo me va dando la razón cuando más nos vamos conociendo.

Eva.- ¡A veces puedo parecer frívola!

Luís.- Prefieres pasar por ello. Sé consciente.

Eva.- ¿Por qué?

Luís.- Haciéndote pasar por una mujer frívola consigues que los demás no te tengan demasiado en cuenta, no resultes molesta ni envidiada y puedas actuar de la forma que más creas conveniente a tus intereses.

Eva.- ¿Que son?...

Luís.- Continuar en la burbuja de la que me hablabas antes. Es una forma inteligente de no desgastar banalmente las energías que tanto necesitas para tus novelas.

Eva.- ¿Cuento contigo para conseguir que Enrique despierte a

través de ti?

Luís.- ¿Y si el que realmente despierta soy yo?

Eva.- ¿Tú?

Luís.- Sí, yo. Recuerda que soy de carne y hueso también, que tengo mi corazón, que estoy libre de relaciones estables y que tu marido en un momento dado, puede provocar en mí el deseo de ser y estar.

Eva.- No me importaría si eso ocurriera. Sería una forma de recuperar a mi esposo y de poseerte a ti a través de él.

Luís.- ¿Pero qué me estás proponiendo?... no entiendo o no quiero llegar a entender.

Eva.- Pues está claro: quiero que mi marido viva con plenitud su sensibilidad amordazada y quiero que sea a través de ti para que no rechace nuestra amistad.

Luís.- Y ¿qué se supone que debo hacer?

Eva.- Declararle tu amor, tu deseo, tu necesidad de él. Sedúcelo como lo hiciste conmigo; no hace falta llegar al sexo, no hará falta si tú no quieres, si llega a sentir todo lo que yo he llegado a sentir a través de tu palabra, de tu verbo, caerá seducido como he caído yo. Al final del almuerzo fingiré una llamada para justificar mi posterior salida al objeto de dejaros a solas a los dos y entonces...

Luís.- ¡No habrá quien me pare!

Eva.- ¿Por qué?

Luís.- Yo también tengo que hacerte una revelación, no puedo ocultarlo más: yo también estoy enamorado pero de... tu esposo.

Eva.- ¡Gracias! No podía encontrar a mejor persona para ser abducido a través de la espiritualidad que emana tu ser. ¿Sabes que podrías ser un gran actor? Por un instante has conseguido que llegara a creérmelo. ¡Eres terrible!

Luís.- No puedes negar que eres escritora.

Eva.- Y tú, que eres un bello y viejo león cansado de ir tras la presa. Por eso te la ofrezco sin esfuerzo alguno, hazla tuya, disfrútala. Seamos felices los tres.

Luís.- Eres tan inteligente como perversa.

Eva.- En el juego del amor sí, y más cuando se trata de alguien como tú y mi esposo (*suena el timbre, Luís se levanta y recibe a Enrique*)

Luís.- ¡Qué bien! No esperaba tener esta suerte.

Eva.- Ni yo tampoco (*dirigiéndose a Enrique*) pero sabes que

Luís es imprevisible.

Enrique.- Y con la profesión que tiene mucho más. Si tuviera que estar sujeto a una consulta como yo...

Luís.- No te quejes que el emporio veterinario que has montado y el nivel de vida que ello te permite, bien lo vale.

Enrique.- Pero carezco de tu libertad para tener más tiempo libre.

Luís.- ¿Qué te apetece tomar antes del almuerzo?

Enrique.- Una cerveza bien fría, por favor.

(*La escena queda a oscuras unos instantes para después volver a iluminarse*)

FIN DEL PRIMER TIEMPO

SEGUNDO TIEMPO

(La escena es idéntica a la anterior. Entran Eva y Enrique y detrás les acompaña Luís. Regresan de almorzar)

Eva.- Ya te he dicho que como no me cambien la cláusula del contrato, no pienso firmarlo. No me voy a dejar manipular.

Enrique.- ¡Está bien, lo que tú creas más conveniente!

Luís.- *(dirigiéndose a Enrique)* ¿Qué te ha parecido el almuerzo?

Enrique.- Diferente.

Eva.- ¡Disculpadme, tengo que hacer urgentemente una llamada, se me había olvidado! *(finge una llamada)* ¡Hola! Sí, he terminando de almorzar. No con mi esposo y un amigo. ¿Me oyes bien?... Yo regular. La cobertura me falla. Espera, voy a cambiar de sitio. *(Eva se levanta y sale de escena fingiendo mantener una conversación)*

Luís.- Tengo que hablar contigo urgentemente.

Enrique.- ¿De qué?

Luís.- De algo muy importante para mí.

Enrique.- ¿Tienes problemas?...

Luís.- ¿Estar enamorado es tener problemas?

Enrique.- Depende de quien lo estés. ¿Puedo saberlo?

Luís.- De ti. Estoy enamorado de ti.

Enrique.- Entonces presumo que puede ser problemático. ¿No me estarás gastando una broma pesada, verdad?

Luís.- ¿A santo de qué?

Enrique.- No sé, vosotros los artistas os movéis en un mundo...

Luís.- De alcohol, sexo y drogas, quieres decir... *(Ríe irónicamente)*

Enrique.- ¡No sé a qué viene esta broma!

Luís.- Eva va a volver de un momento a otro. Me gustaría poder quedarme un rato a solas contigo. No puedo ni quiero silenciarte más mi sentimiento. Necesito que tú lo sepas y actúes en consecuencia para aclarar mi enmarañada mente.

Enrique.- ¿Por qué a mí y por qué hoy?

Luís.- ¿Sólo te preocupa eso? ¿Eso es lo único que tiene importancia para ti? ¿Sabes lo que me estoy jugando haciéndote

esta declaración?: mi dignidad, tu amistad y lo más importante, la de Eva.

Enrique.- Por mi parte no tiene por qué romperse nada. Comprendo que tengas la necesidad de comunicarme tu sentimiento, pero no tiene por qué cambiar nada, porque yo no siento lo mismo hacia ti.

Luís.- Lo entiendo.

Enrique.- No pretendo hacerte daño. Te he preguntado por qué a mí, porque que yo sepa no te he dado pie, ni creo que exteriormente tenga alguna connotación que te haga llegar a pensar que coincido con tu degustación sexual.

Luís.- Me enamoras por eso.

Enrique.- ¿Por qué?

Luís.- Por tu forma de ser, de comportarte, por cómo, de una forma elegante, me rechazas sin provocar en mí la humillación.

Enrique.- Sabes que estoy enamorado de mi esposa.

Luís.- Lo sé.

Enrique.- Que para mi es muy importante mi familia, mi profesión, mi...

Luís.- ¡No sigas, lo sé! Seguramente eso es lo que te hace más inaccesible y lo que más provoca y estimula mis deseos. Si fueras una presa fácil no me interesaría. Tener algo en la vida me ha costado siempre un gran esfuerzo y conseguir que tú me correspondas, seguramente es una utopía que no puedo dejar de desear poder alcanzar.

Enrique.- Luís, no juegues conmigo. No soy tan fuerte como aparento. Tengo mis debilidades y siempre he sido sincero contigo. He admitido tu amistad con mi esposa, pero con reservas. Ha llegado a desequilibrarme el darme cuenta que has provocado en mi mujer sensaciones, necesidades, ilusiones que creí que ella tenía superadas. Si estoy hablando contigo es por el amor que le tengo y fundamentalmente porque a qué negarlo, te he tomado cariño, pero nada más. Entre nosotros no puede ni debe cruzarse ningún otro sentimiento que provoque la debacle de mi matrimonio.

Luís.- *(le mira fijamente)* ¿A qué estás jugando ahora?

Enrique.- No entiendo.

Luís.- A eso precisamente, ¿a no querer “entender”?

Enrique.- ¿Qué quieres decir?... ¿Eso lo admito como una ofensa

o como un halago?

Luís.- Como un halago; sería incapaz de ofenderte. Me provocas ternura.

Enrique.- ¿Pretendes volverme loco?...

Luís.- De amor, sí.

Enrique.- ¿Y por qué yo?

Luís.- ¿Y por qué no?

Enrique.- Te repito, ¿por qué yo?

Luís.- ¿Tanto te interesa? ¿Pretendes que alimente tu ego, a pesar de tu rechazo?

Enrique.- ¡No te he rechazado como persona!

Luís.- No, es cierto.

Enrique.- Lo mejor será que des por cerrada la posibilidad que has estado alimentando pensando que yo pudiera sentir lo mismo que dices sentir por mí.

Luís.- No Enrique, no pienso darla por cerrada, porque sólo puede ser cerrado aquello que alguna vez ha estado abierto o entornado y tú me acabas de decir, claramente, que nunca has sentido nada especial por mí. *(Le mira a los ojos)* ¿Por qué me engañas?... ¿Qué miedo tienes?....

Enrique.- El provocar algo que haga que rompa con todo lo que para mí representa mi estabilidad.

Luís.- Tu esposa entrará de un momento a otro. Quiero que me digas que he estado equivocado, que lo que yo percibo que sientes cuando me miras ha sido todo forjado por la necesidad que de ti demando.

Enrique.- No me hagas ser cruel contigo. No lo deseo, ni te lo mereces.

Luís.- ¿A quién quieres salvar?

Enrique.- A mi matrimonio.

Luís.- ¿A costa de ti?

Enrique.- Es mi responsabilidad. *(pausa)*

Luís.- ¿Aceptarías mi invitación otro día?

Enrique.- ¿Por qué no?

Luís.- ¡De acuerdo! Te llamaré cuando menos lo esperes. *(entra Eva en escena)*

Eva.- ¡Perdonadme, pero tengo que marcharme!

Luís.- *(fingiendo estar sorprendido)* ¿Qué ocurre?...

Eva.- Ha surgido un problema en la Editorial y tengo que

desplazarme allí. Se trata de la edición de mi nueva novela. *(Ella se dirige a coger su bolso, y Luís le ayuda a ponerse el abrigo)* Podéis quedaros. Yo tengo que salir corriendo. Queridos, un beso. Luís, luego te llamo. Enrique, ¿te espero para cenar?

Enrique.- No sé, depende de la consulta.

Eva.- ¡Como de costumbre!

Enrique.- ¡Nos llamamos! *(Eva sale presurosamente de la escena)*

Luís.- ¿Quieres otra copa?

Enrique.- Es la hora de regresar a la consulta. Me tengo que marchar.

Luís.- ¿Seguro que quieres irte ya?

Enrique.- ¡No empieces!

Luís.- Tienes razón. Perdona. ¿Me llamarás?...

Enrique.- ¿Cuándo?

Luís.- Cuando quieras que vuelva a verte.

Enrique.- Sabes que puedes venir a nuestra casa cuando te apetezca.

Luís.- Pero, seguramente mi deseo sea el hablar contigo a solas, sin que nada ni nadie interfiera en nuestra conversación.

Enrique.- Nunca te llamaré, lo sabes. Te lo he dicho mil veces, no me gusta llamar a nadie; pero tú puedes hacerlo cuando te apetezca.

Luís.- Me incluyes en ese “nadie”.

Enrique.- Si así fuera, no habría aceptado esta invitación.

Luís.- Estaba Eva.

Enrique.- Sí, pero contigo.

Luís.- Y...

Enrique.- Que te agradezco la declaración de amor.

Luís.- ¿Porque te has dado cuenta de que no corres peligro con la relación que mantengo con tu esposa, verdad?...

Enrique.- ¡Sí, a qué voy a negártelo!

Luís.- *(mirándole a los ojos)* ¿Tanto la quieres?...

Enrique.- ¿Por qué me miras tan fijamente?

Luís.- Porque quiero quedarme con tu mirada para alimento de mis soledades.

Enrique.- No quiero hacerte daño.

Luís.- Lo sé. Por eso te advertí que no te preocupara la relación que mantenemos tu esposa y yo, porque quien realmente ha

provocado este sentimiento amoroso, has sido tú.

Enrique.- Sigo preguntándome lo mismo, ¿por qué a mí, y por qué ahora?

Luís.- No voy a contestar a tus interrogantes, esa va a ser mi pequeña venganza.

Enrique.- Está bien. Lo que tú decidas.

Luís.- ¿Estás dispuesto a continuar con este juego?...

Enrique.- ¿A qué juego te refieres?...

Luís.- Al de la seducción.

Enrique.- Dale tiempo al tiempo.

Luís.- *(Luís se acerca sinuosamente a Enrique mirándole fijamente y con deseo de darle un beso en la boca)* ¿Mucho?

Enrique.- El justo y necesario.

Luís.- Y ¿qué es para ti lo justo?

Enrique.- El que la prudencia marca.

Luís.- ¿Y el necesario?

Enrique.- El que tú desees.

Luís.- ¡Gracias, eres un caballero!

Enrique.- Me considero tu amigo.

Luís.- Por el amor que tienes hacia Eva. Lo sé. *(Las bocas de ambos quedan a corta distancia sin que se llegue a producir el beso tan deseado por Luís. El escenario queda a oscuras el tiempo necesario para que Luís y Enrique cambien de vestuario para el siguiente cuadro)*

FIN DEL SEGUNDO TIEMPO

TERCER TIEMPO

(Luís y Enrique entran en escena, que se halla iluminada adecuadamente para lo que corresponde a una velada nocturna)

Enrique.- La cena ha estado exquisita.

Luís.- Eres muy amable. ¿Te sirvo una copa?

Enrique.- Un güisqui, sin hielo por favor.

Luís.- ¿Qué te ha dicho Eva antes de venir?

Enrique.- Que tuviera cuidado contigo.

Luís.- ¿No le ha resultado extraño el que te haya invitado a ti solamente?...

Enrique.- No, en absoluto.

Luís.- ¡Acomódate!! Toma, aquí tienes tu güisqui. *(Luís también se ha servido un güisqui)*

Enrique.- ¡Se me olvidaba! Aquí tienes la pastilla que me pediste para sacrificar a tu perro *(se la entrega)*

Luís.- *(la observa)* ¿Es tan eficiente como me has asegurado? *(Se la guarda en el bolsillo del pantalón)*

Enrique.- Podría acabar con la vida de un elefante.

Luís.- ¿Es dolorosa la agonía?

Enrique.- En absoluto. No sufrirá. Provoca una muerte radical.

Luís.- Gracias. ¿Te debo algo?...

Enrique.- ¡Qué tontería! Por cierto ¿dónde se encuentra ahora?

Luís.- ¿Quién?

Enrique.- El perro. No lo conozco.

Luís.- Como ibas a venir tú lo he llevado a una guardería para que pase allí la noche. De haber estado aquí te habrías sentido obligado a tener que atenderle.

Enrique.- No me habría importado, aunque todavía no sé por qué te niegas a traérmelo a la clínica. Allí le podríamos atender mejor.

Luís.- No. Quiero que muera en mi casa.

Enrique.- ¿Y del cuerpo?...

Luís.- Ya te avisaré.

Enrique.- ¿Tanto sufre?

Luís.- Me temo que sí, pero menos que yo por la necesidad que tengo de ti.

Enrique.- (*mirando el vaso*) He de reconocer que tienes un gusto exquisito hasta en el más mínimo detalle.

Luís.- Por eso me he enamorado de ti.

Enrique.- No me lo creo, aunque me halague.

Luís.- ¿No te ha asombrado el que te convocara a venir a mi casa?

Enrique.- No. Eres amigo y si lo has hecho, me imagino que lo ha sido porque te apetecía hacerlo.

Luís.- ¿Recuerdas lo que te he dicho por teléfono?

Enrique.- Que viniera a verte, que compartiéramos una botella de vino y que si tenía algo importante que hacer esta noche.

Luís.- Y me has contestado que no. Aunque me consta que viniendo has renunciado a algo muy importante para ti: el partido de fútbol que se jugaba hoy por la selección española.

Enrique.- No tenía especial interés.

Luís.- ¿Y no recuerdas nada más de lo que te he dicho por teléfono?

Enrique.- Que yo sepa...

Luís.- Te he dicho que añoraba tu presencia.

Enrique.- Tienes razón.

Luís.- Esta mañana, después de levantarme, he ido a recoger unas fotos, comprar un perfume, tomar café...

Enrique.- Y...

Luís.- Cuando he llegado a casa al mediodía he tenido una sensación especial. He recordado el almuerzo de ayer, tu aroma, tu presencia. Te he añorado. Temo que vuelvo a estar infectado con un virus, el del amor, y sabes que no hay antibióticos para su cura, que la alta fiebre va a atacarme y que, de nuevo, vuelvo a tener que sufrir el calvario del amor no correspondido.

Enrique.- Pero debes saber que esa fiebre es pasajera.

Luís.- Vuelves a herirme sin pretenderlo.

Enrique.- ¡Perdona!

Luís.- No tengo que perdonarte nada. Entiendo que todo esto para ti resulte molesto.

Enrique.- En absoluto.

Luís.- ¿Por qué has aceptado mi invitación? ¿Por morbo?...

Enrique.- Te juro que no. Tú no te mereces eso. He recapacitado todo lo que ayer me declaraste durante el almuerzo.

Luís.- Y...

Enrique.- Como te dije y te vuelvo a repetir, siento no poder

corresponder en la medida que tú demandas y deseas.

Luís.- Entonces, ¿por qué has venido?

Enrique.- ¿No lo intuyes?...

Luís.- ¿Por respeto hacia mí?

Enrique.- Y porque te tengo afecto.

Luís.- Enrique, no hace falta que cumplas. Estoy acostumbrado a rechazar y a que me rechacen. Pero yo sé que lo único que te ha podido traer aquí es el consentimiento previo de Eva para hacerlo.

Enrique.- Eres amigo de mi esposa, pero no por ello estoy obligado a que lo seas de mí. De no haber sentido por ti lo que siento, no estaría hoy aquí.

Luís.- ¿Y qué es lo que sientes?

Enrique.- Apenas te conozco.

Luís.- ¿Y qué importancia tiene?

Enrique.- No sé nada de tu vida.

Luís.- ¿Y tan importante es para ti mi pasado?

Enrique.- No sé, estoy aturdido.

Luís.- Pero si no sientes nada hacia mí, ¿qué interés puede tener para ti el conocerme?

Enrique.- Comprende. No estoy acostumbrado a que un hombre me declare su amor y menos si ese hombre es el que ha provocado mis celos al creer que estaba acostándose con mi esposa.

Luís.- Eso es lo que he querido que descubrieras, que en la relación que mantenemos tu esposa y yo no existe peligro alguno, por mi condición sexual.

Enrique.- Pero, a pesar de todo...

Luís.- Tienes dudas.

Enrique.- Eres una persona especial, estéticamente interesante, intelectualmente has deslumbrado a mi esposa.

Luís.- Y ahora eres consciente de lo erróneo de tus temores. ¿Quién te iba a decir que en lugar de luchar por el amor de Eva, tenías que luchar por el asedio de un homosexual como yo?

Enrique.- No me siento asediado.

Luís.- Gracias. No lo pretendo. Seguramente después de esta noche, no vuelva jamás a tocar este tema, pero hoy, permíteme que desahogue mis sentimientos que galopadamente ensombrecen mis días. Te amo y sé que eso me arrastra de nuevo hacia la soledad, la nostalgia, la negación. Prevalecerá de nuevo la razón, la tuya, porque mi sin razón parece ser que me acompañará una vez más.

Mi karma es el de desear lo que me está prohibido y, a pesar de todo, sigo sin renunciar a la posibilidad de poder compartir junto al ser amado todo aquello que me está vedado (*se cubre el rostro con una mano para que Enrique no lo vea llorar*).

Enrique.- ¡No llores! (*se acerca y le coge por los hombros*)

Luís.- No lloro. Es que debe haberseme metido algo en el ojo (*rechaza la caricia*)

Enrique.- Mereces que te quieran. Debes luchar por ello. Te tengo admiración. Eres una persona especial, como dice mi esposa. Deberías intentar buscar a alguien de tu misma condición. Seguro que no te costaría esfuerzo alguno.

Luís.- No hace falta que me aconsejes. He vivido lo suficiente como para saber que no estoy en mi mejor momento para buscar, encontrar o elegir. No soporto más la humillación de mi homosexualidad.

Enrique.- ¿Tanto la has sufrido?

Luís.- Ha sido una lucha constante. La no aceptación te arrastra a tener que estar constantemente avergonzándote de tu condición. Seguramente tú seas el último ser que halla conseguido que sienta lo que siento.

Enrique.- No digas tonterías. Tienes todavía mucha vida por delante. Seguro que la felicidad te está esperando. Te mereces alguien que te quiera.

Luís.- ¿Qué esperas que suceda esta noche?

Enrique.- Lo que tú quieras. No voy a resistirme.

Luís.- Si te besara, como es mi deseo, ¿qué pasaría?

Enrique.- Que no me sentiría respetado por ti.

Luís.- ¿Y crees que eso me importaría?...

Enrique.- Sí, porque se lo diría a mi esposa, que seguro está esperándome.

Luís.- ¿Le dirías que he pretendido besarte?

Enrique.- Sí, no tengo secretos para ella.

Luís.- Ahora entiendo. Sería la venganza perfecta hacia ella diciéndole que el hombre al que tanto admira ha pretendido sobrepassarse contigo.

Enrique.- Nosotros establecimos un “pacto” y hasta que no acordemos lo contrario me debo a él.

Luís.- ¿Al de la fidelidad?

Enrique.- Sí.

Luís.- ¿Y qué crees que puede pensar que estamos haciendo esta noche nosotros?...

Enrique.- Nada que no sea normal.

Luís.- Y en el caso de que en lugar de a ti hubiera invitado a tu esposa a tomar esta copa, ¿qué habrías pensado tú?...

Enrique.- ¡Es distinto!

Luís.- ¿Por qué? Eres un cabrón, agradablemente cabrón. Encuentras normal aceptar la invitación de un homosexual que te ha declarado su amor y sin embargo encontrarías extraño el que la hubiera aceptado tu esposa.

Enrique.- No sé adónde quieres llegar.

Luís.- Contigo querría llegar al fin del mundo, pero sin ti, no estoy dispuesto a dar ni un solo paso más.

Enrique.- ¿Se cierra el acto?

Luís.- No. No se ha abierto siquiera el telón.

Enrique.- Pero, suponte que tuvieras que finalizar el drama. ¿Cómo lo terminarías? ¿Qué final le asignarías a cada uno de los personajes, suponiendo que todo esto fuera una representación teatral?

Luís.- El personaje amado saldría de escena aliviado por no tener que mantener su compostura. Pasaría página sin más.

Enrique.- Sabes que no es cierto. El personaje amado sale de escena afectado por lo ocurrido.

Luís.- Te creo.

Enrique.- ¿Y el personaje amante? ¿Qué ocurre con él?

Luís.- No pienso desvelártelo.

Enrique.- Nada malo, ¿verdad?

Luís.- ¡Y qué importa!

Enrique.- No es justo.

Luís.- ¿Qué quieres saber del personaje amante?... ¿Que continuará sobreviviendo, que seguirá deseando que se produzca el milagro que nunca se produce?... ¿Que seguirá enfrentándose y asumiendo la soledad que de nuevo vuelve a ser su única compañera?... Enrique, qué pretendes. No me engañes. No me mires así. No me niegues. Percibo algo indefinible que me hace creer que no eres sincero conmigo como lo estoy siendo yo.

Enrique.- Estoy aquí. ¿No te basta? ¿No te es suficiente?

Luís.- ¿A qué tienes miedo?

Enrique.- ¿Recuerdas que en una ocasión me dijiste que nunca

probarías la droga por tener la seguridad que te arrastraría sin remisión alguna?

Luís.- Sí.

Enrique.- Pues ese es el temor que tengo con respecto a ti.

Luís.- Es decir, ¿que puedo ser tan perjudicial para ti como lo es la droga para el resto? Estoy condenado ¿verdad?

Enrique.- Irremediamente, pero conmigo que también sufro mi condena: la responsabilidad que asumí cuando cree mi familia.

Luís.- Bendito seas.

Enrique.- ¿Por qué?

Luís.- Por haberme hecho este regalo.

Enrique.- ¿Cuál?

Luís.- El de tu ambigüedad. Me lo hace todo menos llevadero.

Enrique.- ¿Por qué te niegas a revelarme el final del protagonista amante? Necesito saberlo.

Luís.- ¿Para tu tranquilidad?

Enrique.- Sí.

Luís.- Seguramente lo sabrás antes de lo que presumes. Lo que sí voy a hacer es revelarte ahora es el porqué tú y en este preciso instante: antes de conocerte te presentí a través de tu esposa por cómo me hablaba de ti, pero todo habría sido más fácil si al conocerte no hubiera coincidido con ella en que realmente eres un “ser especial” y no me digas por qué creo que sea así. Y en cuanto a lo del ahora, está claro: no soporto más la farsa que para mí representa el negarme a la evidencia. Tu amor me inunda. Perdóname.

Enrique.- No quiero que sufras.

Luís.- Prometo no hacerlo y para que veas que no voy a ser la única víctima de este drama, pido a los dioses que te condenen a sufrir por mi ausencia lo mismo que me han condenado a mí teniendo que asumir tu desamor.

Enrique.- ¿Y crees que se cumplirá tu deseo?

Luís.- Presiento y deseo que así sea. Mereces que a través de los años reconozcas tu cobardía: la de haberte negado a la evidencia.

Enrique.- Un poco cruel, ¿no te parece?

Luís.- Es el precio que hay que pagar

Enrique.- *(suena su móvil)* Disculpa. ¿Sí? Dime querida. Sí, aquí estamos los dos. Muy bien. Ya hemos cenado, estamos tomando una copa. *(Mira el reloj)* Tienes razón, es la una de la madrugada.

No te preocupes, mañana es sábado, no tengo nada importante a primera hora salvo el partido de tenis ¿Y nuestros hijos? ¿Elena con su novio y Júnior acaba de salir de marcha? Bien. Luís y yo estamos manteniendo una conversación muy amena. Además me ha preparado una cena fantástica. Es un gran anfitrión. No querida, no ha ocurrido nada *(sonríe)*. No te preocupes por la hora, además Luís me ha dicho que puedo quedarme a dormir si me apetece; es una broma, regreso a casa dentro de un rato, tengo que madrugar para no perderme el partido de tenis. Te lo paso.

Luís.- ¡Me encanta que hayas llamado! Tranquila, no ha pasado nada, no va a pasar nada *(ríe con nerviosismo)* Tienes un marido que es una joya, consérvalo, merece la pena. No, no ha sucumbido a mis encantos. Puedes estar tranquila. Ya te contaré. Sí, mañana por la tarde iré a tomar café. Te quiero. *(Cuelga)* Te ha alegrado que se sienta celosa, ¿verdad? Debes estar contento, sigues siendo querido y deseado por Eva.

Enrique.- ¿Como lo soy por ti?...

Luís.- En la misma medida.

Enrique.- Me marchó *(coge las llaves del coche de la mesa de centro)*

Luís.- ¿Me permites que te abrace?

Enrique.- ¿Lo crees necesario?

Luís.- Tienes razón, ¡qué absurdo!

Enrique.- ¿Se trata de una despedida?

Luís.- ¡Qué ridículo me siento!

Enrique.- ¡Ven, acércate, no seas bobo! Ha sido una broma. ¿Cómo no voy a permitirte que me abrases, amándome como dices que me amas?... *(Pausadamente Enrique se dirige a Luís y le abraza. Luís se resiste a corresponderle hasta que se rinde vencido en sus brazos. Al instante, Enrique coge su gabardina y se dispone a salir presuroso para no prolongar la íntima situación imperante)* ¡No, no te molestes! Conozco el camino.

Luís.- *(Luís llora de espaldas la partida de Enrique y con desgana y poco a poco va apagando las lámparas del salón. La escena queda tenuemente iluminada. Hundido se echa llorando sobre el sofá. Una vez se ha desahogado llama por el móvil a Eva)* ¡Hola! Enrique acaba de salir de casa, en diez minutos estará contigo.

Voz en off., de Eva.- ¿Qué ha ocurrido?... Estoy ansiosa por que me cuentes.

Luís.- Ha sido intenso, sincero. Hemos vomitado.

Voz en off., de Eva.- ¿Os habéis emborrachado?

Luís.- Hemos vomitado en sentido figurado. Yo le he mostrado mis miserias y él sus tesoros, entre los que te encuentras indefectiblemente tú. Tiene perfecto conocimiento de mi homosexualidad, le he hecho creer que estoy enamorado de él y se ha convencido de que jamás has dejado de serle fiel y va a luchar por conseguir que lo vuestro no se rompa jamás. Descansa tranquila.

Voz en off., de Eva.- Pero yo estoy enamorada irremediabilmente de ti.

Luís.- Como él lo está de ti.

Voz en off., de Eva.- ¿Y tú?...

Luís.- Me siento como el bufón de esta historia. Mi vida empieza a carecer de futuro y cuando uno es consciente de ello y lo afronta con estoicismo, poco puede importar ni a nadie, qué es lo que mi corazón siente.

Voz en off., de Eva.- ¿Me quieres?...

Luís.- Sí.

Voz en off., de Eva.- ¿Le amas?...

Luís.- No metas el dedo en la llaga, valora que esta noche en lugar de en mis brazos va a caer rendido en los tuyos.

Voz en off., de Eva.- ¿Qué haremos Luís?...

Luís.- Tú, seguir amándome. Él, seguir queriéndote.

Voz en off., de Eva.- ¿Y tú?...

Luís.- ¡Disculpa, no te oigo!! *(Luís voluntariamente ha desconectado el móvil. Se pone un güisqui y saca del bolsillo la pastilla que le ha entregado Enrique para sacrificar a su hipotético perro. La observa y cuando va a tomársela suena de nuevo su móvil, comprueba de quién se trata y atiende la llamada guardándose la pastilla en un bolsillo)*

Luís.- ¿Tú?... Sí, ya estoy solo. ¿Eres consciente de lo que vas a hacer?... ¿Tanto me deseas?... Está bien. ¿Dónde estás? ¡Voy a recogerte! ¿Que estás llegando a la puerta? Las llaves están debajo del felpudo. No, no te preocupes, nunca he tenido perro, no me gustan. ¿Qué me amas?... ¿Yo?... ¡No sé! Amar es un duro ejercicio pero intuyo que irremediabilmente y por ti, la vida me va a dar de nuevo la posibilidad de volver a participar en el “peligroso juego del amor”. *(Luís, toma de un solo trago el güisqui que se*

había servido y espera ansioso la visita. De espaldas a la puerta, detecta por la luz, que ésta se ha abierto. Se da la vuelta)

¡Júnior! ¿Eres tú?...

(Frente a él se halla un joven de diecinueve años que va acercándosele lentamente hasta terminar fundiéndose en un abrazo. Se trata de Júnior, hijo de Eva y Enrique. La luz se atenúa. Luís queda frente al público y Júnior de espaldas a él. Júnior procede a desabrocharle con ternura la camisa dejándole al descubierto el torso que, lentamente comienza a besar hasta llegar a las zonas púdicas, provocándole una eyaculación como consecuencia de la felación que le efectúa arrodillado. Con ternura, Luís levanta lentamente el cuerpo de Júnior y lo abraza con emoción, mientras el escenario queda a oscuras)

TELÓN

DÍA DE VISITA EN EL GERIÁTRICO

-Sainete-

DÍA DE VISITA EN EL GERIÁTRICO

-Sainete-

Personajes: *Ciri. Hijo. Nuera. Nieto. Nieta. Juani. Carmen. Fontanero.*

Iluminación diurna. Decorado: *Representa la terraza de un jardín.*

(Entran en la escena tres mujeres residentes, arregladas para recibir visitas. Cada una lleva su silla de jardín)

Ciri: ¡Qué bien, aún no ha llegado nadie! Nos da tiempo a ensayar un poco.

Juani: No hace falta que ensayemos tanto.

Carmen: Estamos quince días haciéndolo y nos sale de maravilla.

Ciri: Pues yo, la vuelta del final no creas que la tengo muy clara... *(Se levanta y da una vuelta de baile que le sale horrible, provocando la risa de sus amigas)*

Juani: ¡Qué dices, si te sale perfecto!

Ciri: No seas embustera. Hoy no me sale tan bien como otras veces porque estoy nerviosa: van a venir mi hijo y mis nietos.

Carmen: Y tu nuera ¿no viene?...

Ciri: No lo sé ni me importa. Nunca me ha querido. Ni yo tampoco.

Juani: ¡Lo de siempre!

Ciri: Es que fue casarse con mi hijo y pasó de llamarme “mamá” a hacerlo por mi propio nombre.

Juani: ¡No me digas que te llama Ciriaca!

Carmen: Qué valor, porque el nombre se las trae.

Ciri: Por eso he obligado a todos que me llamen Ciri.

Juani: ¡Es más artístico!

Carmen: ¿Qué os parece el nuevo residente?

Juani: Un señor muy apuesto.

Ciri: Y tan interesante.

Juani: No ha hecho migas con nadie, salvo con el administrador, apenas habla.

Ciri: A mí me parece un señor muy educado.

Juani: Si eso no te lo discuto yo, pero me parece un poco altanero, orgulloso,...

Ciri: Más bien culto.

Carmen: Y sensible.

Ciri: En eso tienes razón, el otro día le observé en el jardín, sin querer, y le descubrí llorando leyendo un Dominical en el que venía la foto de una artista muy guapa.

Ciri: Dicen que en su juventud fue amante de una cantante de ópera.

Juani: Debe encontrarse muy solo en este ambiente tan poco adecuado para él.

Ciri: Pues como la mayoría de nosotros.

Juani: Lo que ocurre es que nosotros intentamos distraernos haciendo cosas y él se niega a colaborar.

Carmen: Ni siquiera ha querido darnos alguna idea para el próximo festival de la Residencia.

Juani: ¡No creo que ese señor esté para muchos festivales!

Ciri: En eso tiene razón. A mí me da la impresión de que tiene alguna enfermedad extraña, porque de repente está bien y de repente le cambia el semblante.

Juani: La ATS me dijo el otro día, que es que sufría de dolores de cabeza.

Carmen: Pues mira, es por lo único que estoy contenta de haberme ingresado en esta Residencia; porque yo, hasta que enterré a mis padres, no paraba de dolerme al tenerme que calentar la cabeza para poder atenderles con dignidad y sin dinero.

Juani: ¡Pero ahora llega el fin de mes y no tenemos que preocuparnos nada más que de ir a la Caja a cobrar la pensión!

Carmen: ¡Eso!

Juani: Y encima algunos se quejan.

Ciri: ¡Mujer, es lógico! Las personas siempre estamos insatisfechas por algo.

Juani: Pues yo no me he casado y por eso no estoy insatisfecha.

Carmen: Es que yo creo que por el simple hecho de no casarse no se tiene que estar insatisfecha.

Juani: ¡Claro, porque lo de la insatisfacción depende del marido que te toque!

Ciri: Pues sí, porque a veces o te tocan mucho o te tocan más bien poco.

Juani: No me refería a ese tocar, hija. Me refería al marido que te haya tocado en suerte.

Ciri: ¡Ah! pues si es por la cuestión de la suerte, ahora comprendo que las dos estéis solteras.

Carmen: Pues tienes toda la razón, porque hay un refrán que dice (*señalando a Ciri*) “que la suerte de la fea, (*señalando a Juani y a sí misma*) las guapas la desean”. (*pausa*)

Juani: ¡Hija, es que hay cosas que hasta un ciego vería!

Ciri: Hoy estoy un poco nostálgica. ¡Cuánto me acuerdo de mi casa, cuando estaba llena con mi marido, mi hijo, mis padres...!

Carmen: ¡Pues yo a la mía no volvería, suponiendo que aún la tuviera! Aquí he encontrado por lo menos compañía, y he de reconocer que os tengo por buenas amigas. Además el nuevo residente me cae muy bien.

Juani: Eso es que te has enamorado de él.

Carmen: ¡No, qué va! Lo que ocurre es que es no me negarás que no es un placer poder tratar con un hombre tan interesante. Aquí todo lo que hay ya se sabe, salvo el personal que nos atiende, ninguno está para hinchar globos.

Ciri: Lo quieres disimular, pero a mí no me engañas

Juani: Estás enamorada de ese señor, porque si no, no se comprende que estés tan pendiente de él.

Carmen: Es que hay que reconocer que el señor está,...

Ciri: para dejarse perder.

Juani: ¿El qué?

Carmen: ¡La virginidad!

Ciri: A quien le quede, porque creo que eso es como las plantas, si no se riega, se seca.

Juani: ¡Mira, ya están llegando coches! (*mirando al lateral izquierdo*)

Ciri: ¿Tú no esperas a nadie?

Juani: ¡Para qué! Lo mío es también duro, no creas. Tengo dos

sobrinos. Uno en Torrelodones y el otro en Córdoba y la única que me vive aquí, mi sobrina, no viene nada más que a sablearme. Así que casi prefiero que no venga.

Ciri: Pues tú es que eres tonta. Haz como yo. Cuando mi hijo me empieza hablar de los gastos que tienen en casa me hago la sorda. Al final mi nuera se cabrea y a mí me dejan en paz hasta la próxima. Porque si por ellos fuera me dejaban sin camiseta.

Carmen: Y eso que cobramos setenta y cinco mil de las antiguas pesetas.

Ciri: En bruto.

Juani: En bruto será, pero nadie lo diría.

Carmen: Porque nosotras hay que reconocer que tenemos muy buen gusto, con cualquier cosa que nos pongamos, vamos... que nos parecemos a las del ¡Hola!

Juani: Es que ¿qué tienen algunas de las que salen ahí, que no tengamos nosotras?..

Ciri: ¡Nada, nada! (*se mira a los pechos*) Bueno, algo, algo...

Carmen: Pero si la mayoría los tienen operados.

Ciri: Lo que nos faltaba a nosotras, tenernos que operar los pechos.

Carmen: Pero si los tienes preciosos.

Juani: Pero hija, es que todo cae.

Ciri: Yo a veces me llevo cada susto cuando me ducho.

Juani: ¿Por qué?

Ciri: Porque cuando me voy a enjabonar, chica no están en su sitio.

Carmen: Y ¿dónde están?

Ciri: En las ingles.

Juani: Qué exagerada. (*Ríen*)

Ciri: ¡Ay, qué humor tenemos! Nos estamos riendo hasta de nosotras

Carmen: ¡Ah! pues de mí hoy, no permito que se ría nadie.

Juani: ¡Chica, pues sí que vienes con humos!

Carmen: Estoy que muerdo.

Juani: - como de costumbre –

Ciri: -para no variar- ¿Qué te ha pasado?

Carmen: Pues que he ido a comprarme un pintalabios y he perdido cinco mil pesetas.

Juani: ¡Eso es imposible!

Ciri: Porque las pesetas ya no existen.

Carmen: Eso, eso es lo que me ha dicho la de la droguería: que ya no existían.

Ciri: ¡Que ya no existían no te habrá dicho!

Juani: ¡Te habrán dicho que ya no valían!

Carmen: Eso, que ya no valían.

Juani: Pero es que pareces boba, ¿no te lo ha estado diciendo el PP año y medio en la tele?...

Carmen: Pero es que yo no me acordaba que tenía unos ahorros metidos en un libro muy bonito que me regaló el cura párroco de mi pueblo titulado “Con flores a María” y el otro día, cuando fui a leerlo, me los encontré y mira tú por dónde, ahora ya no valen. Lo mío debe ser de herencia, porque me ha pasado lo mismo que a mi padre.

Ciri: ¿Que qué le pasó?

Carmen: Pues que cuando cayó la República, el dinero que existía dejó de circular y el que tenía guardado en una orza en el campo, cuando fue a sacarlo tampoco le sirvió de nada.

Juani: ¡Pero ahora puedes cambiar el dinero en el Banco de España!

Carmen: ¡Ah! pues entonces, se lo daré a la encargada para que me lo cambie ella, si no le importa.

Juani: No creo que le importe, ésa, con tal de recoger propinas hace lo que haga falta.

Ciri: Pues chica, ya lo tienes resuelto. No tienes que desesperarte. Una propina más o menos, qué más da, el dinero viene y va. ¡Peor, peor fue lo mío!

Carmen: ¿Que fue lo tuyo?...

Ciri: Que me acosté casada y me levanté viuda.

Juani: ¡Huy, pues en eso tienes razón!

Carmen: ¿Tu marido es que murió de un infarto?...

Ciri: No hija, murió ahogado en la cama.

Carmen: ¿Ahogado en la cama?

Ciri: Es que estaba muy gordo y padecía sonambulismo.

Carmen: Y ¿qué paso?...

Ciri: Pues que al levantarse para ir como un fantasma por la casa, debió tropezar con algo y al caer, metió la cabeza en el orinal y con su propio orín, se ahogó.

Juani: ¿Y no pudo levantarse?...

Ciri: ¿Quién mi Antonio, levantarse?... pero si cuando estaba despierto lo único que levantaba era el brazo, pero para comer. ¡Imagínate!

Juani: Hija, pues sí que tuvo mala suerte.

Carmen: Podrías haber oído el golpe.

Ciri: Ese es el remordimiento que me ha quedado, porque si no me hubiera quitado el “sonotone” para dormir, por lo menos algo hubiera oído y quién sabe a lo mejor le hubiera podido salvar.

Juani: ¡Pues no tengas ningún remordimiento!

Carmen: ¡Claro tonta! Si tu marido ha muerto así, es porque lo tenía escrito.

Juani: ¡Claro, como que donde está el cuerpo, está la muerte!

Ciri: Como que yo estoy reprimiéndome.

Juani: ¿A tu edad?...

Ciri: De hacer viajes.

Carmen: ¡Huy, no me lo recuerdes! Yo cada vez que veo en el telediario los autobuses que caen...

Ciri: Hija es que ahí cae de todo.

Carmen: Como son noticias mundiales.

Juani: Pero, si con las nacionales ya tenemos bastantes caídas.

Ciri: A nuestra edad, la que más nos tiene que preocupar es la de la cadera. ¡La caída de la cadera!

Carmen: ¿Es que la cadera se cae?

Juani: Si se te rompe, claro.

Carmen: Lo que me quedaba por saber. Yo creía que se rompía, no que se caía.

Ciri: Mujer, yo tengo entendido que es como lo de la dentadura postiza, que si se te cae se te rompe.

Carmen: Pues a mí eso no me parece normal. Porque si fuera así nos pondrían unos bragueros para que nos la sujetáramos.

Juani: ¡Oye, por qué me miras a mí!

Carmen: ¡Por nada!

Ciri: No seas mal pensada. (*con ironía*) Ella no te estaba mirando la faja con ballenas que te has colocado esta tarde para que el vestido no te estalle...

Juani: (*picada*) Pues no creo que haya sido por eso, ahora que lo dices, porque también podría haberte mirado a ti, que también te has puesto rellenos en el sujetador.

Carmen: ¡Que humor tenéis! Si lo de las ballenas ya se sabe, para

qué sirven, para nada.

Juani: Porque por mucho que quieras disimular, “vas” como ellas, “llena”. (*Ríen*)

Ciri: (*mira a uno de los lados del escenario y exclama*) ¡Hay, mi hijo! ¡Ya está aquí mi hijo, mis nietos y... mi nuera!

(*Entra un matrimonio con sus dos hijos, él de unos diez años y ella de unos ocho*)

Juani: (*con voz baja*) ¡Acompáñame un momento!

Carmen: ¿Adónde?

Juani: Ahí fuera chica. Disimula. Es para que hablen con más libertad.

Carmen: ¡Ah, es que no entendía! Sí, vamos.

(*Salen Juani y Carmen, que quedan escondidas tras los bastidores escuchando la conversación a la vista de los espectadores. Los recién llegados se sientan con desgana, a excepción de los nietos que quedan levantados merodeando todo. La nuera lleva una caja de yemas de Santa Teresa*)

Hijo: (*besa a su madre*) ¿Cómo estás mamá?

Ciri: ¡Hijo, pues como se puede estar en estos sitios! Inapetente.

Hijo: Pero si el Administrador nos ha dicho que comes muy bien.

Ciri: De comer, como, aunque no todo lo que me gustaría. Este azúcar me va a matar.

Nuera: Entonces no sé cómo dice que está “inapetente”, lo que querrá decir más bien, es que está “inoperante”.

Ciri: ¡Gracias a Dios! Eso me faltaba una “operación” a mi edad.

Hijo: ¿Mamá, se ha puesto el “sonotone”?

Ciri: ¡Claro hijo!

Hijo: Y de la cabeza ¿cómo va?...

Ciri: Ahí está. Yo ya no le hago ni caso.

Nuera: Su hijo quiere decirle que cómo va de memoria.

Ciri: No estoy para muchas historias no creas.

Nuera: ¡Ya empezamos! ¡Me exaspera!

Ciri: ¡Yo no exagero! Lo que pasa es que los jóvenes no comprendéis que los mayores siempre tenemos algo.

Hijo: Por cierto mamá, hablando de tener. Perdona que no te haya podido traer el dinero que me prestaste para esta Semana Santa. Es que Dulce-María, quiere que arreglemos este verano la cocina y claro para ello tendremos que apretarnos el cinturón.

Ciri: ¡Claro hijo! Qué me vas a decir a mí.

Nuera: Por cierto, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?...

Hijo: Tan de golpe.

Nuera: Cuanto antes mejor.

Hijo: Pero si no hace ni cinco minutos que hemos llegado...

Nuera: Así no se nos olvida.

Ciri: ¿Qué es lo que me tienes que decir hijo?

Hijo: Pues que,....

Nuera: ¡No, calla! yo se lo diré.

Ciri: ¿Qué es lo que me tienes que decir?

Nuera: Que no estaría de más que, en lugar de que se lo dejara todo en herencia, le adelantara algo para evitar apuros.

Ciri: ¡Hijo, no sabía yo que ahora fumabas puros! La mamá, la mamá te comprará una cajita.

Hijo: Mamá, el “sonotone”, que te falla.

Ciri: ¡Cómo te atreves a decirme eso a mí!

Hijo: Mamá, te he dicho que te falla, no otra cosa. ¿Me oyes?

Ciri: ¡Ah! ya decía yo. Tú siempre has sido muy bien educado por mí; pero claro, las compañías a veces, ya se sabe...

Nuera: Para compañías, las de esas dos que acaban de salir. Parecen dos cacatúas.

Ciri: Pues tú de pájara, tampoco te escapas...

Nuera: ¿Lo ves, lo estás viendo? ¡Tu madre no me traga!

Ciri: Ya te he dicho que estoy inapetente.

Nieto: ¡Abuela! ¿Vas a soltar la pasta o no?

Nieta: Porque los papás nos han hecho una promesa.

Ciri: ¿Una promesa? ¿Cuál?

Nieta: Pues la de que si tú soltabas los tres mil euros que te piensan sacar, nos llevarían a “Terra Mítica” este verano.

Nuera: ¡Cállate niña!

Hijo: ¿Pero qué estás diciendo?... No les hagas caso, es una broma.

Ciri: ¿A sí?... ¡No me digas! ¿Y cuántas pesetas son los tres mil euros de los demonios?

Nieto: Unas quinientas mil pesetas...

Ciri: *(Sorprendida)* ¿Sólo?

Nieta: ¡Venga abuela, no seas roñosa, como dice mamá! ¡Hazlo por nosotros!

Ciri: Por vosotros la abuela haría de todo, menos la tonta, que es lo que pretende vuestra madre que haga. Así que la abuela está

dispuesta a daros el dinero para el viaje, pero con una condición, que sea para vosotros dos únicamente.

Hijo: Pero mamá, no hagas caso a los niños.

Ciri: ¡Calla hijo, si yo lo comprendo! ¡Cómo no lo voy a comprender, casándote con quien te has casado!

Nuera: ¡Oiga señora, no le permito!

Hijo: ¡Contente Dulce-María!

Ciri: ¡Qué bien le cae el nombre, Dulce y encima María!

Nuera: *(le entrega una caja de pastelitos de yemas)* ¡Tome, aquí tiene sus yemas de Santa Teresa!

Ciri: ¡Eso, y así como lo que tengo de sobra es azúcar, la palmo cuanto antes! Pues mira, aunque no te lo creas, te agradezco mucho el detalle, pero yo, el viaje sólo se lo voy a pagar a mis nietos, así que ya te puedes buscar la vida, porque yo no voy a pagaros vicios. Vosotros sois jóvenes y el trabajo da salud.

Nuera: Por eso usted tiene tan poca.

Ciri: Si te parece, para que tú puedas cumplir tus caprichos me pongo a fregar suelos.

Hijo: ¡No hagas caso a mamá! ¿No ves que se le va la cabeza?

Ciri: Sí, pero el bolsillo no se me va a ir. Así que ya lo sabes. Lo que me debes no tienes que devolvérmelo, pero hijo, no pidas más, porque vamos, es que no paráis; cada vez que venís a verme no es para otra cosa que para pedirme dinero.

Nieto: ¡Abuela, es que la vida está muy cara!

Ciri: De eso se trata, de “cara”, que es lo que tienen tus padres: “mucha cara”

Nuera: ¡Yo lo sabía! ¡Lo sabía! Tu madre me odia.

Hijo: ¿Lo ves mamá? has hecho enfadar a mi esposa.

Ciri: ¡No hijo mío, tu esposa ya nació enfadada!

(Salen a escena Juani y Carmen que han estado oyendo entre bastidores toda la conversación)

Juani: ¡Hay, qué estampa más bonita!

Carmen: ¡Qué envidia!

Juani: No te quejarás, rodeada de tu hijo, de tu nuera, de tus nietos.

Ciri: ¿Rodeada?... ¡Asediada, diría yo!

Carmen: ¿No les habremos molestado, verdad?

Nuera: ¡No, en absoluto, nos íbamos a marchar ya!

Nieta: ¿Tan pronto?

Nieto: ¡Jo, que bien! Porque yo aquí me aburro un montón. Entonces abuela ¿cuándo nos vas a dar el dinero para el viaje?

Ciri: Ya os mandaré un giro la semana que viene. No preocuparos. La abuela lo que promete lo cumple y más cuando se trata de sus nietos, que no tienen la culpa de tener los padres que tienen.

Hijo: ¡Disculpen a mi madre! Lo de mi padre le afectó mucho a la cabeza y ya se sabe...

Carmen: ¡No se preocupe! Nosotras ya la conocemos. De vez en cuando dice unas tonterías...

Juani: Si nosotras le contáramos...

Nuera: Pues ya lo harán en otra ocasión, porque se nos va a hacer de noche en la carretera y no queremos que los niños se acuesten tarde, mañana tienen colegio.

Nieto: ¡Un beso abuela! (*gritándole al oído*) ¡Que nos alegramos que estés tan bien!

Nieta: Y tan guapa, aunque la mamá diga lo contrario.

Ciri: Muchos besos hijos míos, que Dios os ampare.

Hijo: (*Con ironía*) Tú lo has dicho, que nos ampare.

Ciri: Y os proteja, porque sois lo único que tengo en la vida, aunque de vez en cuando me la amarguéis un poco.

Nuera: ¡No lo dirá por mí!

Ciri: ¿Por ti hija mía? Cómo puedes pensar semejante cosa, con lo bien que haces honor a tu nombre.

Carmen: Oiga, ¿qué cómo se llama usted?

Nuera: Dulce-María. Me llamo Dulce-María.

Carmen: Pues entonces tiene toda la razón su suegra.

Juani y Carmen: ¡Le va, que ni pintado!

Ciri: Perdonad si no salgo a la puerta a despediros. Hoy me encuentro fatal de la artrosis. Debe de ser el cambio de tiempo.

Nuera: (*con orgullo*) ¡No se moleste Doña Ciriaca, sabemos el camino!

(*Se despiden todos de la abuela y quedan en escena las tres residentes*)

Ciri: ¡Gracias por el capote que me habéis echado!

Carmen: Es que sin querer nos hemos enterado de casi toda la conversación.

Juani: Y como ya estábamos en antecedentes...

Ciri: Para que veáis que no os miento. ¡En fin, vamos a cambiar de tema! Total el dinero se lo voy a enviar a mi hijo pasado mañana

cuando vaya a la Caja. Por mucho que despotriqué, comprendo que a mí me hace menos falta que a ellos y con tal de que mi nuera no le haga más imposible la vida a mi hijo... Y por otro lado mis nietos no tienen culpa, se comportan como se les educa hoy en día: malamente.

Ciri: ¡Mira quién viene!

Juani: ¿Quién?

Carmen: El fontanero.

Fontanero: ¡Buenas tardes!

Ciri: ¿Qué le trae por aquí?...

Fontanero: Es que parece ser que el tubo (*echándose mano al paquete*) de la calefacción tiene problemas.

Carmen: ¿Sólo el tubo de la calefacción? En esta residencia, todo tiene problemas. La calefacción,

Juani: el agua,

Ciri: la luz,

Carmen: la comida,

Juani: la limpieza....

Fontanero: ¡Pues ya me dirán lo que funciona bien en esta casa!

Ciri: ¡Nosotras! ¿No ve qué majas que estamos?

Juani: ¡Como que aún podríamos hacer feliz a algún hombre!

Carmen: ¡Si los hubiera!

Ciri: Todavía quedan. ¡Mira aquí hay uno! (*las tres quedan abstraídas observando la espalda del fontanero, que se encuentra agachado en cuclillas arreglando con la herramienta el radiador*)

Juani: Pero es que a mí así, no me gustan.

Carmen: Es que, ¿qué le pasa a éste?

Juani: Que parece una croqueta.

Ciri: Pues a mí me sabría a “pan bendito”.

Carmen: Todo depende del “hambre” que tenga cada cual.

Juani: Hambre, hambre, lo que se dice hambre, no es que yo tenga mucha, he de reconocerlo, pero “necesidad” sí que tengo, aunque intente disimularlo.

Ciri: (*Dirigiéndose al fontanero*) ¿Oiga, y va a tener para mucho tiempo?

Fontanero: Depende de la envergadura de la reparación. ¿Por qué lo dice?...

Ciri: Porque tenemos que ensayar.

Carmen: Estamos preparando un festival para el día del Patrón.

Fontanero: ¡No tienen pereza!

Ciri: ¡Y para qué la queremos! Luego nos la tenemos que quitar a la fuerza con pastillas.

Fontanero: No me hablen de pastillas. Que mi mujer no para. Menos para el embarazo, se toma de todas.

Ciri: (*observándole con atracción*) ¡Eso está usted hecho, una “pastilla”, pero de las de turrón del blando!

Carmen: (*alucinada por lo que está viendo*) Éste está como para que le metan en la sauna

Juani: (*totalmente absorta*) y no lo saquen hasta que esté hecho un espárrago, que es como me gustan a mí los hombres: tiernos y vuelta y vuelta...

Ciri: (*reacciona*) ¡Me se está ocurriendo una cosa!

Juani: ¡Y a mí, me se está ocurriendo otra...! Y a ti, ¿te se ha ocurrido alguna?

Carmen: ¡También, también me se ha ocurrido!

Ciri: ¡Que podríamos ensayar el baile! Ahora somos cuatro y tenemos a un hombre. (*Se dirige con coquetería al fontanero*) Señor fontanero: ¿usted no nos haría ese honor?

Fontanero: (*se levanta*) ¿Cuál?

Ciri: El de ensayar con nosotras, así somos dos parejas.

Fontanero: Si está en mis manos.

Ciri: ¡Y en sus pies! Así que venga, no lo demoremos más, que ahora mismo nos están llamando para cenar.

Fontanero: Y yo, ¿qué hago?

Ciri: (*dirigiéndose a él emocionada*) ¿Hacer? ¡Nada, usted no haga nada, solamente déjese llevar! (*Ciri abraza al fontanero agarrándole las posaderas y bailan a la vez que lo hacen Juani y Carmen al compás del pasodoble elegido a tal fin. Recomendable “Soy un pobre presidiario” –versión de Antonio Molina-*)

TELÓN

EL ÚLTIMO BAÑO

-Drama en un solo acto-

EL ÚLTIMO BAÑO

-Drama en un solo acto-

Personajes: *Gustavo. Esposa. Criada. Doctor. Voces en off., de niño, niña y madre.*

Decorados: *Un salón clásico compuesto por dos sillones isabelinos, mesa de comedor, dos sillas, velador con teléfono, lámparas repartidas estratégicamente por el salón y al fondo del escenario, un inmenso marco vacío. Representará el entorno, la decadencia del personaje Don Gustavo. Iluminación nocturna. En el lateral derecho del escenario disponer de luz blanca, azul y rosada para iluminar la figura de la esposa, que representa el pasado.*

(El escenario está a oscuras. Se oyen las voces en off., de la madre, el niño y la niña)

Niño: ¿Está templada?

Madre: Sí hijo mío, no quema. Tu madre ya se ha ocupado de que no queme. *(Se oye derramar el agua)*

Niño: ¡Quema!

Madre: No quema Gustavo. ¡Venga, que ya termino! ¿Qué haces? Me estás empapando toda. Pero ¡qué travieso eres! *(Juegan y ríen todos)*

Niño: ¡Échame más agua, por favor!

Madre: ¡Ya está bien cariño! Voy a secarte.

Niña: *(iniciando la pelea con su hermano)* ¡He sido la primera en bañarme!

Niño.- ¡Bueno, pero mañana lo seré yo!

Niña.- ¡No!

Niño.- ¡Sí!

Niña.- ¡No!

Madre.- ¡Bueno, ya está bien! No discutáis más.

(Optativo: La escena se ilumina sólo en el centro derecha del escenario y aparece la madre con los dos niños. Ella está secando al niño con una inmensa sábana blanca y su hija está sentada en suelo envuelta con otra sábana También puede continuar la escena a oscuras y con las voces en off.)

Niño.-Mamá ¿por qué se ha ido la abuela?

Madre.- Cariño, la abuela no se ha ido. Está aquí. Lo que ocurre es que no la podéis ver con los ojos de la cara, la tendréis que ver con los ojos del alma.

Niño.- Mamá y ¿qué es el alma?

Madre.- Ahora no lo entenderías, porque eres muy niño. Cuando crezcas más, ya te lo explicaré. Pero, entretanto, no sufras, que ella, tu abuela, os protegerá y acompañará siempre. ¡Dadme un beso! *(le da un beso al niño y arroja a su hija, en el supuesto de que esta escena se represente físicamente)*

(Se ilumina el centro izquierda del escenario. Aparece en escena en un salón decadente, un hombre sentado en un ajado sillón orejero con una manta cubriéndole las piernas, acompañado de un andador. Lleva una bata gris de felpa y un gorro para evitar el frío. Está leyendo un libro)

Gustavo: (deja de leer y se frota los ojos) ¡En estos instantes me apetecería poder tomarme un güisqui y fumarme un cigarro! No tengo nada agradable que celebrar, salvo que he cumplido ya setenta años y estoy solo en este caserón, que me pesa, como a las momias las pirámides en donde fueron enterradas. En parte, ellas y yo tenemos en común, además de nuestro aspecto físico, el que a mí también me van a enterrar con mis tesoros, los que he ido acumulando durante la vida: mis recuerdos.

Hace frío en esta casa. No sé si lo es por la falta de calefacción o por la debilidad de mi cuerpo, aunque pensándolo bien debe ser por lo último, porque estamos en mayo, a sólo un mes del equinoccio del verano. El verano, los veranos siempre me transportan al aroma del jazmín. Me traen las imágenes de mis padres, de mi hermana, de mis abuelos. Vivíamos en la ciudad,

pero en verano nos trasladábamos al campo donde mi padre poseía una inmensa finca. Yo entonces no sabía qué era ser terrateniente, pero más tarde tomé conciencia de ello, cuando perdimos casi todo, incluso a mi hermana, a consecuencia de la Guerra Civil; pero no quiero desviarme como de costumbre, lo de la Guerra Civil voy a obviarlo, me aburre, prefiero recordar momentos felices de aquel entonces: los baños en la cocina con un barreño, nuestra madre enjabonándonos y enjuagándonos con el agua templada que vertía a cazos sobre nuestros diminutos cuerpos. Mi hermana y yo nos peleábamos, porque los dos queríamos ser los primeros en tenernos que bañar. Es curioso. Luego he seguido bañándome en la ducha, en la piscina, en la bañera, en el mar... pero nunca he vuelto a tener la sensación relajante y purificadora de que disfrutaba cuando era niño. Cierto es que he tomado baños estimulantes, a qué lo voy a negar, pero era otra cosa -deseada y necesaria sí, pero diferente- sobre todo porque al secarnos, nuestra madre lo hacía con tanto amor, con tanta delicadeza... Bueno, me imagino que como todas las madres que estén en su sano juicio.

Ahora que hablo de juicio, la verdad es que pensé que el desahucio tardaría más en llegar, pero lo de la lentitud de la Justicia se ve que se interpreta dependiendo del lado en el que uno se halle: si se teme la Sentencia, como es mi caso, la Justicia es rápida y si se la desea, lenta. Siempre creí en la certeza de los refranes y en este caso, está claro que se confirma aquello de que “el pez gordo se come al chico”. La constructora es el pez gordo y yo, el desahuciado, el pez chico. El chico, con setenta años *(sonríe con ironía)* Eso quisieras tú, volver a ser un chico. ¿Y para qué, suponiendo que ello fuera posible? ¿Para volver a vivir lo vivido?... No, la verdad es que no; porque volvería a caer en los mismos errores y en mi vida he de reconocer, que han debido de ser muchos por cómo me encuentro al final de mi ciclo: solo, sin nadie, a excepción de María, que todavía me es fiel. Los seres, a los que he amado me han decepcionado, abandonándome contra su voluntad unos, o por ejercer la suya, otros. En fin, es ley de vida...

(Entra María en la escena portando un cazo y un plato encima de otro que contiene comida. Lo deposita todo en la mesa del fondo)

Criada: Don Gustavo ¡qué oscuro está todo esto! *(enciende las lámparas)*

Gustavo: Ha caído la tarde y no me he dado cuenta.

Criada: ¡Menos mal, que he llegado yo!

Gustavo: Como de costumbre, en su justo momento, y no como yo que he estado enganchado en el pasado y no me enteré apenas del presente.

Criada: ¡Ya será menos, qué me va a contar usted a mí, que yo no sepa! Usted, siempre se enteró de todo lo que pasaba a su alrededor. Lo que ocurre es que, como inteligente que es, y eso no me lo puede negar, se ha hecho siempre el tonto.

Gustavo: ¿El tonto? Para eso no debí esforzarme mucho, porque no dudo que algo de inteligencia debo de tener aunque sea en grado mínimo, pero de haber sido un poco más listo mejor me habría ido.

Criada: No creo. Ya lo hemos hablado muchas veces ¿O es que no recuerda que, gracias a que usted corrió un tupido velo las cosas no resultaron más escandalosas de lo que podrían haber sido, cuando cogió a la señora en la cama con su cuñado?

Gustavo: Nunca llegué a saber si aquello fue cierto o fueron alucinaciones mías.

Criada: ¿Alucinaciones tuyas? No. Don Gustavo, aquello fue cierto, pero que muy cierto. A mí no me puede engañar. Y encima, la muy digna, le denuncia por malos tratos.

Gustavo: ¡María, nunca me has hablado de aquello!

Criada: ¿Y para qué? si usted, callaba y consentía.

Gustavo: ¿Y qué iba a hacer yo? Cuando las cosas se rompen es mejor recoger los trozos, arrojarlos a la basura y olvidarse. Las cosas recompuestas no dan el servicio que uno desea y mi matrimonio, por mi culpa seguramente, hacía tiempo ya que estaba roto.

Criada: ¡Tiene razón, pero no creo que fuera usted el único culpable! ¿O es que acaso quiere hacerme creer también que fue culpa suya lo de la muerte de su hijo?

Gustavo: ¡No, de eso no fui culpable!

Criada: Pues ella bien que lo creyó y así se lo dio a entender a todo el mundo.

Gustavo: Una madre, cuando pierde a un hijo, pierde parte de su cordura.

Criada: Pero no hasta el punto de dejarle tirado en una silla de ruedas, como un perro, para irse detrás de aquel barítono de tres

al cuarto, que lo único que buscaba de ella era su fama y dinero.

Gustavo: ¿Recuerdas cómo cantaba?

Criada: ¡Eso sí que no lo pongo en duda! Cantaba como los propios ángeles; pero además de esa voz prodigiosa, no le hubiera venido mal haber tenido un poco más de vergüenza.

Gustavo: ¡No hables así de la señora!

Criada: ¿Aún la considera una señora? Lo que es, y que Dios me perdone, es un pendón y disculpe si le ofendo; pero usted sabe que yo siempre he sido muy clara: al pan, pan y al vino, vino. Y hablando del pan y del vino. Le he preparado ya la cena. Van a dar las nueve.

Gustavo: Cuando tú quieras María me la sirves, aunque no tengo demasiado apetito.

Criada: Pues lo que le he preparado estoy segura que no se lo va a dejar en el plato: sopa jardinera y croquetas de jamón.

Gustavo: ¡Cómo me conoces!

(La criada se dirige a poner sobre la bandeja la cena que ha traído)

Criada: ¡Eso podría hacer, después de estar toda la vida a su servicio!

Gustavo: ¿Cuántos años?

Criada: Entré con quince y voy a cumplir cincuenta y uno... Toda la vida. Sólo estuve fuera de esta casa el año y medio que duró mi matrimonio.

Gustavo: Y Aurora, tu hija ¿cuántos años tiene?

Criada: Tiene justo diez menos que cuando me casé yo: veinte.

Gustavo: La verdad es que te casaste madurita.

Criada: Y aun así, de poco me sirvió, porque al año y medio me tuve que separar.

Gustavo: ¡María, aquello se veía venir!

Criada: Pero una, como estaba enamorada, no quería verlo. La historia de siempre: “*Ya le haré cambiar*” y si me descuido el que me cambia es él, pero gracias a los palos que me daba. Así que ahora, cuando veo en televisión todo lo que veo, ni me inmuta. Las presentadoras de los programas hablan muy bien, porque ellas tienen cultura y medios para sobrevivir sin sus maridos; pero las invitadas son las que lo pasan fatal sin medios, cargadas de hijos y viviendo bajo el mismo techo que el verdugo. Menos mal que en eso he de reconocer que yo tuve mucha suerte. A poco le hice

sabedor de mi problema, usted me ofreció su apoyo y nos admitió a mi hija y a mí en esta casa hasta que conseguí coger la portería.

Gustavo: Era lo menos que podía hacer. Siempre te hemos considerado como un miembro más de la familia.

Criada: Cuando más lo pienso más enferma me pongo. Recordar todo lo que ha sido esta casa. Cuánta vida han visto estas paredes y ahora,...

Gustavo: Ahora están asistiendo a la agonía del último superviviente que se resiste en reconocer que todo esto es la consecuencia lógica del final que se acerca. *(El escenario queda por unos instantes completamente a oscuras. Don Gustavo, aprovecha y se quita el gorro y la bata dejando al descubierto el chaleco que lleva debajo; se coloca un collarín en el cuello y vuelve a iluminarse el escenario en el lateral derecho donde aparece estática la figura de la esposa)*

Esposa: ¡El final, se acercará para ti, porque yo no voy a hundirme contigo! ¡No te soporto más! Me recuerdas al pasado y en él está incluido mi hijo. Todavía me pregunto por qué él y no tú.

Gustavo: Porque tengo que pagar mis culpas y él era un ser inocente que no se lo merecía.

Esposa: ¡No soporto más esta situación!

Gustavo: ¿Cuál de ellas? ¿La de mi presencia o la de la muerte de nuestro hijo?

Esposa: ¡La de tu presencia!

Gustavo: ¡Qué bien sigues mintiendo! Ninguna de las dos te perturba tanto, como la de no tener seguridad sobre si tu amante te es fiel o si por el contrario sólo eres un nombre más en la interminable lista de mujeres que lo desean.

Esposa: ¡Te aborrezco! Eres un ser amorfo, gris, sin un átomo de creatividad. Has anulado siempre toda la que emanaba de mí. Me has envidiado como el mendigo envidia al perro que recibe alimentos de su amo.

Gustavo: ¡Te equivocas! Nunca te he envidiado, al contrario, te he admirado y te admiro tanto... como te amo, aunque comprenda que mi amor te resulte tedioso.

Esposa: ¡Además de insufrible, sí!

Gustavo: Haces bien entonces marchándote, tú que puedes.

Esposa: Te dejo en manos de mis abogados todo lo que concierne a nuestra separación. Puedes seguir ocupando este piso sin que

me tengas que abonar cantidad alguna, aunque la propiedad del edificio me pertenezca.

Gustavo: Sí, es cierto. Fue mi regalo de bodas.

Esposa: Que fueron contraídas bajo contrato de separación de bienes, no lo olvides.

Gustavo: ¡No, no lo olvido! Como tampoco olvidaré las palabras que me dijiste la primera noche que dormimos en esta casa: “*Gustavo: me has hecho la mujer más feliz del mundo. No te arrepentirás*”

Esposa: ¿Y acaso crees que no tengo motivos para haberme arrepentido un millón de veces? ¿Qué es lo que me puedes reprochar? ¿Que me voy con el hombre del que estoy enamorada y te dejo postrado en esa silla de ruedas, cuando sólo eres un inválido? Recuerda querido, que nuestro matrimonio no funcionaba ya antes de tu desgraciado accidente.

Gustavo: Sabes que estaba atravesando una crisis económica de la que no pude reponerme.

Esposa: ¡Siempre has sido débil!

Gustavo: ¿Ahora llamas debilidad a lo que siempre calificaste de sensibilidad? Cuántas veces, has acudido a mí en las noches de fracasos artísticos, cuando nadie te apoyaba ni escuchaba y, sin embargo, tú nunca quisiste saber nada de lo que concernía a mi empresa, a mi profesión, que la dejé para erigirme en su representante.

Esposa: ¿Y de qué te hubiera servido? Tu empresa, el negocio familiar que heredaste de tu padre, fue importante hasta que tomaste las riendas a su fallecimiento.

Gustavo: Tienes razón. Descuidé la administración y el control de la empresa, con tal de acompañarte y apoyarte en tus giras europeas y si no recuerdo mal, con tu beneplácito y por tu exigencia.

Esposa: Ya no es hora de reproches. No tenemos nada que nos una. Mi hijo ha muerto. No te lo perdonaré nunca, aunque digas que tú no tuviste la culpa de aquel fatídico accidente; pero con él enterré lo poco que de ti me quedaba y, en Italia, me espera una segunda oportunidad.

Gustavo: No deseo hacerte perder más el tiempo. Todo está hablado, como bien dices. Pero si alguna vez te sintieras sola, recuerda: yo, estaré contigo.

Esposa: Es asombrosa la capacidad de perdón que tienes conmigo. ¿A qué se debe?

Gustavo: ¡Al amor que siempre te he tenido!

(El escenario queda a oscuras, desaparece la figura de la esposa, Don Gustavo se quita el collarín y vuelve a aparecer vestido con la bata y el gorro iniciales. Se ilumina el escenario con la luz anterior. La portera le entrega a Don Gustavo una bandeja con un plato de sopa, un vaso con agua, cuchara y servilleta)

Criada: ¡Aquí tiene la bandeja! Lleve cuidado, no se queme.

Gustavo: Bájate si tienes que hacer algo en casa. Cuando termine lo llevaré a la cocina *(procede a tomarse la sopa)*

Criada: No se preocupe. No tengo nada que hacer *(se sienta detrás de Don Gustavo)*

Gustavo: ¿Ni cenar?

Criada: Antes de subir he tomado un poco de fruta. Para acostarme me tomaré un vaso de leche. No quiero hincharme a cenar. Descanso peor. ¿Qué tal está?

Gustavo: ¡Buenísima, como todo lo que tú haces! Temblando estoy de pensar en la comida que voy a tener que tomar en la Residencia, acostumbrado a tu cocina.

Criada: Eso es algo que no tiene que preocuparle. De vez en cuando, como hay fiambreras de plástico, le llevaré lo que le apetezca.

Gustavo: No pienses que soy un egoísta, pero con que pudieras venir a verme me daría por satisfecho, aunque no me trajeras tus suculentos platos.

Criada: ¿Cómo lo pone en duda?

Gustavo: A veces, uno no es dueño de tomar decisiones y si te vas al pueblo cuando desalojes la portería, la distancia entre nosotros será evidente.

Criada: Pero hay trenes y autobuses que en un periquete te trasladan de un lado a otro sin enterarte.

Gustavo: ¡Ojalá se cumpla tu deseo, que es el mío! María no me apetece tomar más sopa.

Criada: Está bien. *(le retira el plato)*

Gustavo: ¿Volverías a nacer?

Criada: ¿Sabiendo lo que sé? Sí *(le entrega un plato con croquetas)*

Gustavo: ¿Recuerdas? *(coge una croqueta con la mano y se la*

enseña a María) Éste era su plato favorito.

Criada: Es cierto.

Gustavo: ¿Cuántos años tendría mi hijo si viviera, veintinueve?

Criada: ¡Así es!

Gustavo: ¡Cuánto me acuerdo de él!

Criada: Es lógico. ¡Qué guapo era! Perdona, pero sacó la belleza de su esposa y la inteligencia de usted. Se tiraba todo el día estudiando. Habría hecho un carrerón. ¿Se acuerda? Cuando se le preguntaba qué quería ser cuando fuera mayor, siempre decía que bombero o médico. Estoy segura que habría sido lo segundo, de no haber ocurrido el desgraciado accidente.

Gustavo: A veces, si lo pensara uno bien, se daría cuenta de que no vale la pena prever nada, porque la vida ya se encarga de llevarte por donde ella tiene destinado. ¿Crees que tardaré mucho en tener noticias para el ingreso en la Residencia?

Criada: ¡Tranquilo! Ya llegarán *(nerviosa mete su mano en el bolsillo del delantal. Le retira la bandeja)*

Gustavo: La asistente social dijo que las recibiría pronto.

Criada: Pues por el interés que demostró con su caso, no me extrañaría que tardara en recibir las. ¿Se ha tomado las pastillas?

Gustavo: Están en el dormitorio.

Criada: ¡Ay! siempre se le olvida.

Gustavo: Para la mejoría que noto...

Criada: ¡No sea quejica! que de la tensión está muy bien.

Gustavo: Sí, pero los dolores de cabeza, no cesan.

Criada: Eso serán las cervicales. A mí me coge un dolor, aquí en la nuca... Así que de huesos no me hable, que yo estoy molida, aunque comprendo, como muy bien dice usted siempre, que a cada uno le duela lo suyo *(La criada sale de escena que queda a oscuras. Entretanto Don Gustavo se quita la bata y el gorro y aparece con una bata de seda que se hallaba colocada estratégicamente en el respaldo del sillón. Se ilumina el centro derecha del escenario donde aparece la figura de la esposa sentada sobre un sillón y frente a un tocador imaginario, simulando estar maquillándose y eligiendo joyas que extrae de un joyero que hay sobre la mesita que tiene a su derecha)*

Gustavo: *(preparándose un güisqui)* ¿Por qué me dices eso? ¿Pretendes insinuarme acaso, que tu hijo no es mío también?

Esposa: Sí, de eso no tengo la menor duda, aunque las molestias

del embarazado y los dolores del parto los sufrí únicamente yo como madre.

Gustavo: *(Con el vaso de güisqui en la mano se dirige a ella)* Pues perdona que te acuerde que los estados depresivos de nuestro hijo los sufre, en primer lugar él, y en segundo lugar yo.

Esposa: Es lo menos que puedes hacer. No pretenderás que interrumpa mis ensayos por unos simples estados anímicos, propios de la edad.

Gustavo: Eso de simple lo tendrán que decir los doctores cuando nos den los resultados de las pruebas que le han efectuado esta tarde.

Esposa: Y a cuya cita, por cierto, no podré tampoco acudir. Hoy tengo rueda de prensa a las cinco y más tarde, debo asistir a la presentación de un libro de poemas a la que no debo faltar por recomendación de mi empresario, -conviene que me vean los periodistas-

Gustavo: Podrías haber declinado la invitación, por lo menos, para que tu hijo se sintiera más acompañado.

Esposa: ¿No tiene bastante compañía contigo? Pues debe de estar ya acostumbrado y si no lo está deberá de acostumbrarse, porque yo no puedo estar como esas madres pendientes y esclavas de sus hijos. Esa es la servidumbre de tener una madre famosa, aunque a cambio de eso, tenga la posibilidad que cualquier niño desearía.

Gustavo: ¿Cuál?

Esposa: La de obtener todos los caprichos que se le antojen.

Gustavo: Leonora, aunque él no te lo diga nunca, sé que te echa en falta.

Esposa: Eso es lo que tú te imaginas. Pero no son más que elucubraciones tuyas.

Gustavo: Eres cruel conmigo y no me importa, porque estoy acostumbrado. Lo que no entenderé nunca es que seas tan fría y distante con tu hijo.

Esposa: ¡Yo no pedí que viniera!

Gustavo: Leonora ¡Esas cosas casi nunca se piden! ¡Suelen llegar como consecuencia del amor existente entre una pareja!

Esposa: Recuerda que fue más por empeño tuyo que por mi deseo. Ya te adelanté que sólo abandonaría mi carrera el tiempo que tardara en recuperar mi voz.

Gustavo: Evidentemente esa fue la condición que me impusiste

para permitir embarazarte, pero siempre supuse que cambiarías de opinión cuando tuvieras en tus brazos al hijo, fruto de nuestro amor.

Esposa: *(Ríe a carcajadas de forma sarcástica)* Hablas como en las operetas y si pensaste eso, te equivocaste, como habrás comprobado. Yo no soy una perdedora. Yo nací para la ópera y aún me quedan muchos días de gloria. No voy a echarlos por la borda querido, eso sólo lo hacen los fracasados como tú *(escenario a oscuras. Don Gustavo se pone de nuevo la bata gris y el gorro inicial. Desaparece de escena la esposa y continúa luz ambiental en el escenario)*

Gustavo: ¿En qué crees que me he podido equivocar para hallarme en la situación en la que me encuentro?

Criada: ¿Usted señor, equivocarse usted?... en nada. Usted siempre ha actuado llevado del amor a su esposa y a su hijo. Ha sido la vida la que se ha equivocado de víctima, porque eso ha sido usted: una víctima en manos del destino. Pero tampoco hay por qué amargarse, estas cosas suelen pasar, lo que fastidia es que normalmente les pasan a las buenas gentes, porque a los que tienen malas entrañas, parece que les va todo de maravilla.

Gustavo: No estás siendo objetiva. Yo no soy perfecto.

Criada: Ni yo he dicho que lo sea. Yo lo que le dicho es que usted es tonto, de tan bueno.

Gustavo: Perdona María, voy a tomarme la medicación. La cabeza vuelve a doler sin compasión. *(Se la toma)*

Criada: Si lo que quiere es que cambiemos de conversación, por mí, no tiene que poner ningún pretexto. Me callo y se acabó. Tampoco soy quién para reprocharle nada.

Gustavo: ¿Qué no eres quién? María, eres la única persona que no me ha abandonado a pesar de todo.

Criada: Ni crea que lo voy a hacer cuando ingrese en la Residencia. No se va a escapar de mis garras tan fácilmente. Pues eso podía hacer, abandonarle ahora que ya hemos madurado. ¡Ni hablar! Además tampoco crea que me va a resultar un sacrificio. Mi hija está estudiando fuera. Estoy divorciada. Me va a venir muy cuesta arriba cuando tenga que abandonar la portería, encontrarme sola entre las cuatro paredes de mi casa, y si no fuera por el respeto que le tengo, le reprocharía que no haya querido venir a vivir conmigo y haya preferido solicitar el ingreso en una Residencia.

Gustavo: María, te lo he explicado un millón de veces. No debo aprovecharme más de ti, bastante has hecho ya conmigo. Tú también necesitas descansar, disfrutar de lo que aún te queda por vivir y yo, con mi economía, lo mejor que puedo hacer es irme a donde sé que me debo ir. Lo malo de esto es que están tardando mucho en contestarme y eso es algo que me desespera. Mañana sin falta tendré que volver a llamar a la asistente social, no vayan a haber traspapelado mi solicitud.

Criada: No Don Gustavo, no hará falta que mañana llame usted a ningún sitio (*extrae del bolsillo de su delantal la carta que escondía*)

Gustavo: ¡Sí, por supuesto, no me cuesta ningún trabajo!

Criada: Perdona que haya tenido este mal pensamiento.

Gustavo: ¿Cuál?

Criada: Esta mañana el cartero dejó una carta certificada para usted con acuse de recibo, que firmé yo por orden, y mucho me temo que es lo que está esperando. (*se la entrega*) ¡Tome Don Gustavo, ábrala!

(*Abre el sobre con nerviosismo, lee el contenido de la carta y emocionado se dirige a María que está a sus espaldas*)

Gustavo: ¡Por fin, María! Ha llegado. Me esperan en el plazo máximo de quince días en la Residencia solicitada. Me han concedido la plaza.

Criada: ¡Ay mi señor!

Gustavo: María, de tu señor ya no queda nada. Es decir, sí, todavía queda algo.

Criada: ¡Claro que sí! Cómo no va a quedar.

Gustavo: Queda lo que tu mente y la mía recuerden. María, no te aflijas. Es lo mejor.

Criada: (*Llorando apenada*) ¡Pero me duele tanto, señor! (*posa su mano con ternura sobre el hombro de Don Gustavo*)

Gustavo: (*coge con cariño la mano de María*) Soy consciente, pero debes de ser fuerte como siempre y, en estos instantes, mucho más. Tu fuerza hará que las mías no me fallen. (*escena a oscuras. Entretanto Don Gustavo se quita la bata y el gorro y queda con el chaleco. Al instante se ilumina el centro derecha del escenario donde aparece la esposa. Don Gustavo de pie con el andador se dirige a su esposa*)

Gustavo: ¿Has venido sólo por eso? ¿Tan mal te ha ido?...

Esposa: No puedo negarte que sí. He tenido que vender casi todas mis posesiones y la Bolsa me ha jugado una mala pasada. Sólo me quedan este edificio y el apartamento en el que vivo.

Gustavo: ¿En el que vives?...

Esposa: Sí, efectivamente. En el que vivo sola desde que él me abandonó.

Gustavo: ¿Qué me dices?...

Esposa: Lo hizo por una mujer de veinte años, que le había dado lo que yo no le pude dar: un hijo.

Gustavo: Debes de haber sufrido mucho.

Esposa: (*con altanería*) No quiero que te compadezcas de mí. En esta vida todo tiene un principio y un final y no creo que seas tú la persona más indicada para sentir compasión.

Gustavo: No, es cierto. No te compadezco. Quizá otra persona en mi lugar hasta se alegrara de la situación por la que estás atravesando, pero qué quieres, uno cuando nace o nace listo o nace tonto como yo, y yo, tonta, absurda e imbécilmente te sigo queriendo y me duele ver que te encuentras tan sola como yo.

Esposa: Te repito que no quiero tu compasión ni tu amor. He venido a llevarme los grabados de Picasso y el dibujo de Sorolla. Con la subasta de ellos espero poder seguir viviendo con dignidad en mi apartamento parisino. Mi vida social ya no es lo que era y mis necesidades son mínimas comparadas con las de antes de que perdiera la voz. Ahí, ahí fue cuando me di cuenta de que todo era falso, ruin. Pasé de ser una diosa a ser una persona de la que había que apartarse. El triunfo me había abandonado y otra lo había conseguido.

Gustavo: (*arrobado de amor e intentando potenciar el ego de su esposa*) Pero todavía puedes cosechar grandes triunfos. Puedes publicar tus memorias, hacer apariciones públicas, conceder entrevistas, tienes una vida intensa como muy pocos seres pueden llegar a conseguir. Todo ello puede ayudarte a sobreponerte y quién sabe, aún puedes hacer mucho bien a las personas, que como a ti, la vida les ha jugado una mala pasada. Eres un mito y debes potenciarlo. La gente aún te admira. Desea conocer más de ti. Eres un ejemplo a seguir para las generaciones que te sucedan...

Esposa: (*despóticamente*) ¡Gustavo te he engañado! Voy a vender este edificio Si no lo hago me embargarán el apartamento en el que vivo yo. Te verás obligado a abandonar esta casa. Siento que

tenga que ser así pero no tengo otra solución. Puedo hacer que te envíen una cantidad mensual para cubrir tus gastos. Con sólo decirme el número de cuenta, mis administradores te lo harán llegar. No quiero que el padre de mi hijo se encuentre al final de sus días viviendo de la mendicidad, sin techo alguno.

Gustavo: (*hundido*) Te honra tal gesto. Pero, la dignidad es lo único que me queda y no la voy a perder por unas monedas. No te ocupes de mí. Vende lo que tengas que vender, que yo, ya me las arreglaré. Ahora lo más importante es que tú salgas de ese bache en el que te encuentras que yo, del pozo en el que me hallo, saldré como pueda, no te preocupes, todo tiene solución. Estoy satisfecho de haberte podido ver, aunque sea por última vez. Sigues estando bella. Mantienes esa arrogancia que te hizo digna de ser considerada “La Cleopatra de la ópera”; pero hay cierto abatimiento en tu mirada que debes descartar. Como muy bien dices, todo tiene un principio y un final y lo tuyo ha sido el fin de una etapa negativa y el principio de otra que deseo esté repleta de momentos de equilibrada armonía.

Esposa: (*se derrumba*) ¡Tengo miedo!

Gustavo: (*amorosamente*) ¿A qué?...

Esposa: A la vejez, a la soledad, a la muerte.

Gustavo: No tienes por qué. Todo eso viene a su debido momento, sin que tú lo provoques ni desees; pero lo es con tal lentitud, que a penas te percatas. Tú, no serás nunca vieja, mi corazón te verá siempre joven como te conocí y te amé. La soledad se hará amiga tuya y sólo provocará que broten en ti los recuerdos amables de la vida para que todo te sea más llevadero, y en cuanto a la muerte, tú nunca morirás, eres, serás inmortal. (*Va degradándose la iluminación hasta quedar a oscuras en la última palabra*) ¡Recuerda, querida, nadie, ni los dioses del Olimpo, podrán superar esa voz, que mantiene vivo el recuerdo de mi amor por ti! (*escenario a oscuras. Se vuelve a iluminar el centro derecha del escenario. En él aparece la criada frente a un doctor*)

Criada: He venido antes de que comiencen a llegar las visitas con el fin de poder hablar con usted sin que Don Gustavo se entere. Me alarmó mucho lo que me dijo por teléfono.

Doctor: Le han estado efectuando las pruebas pertinentes y extraoficialmente el equipo médico, nos ha hecho saber que la cosa es muy grave. Tiene un tumor cerebral con metástasis en

estado muy avanzado e inoperable. Le pueden quedar días, como mucho, algunas semanas.

Criada: (*llorando*) ¡Algo malo me temía, pero no tan cruel, tan rápido! A mi señor siempre le dolió mucho la cabeza; pero siempre lo achacábamos a las cervicales, a su accidente. Lo último que me podía imaginar era que iba a desembocar en esto. ¿Sufrirá mucho?

Doctor: Nunca se sabe. Aunque lo más deseable sería que no se llegara a dar cuenta. El signo más inmediato será la pérdida de visión.

Criada: ¿Quiere decir que se quedará ciego mi señor?

Doctor: Esa será la señal de que el final está cerca y lo que le quede a partir de ahí será muy duro. Los especialistas que le van a seguir tratando, creen que sería conveniente que se le dijera la verdad y se le ingresara en el Hospital para seguir el tratamiento más adecuado hasta que se creyera oportuno.

Criada: ¿Ingresarlo en el Hospital? No lo permitiría yo. Don Gustavo es mucho más que un señor para mí, es como un hermano, un padre, un ser muy especial y yo aún me siento con fuerzas para atenderle hasta sus últimos días. Es lo único que está en mis manos y lo pienso defender a capa y espada. Para ello, me gustaría contar con la colaboración de usted, que sé de su humanidad. Don Gustavo no debe saber el resultado de las pruebas que se le han efectuado. Yo haré que pueda volver a su hogar para que todo le resulte lo más agradable posible. Buscaré influencias para que paralicen lo del desahucio hasta que ocurra lo inevitable.

Doctor: Por nuestra parte y sabiendo lo que representa usted en la vida de Don Gustavo, estamos dispuestos a colaborar y a dejar en sus manos el resultado de las pruebas realizadas. La medicación que se le va a empezar a suministrar, antes de que acudan los primeros síntomas, es muy fuerte y peligrosa, deberá suministrarse con rigor. Una sobredosis podría tener consecuencias funestas.

Criada: ¿Más todavía?...

Doctor: Podría provocarle un paro cardíaco. En cuanto al traslado, es algo muy personal en lo que nosotros no podemos ni debemos intervenir. La apoyaremos en la decisión que usted adopte.

Criada: Muchas gracias doctor. Se lo agradezco mucho y ahora, si no le importa, voy a su habitación, quiero darle un paseo por el jardín, el verano es la época del año que más le gusta a mi señor. Ya le iré preparando para el traslado. Ya se me ocurrirá

algo. Repito doctor, muchas gracias por todo. Buenas tardes.

Doctor: Hasta que usted quiera. Estamos a su disposición. *(La escena queda a oscuras y se vuelve a iluminar con luz ambiente. Don Gustavo se halla sentado en un sillón con el andador al lado. Lleva puesto un pijama blanco de seda. La criada cose a su lado)*

Gustavo: María, qué bien me encuentro. De nuevo en casa. Aunque siempre te lo he negado, ahora reconozco que tenías razón: no me he habituado a la Residencia, en el poco tiempo que he estado. Hasta los dolores de cabeza parece que allí eran más insoportables.

Criada: Ha sido una suerte que hayan paralizado la demolición. Lo que menos se podía imaginar la Promotora era, que el Ayuntamiento reconsiderara la necesidad de respetar la fachada y la altura del edificio, algo con lo que no contaban los especuladores. Ahora tendrán que replantárselo de otra forma, porque el Abogado de oficio dice que ese dato es muy importante para el planteamiento del desahucio, puede retrasarse o quién sabe...

Gustavo: Lo que me extraña es que no me hayan notificado nada oficialmente.

Criada: ¡Para eso fui yo! De algo me tenía que servir ser portera y haber conocido a gente importante en esta casa. Alguno de sus descendientes hoy en día tienen puestos influyentes en la política y siempre se ha dicho que “al que no tiene padrinos no se le bautiza”

Gustavo: No pienso llevarte la contraria, aunque también esté asombrado de que en la Residencia me hayan dado la posibilidad de poder volver en cuanto cambie de parecer, a pesar de haber renunciado a la plaza.

Criada: Señor, usted no es una persona vulgar y de eso se han dado cuenta enseguida. ¿Cómo no van a respetar el que usted haya querido regresar a su casa y que le hayan dado, encima, la oportunidad de poder volver a la Residencia en cuanto lo necesite?...

Gustavo: Por cierto no tenemos noticias de las pruebas que me han estado realizando.

Criada: No se preocupe, que ya se las mandarán.

Gustavo: Pero hace más de un mes que me las efectuaron.

Criada: ¡Mejor que mejor! Eso quiere decir que no tiene nada importante. Porque si lo fuera se lo habrían comunicado

inmediatamente.

Gustavo: Puede que tengas razón.

Criada: ¿Qué pasa, que ahora con la edad se va a hacer desconfiado?

Gustavo: ¡Perdona si te ha molestado el que dudara! No lo he hecho con mala intención; pero es que comprenderás que, en tal sólo dos meses las cosas hayan mejorado tanto, parezca cosa de un milagro.

Criada: Usted puede llamarlo como quiera, pero tampoco es para alarmarse, en la vida hay “rachas malas” y “rachas buenas” y ahora seguramente a usted le va a tocar la buena.

Gustavo: Podrías encender la lámpara, aunque tengamos que economizar no hay necesidad de estar a oscuras.

(La criada se da cuenta de que el señor no percibe la luz, dado que la lámpara está encendida. Se dirige a ella encendiendo y apagando repetidamente la lámpara para ver si su señor se percata. Éste queda impasible)

Criada: Disculpe, hablando con usted, no me he acordado de que tenía que comprar bombillas, porque ésta se hallaba fundida.

Gustavo: Bueno, no te preocupes, mañana si Dios quiere las comprarás, hoy no hace falta que bajes por esa tontería.

Criada: *(disimulando su nerviosismo)* ¡Descuide, que así será! ¿Qué le apetece cenar hoy?

Gustavo: No tengo mucho apetito que digamos.

Criada: Pues los médicos le han recomendado comer poco, pero a menudo. Ya sabe que la medicación es muy fuerte y tiene que sobrealimentarse.

Gustavo: Puedes prepararme lo que menos trabajo te dé. Aunque con un vaso de leche tendría suficiente. No pongas mala cara, te prometo que mañana comeré más. Te lo prometo.

Criada: *(intentando evitar el llanto)* Está bien. Pues se la subo en un periquete. Se la he preparado con azúcar, canela y limón. Como sé que le gusta. La subo enseguida. No tardo nada.

Gustavo.- ¡Está bien! Pero no hace falta que corras tanto, no tengo prisa.

Criada.- Subo enseguida.

Gustavo.- No te preocupes, que no pienso escaparme.

(La criada sale de escena y al instante suena el teléfono. Don Gustavo con el andador y con dificultad se dirige a atender la

llamada)

Gustavo: ¡Sí, dígame! ¿Quién dice que llama?... ¡Leonora! (*toma asiento*) Qué sorpresa. ¿A qué se debe tu llamada? ¿Ocurre algo? ¿Yo? Bien, estoy bien, con mis dolores de cabeza de siempre. ¿Cómo? Sí, María me lo ha comentado. Ha conseguido paralizar la demolición del edificio y consecuentemente mi desahucio. ¿Que por qué te miento?... No entiendo. ¿Qué quieres decir?... No necesito nada. Estoy bien. ¿Que no me preocupe por lo del desahucio, que todo está resuelto?... Pero, yo creía... ¿O sea, que la Promotora te ha concedido el favor de no demoler el edificio hasta que yo no mejore?... ¿De qué Leonora, de qué tengo que mejorar?... No soy orgulloso, te lo juro. No te estoy mintiendo. Yo, me encuentro bien. ¿Qué es lo que me estás queriendo decir?... ¿Qué sea fuerte? ¿Qué cuenta contigo?... ¿Tan grave es para que se haya despertado en ti ese sentimiento caritativo?... ¿Que los tumores cerebrales hoy en día desaparecen con un tratamiento adecuado como el que me estarán dando a mí?... (*se esfuerza en no demostrar su dolor por lo cruel de la noticia recibida*) Leonora: gracias. No esperaba este gesto tuyo. ¡Sí, no te lo puedo negar! Me están tratando con radioterapia como dices tú y efectivamente los médicos me han dicho que tengo muchas posibilidades de salir de ésta, que si no fuera así, ni se molestarían, con unas simples pastillas para cubrir el expediente habría sido suficiente (*observa el tubo que hay en la mesita del teléfono*) ¡Lo estoy llevando bastante bien, pero perdona Leonora, tengo que colgar, están llamando a la puerta! Sí, cuando tú quieras y gracias, gracias por todo; al final me has demostrado que aún queda en ti algo de lo que hizo que te amara como te siempre te amé ¡Leonora, hasta pronto! (*observando el auricular se dirige a él diciendo:*) Leonora, mi Leonora. (*Cuelga el teléfono y se hunde en el sillón compungido. Al instante entra María con un vaso de leche preparada*)

Criada: Don Gustavo, qué le ocurre, le ha cambiado el semblante: ¿otra vez con los fantasmas de siempre?..

Gustavo: (*reacciona y con aparente equilibrio*) La señora acaba de llamar y me lo ha contado todo, lo sé todo y acabo de descubrir que tengo un ángel que me está protegiendo y que ese ángel tiene nombre y apellidos y a él le quiero pedir que no permita que sufra más de lo debido, que no me abandone, pase lo que pase y que me deje abandonar esta vida. Extenderé una nota

que será encontrada en mi escritorio para que el Juez te exima de responsabilidad alguna.

Criada: (*dolorosamente emocionada*) Así se lo prometo, señor. María, estará aquí a su lado para respetar su voluntad.

Gustavo: ¿Harás eso por mí, María? ¿Tanto me quieres?

Criada: ¡Tanto como usted se ha merecido que le quieran!

Gustavo: María, si antes de morir, me pudieran conceder un último deseo, ¿sabes cuál sería?..

Criada: (*con entereza*) ¡Dígame señor! ¿Cuál sería su último deseo?, suponiendo que,...

Gustavo: El que me dieran un baño; pero como cuando era niño, para purificar mi cuerpo. Mi madre colocaba en medio de la cocina un barreño y nos echaba el agua templada con un cazo, cubriéndonos con una sábana para secarnos.

Criada: (*sobreponiéndose a la situación*) ¡Huy! Eso es algo que por fortuna está también en mis manos y no pienso negárselo. Enseguida lo preparo todo. El calentador de gas ya funciona.

Gustavo: (*irónicamente*) ¡Qué suerte! ¿Verdad?

Criada: (*con aparente desenfado*) Estará dispuesto todo en un periquete. Voy a darle ese gusto; pero antes debe tomarse el vaso de leche preparada, le hará bien. (*La criada se dirige a la cocina mientras él, sobre la mesita donde se halla el teléfono, escribe una nota hablando en voz alta*)

Gustavo: “A las autoridades pertinentes: La presente es para hacer constar que, en pleno uso de mis facultades físicas e intelectuales, he decidido abandonar esta vida por voluntad propia ingiriendo una sobredosis de medicamento. (*firma y rubrica*) Gustavo Manrique. (*Pliega la carta y se toma con el vaso de leche todas las pastillas que contiene el tubo que hay sobre la mesita del teléfono y que le fueron prescritas para su dolencia. Se dirige con el andador hacia la cocina quedando el escenario a oscuras. Se oyen las voces de Don Gustavo y la criada*)

Gustavo.- ¿Está templada?

Criada.- Sí, Don Gustavo. María se ha encargado de que no queme (*se oye derramar agua*)

Gustavo.- ¡Quema!

Criada.- ¡No quema, Don Gustavo, está templada!

Gustavo.- ¡Está bien, no voy a discutir contigo! (*Continúa oyéndose derramar el agua*)

Criada.- ¡Ya está Don Gustavo! Tome la sábana, cúbrase, no vaya a enfriarse.

(Se ilumina el lateral derecho del escenario. Al instante sale Don Gustavo cubierto con una inmensa sábana blanca y sentado en un sillón de ruedas que empuja la criada. Se paran en el lateral derecho del escenario. La criada con la inmensa sábana, seca a Don Gustavo con dolor y ternura)

Gustavo: *(quedamente)* María: una vez, de niño, cuando mi madre me estaba bañando como lo acabas de hacer tú ahora, le hice una pregunta que quedó sin respuesta alguna.

Criada: ¿Sí, mi señor? ¿Recuerda cuál fue?...

Gustavo: ¡Cómo no! Le pregunté que qué era el alma.

Criada: Y ¿qué le contestó ella?

Gustavo: Que era todavía muy niño, que cuando me hiciera mayor ya me lo explicaría; pero desgraciadamente se fue sin poder darme la respuesta. Hasta hoy, hasta hoy no lo he llegado a entender y ha sido en este preciso instante cuando lo he descubierto, en “mi último baño”.

Criada: ¿Y qué es el alma, usted que lo ha descubierto?...

Gustavo: El alma, es lo que estimula en los seres vivos, que cuando las personas desaparecen, su recuerdo quede en el sentimiento amoroso de los que les han amado, como sé que me has amado tú. *(se le acelera la respiración)* ¡María ya no te veo! *(angustiado)*

Criada: ¡Señor, mi señor, no tema! ¡Yo estoy aquí! *(acoge la cabeza de Don Gustavo y la deposita sobre su pecho)*

Gustavo: ¡María qué oscuro está todo María! *(agónicamente)*
¡Tengo miedo María!

Criada: ¡María está aquí a su lado! ¡Abrácese a mí, mi señor!
¡No tema!

(Don Gustavo respira con dificultad, la criada sabe que está agonizando y contiene su dolor hasta que Don Gustavo expira con los ojos abiertos y da rienda suelta a su llanto)

Criada: ¡Señor! ¡Mi señor! ¡Ay mi señor! *(ella, con lentitud cierra los ojos de Don Gustavo y besa su frente)*

Criada: *(clamando al cielo)* ¡Señor, acoge a mi señor! *(abraza y mece el cuerpo de Don Gustavo con toda la piedad del mundo hasta que la escena queda a oscuras)*

TELÓN

EL SONETO

-Drama en dos tiempos-

EL SONETO

-Drama en dos tiempos-

Personajes: *Matilde (Ella), Jaime (Él), Carnicera y Matilde (hija)*

Decorado: *Una destartalada habitación con alfombra, cocina y bombona de gas, dos sillones, dos mesitas, perchero con ropa colgada, una cheslón y al fondo dos puertas altas, con cristales rotos. En la estancia se almacena cajas de cartón, libros, un tocadiscos, dos lámparas de pie, un atril, etc. Iluminación: Nocturna en tonos verdes, azules y blanco para dar la sensación de soledad y vacío.*

PRIMER TIEMPO

(Entran en escena Matilde y Jaime. Él, con gabardina, paraguas, violín, chaqueta, bufanda, etc., y ella, con abrigo de astracán, bolso, guantes, tacones, etc. La ropa, de calidad, está un poco ajada por el uso y al margen de los dictados de la moda. Cada uno enciende las lámparas de la habitación iluminando la escena y después de despojarse de la gabardina y abrigo, ella toma asiento en uno de los sillones, mientras que él repasa las cuerdas del violín y saca las partituras que coloca sobre el atril)

Ella.- ¡Estoy agotada! Cada vez se me hace más insufrible el asistir a esta clase de acontecimientos. No hacen más que hablar y hablar y no se entera nadie de lo que dicen.

Él. – Es lógico. Ten en cuenta que se trataba de un acto cultural.

Ella. -¡Ya! Pero no tienen nada que ver con los de antes.

Él. – Son lo mismo. Los que hemos cambiado hemos sido nosotros.

Ella. – ¡Gracias por recordármelo! aunque viendo toda la silicona que he tenido que ver esta tarde, es imposible que se me olvide que el tiempo ha transcurrido y de qué forma, ¡a galope! ¿Te has dado cuenta cómo sigue engordando la esposa del Alcalde?...

Él. – Seis años de mandato dan para eso y mucho más.

Ella. – *(coquetamente)* Menos mal que todavía conservo parte de esa silueta que a ti siempre tanto te gustó.

Él. – Y me sigue gustando.

Ella. – No seas zalamero. Esta noche no has podido evitar el quitarle el ojo a las camareras que nos sirvieron que, por cierto, era lo único joven que había allí, además de algún que otro camarero.

Él. – Que también habrás estado observando tú. ¿No es cierto?

Ella. - ¡Ay, querido! La vista es lo único que nos alimenta a estas edades. Puede transportarte al pasado y aunque no tengas acceso a esas carnes prietas, recuerdas las que degustaste en tu juventud. Porque, no sé si a ti te ocurrirá lo mismo, pero yo he de reconocer que todo lo que me está prohibido o me es inalcanzable, parece que más te apetece poder saborearlo.

Él. – ¡No, a mí no me ha ocurrido!

Ella. – ¡Embustero! Además de embustero, eres un cínico. ¿O acaso crees que no sé por qué estás todavía conmigo?

Él. – Porque sigues siendo para mí, la única mujer en el mundo.

Ella. – ¡Y que no me entere yo de lo contrario!

Él. – Controla esos celos, no empecemos.

Ella. – No querido, tienes razón, no vamos a empezar. Está todo perfectamente claro y asumido. Lo nuestro fue un contrato. Verbal, pero un contrato.

Él. – ¿Y acaso menos válido para amarse, que los que se suelen firmar?... *(Se acerca para darle un beso en su mano)*

Ella. - ¡Como de costumbre, siempre ganas!

Él.- ¿Te sirvo una copa?

Ella. – ¡Si, por favor!

Él. – ¿Martini, cubalibre, gin-tonic, güisqui?...

Ella. – Güisqui, para no variar. En mi actual estado no hay variación alguna. Un día, transcurre previamente al otro igual que el que espera por llegar. Es lo que la gente vulgar desea obtener toda su vida y que los que hemos vivido con intensidad como

nosotros, tanto aborrecemos.

(Le entrega el vaso de plástico y se lo llena con el vino de un tetrabik)

Él. – ¡Toma!

Ella - ¡Gracias!

(Brindan. Él se acuesta boca arriba en la cheslón)

Ella. – Esta noche estás especialmente sexy. *(Se acerca a él sinuosamente)*

Él. - ¡Gracias, querida! Pero, soy consciente de mis decrepitudes. Ya no tengo la apostura que tanto te enloquecía tiempo atrás.

Ella. – Siempre conservarás para mí esos jugosos labios que tanta sed calmaron en mi vida *(sentándose en la cheslón se besan y funden en un abrazo)*

Él. – ¡Fuimos valientes!

Ella. – Para aquella época, ya lo creo.

El. – Te enfrentaste a tu marido cuando descubrió que le engañabas.

Ella. – ¡No querido! cuando descubrió que, a pesar de todo, preferí perder lo que él me daba, a dejar de sentirme en tus brazos como una flor que era deshojada cada noche de pasión incontrolada.

Él. – Yo, tuve que sacrificar poco, mi matrimonio con aquella camarera ya estaba roto y nada tenía que perder. No era nada, ni nadie.

Ella. – Pero tenías todo lo que una mujer como yo necesitaba: la experiencia de la vida y el atropello de tu mediterránea belleza. Tu pelo no era negro, era azul como la noche.

Él. – Tu cintura, junco.

Ella. – *(se levanta)* No sé cómo pude soportar desde los veinte años el peso de la barriga de aquel hombre, que creía que con su dinero podía comprarlo todo.

Él. – ¿Nunca tuviste la impresión de que te estabas vendiendo?

Ella. – Nunca. Fue un intercambio: su fortuna, por mi belleza.

Él. – Yo, a veces, sí he llegado a pensar que estaba viviendo de tí. Sobre todo desde que dejé de ejercer mi profesión por culpa de aquella puntada de embolia.

Ella. – Tú nunca has vivido de mí, porque yo sin ti no habría podido soportar la existencia. Es extraño: una mujer de mundo como yo, admirada y asediada por grandes fortunas, vengo a enamorarme locamente de...

Él. - un simple músico de orquesta.

Ella. – Que tenía y conserva la sonrisa más cautivadora que yo había visto jamás. Recuerdo que te encontré una mañana saliendo de la piscina del hotel donde nos hospedábamos en Cannes y, sin querer, tropezamos. Te sentiste contrariado y yo con el dominio y seguridad que da el ser poseedora de una gran fortuna, te miré descaradamente diciéndote que no hacía falta que te disculparas, que estaba encantada de haber tenido ese tropiezo y que confiaba poder volver a verte durante mi estancia en aquel hotel.

Él. – Yo te contesté que trabajaba en la orquesta y que fuera del horario de las actuaciones no tendría inconveniente en volverte a saludar.

Ella. – Estabas moreno de sol, con una camisa blanca a medio abrochar y un pantalón ceñido color barquillo, que marcaba la parte más sexual que para mí tiene un hombre *(dibuja con ambas manos unas nalgas)*

Él. – Yo no tuve tiempo de fijarme en tí. Estaba aturdido. Para mí, que una señora se me dirigiera, como lo estabas haciendo, era algo inesperado y novedoso y mucho más tratándose de una mujer acaudala.

Ella. - ¡Ay, querido! Nunca la vida nos da todo por completo. A tí la naturaleza te había dotado de algo que no se compra ni se vende y yo tenía todo el dinero del mundo para poderlo saborear.

Él. – ¿Y eso fue lo que hiciste conmigo, saborearme?

Ella. – Al principio así lo creí.

Él. - ¡Ay, pillina!

Ella. - Pensé que de algo tenía que servirme todo el sacrificio que estaba sufrido al lado de aquel hombre grasiento que había hecho su fortuna a base de traficar con armas. Yo, era una señorita que había sido educada en un orfanato con estrictas reglas morales que de poco me sirvieron, indefensa, que tuvo una hija estando soltera con un señorito bien, cuya familia me amenazaba en querer robarme a mi hija. La única posibilidad de impedir que lo hicieran fue el de dejarme querer por aquel hombre poderoso, que se había enamorado de mí, para que me protegiera frente a aquellos energúmenos. Cuando la familia del padre de mi hija tomó conciencia del poder del hombre con el que yo me había casado, renunciaron a sus pretensiones. Nos trasladamos a vivir a Venezuela, mi vida cambió y empezó a tener sentido y me puede

dedicar a criar a mi hija con todo el amor y lujo del mundo y, gracias a la fortuna de mi marido pude crear mi propio patrimonio.

Él. – Sabes que tuve que prostituirme...

Ella. – Claro, querido y ¿quién no se prostituye alguna vez en la vida?

Él. – Que, incluso, lo tuve que soportar con hombres, para poder sobrevivir.

Ella. – Lo sé. Por eso me enamoraste. Porque no buscabas en mí a la hembra si no a la madre. No a la mujer, si no a la amiga.

Él. – Siempre fuiste comprensiva conmigo.

Ella. – ¿Y cómo no? Yo estaba harta de aquel hombre al que tenía que aguantar, y también saciaba mi necesidad sexual acudiendo a los lugares adonde sabía que podía encontrar lo que necesitaba.

Él. – ¡Hemos vivido lo nuestro!

Ella. – Pero eso ya importa poco.

Él. – Tienes razón. Ahora lo importante es tener que vivir lo que nos quede que, por cierto, no es ni bueno ni malo, pero es lo que hay.

Ella. – No debemos quejarnos, los hay peores. Analiza: nosotros hoy hemos alternado socialmente y hemos degustado los canapés que, por cierto, cada vez son más escasos en este tipo de eventos.

Él. – Ten en cuenta que se trataba de la presentación de un libro.

Ella. – Cuya autora es desconocida para el gran público

Él. – Como de costumbre, pero no para el político que le ha recomendado la edición y promoción de su libro de poesía.

Ella. – Aunque no me negarás que no es admirable el poder asistir a estos eventos. Gracias a la “cultura” de este país nosotros podemos hacer vida social sin que nos cueste un sólo euro.

Él. – Cuando peor lo pasamos es en verano.

Ella. – Claro, toda la gente se va de vacaciones y en la capital todo se paraliza hasta que llega Septiembre.

Él. – El otoño y el invierno son maravillosos. Es cuando más me contratan para tocar.

Ella. – Es cierto, porque siempre hay algún artista de tres al cuarto que necesita dar un toque romántico al acto inaugural o de presentación, con los sonos de un violín.

Él. – Que de vez en cuando desafina como los maullidos de un gato, aunque, he de reconocer que me pagan poco.

Ella. – Nosotros no necesitamos tanto. El gobierno nos

subvenciona parte de nuestra supervivencia con “trescientos euros”.

Él. – Tenemos libertad, esta habitación donde estamos de acogida con parte de los muebles que teníamos, en este edificio declarado en ruinas.

Ella. – No tenemos que preocuparnos de encontrar chofer,

Él. – de pagar comunidades,

Ella. – de buscar jardineros,

Él. – ni de tener servicio. Todo eso lo tenemos resuelto.

Ella. – Vivimos bajo mínimos.

Él. – Pero estamos bien alimentados.

Ella. – Por cierto, hemos tenido suerte esta vez. Lo que hemos recogido de la inauguración de esta tarde puede conservarse sin necesidad de frigorífico.

Él. – ¡Cómo! Eso es maravilloso. (*observa a su alrededor*) Aunque te recuerdo querida que no tenemos frigorífico.

Ella. – ¡Disculpa! no había reparado en tal fallo (*rien*)

Él. – (*le sirve un poco más de vino*) No debiste hacer lo que hiciste.

Ella. – ¿El qué querido?

Él. – Vender lo único que te quedaba.

Ella. – ¿Y para qué cosa mejor lo pude haber empleado? En este país no se atrevían a tener que intervenirte. Te daban por muerto.

Él. – Y de hecho lo estaba.

Ella. – (*se dirige a él y le rodea con sus brazos*) Pero en EE.UU. te salvaron y contigo me devolvieron la vida a mí. ¿Te parece mal invertida la fortuna que nos quedaba? A mí el dinero no me ha dado la felicidad, la felicidad me la has dado tú día a día, acompañándome, respetándome, soportando y comprendiendo las histerias menopáusicas a las que he llegado.

Él. – ¡Y te lo juré!

Ella. – Y deberás cumplirlo.

Él. – Nos iremos juntos.

Ella. – Me tranquiliza.

Él. – ¿Cuándo?

Ella. – Cuando tú quieras.

Él. – No hace falta que tengamos que soportar ninguna tragedia en nuestras vidas para tomar dicha decisión.

Ella. – Simplemente con que no podamos soportar más...

Él. – Será suficiente para que lo mandemos todo al carajo. (*le da un beso en la frente. Pausa*)

Él. – ¿Te queda fe?

Ella. – ¿En qué?

Él. – En algo.

Ella. – En ti.

Él. – Ya, pero me refería a otro tipo de fe.

Ella. – ¿A la religiosa?...

Él. – Por ejemplo.

Ella. – Sabes que no.

Él. – ¿Ni ahora, que?...

Ella. – ¿Que estamos al borde de la muerte?... No, ahora menos que antes.

Él. – ¿Cómo es eso?

Ella. – He leído mucho sobre el tema y nunca he llegado a convencerme del todo. No sé quién dijo que la fe es la que el propio ser se edifica o construye y que es la que crea la existencia de Dios. ¿Querido, me pones otro güisqui, por favor?

(*Él le vuelve a poner vino de un tetrabick*)

Él. – ¿Qué piensas que nos espera?

Ella. – Lo que a los demás, no creas. El final del viaje es el mismo para todos, sean putas, maricones, curas o monjas. Todos vamos al mismo sitio.

Él. – Me gustaría creer.

Ella. – ¡Toma y a mí!

Él. – ¿Y porqué no podemos entonces?

Ella. – Porque no es tan fácil. La gente se monta lo de la creencias, pero a su conveniencia y eso no es creer.

(*Ella siente un dolor en el pecho y cierto ahogo al respirar*)

Él. – ¡Qué te ocurre Matilde! (*le entrega una pastilla que ha extraído de un tubo que lleva en la chaqueta*) ¡Toma, colócala debajo de la lengua como de costumbre! Matilde, te recuerdo que me haces falta, que debes intentar cuidarte, simplemente con una revisión que te hicieras...

Ella. – Estaríamos más tranquilos ¿no? Querido, he visto a lo largo de la vida sufrir a mi alrededor a mucha gente, y sé que la muerte no merece que te venza a través del sufrimiento. A ella, hay que enfrentarse con lucidez, con valentía, con fuerza. Mirarla cara a cara desafiante, demostrándole que no vence, que

es simplemente la consecuencia que nos libera de nuestro propio peso humano.

Él. – Matilde, nunca me he atrevido...

Ella. – ¿A qué?

Él. – A hablarte de la posibilidad de que, ... tu marido.

Ella. – (*tajante*) No me hables de él. Para mí sigue siendo más duro pensar en su existencia que recordar que perdí a mi hija en aquel terrible incendio.

Él. – ¿Has llegado a temer que pretendiera localizarte?

Ella. – ¡Evidentemente! Lo temí desde el primer momento en que intentaste ocultarme que habíamos tenido noticias del consulado venezolano. Encontré entre tus papeles un documento en el que requerían datos sobre mi paradero. Y gracias a que yo falseé mi primer apellido y lo cambié por el tuyo, no me han podido localizar.

Él. – Pero, ¿qué te cuesta el averiguar de una vez por todas quién es esa persona que tanto interés demuestra en querer localizarte?...

Ella. – Un gran esfuerzo, porque tengo miedo a tener que descubrirlo. Todavía tengo pesadillas en las que aparecen escenas de mi pasado con aquel hombre, con aquel terrible incendio. A veces en el sueño mi hija ha podido salvarse de la tragedia; pero al despertar, vuelvo inmediatamente a la cruda realidad. Una madre, mejor que nadie, intuye, siente, cuándo ha perdido a un hijo aunque no vuelva a ver siquiera su cadáver y yo, no sé por qué causa, tengo todavía la duda de que mi hija pereciera en aquel incendio. Seguramente me lo hace todo más llevadero el engañarme a mí misma.

Él. – ¿Y si tu sexto sentido, el de madre, no te fallara y estuviera viva tu hija?...

Ella. – Por la edad que tiene, de haber podido sobrevivir hipotéticamente hablando, a aquel incendio y haber crecido sin mí, entenderás que lo mejor para ella sería que no supiera de mi existencia. Es mejor. En el estado en el que me encuentro, lo más recomendable es que siguiera ignorando mi paradero. Le resultaría menos penoso. No puedo siquiera ofrecerle mi tiempo, cada vez se está acortando y es mucho mejor que continuara con el recuerdo de una madre feliz y joven a no, en lo que el transcurrir de la vida me ha convertido. Sólo sería una carga para ella y yo no podría soportar el serlo, y no creas que por orgullo, sino por el

amor que siempre sentiré hacia su recuerdo.

Él – Has sido una mujer práctica, directa, objetiva. Lo has tenido todo bastante claro.

Ella – En lo fundamental, por supuesto. Supe de donde venía, las cartas con las que tenía que jugar para sobrevivir junto con mi muy amada hija; conocí y luché por el amor de mi vida, que fuiste, eres y serás siempre tú.

Él – A veces pienso, si no hubiera sido mejor que no me hubieras conocido.

Ella – Podría tener en estos momentos, seguramente, mayor fortuna, de esa a la que suelen aspirar los ambiciosos de lo material; pero mi fortuna eres tú, no lo olvides jamás. Volviendo a nacer, volvería a cometer los mismos errores si con ellos pudiera volver a tropezar contigo.

Él - ¿Preparo un caldo?...

Ella – Bueno, le hará bien al estómago tomar algo caliente.

Él – ¡Silencio, alguien sube!

Ella - ¿Quién puede ser a estas horas?...

Él – Miraré por la mirilla, *(se dirige hacia la puerta y regresa)*

Ella - ¿Quién era?

Él – La asistente social.

Ella – ¿La gorda o la fea?

Él – Ninguna de las dos, porque ésta me parece una señorita que nada tiene que ver con las que hasta ahora nos han visitado.

Ella – ¿Y qué querrá? *(silencio)*

Él – Parece que se marcha. Ha dejado de llamar. Voy a ver si se ha ido *(Él, se dirige a la puerta. Regresa con un papel en la mano)*

Él – Ya se ha marchado. Ha dejado esta nota por debajo de la puerta.

Ella – Léela a ver qué dice.

Él – Parece ser que se trata de una persona que tiene interés en conocerte. Dice que volverá en otra ocasión.

Ella - ¿Otra vez con las andadas?... ¿Pero es que no me van a poder dejar tranquila?...

Él – Pienso, que lo mejor será que asumamos el problema de una vez y nos enfrentemos a la realidad. Deberíamos personarnos en el consulado y facilitar la posibilidad de tener contacto con la persona que te está buscando.

Ella – Eso puede resultar peligroso.

Él – ¿Por qué?

Ella - Porque nos podemos ver comprometidos.

Él – ¿A qué?

Ella – A tener que remover el pasado que tanto nos ha costado superar.

Él – Pero, aunque así sea, lo que no podemos es estar cambiándonos constantemente de barrio o de ciudad como si fuéramos unos delincuentes.

Ella – Puede que tengas razón; pero ya lo decidiremos en otro momento. Ahora, lo que me apetece es tomarme ese caldito tan succulento que acabas de preparar y mañana...

Él - ¡Dios dirá! *(se dirige a la cocina)*

Ella – *(comienza a colocar los platos y cubiertos en la mesa)* No metas a Dios en esto. Ni ha dicho, ni dice, ni dirá nada. Lo sabes, aunque te cueste reconocerlo.

Él – Me reprochas que, aunque poca, tenga fe.

Ella – Al contrario, eres un privilegiado. Cuánta gente desearía tenerla como tú.

Él – No sé con exactitud si lo mío es fe, esperanza o necesidad, aunque evidentemente algo es para que, a pesar de todo, tenga confianza en el futuro. *(coge el cazo para servir el caldo en los platos, tropieza y se le cae al suelo)*

Él – ¿Lo ves?... Esto es por tentar al demonio. ¡Nos hemos quedado sin sopa! *(coge el cubo y la fregona y seca el suelo)*

Ella – No te apures. Tenemos los canapés.

Él – Pero, eran para comer mañana.

Ella – Mañana podemos ir a alguna inauguración.

Él – Es martes y los martes no suelen inaugurar. Lo de hoy ha sido una excepción. Se ha manchado esta caja de ropa, menos mal que estos libros, no.

Ella – ¡Dame, anda! los colocaré todos aquí; todos no, todos menos éste, hay que tenerlo siempre a mano: “*Cien sonetos de amor*”

Él – *(termina de secar y deja el cubo y la fregona en su sitio)* Mira que nos gusta. ¿Recuerdas?... lo compramos en el rastro.

Ella - ¿Lo compramos o nos lo encontramos?... *(Hace un movimiento con los dedos de su mano indicando que el libro fue sustraído)*

Él. – *(imitando el movimiento de dedos)* Tienes razón, nos lo encontramos. *(Echa mano a los bolsillos y muestra la cartera que está vacía)* No nos queda dinero y estamos todavía a veintinueve, así que hasta el día dos que nos ingresen la paga.

Ella. – ¡Ya se nos ocurrirá algo!

El. – Si me aceptaran, podría vender mi sangre.

Ella. – Y yo mi cuerpo. Pero ni a ti ni a mí nos quieren para esos menesteres.

Él. – El otro día leí que en unos laboratorios de la ciudad están necesitando a personas que se sometan, como cobayas, a la prueba de un medicamento para tratar una nueva enfermedad.

Ella. – Estás loco. ¿Cómo vas a someterte tú a esas pruebas y correr el riesgo de que te pase algo?...

Él. – Eso está controlado, me imagino. No debe ser tan grave, si no nadie se presentaría. Creo que lo pagan muy bien.

Ella. – ¡Juan, no me hagas discutir algo que está claro!

Él. – Querida, hay que ser práctico, no nos debemos negar al progreso y menos cuando ese progreso nos facilita la posibilidad de obtener unos ingresos tan necesarios para nosotros.

Ella. – Mira, que no me llegue yo a enterar que tú te sometes a esos estudios, con que yo me encuentre regular, tenemos bastante. ¿No comprendes que si a ti te pasara algo yo me encontraría huérfana?

Él. – Puede que tengas razón, discúlpame por haber sido tan inconsciente, pero es que no encuentro otra forma de poder paliar nuestro estado económico.

Ella. – Hasta ahora hemos sobrevivido ¿no?... Mira, con el gabinete que he montado no nos podemos quejar.

Él. – Pero si han venido sólo dos personas.

Ella. – Sí, ya lo sé. La vecina de enfrente y la carnicera del mercado. Pero a poco que les vaya acertando algo, verás como corren la voz y tenemos cola.

Él. – Ahora que hablas de cola. Mañana voy a volver al INEM a comprobar en las listas si hay algún trabajo que pueda llevar a cabo. Seguramente habrá una cola de espanto, con lo de la “crisis”, así que no te preocupes si en toda la mañana no aparezcó por casa.

Ella. – Yo, sabiéndolo no me agobio. Lo que más me preocupa es cuando no sé dónde estás y tardas en llegar.

Él. – Sube alguien.

Ella. – ¿Otra vez?... ¡Pero qué fastidio! Espero que no se trate de nuevo de la asistenta social.

Él. – ¡Calla! Voy a comprobar por la mirilla de la puerta.

(Comprueba de quién se trata) ¡Es la carnicera del mercado!

Ella. – ¡Huy! Pues ábrele rápidamente. Tenemos cena. Seguro que viene a saber algo de su futuro.

Él. – ¡De acuerdo!

(Se dirige a abrir la puerta y se le oye saludar cortésmente a la recién llegada) ¡Hola, buenas noches!

Carnicera – ¿Está Doña Matilde?

Él. – Sí, aunque la pillas en un mal momento. Ya sabe, con sus estudios de cartomancia y astrología...

Ella. – Pues mire a ver si me hace el favor de atenderme. Dígame que se trata de mí. Además quiero también entregarle este jamón de york sin sal y este queso fresco que tanto le gusta.

Él. – No sé. Voy a consultárselo. Aunque no le aseguro que la pueda atender. Espere, por favor *(entra presuroso)*

Él. – *(elevando el tono de voz para que le oiga la carnicera)* ¡Matilde, querida! Se trata de la señora Juana, la que tiene el puesto de carne en el mercado. Le gustaría que la pudieras atender. ¿Crees que va a ser posible?...

Ella. – ¡Cómo no! tratándose de ella, aunque esté muy ocupada, lo dejo todo en un instante. ¡Dile, dile que pase, por favor!

Él. – *(él sale de nuevo)* Ha tenido suerte. Mi esposa va a poder recibirla. Pase, pase por favor. Ha tenido mucha suerte *(la carnicera le entrega el paquete que contiene el queso y el jamón. Él lo mira con alegría)* Aunque, evidentemente, usted se lo merece. Disculpe, lleve cuidado al entrar, es que esta mañana nos han encerado el suelo y todavía queda una mancha ahí, seguramente la madera no la ha absorbido todavía y temo que se pueda resbalar.

Carnicera. – ¡Muchas gracias! Es usted muy amable. *(Entra en escena)*

Carnicera. – ¿Se puede?...

Ella. – *(dándole jabón)* ¡Adelante, adelante! ¡Cómo no! ¡Faltaría más!

Carnicera. – ¡Perdone que la moleste a estas horas!

Ella. – ¡No se preocupe, estaba terminando de hacer unas cartas astrales! Ya sabe, los encargos no cesan y yo, aunque no es lo que

más me gusta, no puedo negarme a intentar aclarar el futuro a quien me lo pide.

Carnicera. – Pues de eso se trata: de mi futuro. Necesito aclararlo.

Ella. - ¿Tan oscuro lo tiene?...

Él. – Matilde, eso se lo tendrás que adivinar tú, en cuanto le echas las cartas.

Ella. – Tienes razón querido, pero es que ya sabes que a mí no me gusta presumir de mis habilidades.

Él. – Disculpe el desorden. Es que acabamos de llegar de la presentación de un libro de poemas y no hemos tenido tiempo de recoger.

Carnicera. – No se apure. A mí me pasa lo mismo. No ve que me tiro todo el día en el puesto del mercado. Así que en cuanto llego a casa la tengo siempre patas arriba.

Él. - ¿Me permite que le guarde el bolso y el abrigo?..

Carnicera. - El bolso no es necesario y el abrigo (*temiendo al frío que hace en la estancia*) parece que no me lo voy a quitar, no me sobra para nada.

Ella. – Eso es que es usted un poco friolera, porque nosotros más bien tenemos calor, con decirle que este año no hemos encendido la calefacción.

Carnicera. - ¿Es que la tienen?...

Él. – Claro, se trata de pisos antiguos, pero los arquitectos de antes lo preveían todo. No en balde esta finca, aunque esté declarada en ruinas, es uno de los edificios más antiguos de la ciudad.

Carnicera. – La fachada es preciosa.

Ella. – Y de la escalera, ni hablemos.

Carnicera. – Lo de cuatro pisos, sin ascensor...

Él. – No tiene ninguna importancia. Los subimos en un periquete, ¿verdad querida?

Ella. - ¡Ya lo creo! Sobre todo tú.

Carnicera. – ¿A pesar de?...

Él. – ¿Lo de mi cojera? Por supuesto

Ella. - ¡Huy! Si lo viera bailar...

Carnicera. - ¡No me diga!

Ella. – Como se lo digo.

Él. – Cuando quiera podemos organizar un guateque, como los de antes, con merienda incluida.

Carnicera. – (*estimulada*) De los “canapiés” me encargo yo y de

las bebidas también.

Él. – Pues entonces nosotros pondremos el lugar y la música.

Carnicera. - A mí, me encanta bailar; pero hasta que no encuentre lo que espero, lo llevo claro.

Ella. - ¡Veamos! Vamos a ver qué es lo que ocurre en su vida amorosa. ¿Es eso lo que le interesa? (*se levanta a coger las cartas*)

Él. - Me marcho un rato a la calle.

Carnicera. – Por mí no lo haga, no me importa que esté delante. Cuatro oídos oyen mejor que dos.

Él. – Le advierto que de uno estoy tapia.

Carnicera. – Yo, del que no oigo es del oído izquierdo. ¿Y usted?

Él. – Del derecho.

Ella. – Entonces se complementan. No hay ningún problema. ¿Empezamos?...

Carnicera. – Por mí, encantada. ¡Ah! Se me olvidaba, son veinte euros, ¿no?

Ella. – Sí, por ser usted.

Él. - ¡Matilde! Recuerda que el detalle que ha tenido...

Carnicera. – Eso no tiene importancia, lo hago porque me apetece y por tener la atención de atenderme a estas horas, teniendo el trabajo que tiene Doña Matilde.

Ella. – Mire, otra cosa no, pero trabajo no nos falta. ¿Verdad, John?

Carnicera. – Jon es Jaime ¿no?

Él. – ¿Cómo?... (*Titubea asombrado por la pregunta*) Bueno, no y sí (*sonríe*) ¡qué más da!

Carnicera. – ¡Hay que ver, pero todo lo extranjero suena de forma diferente, con más categoría! Mismamente el “jamón cocido” no suena lo mismo que cuando dices “jamón de York”

Ella. – (*sonríe*) Tiene razón, no había reparado.

Él. – (*coge una destartalada silla cuyo asiento está suelto*) Perdón, no me había dado cuenta. (*coloca con dificultad el asiento*) ¡Tome asiento con cuidado! Disculpe, es que la silla está pidiendo una restauración.

Carnicera. – (*ella se sienta con el temor a caerse*) Pues no es por nada, pero ahora que lo dice no estaría de más.

Ella. - Es que el tapicero no nos ha enviado todavía el presupuesto.

Él. - (*con ironía*) Y no sé por qué, pero me temo que va a tardar un poco en traerlo. (*se dirige frente al atril a ordenar unas partituras*)

Carnicera. – Lo comprendo, -pero como tarde mucho no va a hacer falta que la restauren-

Ella. - ¿Cómo dice?...

Carnicera.- No, que quedará muy bonita cuando la restauren.

Él. – Te recuerdo que es un poco tarde. La señora tendrá que preparar todavía la cena.

Ella. – Tienes razón (*baraja las cartas*) Usted dirá cuándo quiere que corte.

Carnicera.- ¡Ya!

Ella.- De acuerdo. ¿Qué elige, la derecha o la izquierda?

Carnicera. – La derecha.

Él.- ¡Claro! Como es autónoma.

Ella. – Veamos. (*Efectúa la echada de cartas y con solemnidad, finge interpretarlas*) Esto está algo complicado. Como ya le dije el otro día, usted ha sido una persona que ha sufrido mucho en su vida.

Carnicera. - Sale ahí ¿verdad?...

Ella. - ¡Claro, querida! De salud, le ratifico que no anda mal del todo, bueno salvo lo del dolor de piernas que dice sufrir...

Carnicera. – Es que, casi nueve horas de pie, día tras día...

Ella. – Dan para eso y para mucho más.

Carnicera. – ¿Y la economía?

Ella. – Ahí va.

Carnicera. - ¿Cómo?

Ella. – Mal, bastante mal, con lo de la crisis; pero piense que podría irle peor,

Carnicera. - ¡Tiene razón!

Ella. – Así que no se queje; porque aunque no venda mucho entrecot, con las carcasas, patas y cuellos de pollo, puede sanear perfectamente su economía.

Carnicera. – ¿Y de amor?... ¡Ay, miedo me da! ¡Mira que si me tiro así toda la vida!

Ella. - ¿Cómo?

Carnicera. – ¡Oxidándome, como los coches antiguos que no son usados!

Ella. – Pero, siempre habrá un roto para un descosido.

Carnicera. – Pues por el tiempo que hace,...seguro que hasta en el descosido me ha salido un remiendo.

Ella. – Pero ¡no se queje! Aquí veo a un hombre. A un hombre

que ya se ha cruzado en su camino.

Carnicera. – Es decir, que le conozco...

Ella. – De vista.

Carnicera. – ¿Y cómo es?...

Ella. – Pues no es ni alto ni bajo, ni calvo ni melnudo, ni guapo ni feo, ni malo ni bueno.

Carnicera. – Pues con esos datos no sé yo si voy a poder descubrirlo si se me acerca.

Ella. – Usted no tiene que hacer nada, déjese llevar por los acontecimientos. Será como si volviera a leer una novela de cuyo final no llegó a enterarse.

Carnicera. - ¡Dios quiera que no sea quien me imagino!

Ella. - ¿Quién?

Carnicera. – ¿No sale ahí?

Ella. - Mujer, salir, lo que se dice salir, no; pero algo se asoma.

Carnicera. – ¡Mi ex!

Ella. – Pues mire, ahora que lo dice, podría ser. No sería de extrañar. ¿Usted no estaba divorciada?...

Carnicera. – No, abandonada. Estoy, abandonada. Hizo un viaje a Cuba y todavía le estoy esperando.

Él. – Claro, el mojito, el calor, el sol, la noche...

Carnicera. – Y la cubana que me lo robó.

Ella. – ¿Tan segura está de ello?

Carnicera. – Tuvo la cara de mandarme junto con la carta en la que me lo explicaba todo, una foto con ella. Menos mal que me mandó un poder y con el me he podido resolver los problemas legales y económicos en los que me encontré metida, sin quererlo.

Ella. – Pero, usted lo perdonaría ¿verdad?...

Carnicera. - ¡Doña Matilde, estoy tan sola! Nada más hago que trabajar un día tras otro. Mis hijos, en sus casas, y dando gracias de que no se divorcien y se vengan a la mía; pero yo, por mucho tinte, por mucha dieta, por mucho viejo verde que se quiera aprovechar de mí en el baile al que suelo ir, no he encontrado a nadie tan canalla como lo era mi esposo, -con decirle que nada más que entornaba los ojos yo, tenía que agarrarme adonde pudiera-

Ella. – ¿Por qué?

Carnicera. - Porque me quedaba ciega. (*Llora*) Comprendo que lo que ha hecho conmigo no tiene perdón, pero en el amor, todo se perdona y yo, si me apareciera mañana llamando a mi puerta,

se la abriría de par en par. No soy mujer, ni me siento mujer más que para él, mi hombre.

Ella. – Tranquilícese. Verá como a partir de hoy las cosas van a solucionarse y quién sabe si lo que usted tanto desea se produzca.

Carnicera. - ¿El qué?

Él. - ¡Un milagro!

Carnicera. - ¡Ojalá! Yo, por si acaso no quiero liarme con nadie, es una forma de demostrarme que no soy como las demás, que yo no tendré mucha cultura, de la del libro, pero que en lo del amor soy catedrática.

Él. - ¡Bueno, perdonen! Pero creo que para hoy la sesión ha sido bastante intensa y no procede el prolongar más este desgarramiento amoroso. Lo que debería hacer es tranquilizarse, ir a casa, tomar un buen baño y luego una cena frugal y a la camita. Eso es precisamente lo que doña Matilde y yo vamos a hacer cuando usted se marche. Por hoy no conviene abusar más de adivinaciones, hay que ir con tiento.

Carnicera. – Tiene razón Don Jon, pero es que necesitaba tanto desahogarme con alguien... y ustedes son tan comprensivos y educados.

Ella. - ¡Gracias por el halago, pero no creemos merecérselo!

Carnicera. - Eso y más. Ustedes son especiales.

Él. – (*conmovido por la ingenuidad de la carnicera*) Mire, sin que esto sirva de precedente, estoy seguro que Doña Matilde no tendría inconveniente en que no le abonara el importe de la consulta ¿Verdad querida?...

Ella. – (*contrariada*) ¡Verdad!

Carnicera. - ¡Ni pensarlo! Lo que no llevo es suelto.

El. – Ni nosotros (*le muestra fugazmente la cartera*) Todo lo que tenemos son billetes grandes.

Ella. – Ya le ha dicho mi marido que no tiene que pagarnos nada.

Carnicera. – Lo que está bien, bien queda. Mire, le dejo este billete de cincuenta euros. (*Ella y él observan el billete con asombro*) Como nos vamos a seguir viendo y si usted es tan amable me va a seguir ayudando en mi desdicha, ya tengo pagada la próxima consulta.

Ella. – (*Coge el billete al vuelo y se lo guarda en su seno*) Si usted se empeña. Jon, ¿acompañas a la señora por favor?, está un poco oscuro.

Él. – ¡Cómo no! Está un poco oscuro porque a mi señora y a mí nos gusta la luz tenue, le da mayor intimidad a la estancia, resulta más acogedor.

Carnicera. – Pues como no lleven cuidado, con un mal pié se pueden romper la crisma. (*observando la pierna coja*) ¡Disculpe! No he querido ofenderle.

Él. – Ni yo lo estoy, quizá si hubiera dicho en lugar de con un mal pié con una “mala pata”, me hubiera dado por aludido (*rien*)

Carnicera. – ¡Don Jon! no sabía que era tan gracioso, Doña Matilde debe estar muy distraída con usted.

Ella. - ¡Ya lo creo!

Carnicera. – Pues algo así es lo que yo añoro, alguien con quien me pueda también distraer. Bueno, me marchó. ¡Buenas noches!

Ella. - ¡Hasta mañana, si Dios quiere!

Él. - (*en voz baja*) ¡No metas a Dios en esto! (*se ríe, saliendo a despedir a la carnicera*)

Él. – (*Regresa*) Creía que no se marchaba. Menudo drama que has armado. ¿No te habrás pasado?...

Ella. – Qué poco conoces a las mujeres. Les encanta dar lástima, desahogarse llorando. Es como una terapia. Tú sabes qué relajada se ha ido.

Él. – Si tú lo dices. Es una buena mujer.

Ella. – Tienes razón querido y nosotros podemos darle nuestra amistad. Ella está encantada.

Él. – Y nosotros también, además de que no nos viene nada mal la ayuda que nos presta viniendo a consultar a tu gabinete de cartomancia (*rien*)

Ella. – ¿Qué hacemos? ¿Nos comemos el jamón y el queso que nos ha traído esta alma cándida?...

Él. - ¡De acuerdo! Los canapés aguantan mejor hasta mañana.

Ella. – Por favor, ¿puedes ponerme una copa de ese vino de reserva mientras que preparas la cena?

Él. – Se me olvidaba sacar lo que llevo en el bolsillo de la chaqueta.

Ella. – ¿Qué es?...

Él. - El camarero del catering de esta tarde me dio esta bolsa de frutos secos. Le he dicho que eran para un loro que teníamos.

Ella. - Con el hambre que a veces pasamos, de haberlo tenido, nos lo habríamos comido ya (*rien*)

Él. – Para celebrar la visita de Doña Juana ¿te apetecería que echáramos un baile, antes de la cena, para hacer gana?

Ella. – ¡Por mí, encantada!

Él. - ¿La de siempre?...

Ella. – Sí, por favor. Con la que bailamos la vez primera.

Él. – Está bien. Espera, voy a apagar la luz. Tenemos todavía un trozo de vela. ¿Por dónde para?..(Mira alrededor) ¡Ah, ya! (abre el cajón de una mesita) ¡Aquí está! (Enciende el trozo de vela y lo coloca en una palmatoria sobre una mesa) Hará la velada más íntima y romántica (se besan apasionadamente)

Ella.- Eres adorable, querido. (Él se dirige a un radio-casete, suena el cha-cha-cha elegido al efecto, recomendable “Cachito mío” de Nat King Cole, y comienzan a bailar)

Ella. – (A mitad de composición ella siente un fuerte dolor en el pecho y con dificultad se acerca a la cheslón para recostarse)

Él. – (Él continúa absorto bailando hasta que se da cuenta y se abalanza sobre ella angustiada) Matilde, ¿qué te ocurre?... ¡Despierta! (la incorpora)

Ella. – (respirando con dificultad y ahogo) ¡Querido, esto se acaba!

Él. – ¡No puedes hacerme esto, prometimos que nos iríamos juntos! ¡No me abandones así! (ella cierra los ojos y expira. La música sigue sonando y él, desolado posa su cabeza sobre el pecho de ella llorando y susurrando:) ¡Cachito! ¡Cachito! ¡Cachito mío!...

FIN DEL PRIMER TIEMPO

SEGUNDO TIEMPO

(Él, aparece sentado frente a una partitura tocando el violín. Suena el fondo musical de la obra creado a tal fin. A punto de terminar la composición, tocan al timbre de la puerta. Él se dirige a abrirla. Se trata de la carnicera del mercado que sube a dejarle un surtido de companaje y un paquete de pan de molde junto con un tetrabrik de leche y otro de vino)

Él. – ¿Por qué se ha molestado Doña Juana? Le agradezco el detalle que tiene conmigo, pero hace que me sienta incómodo al aceptarlo. ¿No comprende que esto no puedo seguir consintiéndolo? Me parece abusar de su bondad.

Carnicera. – No empiece con los reproches de siempre. No sea tan escrupuloso y acéptelo como el que acepta un cigarrillo de un amigo. No tiene mayor importancia. (va dejando sobre la mesa el contenido de las bolsas que ha traído) Es poco el tiempo que hace que les conozco, pero les considero amigos míos. La primera vez que les vi, recuerdo que fue cuando vinieron a mi puesto deseando comprar huesos para su perro.

Él. – Es verdad; pero no teníamos perro.

Carnicera. – Yo, me di cuenta que ustedes eran unos señores, pero de los de antes, de los que realmente tienen cuna y no como esos nuevos ricos a los que se les ve venir a una legua.

Él. – Y usted nos regaló para el alimento de nuestro can unos filetes de ternera que, según nos hizo creer, eran de alguien que se los había encargado y no había ido a recogerlos.

Carnicera. – ¡Ya!

Él. – Enseguida nos percatamos mi esposa y yo de que aquello no era cierto, pero lo aceptamos con sumo agrado.

Carnicera. – La señora de usted, era una señora con mucha mundología y aunque yo no la tenga, sé distinguir a quien la tiene. Y usted, a su lado, era más que un esposo un ángel protector, vamos como un “ángel de la guarda”; con qué mimo se dirigía a ella, con qué ternura... Hacían una pareja diferente, elegante, con esa presencia que tanto se echa de menos en la actualidad, que es todo tan vulgar.

Él. – Yo soy de una familia muy humilde.

Carnicera. – La personalidad no tiene nada que ver con el color de la sangre, al final todos la tenemos roja, pero las personas que gozan de ese saber estar se distinguen de la gente vulgar y eso era lo que yo admiraba de ustedes: la distinción, el mantener con ese orgullo bien entendido la dignidad ante las rachas negras de la vida.

Él. – Yo era parte de ella.

Carnicera. – Y ella de la de usted. Eso se veía a la primera de cambio. Estaban hechos uno para el otro. Y ahora,...

Él. – Estoy viviendo con la sensación de que una parte de mí ha sido amputada de cuajo. No sé qué es lo que todavía me mantiene vivo. No sé cómo no he cumplido con una promesa dada, es como si intuyera que en la vida todavía tengo que realizar o llevar a cabo una misión. Lo desesperante es que no sé exactamente de cuál se puede tratar.

Carnicera. – No desespere, verá que si es así, la vida se lo demostrará cuando menos se lo espere. ¿Recuerda lo que me vaticinó Doña Matilde, que en paz descansa?..

Él. – No, en estos momentos no.

Carnicera. – Que pronto me saldría un hombre que me respetaría y querría de veras.

Él. – ¡Ah! sí, lo recuerdo.

Carnicera. – Pues ha acertado. Anoche, cuando regresé a casa, me estaba esperando mi ex y lo acogí como a un hijo pródigo. Todavía me tiemblan las piernas.

Él. – Pero,...

Carnicera. – ¡Ya, ya lo sé! Lo he sabido siempre, Doña Matilde no tenía idea de echar las cartas. Lo que ocurre es que como ustedes me caían tan bien, era una forma de ayudarles sin que se sintieran ofendidos.

Él. – Es usted admirable. En nombre de mi esposa y en el mío propio, quiero agradecerle todo lo que hizo por ella y por mí. No podré pagárselo jamás.

Carnicera. – Ni falta que hará.

Él. – Pero, estoy seguro, que recibirá la compensación a tal entrañable gesto para con nosotros.

Carnicera. – Me tengo que marchar, Don Jon. Mañana cuando cierre volveré para traerle un poco de cocido que voy a hacer para comer. Así se lo calienta usted para cenar, le hará bien.

Él. – No hace falta que se moleste.

Carnicera. – Sabe que no es molestia. Además me da no sé qué. A la vecina que había enfrente la han trasladado a otro sitio. En la finca no queda ya nadie, salvo usted, y me quedo más tranquila si le visito.

Él. – Conforme, como usted diga (*suenan el timbre de la puerta*) Están llamando.

Carnicera. – No se preocupe ya voy a abrir yo.

Él. – ¿Quién puede ser?...

Carnicera. – A lo mejor es alguien que va repartiendo propaganda o vendiendo algo. No paran.

(*La carnicera se dirige a abrir la puerta. Desde el interior del escenario se le oye hablar*)

Carnicera. – ¿Sí? ¿Qué quería?... No, yo no vivo aquí. ¿Por quién pregunta?... ¿Por Doña Matilde Sagunto Diezma?... Sí, aquí es. Un momento por favor.

(*Entra en escena y le comunica a Don Jaime la visita*)

Carnicera. – Don Jon, se trata de una joven que pregunta por su difunta señora.

Él. – ¿Una joven?

Ella. – Sí, pero no me parece que vaya vendiendo nada.

Él. – Pero, así no estoy para recibir a nadie.

Ella. – Pues yo la entretengo un poco y le da tiempo a acicalarse. ¿Le parece?...

Él. – De acuerdo.

Carnicera. – Bueno, yo me despido hasta mañana. Si quisiera antes algo, no tiene nada más que pasar por el puesto. Buenas noches Don Jon.

Él. – Espere un momento, por favor. ¡Tome! (*le entrega la ropa de la difunta y un bolso*) Sé que usted le dará la utilidad adecuada. A lo mejor alguna prenda le puede servir a usted. ¡Ah! Se me olvidaba (*le entrega un joyero*) No contiene más que bisutería, pero sé que a usted le gustaba mucho.

Carnicera. – (*emocionada*) Muchas gracias Don Jon.

Él. – Y recuerde, por si no volviera a tener la oportunidad de tocar este tema: si es cierto que desde allá arriba nos pueden ayudar estoy seguro que a usted, no le faltará nunca ayuda por todo el bien que hace a sus semejantes. (*Le da un beso en la frente. La carnicera llora emocionada por el gesto y las palabras de él*).

¡Venga! ¡Venga! Tranquilícese. Dígale a la visita que enseguida la atiende –voy a cambiarme- (*Él se quita la bata y encima de una camiseta se coloca la chaqueta y una corbata al cuello para recibir a la visita*)

Carnicera. – ¡De acuerdo! Buenas noches, Don Jon. (*sale de escena y se le oye hablar a la visita*) La señora no puede recibirla, pero lo va a hacer su esposo, Don Jon. Esperemos unos segundos porque le ha cogido usted enfrascado en sus quehaceres (*pausa*)

Carnicera - ¿Ya, Don Jon?

Él. – ¡Sí, puede pasar!

Carnicera – ¡Adelante!

(*En escena aparece una joven de veinte años con elegante presencia*)

Él. – (*Él, de pie y de espaldas a la puerta percibe la presencia de la visita y al volverse queda atónito al intuir de quién se trata*)

Me llamo Jaime Sagunto

Matilde. – Yo, Matilde. Matilde Romero Arroyo.

Él. - ¿Matilde?...

Matilde. – Sí.

Él. – ¿Y preguntaba usted por...?

Matilde. - Matilde Sagunto Diezma.

Él. – Era mi esposa.

Matilde. - ¿Era?...

Él. – Sí, ha fallecido. Pero, ¿quién es usted?

Matilde. – Soy la única hija que tuvo y abandonó su esposa.

Él. – ¿Que la abandonó?...

Matilde. - ¿No lo sabía usted siendo su cónyuge?

Él. – No. Creo que está confundida.

Matilde. – ¿Cuándo ha fallecido esa señora?

Él. -¿Su madre?...

Matilde. – Por llamarla de alguna forma, porque para mí no representaba ni representa nada.

Él.- ¡Cómo se atreve, insolente!

Matilde. – Si estoy aquí es para cumplir una promesa que me hice, aunque estoy arrepentida por haberla hecho. Menos mal que por fin he conseguido mis propósitos. Me ha costado Dios y ayuda el poder localizar a esa señora. Lo peor es que ya no le podré decir en la cara todo lo que se me merece.

Él. – A ella le hicieron creer que usted había perecido en un

incendio.

Matilde. – Fue la mejor excusa que, seguramente, encontró para liberarse de su responsabilidad.

Él. – ¿De cuál?...

Matilde. – La de atender debidamente y educar a su hija como se lo merecía, con todo el cariño que quizá nunca debió sentir por ella, en lugar de escapar a vivir su vida.

Él. – ¡Usted no tiene derecho a hablar así de su madre!

Matilde. – De su esposa querrá decir, porque para mí no representa nada en mi vida. Ya se lo he dicho y se lo vuelvo a repetir: si he llegado hasta aquí lo ha sido única y exclusivamente para poder reprocharle en la cara todo lo que me ha hecho sufrir su egoísmo.

Él. - Pero ¿está segura de lo que me está diciendo?

Matilde. - ¡Cómo no!

Él. – ¿Qué garantía tiene de que se trate de la misma persona?

Matilde. – Sólo he podido conservar esta fotografía. (*La extrae de su bolso*) ¡Mírela! ¿Se atreve?...

Él. – (*observa la fotografía que le ha entregado y se la devuelve*) Sí, no cabe duda de que era mi esposa.

Matilde.- ¿Y?...

Él. – Siéntese, hágame el favor. Debo hablar con usted. Aclararle cosas que ignora.

Matilde. – (*toma asiento en la cheslón*) Para eso he venido, para que me las aclarara ella.

Él. – Murió hace una semana.

Matilde. – Justo el tiempo que estuve aquí por última vez. ¿No descubrieron la nota que eché por debajo de la puerta? ¿Por qué no me abrieron? Estaban dentro. Lo sé.

Él. – Tiene que perdonar que no lo hiciéramos. Temimos que se tratara de alguna asistente social. Están constantemente visitándonos para husmear nuestra intimidad. Ocupábamos una habitación de este piso de acogida que nos facilitaron los servicios sociales.

Matilde. – ¿Tan mal estaba esa señora al final de su vida?

Él. – Y mucho antes.

Matilde. – Yo recuerdo una niñez muy placentera, económicamente hablando.

Él. – Y así vivió mi esposa, -su madre quiera o no quiera- hasta hace unos años en que se quedó sin patrimonio alguno y tuvimos

que sobrevivir bajo mínimos.

Matilde. – Y quién se aprovechó de ella ¿Usted?

Él. – No señorita.

Matilde. – ¿Entonces?

El. – Se lo explicaré más tarde, si usted me lo permite, pero antes quiero saber cómo sobrevivió a aquel incendio.

Matilde. – La tata que me crió, me contó que del incendio de la mansión en la que yo vivía junto con esa señora, pude ser rescatada por aquel hombre, que ejercía de padre. Él, siempre me dijo que esa señora no me quiso jamás y que prefirió fugarse con un músico de mala muerte que se cruzó en su camino, para su desgracia.

Él. – Señorita, está usted refiriéndose a mí. Ese músico de mala muerte era y sigo siendo yo.

Matilde. – Pues disculpe si le ofendo, pero esos son los antecedentes que tengo de usted.

Él. – Y no se equivoca salvo en una pequeña cosa, en que además de ser ese músico fracasado he sido la única persona que ha amado y ha sido amado por su madre.

Matilde. – Le repito que para mí no representa nada esa señora.

Él. – Comprendo su postura, pero si usted me lo permite, quiero que sepa la verdad respecto a la vida de quien, aunque usted se niegue, ha sido y será siempre su madre. Cuando salió de la gravedad de las quemaduras y del chock que le produjo el incendio de su villa, a su madre le comunicaron que su hija había perecido en el incendio del que ella pudo ser rescatada, antes de que se desplomara el techo de las habitaciones superiores. No se pudieron encontrar más que cenizas entre las que se dio por seguro estaban las de usted. Su madre, hundida por la pérdida de su hija no soportó más el tener que convivir con aquel hombre y huyó a España. Después de lo ocurrido y junto a mí, intentó sobrevivir lejos de todo lo que representaba su pasado. Pero ahora, por lo que usted acaba de confesarme, he descubierto que todo aquello fue un complot urdido por aquel despreciable individuo, en venganza por el amor que su madre sentía hacia mí.

Matilde. – Jamás pude sospechar que fuera secuestrada por quien de mala forma ejercía de padre, y mucho menos el que me hubiera hecho creer falsamente que había sido abandonada y despreciada por esa señora.

Él. – Y ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Matilde. – Cuando alcancé la mayoría de edad, y después de haber conseguido terminar mis estudios, conseguí escapar de las garras de aquel hombre y trasladarme a vivir a España a través de una beca que conseguí para ampliar mis conocimientos.

Él. – Pero ¿cómo pudo intuir que su madre se hallaba viviendo aquí?...

Matilde. – Durante dos años estuve contratada en la embajada de Venezuela y a través de unos archivos, un día descubrí la existencia de una mujer con los mismos nombres y apellidos que los de esa señora. Intenté localizarla en las señas que allí constaban, pero lo fue en vano, se había trasladado a vivir a otro lugar y no pude averiguar su paradero. Continué investigando a través de antiguos amigos suyos que me contaron la historia pasional que mi madre había vivido con un hombre. Me puse en contacto con el hotel donde se conocieron y conseguí el nombre y apellidos de aquel músico, usted. Entonces intuí que, seguramente, esa señora había falseado su identidad. A partir de ahí he intentado localizar a las personas cuyos apellidos coincidieran con los de ustedes.

Él. – Pero, ¿en toda España?

Matilde. – No fue necesario. Sólo tuve que investigar en esta ciudad.

Él. – ¿Y cómo acertó que estábamos en ella?...

Matilde. – Una de las más íntimas amigas de esa señora,

Él. – ¡Su madre!

Matilde. – me comunicó que en una importante casa de subastas de esta ciudad, se ofertaba un collar de rubíes que ella reconoció como propiedad de esa señora. Desde entonces he estado siguiendo la pista hasta localizar su paradero aquí.

Él. – Y ahora que ya sabe toda la verdad, ¿qué siente hacia ella, su madre?

Matilde. – Estoy contrariada. Vine con unas intenciones y ahora tengo que asumir otra realidad, pero evidentemente menos cruel que la que hasta ahora creí. Siento dolor y frustración. Me duele el sentimiento, pensando que no podré siquiera cruzar unas palabras con ella. (*emocionada*) ¿Sabe? A pesar de todo siempre la he querido, añorado; deseado ser abrazada por ella,...

Él. – En la misma medida que fue adorada y llorada por su madre, mi esposa, no lo ponga en duda. Durante su vida siempre

ha arrastrado el peso, la tristeza y la angustia de haber perdido a su hija en aquel trágico incendio. Ello, seguramente, le hizo enfermar del corazón del que en estos últimos años ha estado tan delicada, hasta conseguir al final provocarle la muerte en un instante, en un soplo.

Matilde. – Por lo menos ha tenido una muerte rápida.

Él. – Pero una agonía lenta desde que creyó haber perdido a su hija.

Matilde. - Eso me lo quiere hacer creer para que guarde un bello recuerdo de ella, ¿verdad?

Él. – En absoluto. Tengo pruebas.

Matilde. – ¿Qué tipo de pruebas son esas?

Él. – Ninguna que materialmente pueda mostrarle. Sólo mi palabra. La de un hombre que ha amado y hasta la eternidad seguirá amando a la más bella, dulce y tierna mujer que un hombre puede llegar a conocer.

Matilde. - ¿Tanto la ha querido?...

Él. – No tengo por qué negarlo. No faltó a su respeto ni a la verdad diciéndole que jamás amé así a nadie, que abandonaré este mundo con su recuerdo en mi mente y que si la eternidad existe, en ella y por fortuna, la espero encontrar de nuevo. (*Llora*)

Matilde. – No soporto ver llorar a nadie delante de mí y menos a un hombre.

Él. – Perdóneme si lo hago. No puedo controlar mi dolor.

Matilde. – En eso sí que me siento vinculada a usted. Perder a una madre es un dolor para el que nunca se está preparado. La herida todavía sangra y verle llorar a usted hace que reconozca que mi actitud ha sido errónea pensando que era un simple vividor y que mi madre...

Él. – (*emocionado*) ¿Su madre?...

Matilde. – Sí, mi madre, no había sido la madre que tanto eché en falta.

Él. – Me gratifica el que haya podido sacarla de su error, aunque comprendo que sus razones tenía para creer todo lo que hasta hoy ha creído. A veces forjamos una realidad creyendo descubrir o descifrar la auténtica. Y en este caso, su madre, merecía quedar en el lugar que le corresponde: en el de un ser que jugó en la vida con las mejores bazas que tuvo a su alcance y luchó por mantener vivo el recuerdo de su amor hacia su hija. El dolor de una madre

por un hijo muerto se amortigua, pero jamás se calma.

Matilde. – Me marchó. Mi misión está cumplida. Es decir, no del todo. Las circunstancias han variado de tal forma que no puedo por menos que homenajear el recuerdo de mi madre visitando su tumba, antes de marcharme. ¿No le importaría indicarme el cementerio y el lugar de su sepultura?...

Él. – Gracias a la recolecta que se ha hecho entre las personas que nos conocían de vista y con las que de alguna forma teníamos alguna relación, se le ha podido dar sepultura en el Cementerio Municipal. Desconozco los datos de su fosa, pero allí mismo, dando su nombre, le podrán indicar en qué lugar han sido depositados.

Matilde. - ¿Quiere, quiere que cuando vaya a visitarla venga a recogerle y lo hagamos juntos?... A mí no me importaría hacerlo, en estos instantes he aprendido que jamás debería condenarse a alguien que se enfrenta al mundo, por amor, como mi madre y usted lo han hecho. Es, además de admirable, envidiable.

Él. – Agradezco las palabras que acaba de dirigirme pero siento no poder aceptar su ofrecimiento, me ha cogido usted por casualidad. Estoy preparando el equipaje. Tengo que abandonar esta habitación, el edificio va a ser derruido y yo, ahora, debo alojarme en uno de los refugios que se instalan para gente sin hogar.

Matilde. - ¿No tiene a nadie?...

Él. – (*mintiendo*) ¡Quizá!

Matilde. – Y ¿por qué no acude a ellos para que le ayuden?

Él. – Porque no es ayuda lo que necesito. Lo que yo necesito es tranquilidad, sosiego, paz; olvidarme de todo y preparar mi espíritu para el maravilloso viaje que me espera.

Matilde. – ¿Puedo saber dónde piensa dirigirse usted? No me importaría poder volverle a saludar.

Él. – Adonde pienso dirigirme no es muy recomendable desplazarse, salvo en casos excepcionales como puede ser el mío. Aunque no se preocupe, seguramente tendrá noticias de mi paradero antes de lo que cree.

Matilde. – Tome, aquí tiene mi tarjeta. No dude en comunicarse conmigo, me gustaría poder hablar de mi madre y conocerla a través de usted. Según dicen quienes la conocieron, ella y yo teníamos un carácter muy parecido.

Él. – Y los mismos maravillosos ojos que tanta luz dieron a mi vida. ¡Disculpe! Antes de marcharse ¿no le apetecería llevarse un recuerdo de su madre? No le quedaban grandes cosas -sus joyas, sus abrigos, sus pertenencias fueron desapareciendo- pero todavía queda algo que para ella representaba mucho, era su pequeño tesoro: (*coge de la mesa un libro y un espejo de plata y se lo muestra a ella*) este espejo de plata y este libro de sonetos. No tengo inconveniente en que usted conserve el espejo en donde tanto reflejó su imagen a través de los años su querida madre; pero el libro, siéndole sincero, me gustaría poder conservarlo. No tiene ningún valor, salvo que ella y yo hemos compartido su lectura a través de nuestros años de convivencia. (*ofrece a Matilde los dos mencionados objetos*) ¡Disponga de todo ello como mejor convenga!

Matilde. – (*Ella observa los dos objetos y siendo consciente de la importancia que para él tiene el libro, le coge con ternura sólo el espejo*) ¡Gracias! Prometo conservarlo con el mismo cariño con que usted me lo ofrece. (*se mira en él*) Seguramente en este espejo quede algo de la mágica mirada que tenían los ojos de mi madre.

Él. – La acompaño (*le besa la mano*)

Matilde. – Soy muy joven para ese honor, pero no para que me permita el despedirme de usted como merece el ser que ha acompañado a mi madre hasta el final de sus días, dándole lo que más necesita el ser humano: amor. (*emocionada le da dos besos en la mejilla*)

Él. – (*Él roza su cara*) La finura de su piel, el tacto de su rostro con el mío, me ha hecho recordar por un instante la dulzura del que fue, es y será el amor de mi vida.

(*Salen de escena. Al regreso, apaga las luces del escenario que queda en penumbra; él, observa con dolor el entorno, la cheslón donde falleció Matilde y se echa llorando sobre el cojín donde depositó su cabeza por última vez. Se levanta, coge una maleta, la coloca al lado de un sillón al fondo del escenario, observa y toca la bombona de gas, manipula las llaves de la cocina, coge la palmatoria y una vez que ha tomado asiento en el sillón del fondo del escenario, enciende la vela con la que alumbra la lectura en voz alta del poema XCIII del libro de Pablo Neruda “Cien sonetos de amor”*)

“SI ALGUNA VEZ TU PECHO SE DETIENE,
SI ALGO DEJA DE ANDAR ARDIENDO POR TUS VENAS,
SI TU VOZ EN TU BOCA SE VA SIN SER PALABRA,
SI TUS MANOS SE OLVIDAN DE VOLAR Y SE DUERMEN,

MATILDE, AMOR, DEJA TUS LABIOS ENTREABIERTOS
PORQUE ESE ÚLTIMO BESO DEBE DURAR CONMIGO,
DEBE QUEDAR INMÓVIL PARA SIEMPRE EN TU BOCA
PARA QUE ASÍ TAMBIÉN ME ACOMPAÑE EN MI MUERTE.

ME MORIRE BESANDO TU LOCA BOCA FRÍA,
ABRAZANDO EL RACIMO PERDIDO DE TU CUERPO,
Y BUSCANDO LA LUZ DE TUS OJOS CERRADOS.

Y ASÍ CUANDO LA TIERRA RECIBA NUESTRO ABRAZO
IREMOS CONFUNDIDOS EN UNA SOLA MUERTE
A VIVIR PARA SIEMPRE LA ETERNIDAD DE UN BESO.

(*Tira al aire la vela encendida y se produce una explosión. Escena a oscuras*)

Voz en off., : “Un hombre, de edad avanzada, perdió anoche la vida en el incendio del edificio situado en calle Lira, número 22, de esta ciudad. Se desconocen las causas del siniestro, aunque los primeros indicios apuntan que fue la explosión de una bombona de gas lo que originó el incendio. En lo que va de mes y con ésta, son ya catorce víctimas a causa de incendios en viviendas. Les seguiremos manteniendo informados”.

TELÓN

FRENTE A LA ORILLA

-Tragicomedia en un sólo acto-

FRENTE A LA ORILLA

-Tragicomedia en un sólo acto-

Personajes: *Pescadores 1 y 2. Turista. Chico y Chica. Chavales 1, 2, 3, y 4. Autónoma y Autónomo. Madre. Padre. Niños 1 y 2 y Niña. Vecino y Vecina. Señor y Señora. Cruz 1 y 2. Amigas 1, 2, 3. Monja 1 y 2. Casado. Soltero. La loca. Extras: gitana y negro.*

Decorado: *Representa la orilla de una playa mediterránea contemplada por el espectador que adopta la posición del mar. El patio de butacas deberá estar iluminado en azul y el escenario lo estará con luz nocturna e irá progresando con el amanecer, mañana y tarde para terminar con la noche iluminada por la luna. Es recomendable que durante toda la representación, de vez en cuando, se oiga el sonido de las olas.*

(En la escena iluminándose con linternas, aparecen dos pescadores con todos los bártulos adecuados para la pesca)

Pescador 1: ¿Te has enterao del accidente que hubo anoche?

Pescador 2: ¡Calla hombre! Si por poco me tropieso con todo el estropicio. Ha sido de cojones. Lo he visto en la televisión. El chico ha quedao destrosado con la moto.

Pescador 1: Es que el tren lo arroyó.

Pescador 2: ¡Sí, según han dicho, el paso a nivel falló y cuando se dio cuenta... tenía el tren encima!

Pescador 1: ¡Ahora van a averiguar si estaba borracho!...

Pescador 2: ¡Sí, con la autopsia, como siempre! Aunque de poco vale averiguar nada. A saber si iría drogao...

Pescador 1: ¡La juventud, ya se sabe!

Pescador 2: ¡Tienes razón!

Pescador 1: ¡Lo que ha cambiao la vida!

Pescador 2: ¡Efectivamente! En unos años nos hemos tenío que poner al día en tantas cosas, que yo a veces, me paro a pensar y me da miedo... ¿Te acuerdas?.. Hemos pasao de no tener retrete ni agua corriente en nuestra juventud, a tener televisión

Pescador 1: y con mandos.

Pescador 2: Sedés, vídios,

Pescador 1: lavaoras, fregaplatos,

Pescador 2: teléfono,

Pescador 1: y ensima móviles,

Pescador 2: Internés... *(en tono nostálgico)* Lo que más hecho de menos, son las moscas. Nos las hemos cargao. Ya no hay como antes.

Pescador 1: ¡Tienes razón!

Pescador 2: Yo me acuerdo que, en casa de mis padres, en la cosina y de la bombilla que colgaba, siempre había atada una tira de papel adonde iban a parar todas las moscas cuando se arrimaban a ella. Yo, miraba hasia arriba mientras que mi madre me obligaba a comer y me distraía el ver que alguna se salvaba de morir apegada, y se caía, como embobada, en el plato de lentejas; pero no pasaba nada... se quitaba la mosca con los deos y ¡jala! a seguir comiendo.

Pescador 1. *(con ironía)* Igual que ahora, que tenemos que estar pendientes de que no nos caduquen los yogures.

Pescador 2: ¡Che! Tienes razón, como que a mí a veces me toca comerme tres de golpe para que mi mujer no se enfade por tenerlos que tirar *(ríen)*

(Entra en escena un turista nacional)

Turista: ¡Buenas noches! ¡Qué! ¿pican?...

Pescador 2.- ¡Buenas noches!

Pescador 1: De tarde en tarde; pero nos da igual. Nosotros venimos para pasar unas horas de relajo en estas noches de calor...

Turista: ¿Les va un cigarro?...

Pescador 2: ¡Vaya!

Turista: ¡Tomen!

(Encienden los tres el cigarro y aspiran el humo)

Pescador 1: Usted qué es veraneante, ¿verdad?

Turista: ¡Sí, llegué anoche! He venido con toda mi familia de Madrid. Tenemos un apartamento comprado hace unos años, aquí mismo, al cruzar la carretera, en segunda línea. Nos gusta mucho esta playa.

Pescador 2: -y eso que no es la que era-

Pescador 1: y que lo diga... aunque sigue siendo una de las mejores del Mediterráneo y no es porque yo sea de aquí, del pueblo, es que es verdad ¿a que sí Pepe?

Pescador 2: ¡Tiene razón!

Turista: Por cierto ¿saben ustedes si hay movimiento turístico esta temporada? Seguramente voy a poner en venta el apartamento.

Pescador 1: ¿Para comprar otro mayor?

Turista: ¡No, ojalá! Tengo cincuenta y tres años. Estoy parado y con lo que me da el Estado no tengo ni para pagar los gastos mínimos del mes.

Pescador 2: Qué nos va a contar a nosotros que, después de cotisar cuarenta y tres años, lo que nos ha quedao ha sido una miseria.

Pescador 1: ¿Otra vez te estás quejando Pepico? ¿Pero no nos dijeron que si hubiéramos cotizado más en los últimos quince años, nos habrían quedado siento y pico mil pesetas, con cónyuge a tu cargo?

Pescador 2: Sí, pero es que a mí lo que no me entra en la cabeza es que haya quien ha cotizado menos de cuarenta y tres años y cobre más.

Pescador 1: Porque nosotros nos quedamos en el paro a los cincuenta y cinco años cuando cerraron la fábrica y a los sesenta nos prejubilamos, gracias a que teníamos cotizaciones de antes del año sesenta y siete...

Pescador 2: Y gracias a la refusión del siete por siento, por cada año que nos adelantamos a la edad de la jubilación, que es a los sesenta y cinco...

Pescador 1: Nos ha correspondido lo que nos ha correspondido: una pensión del sesenta por siento sobre el mínimo establecido.

Pescador 2: En total y para recabar, ¿qué nos ha quedao?...

Pescador 1: Pues, una puta miseria. ¡Después de todo lo que has padecido!

Pescador 2: Gracias a los hijos, que si no... la íbamos a pasar canutas!

Pescador 1: ¿Gracias a los hijos dises? Eso será a ti, porque yo, ensima tengo que ayudar a mi hija que se acaba de separar de su marido, después de catorce años de casada y con dos niños.

Pescador 2: ¡Che... parece que han picao!

Pescador 1: ¡Cojones, ya era hora! *(Saca el pez lo observa)*

Pescador 2: *(con ironía)* ¡Otro que mañana caerá en el almuerzo! *(le muestra la ridiculez del pez)*

Pescador 1: ¡Sí, con los que comprenden nuestras mujeres en el mercao! *(ríen)*

Pescador 2: Bueno, es tarde ya. ¿Nos vamos?...

Pescador 1: Sí, creo que ya está bien por hoy.

Pescador 2: ¿Usted se queda?

Turista: No. Me voy también. Mañana quiero madrugar. Hay que limpiar y ordenar el apartamento y si hace buen día queremos darnos el primer baño del verano.

Pescador 1: Bueno, pues entonses hasta la vista.

Pescador 2: ¡Que le vaya bien!

Turista: Eso espero... Buenas noches.

(Se alejan los pescadores, por distinto lugar al que lo hace el turista y antes de que dejen la escena, aparece la sombra de una pareja de jóvenes cogidos de la mano mirándose apasionadamente. Ella se sienta en la arena apoyándose en una de las hamacas y él de pie dando la espalda al público, trajina con su bragueta)

Ella: ¿Te lo has puesto?...

Él: ¡Joder, lo he perdido!

Ella: ¿Viene alguien?...

Él: Nadie.

Ella: Pues date prisa, tengo miedo.

Él: No corras.

Ella: ¡Venga, que tengo ganas!

Él: *(se desabrocha el pantalón y se echa sobre ella en la arena para hacer el amor)*

Ella: ¿De verdad que no me quieres sólo por esto?

Él: ¡Claro que no tía! ¿O es que no me crees?

Ella: Ten en cuenta que, aunque haces el amor dabute, no estoy dispuesta a que me tomes el pelo. ¿Me quieres?

Él: ¡Claro que te quiero, piba mía!

Ella: Y si me quedara embarazada ¿me querrías igual?

Él: *(Se separa de ella alarmado)* ¡No jodas tía! ¿No te tomas las

pastillas?

Ella: Si Juanjo, era por saber si me dejarías.

Él: *(Vuelve a las andadas de forma apasionada y jadeante)* ¡Venga muévete, pon algo de tu parte! *(pausa)* ¡Te voy a dejar!

Ella: ¡No, todavía no!

Él: ¡No aguanto más!

Ella: ¡Espera!

Él: Te he dicho que no puedo más.

Ella: ¡Me vuelves loca!

Él: ¡Que me voy!

Ella: ¡Espera!

Él: ¡Me voy!

Ella: ¡No me dejes sola! ¡Espérate, que yo también quiero irme contigo!

Él: ¡Me voy tía, no aguanto más!

Ella: ¡Ay! que yo también me voy. ¡Dime que me quieres!

Él: ¡Pues ahí voy!

(Suena alta la música de fondo y el susurro del mar. Se oyen gritos de orgasmos. Terminan y se levantan alarmados sacudiéndose la arena con rapidez, porque perciben la llegada de un grupo de jóvenes)

Chaval 1: *(Uno de los jóvenes comienza a vomitar)* ¡Joder, mira que te lo dije que no le dejaras beber, que siempre pasa lo mismo!

Chaval 2: Pero... si apenas ha bebido.

Chaval 1: ¿Entonces?

Chaval 3: Deben ser esas pastillas que hemos comprado en la discoteca.

Chaval 1: Pues sí que la hemos pringao; porque ahora tendré que conducir yo, que no tengo carné.

Chaval 3: Y qué más da. La hora que es, ya no hay control de carretera.

Chaval 1: ¡Ni poco! Como nos cojan nos meten un puro que no tenemos paga hasta que no acabemos la carrera.

Chaval 3: ¡Bueno, pues cogemos un atajo que me sé yo!

Chaval 1: Lo que peor me sabe es que me ha vomitado encima y no veas como huele. Mañana cuando lo vea mi madre me la cargo.

Chaval 2: ¿Mañana? Querrás decir hoy. Está ya amaneciendo.

Chaval 1: ¿Ya? ¿Qué hora es?

Chaval 2: Las seis y media.

Chaval 1: ¡Qué putada!

Chaval 3: ¡Anda, ayúdame a llevarlo al coche! ¡Venga Miguel, levanta coño!

Chaval 4: ¡Ay, que me muero!

Chaval 1: ¡Que no te mueres, por ahora; otra cosa será que te maten tus padres cuando llegues a casa!

Chaval 2: ¡Venga, joder, a ver si escarmientas con lo de hoy!

Chaval 4: Tengo ganas de orinar.

Chaval 1: Pues te meas encima, porque yo no te la pienso sacar.

Chaval 2: No seas cabrón, coño, que por un amigo se hace lo que haga falta.

Chaval 1: Pues sácasela tú que eres tan solidario ¡no te jode!

(De espaldas al público le abre la bragueta para que orine. Sus amigos le sujetan por los brazos y a trancas y barrancas dejan sola la escena. Durante la conversación que van a mantener los distintos personajes el escenario es cruzado por diversas personas que van de izquierda a derecha andando deprisa o corriendo con ropa adecuada para el ejercicio playero. Sube la iluminación escénica en la forma adecuada a la veraniega mañana de un mes de agosto)

Autónoma: ¡Aquí, aquí mismo que no hay nadie alrededor que nos moleste! ¡Ale, ya está! *(extiende la toalla en la arena)* ¡Ay, qué buena mañana hace! No hay nada mejor que pasar las vacaciones en esta Comunidad. El sol, lo tienes asegurado.

Autónomo: *(coloca silla y sombrilla)* ¿Y para qué tanto sol, digo yo, si tengo que venir cargado con la sombrilla?

Autónoma: Pues porque se tiene que notar que venimos sin estrecheces, con toda la comodidad del mundo y no como toda esta gente, que tiene que protegerse con ese sombraje común.

Autónomo: Ese sombraje común, como tú dices y según el cartel que pone, que no te enteras, está reservado exclusivamente para los que están instalados en ese hotel de cinco estrellas.

Autónoma: ¡Huy! Qué impersonal, no me digas: un hotel. Donde esté un apartamento, con su zona verde, con su campo de tenis, con su piscina para niños y adultos,...

Autónomo: Pero si nosotros no necesitamos tanto lío.

Autónoma: Tú no Manolo, pero ¿y si vienen nuestros hijos? Ya sabes que tenemos una nuera y un yerno que son muy exigentes y

lo quieren todo como Dios manda, porque para estar peor, como dicen, se quedan en casa.

Autónomo: Pues que se queden... ¡no te fastidia! Total para lo que están con nosotros. No paran ni un minuto en el apartamento. Cuando no están en la playa, están de marcha. Nada más que paran en el apartamento para dormir la siesta, porque como son jóvenes, por la noche despiertos hasta que amanece.

Autónoma: Que es la hora a la que nosotros tendremos que levantarnos mañana.

Autónomo: ¿Tan temprano? ¿Por qué?

Autónoma: Porque tenemos que hacer ejercicio.

Autónomo: Yo he venido a descansar.

Autónoma: Y a eliminar, tú un poco de tripa y yo...*(se mira)* un poco de todo.

Autónomo: ¡Pues conmigo no cuentas!

Autónoma: ¡Manolo no discutas! Tenemos que hacer ejercicio, eliminar toxinas, grasas.

Autónomo: Pero si con las varices que tengo de estar tanto tiempo de pie en la carnicería...

Autónoma: Pues mejor me lo pones. Así te circulará la sangre. ¡Ven! Extiéndeme la crema por la espalda que yo no puedo. Quiero ponerme morena. Que se note que hemos salido de vacaciones, que hemos estado en la costa.

Autónomo: No, si de eso, aunque no te pongas al sol, ya se enteran en el pueblo. Ya te preocupas tú de que se enteren, enseñando a todo el mundo las fotografías que siempre te empeñas en hacer.

Autónoma: ¡Claro! ¿Qué quieres, que crean que porque somos carniceros, nosotros no tenemos derecho?

Autónomo: Pero, si eso son manías tuyas. Nadie se preocupa de nosotros. Bastante tienen con lo suyo.

Autónoma: Tú lo has dicho, bastante; pero eso no les impide estar pendientes de todo lo que no les importa. Además ¿qué delito cometo yo en decir a nuestra clientela que nosotros también nos culturizamos, que hacemos turismo?

Autónomo: ¿Turismo? ¿Estar todo el día en la playa y el resto metidos en la urbanización adonde apenas conoces a la gente y con la que te tienes que relacionar? ¿Bañarte en la piscina, tú con flotador y yo agarrándome al borde, teniendo que fingir mareos yo y vértigos tú, en lugar de decir la verdad: que es que somos de

secano, que nosotros con el agua de la bañera tenemos más que suficiente como para poder ahogarnos, si se nos va de la mano el gel espumoso?

Autónoma: Pero no me negarás que no es bonito relacionarte con gente distinta, diferente... Participar de los torneos que organizan, -aunque tampoco me entusiasmen mucho-, esas verbenas de la Comunidad, la despedida del verano... no me digas, es maravilloso.

Autónomo: Bueno, lo de las verbenas he de reconocer que no está mal del todo; pero cuando ponen pasodobles, tangos -lo nuestro-; porque cuando ponen esa música moderna, terminas con dolor de riñones de hacer siempre el mismo gesto al bailar.

Autónoma: Eso es porque no hacemos ejercicio, pero a mí me encanta la música moderna, ¡es tan excitante!

Autónomo: ¿Excitante? Empiezan a bailar y nadie sabe ni con quién empieza, ni con quién está, ni con quién acaba... Eso es igual de excitante que las cenas que se organizan, bueno, cenas... por decir algo. Porque no me digas: mucha bandeja, mucho adorno, pero los platos y cubiertos de plástico, los canapeses de pan de molde untados casi todos de lo mismo, las ensaladas tropicales con salsas sabor a yogur y amarillentas...

Autónoma: Mostaza, el color amarillo es el de la mostaza.

Autónomo: Eso, de mostaza mezclada con cosas como el cangrejo, merluza, berberechos y con no sé qué cosas más. Cuando quieres probarlas y encuentras el cucharón te sirves, tiras a comer, hincas el tenedor en el plato y se te hunde con todo lo que lleva dentro. Y no quieras ver cuando se te ocurre utilizar el cuchillo, bueno, entonces: de pie, con el plato lleno de comida y la copa de vino en una sola mano, y en la otra con los dos cubiertos y la servilleta de papel, ¡imposible dar bocado! Y a todo ello, casi a oscuras, porque como la cena lo es al lado de la piscina, no tienes más luz que la que sale de las velas que ponen a su alrededor, que están más tiempo apagadas que encendidas gracias al Levante que suele hacer siempre.

(Sale a escena una mujer, vestida de forma harapienta y cargada de bolsas de plástico, que atraviesa de un lado a otro el escenario)

Autónoma: ¡Manolo! ¿Has terminado ya? Porque no paras. Tienes que ser más sociable, ponerte al día, los tiempos avanzan, las modas cambian.

Autónomo: Sí, pero donde esté una buena silla donde poder

sentarte y una buena mesa, donde poner tu buen plato de loza y tu buen cuchillo para poder partir las chuletas de cordero y el rico embutido que hacemos nosotros, que se quiten todas esas modernidades.

Autónoma: ¡Hijo, no puedes negar que eres carnicero!

Autónomo: ¡Y a mucha honra! Gracias a eso vivimos como vivimos.

Autónoma: Bueno, a eso y a que no tienes empleados y a que a mí me tienes como a una esclava detrás del mostrador, que si no,... con las contribuciones, los autónomos, la declaración de la renta, la letra del coche, las del piso, las de las reparaciones de la maquinaria, los seguros de la vida, los del santo entierro, los de robo e incendios y, por último, que se me olvidaba, los del invento ese del Plan de Jubilación al que estamos apuntados por si llegamos vivos a los sesenta y cinco años y disfrutamos de la jubilación, porque claro antes ni se te puede ocurrir retirarte, por ser autónomo. Así que, como te digo, gracias a que trabajo como una esclava podemos permitirnos el lujo de disfrutar de quince días de vacaciones, si no hasta que no nos llegaran las que organiza el Imsero.

Autónomo: Pues a mí, no me importaría disfrutarlas. Mira tus padres. Todo el invierno de viaje. Cuando no están en Palma, en Andalucía y cuando no, en Benidorm, instalados en un hotel donde no pegan ni golpe y no como yo, que nada más estoy subiendo y bajando por ese ascensor que me da claustrofobia, comprando cada dos por tres todo lo que se te ha olvidado comprar en el supermercado adonde nos tiramos tres horas para poder pagar en caja lo que hemos tardado diez minutos en comprar y, encima, pudiendo bailar desde las seis de la tarde hasta la hora de la cena, como se debe bailar, agarraos y con alguna que otra atracción en el descanso. Claro que esto último creo que es un coñazo, según me cuenta tu padre, porque en lugar de salir alguna tía, alguna vedette, como dice él, sale siempre algo extraño que, de momento te anima, te pone cachondo, pero que te jode cuando te enteras, porque así lo reconoce públicamente la artista, que lo que tienes delante es como una muñeca de silicona pero con manguera incluida.

Autónoma: (*cariñosa*) ¡Claro! como que donde esté una mujer rolliza, entradita en carnes como yo, que se quiten todos esos

inventos de la silicona ¿a que sí, mi vida?

Autónomo: (*con arrumacos*) ¡Sí, mi cielo!

Autónoma: ¡Ay, Manolo! Manolo, no me digas esas cosas con ese tono, que estamos en la playa y con este sol y con la pasión que veo en tus ojos, me puedo derretir.

Autónomo: Pues lo mejor para evitarlo sería que nos fuéramos al apartamento y allí, fresquitos y en la cama, aprovecháramos el tiempo antes de que lleguen tus hijos.

Autónoma: ¡Oye, que son tuyos también!

Autónomo: Bueno,... pues por eso los aguanto, que si no... te ibas tú a enterar. Te iba a dar un veraneo que no ibas a salir del apartamento hasta que no pudiéramos aguantar más el hambre ¿me entiendes pichurri?

Autónoma: ¡Menos lobos Manolo, que estás herniado!

Autónomo: ¿Y qué?

Autónoma: Pues que se te sale si te esfuerzas, y no estás tú ya para muchos esfuerzos. ¡Huy! Si se me había olvidado ¿qué hora es?

Autónomo: Las doce.

Autónoma: Pues nos tenemos que ir, no me acordaba que había tomado turno en la peluquería.

Autónomo: Pero ¿para qué quieres ir a la peluquería si estamos de vacaciones?

Autónoma: ¡Manolo, porque hoy es sábado y esta noche habrá una cena de bienvenida en la Comunidad!

Autónomo: ¡Jo, ya empezamos!

Autónoma: ¡A callar, no protestes Manolo, no seas cascarrabias! ¡Vayámonos ya!

Autónomo: Pero si yo no tengo que ir a la peluquería.

Autónoma: ¡Claro que no! Pero tienes que ir a traer una botella de gas, porque sino mañana no podremos ni desayunar.

Autónomo: ¡Playa, arena, sol, agua, cenas, apartamento, familia! ¡Vacaciones! ¿Quién las habrá inventado? ¡Maldita sea!

(*Recogen los bártulos y salen de escena: aparece una familia con todos los utensilios adecuados a la jornada playera*)

Madre: ¡Niños, venga dejad de pelear!

Padre: ¡Bueno, por fin hemos llegado! ¡Qué bonito está el mar!

Niño 1: ¡Mamá, mamá, yo quiero bañarme!

Niño 2: ¡Yo también!

Niño 1: ¡Yo lo dije primero, idiota!

Madre: ¡Niños, dejad de pelear de buena mañana!

Niña: ¡Mamá, quítame los zapatos, quiero jugar en el agua!

Madre: ¡Ven hija! ¡Ay, qué rolliza estás! Espera que mamá te ponga cremita en la espalda para que no te quemes (*le pone crema a su hija*) y tú Juan, a ver si me ayudas a algo, porque con eso de que estás de vacaciones. ¡Ponles crema a los niños también! (*le da la caja de crema al marido*)

Padre: ¡Pero, si estoy colocando todos los trastos estos!

Madre: ¡Pues date prisa, que para todo eres igual de lento; bueno, para casi todo, porque cuando se trata de irte con tus amigotes al fútbol!

Padre: ¡No empecemos María, tengamos la fiesta en paz!

Madre: ¡En paz la tendré cuando me muera! ¡Ay, en qué hora se me ocurriría casarme contigo! ¡Si ya me lo decía mi madre! Si no fuera por mis hijos... a cualquier hora iba a estar aquí.

Padre: ¡No sé adónde ibas a ir!

Madre: A Palma de Mallorca o a Marbella, con los moros.

Padre: Querrás decir, con los árabes.

Madre: Y qué más da. Con gente de dinero, de la jet, tomando el sol sin preocupaciones, durante el día, y de marcha durante la noche y no aquí, aguantando a toda la Comunidad de gilipollas en donde estamos y a ti... que mucho presumir de virilidad pero... que no me entero.

Padre: ¡Hija! Es que con el “estrés” y el “trabajo”...

Madre: ¡Pues a ver si te relajas aunque sea a base de “valerianas” porque yo aún estoy en edad de merecer! Pero ¿qué haces?

(*El marido está mirando descaradamente a una exultante chica que pasea por la orilla*)

Padre: ¿Que qué hago?... ¡Nada!

Madre: ¿Cómo que nada? ¡Serás canalla! No sé cómo te aguanto ¡Ala! Venga niños, al agua y tened cuidado de vuestra hermanita, no la dejéis sola ni un momento! ¿Me habéis oído?

Niños: ¡Sí mamá!

(*Los niños salen del escenario por la parte delantera, con flotadores y balones, simulando adentrarse en el agua. Entran en escena un matrimonio, vecinos de la comunidad de propietarios*)

Vecino: ¡Hola! ¿Qué tal?

Vecina: ¡Hola! ¿Cuándo habéis llegado?

Madre: Anoche. Hija cómo estaba el tráfico: horrible.

Vecina: Nosotros llegamos por la mañana en el avión. Es mucho más cómodo y como el dinero para algo está. Mi yerno nos sacó los billetes, como sabes que él trabaja en Iberia.

Madre: Sí, ya. Por cierto, ¿cómo están tus hijos?...

Vecina: ¡Fantásticos! El mayor ya ha terminado la carrera, le falta sólo emplearse.

Madre: ¿Sólo?

Vecina: Quiero decir, encontrar lo que a él le guste y le convenga. Él dice que para estar a disgusto prefiere ampliar estudios y mientras que su padre pueda... Tampoco queremos achucharle.

Madre: (*irónica*) ¡No, que va! Hacéis bien. Total es joven. Sólo tiene treinta y cuatro años ¿no? Y el pequeño que tal ¿Tiene novia?

Vecina: Empezó a salir con una chica que era majísima: alta, rubia, fina, educada, con tres idiomas...

Madre: Y ¿qué le pasó, que se pelearon?..

Vecina: ¡No! ¡Ojalá!

Madre: ¡Ojalá! ¿Por qué? No entiendo.

Vecina: Porque se han casado.

Madre: ¿De penalty?

Vecina: ¡Que más hubiera querido yo!

Madre: ¡Hija, como no cuentas, no me entero!

Vecina: Es que... es... (*le hace un gesto con la mano, ridículamente afeminado*) ¿Me entiendes?...

Madre: ¿Estéril?

Vecina: ¡No hija, qué torpe eres! ¡Es que es un travestí!

Madre: ¡Acabáramos! Eso no tiene importancia. ¿No ves en la televisión? No paran de hacer programas de esos, en donde nada más que hacen que reivindicar sus derechos. La verdad es que con tanta libertad de donde menos te piensas salta la liebre.

Vecina: Y que lo digas, aunque parece que todo esto está de moda y como mi hijo es tan “moderno”, tan “progre” y tan “.....”

Madre: ¡Calla, no lo digas, que te veo venir! No creas que es él sólo, es en general. El hombre ha perdido su virilidad, ¿no ves cómo se cuidan, se perfuman y se maquillan más que nosotras?.. (*De un lado a otro del escenario sale la misma mujer harapienta cargada de bolsas*)

Vecina: ¡Tienes razón hija! Para hombres los de antes. No te irían a la compra, ni te ayudarían en las tareas de la casa – nunca

paraban en ella – pero, por lo menos, nos daban la posibilidad de mandar y de poder fingir orgasmos. ¡Ahora, ni eso!

Madre: Y que lo digas. Ahora con tanto “estrés”, tanta “tele” y tanto “fútbol” ni tiempo, ni ganas. ¿Qué me vas a decir a mí que yo no sepa? (*dirigiéndose al patio de butacas*) ¡Aránzazu, Yosua, Alberto! ¡Venga, salid ya del agua! ¡Hija, no se cansan!

Vecina: ¡Es normal! ¡Qué ricos que están! ¿No piensas tener más?

Madre: ¡No mande Dios, que me conserve los que tengo! No hija, conseguí por fin que Miguel se hiciera la vasectomía.

Vecina: ¡No me digas! ¡Qué adelantos!

Madre: Claro que para lo que me ha servido, no me entero.

Vecina: ¡Qué graciosa eres! ¿Que no te enteras? Pues espérate a tener la edad mía, entonces... entonces... es cuando no te vas a enterar. (*ríen*)

Vecino: Bueno, ¿nos vemos esta tarde?... La reunión es a las ocho. A ver si conseguimos que paguen los del cuarto. Mucho coche, mucho aperitivo, mucha discoteca y ya ves, cinco meses sin pagar la Comunidad. ¡Verás, verás la que se arma esta tarde!

Padre: (*el padre y el vecino hasta ahora han estado conversando al margen de sus esposas*) Bueno, vale. ¡Hasta luego! Me alegro. ¡Adiós Luis! ¡Adiós!

Juana: ¡Hasta luego!

Vecino: ¡Hasta luego! Oye, por cierto, podíamos apuntarnos para el torneo de tenis que organiza la Comunidad todos los años y formar pareja tú y yo ¿qué te parece la idea?

Padre: ¡Estupendo! Esta tarde se lo diremos al Secretario para que nos apunte con tiempo y no a última hora, como todos los años.

Vecino: ¡De acuerdo! Vale. Hasta luego. (*Se pone a andar y se quema los pies con la arena*) ¡Coño, cómo quema la arena!

Vecina: ¡Ponte las zapatillas!

Vecino: ¡Pero es que puedo! (*hace el gesto de ponérselas, pero no lo consigue y ella le calza*)

Vecina: ¡Hombres!

Madre: Nosotros también nos vamos a marchar. Adiós. Bueno Miguel: creo que es hora de irnos. ¡Tengo que preparar la comida y tú tienes que ir antes al Supermercado!

Padre: ¡Sí cariño, lo que tú digas!

Madre: (*dirigiéndose al patio de butacas*) ¡Aránzazu, Yosua,

Alberto! Venga salid, que me enfado. Ya está bien de agua.

(*Durante todo el primer acto pueden atravesar la escena un negro intentando vender collares y una gitana, toallas*)

Madre: ¡Nada, que no me hacen caso!

Padre: ¡Ya vienen, no te desesperes! ¡Qué mujer!

Niño 1 – (*salen los dos niños*) ¡Jo, mamá! Con lo bien que estábamos bañándonos.

Madre: ¡No empecéis a marearme! Ahora después os podréis bañar en la piscina mientras que preparo la comida, así que a callar, protestón. No sé a quién te pareces.

Padre: ¡Pues está claro!

Madre: ¿Qué has dicho?

Padre: Que yo tampoco lo sé.

Niño 2: ¿Qué hay para comer?

Madre: Ya veremos.

Niño 2: Yo quiero “pizza”.

Niño 1 -: Y yo, “hamburguesas”.

Madre: ¡Y yo, “jamón con chorreras”! Comeréis lo que os ponga y a callar. No empezar a darme el verano que os doy un mamporro.

Niño 1: ¡Siempre me toca comer lo que no me gusta!

Madre: ¡Calla y date prisa! Coge a tu hermana y ponle las zapatillas no se queme los pies ¡Anda! Por cierto ¿dónde está Aránzazu? ¡Miguel no la veo! ¿Dónde está tu hermana, Yosua?

Niño 1: ¡Por ahí!

Madre: ¿Dónde, lo sabes tú, Alberto?

Niño 2: ¡No te preocupes, iremos a buscarla, la encontraremos!

Madre: ¿La encontraremos? ¿Es que se ha perdido? ¡Miguel, mi hija se ha perdido! ¿Estás oyendo? ¡Se ha perdido Miguel!

Padre: ¡Tranquila, estará en la orilla, voy a buscarla!

Madre: Alberto, ¿pero no estaba contigo?

Niño 1: Sí, pero como me he puesto a jugar a la pelota...

Madre: ¿Pero, ha salido del agua con vosotros?

Niño 2: Yo... no sé... No la he visto.

Madre: ¡Miguel, mi hija! ¡Aránzazu! ¡Dios mío, que no la veo, Miguel!

Señora: ¡Tranquílcese señora, verá como la encuentran, no se preocupe! ¡Lo mejor sería que se avisara a la Cruz Roja!

Madre: ¡Vayan al puesto más cercano, por favor, dense prisa! ¡Hay que encontrarla!

Padre: ¡Mira que os tenemos dicho que no os mováis de nuestro lado, que llevéis cuidado!

Madre: ¡Aránzazu, hija! ¿Dónde estás? Oiga, ¿no habrán visto a una niña con un bañador azul, de cinco añitos?

Señor: No, pero no se preocupe, los niños en esta época se suelen perder con frecuencia. ¿Han avisado al puesto de la Cruz Roja?

Señora: Deberían comprobar si está en el agua, bañándose, quiero decir.

Señor: ¡Sí, ya han ido a avisar a los socorristas, pronto vendrán!

Padre: *(Sale del agua, nervioso, desesperado)* ¡No la encuentro, debe de haber salido a la orilla!

Madre: ¡Ay, Miguel, mi hija! ¿Dónde está Miguel? ¡Encuétrala Miguel!

Padre: ¡No te desesperes que aparecerá! Eso es, que al salir del agua se ha despistado.

Madre: ¿No se habrá ahogado?

Padre: El mar está en calma, no hay oleaje. Eso es que se ha perdido, tranquilízate.

Madre: ¡Dios te oiga! ¡Mi niña! ¡Aránzazu, hija mía! ¿Dónde estás? ¡Ven con mamáita, por favor, ven, mi pequeñita! *(Llora desconsoladamente.)*

(El escenario queda a oscuras)

(La nueva iluminación corresponde a la de las seis de la tarde. Hay extras en la playa y aparecen dos miembros de la Cruz Roja)

Cruz 1: ¡Ya apareció la niña que se había perdido esta mañana!

Cruz 2: ¡Sí, menos mal!

Cruz 1: La verdad es que no quieres, pero al final, tomas parte y llegas a angustiarte.

Cruz 2: Es que por nadie que pase.

Cruz 1: Yo, cada vez que oía a la madre llamar a su hija se me rompía el alma.

Cruz 2: ¡Pues no veas yo! Llegué a temer que se hubiera ahogado por un corte de digestión.

Cruz 1: ¡Bueno, pues ya está resuelto! ¡Mira, allí hay un perro!

Cruz 2: ¡Sí, se la va a cargar el dueño!

Cruz 1: ¿El dueño? tú estás tonto, ¡dirás la dueña!

Cruz 2: ¡Jo, macho! tienes razón. ¡Ésta es extranjera!

Cruz 1: ¡Déjame a mí, con un poco de suerte me la tragino esta noche!

Cruz 2: ¡Oye tío, que yo también soy cristiano!

Cruz 1: ¡Tú tienes novia!

Cruz 2: ¡Sí, pero es que ante eso, cualquiera se resiste!

(Salen del escenario con prisa y entretanto tres mujeres han aparecido en escena, extienden dos toallas y unas sillas de plástico)

Amiga 1: ¡Estaba deseando que se hiciera la hora para bajar a la playa! ¡No aguanto a mi suegra!

Amiga 2: ¡Pues hija, no sé de qué te quejas! ¡Si además tuvieras a tu padre como yo, y con la próstata hiperdilatada, no sé qué harías!

Amiga 3: ¡Suicidarse!

Amiga 2: ¡Ah, no hija, yo no! Yo hago yoga. Sí, yoga. Este invierno hice unos cursos y ahora en la terraza del apartamento me extiendo la toalla y ¡ala! a meditar. Que gritan los niños, que griten; que mi suegra se queja, que se queje; que mi madre me manda, que me mande; que mi padre se orina, pues ya lo limpiaré; que mi marido se cabrea, que le den morcillas. Yo, sigo con lo mío: mi yoga.

Amiga 3: ¡Eso es lo que tendré que hacer yo! Pero hija, no tengo ni un minuto libre. A las seis y media de la mañana levántate, llama a los niños, prepara el desayuno, coge el coche, déjalos en la parada del autobús, aparca, ficha a las ocho, trabaja, sal a las tres de la tarde, llega a las cuatro a casa, come, fríega, recoge a los niños a las cinco, prepáales la merienda, ayúdales a repasar las asignaturas, haz que se bañen, la cena, dásela, acuéstalos y espera arreglada y compuesta, a tu marido. Cena, un poco de televisión y a la cama con dos tilas para no tener espasmos durante la noche. Así un día tras otro hasta que llega el viernes. Del sábado ¿qué queréis que os diga? Durante la mañana trayendo y llevando, como un taxista, a los niños. A mediodía una comida rápida para no entretenerme, porque sin pérdida de tiempo tienes que ir al hipermercado y luego llena la nevera, arréglate rápidamente y cena con los amigos de tu marido, - los del Banco - que son un coñazo. Regresa a casa casi de madrugada, medio alcoholizada, - como no puedes hablar en las discotecas, tienes que beber para matar el rato e inhibirte un poco-. Ponte patas arriba, aguanta los ciento cinco quilos de tu querido esposo hasta que desiste por cansancio y se disculpa, una vez más, por la causa

de su impotencia: el alcohol. Y del domingo, mejor ni hablamos. Con deciros que nos reunimos trece en el bungalow, contando a mis cuñados, mis sobrinos y mis suegros, con eso, ya os lo imaginaréis. Así que, cómo voy a hacer yoga. Yo lo que necesito es al médico de la serie “Urgencias” para que le diera luz a mi vida, que está más complicada que la economía de nuestro país.

Amiga 2: Te pasa lo mismo que a mí, sólo que a mí, encima, me da por comer y no veas cómo engordo.

Amiga 1: ¡Tienes razón, este año como si te viera más rellenita!

Amiga 2: ¿Más rellenita? Hija qué amable eres, querrás decir más rellenota, porque vamos, he aumentado dos tallas más desde el año pasado.

Amiga 3: A mí, sin embargo, los nervios me dan por adelgazar y como apenas como, siempre tengo que estar tomando vitaminas.

Amiga 2: (*Mirando una revista*) ¡Ay, qué envidia me dan estas famosas!

Amiga 1: Y que lo digas.

Amiga 2: Todo su trabajo consiste en tomar día y hora para el peluquero, el masajista, el gimnasio, la sauna, el modisto, el cirujano... para luego aparecer radiantes en el cóctel de fulana o de mengana o en éste o aquel cumpleaños. ¡Hijas, unas tanto y otras tan poco!

Amiga 1: Y encima no paran de vender exclusivas, de hablar de sus maternidades -como si las demás fuéramos madres de alquiler-

Amiga 2: (*mostrándole la revista*) ¡Mira, mira! dicen que les han pillado juntos

Amiga 3: ¡No me extraña, si eso ya se veía venir!

Amiga 1: Claro, como lo de nuestro vecino, que anoche se lió a tortas con el jardinero de la Comunidad. Descubrió a su mujer con el jardinero en la caseta de herramientas. Ella dijo que estaban haciendo un curso de jardinería.

Amiga 3: ¡Menudo curso!

Amiga 1: A ese curso también me apuntaba yo.

Amiga 2: ¡Hija, es que el jardinero está! ¡A mí no me importaría que me regase!

Amiga 1: ¡Anda, ni a mí, que me podase!

Amiga 3: ¡Ni a mí, que me sembrase!

(*Ríen las tres y desaparecen de escena lentamente. La luz es la del atardecer mediterráneo y en primera línea aparecen dos monjas*)

Monja 1: ¡Huy! Qué inmenso es el mar.

Monja 2: ¿A que sí?

Monja 1: Nunca lo había visto.

Monja 2: ¿Nunca? ¿Y qué le parece?

Monja 1: ¡Muy bello! ¡Es grandioso! ¡Qué azul más intenso!

Monja 2: ¡Mójese los pies hermana!

Monja 1: ¿Usted cree?

Monja 2: ¡Claro! Por eso no va a perder su compostura.

Monja 1: Y usted, ¿no se anima?

Monja 2: No me apetece. Prefiero descansar, contemplar con tranquilidad el horizonte... tan claro...tan limpio...tan recto...

(*La monja 1 se ha quitado los zapatos y calcetines y levantándose levemente la falda con las dos manos, se introduce en la orilla para mojarse los pies*)

Monja 1: ¡Qué caliente está! ¡Qué sensación tan distinta, qué arena más dorada! ¡Cómo es de transparente el agua! ¡Huy! Y hasta hay pececillos ¡Mire, mire! (*Sonríe nerviosa*)

Monja 2: Sí, son peces de pequeño tamaño que corretean por la orilla buscando alimento.

Monja 1: ¡Qué precioso! ¡Qué grande es la naturaleza! (*señalando al agua*) ¿A qué sabe? Me han dicho que a sal.

Monja 2: ¡Sí, pruébela! ¡Pero mójese sólo los labios!

Monja 1: (*obedece*) Sí, tiene un sabor diferente (*sale del agua*)

Monja 2: Hermana, quítese la rebeca. Está haciendo mucho calor.

Monja 1: Tiene razón.

Monja 2: Hemos hecho bien en venir a esta hora de la tarde. La mayoría de la gente ya se ha ido. Sólo quedan unos cuantos rezagados, que están aprovechando los últimos rayos solares.

Monja 1: ¡Qué precioso! ¡Pero es tan inmenso, que yo no me atrevería a bañarme!

Monja 2: Hay que tener cuidado. Un día como hoy el mar está en calma y no se corre mayor peligro, pero cuando se levanta la marea, es terrible. Hay corrientes marinas que pueden arrastrarte. Por eso hay que estar pendiente siempre de ese mástil.

Monja 1: ¿Por qué?

Monja 2: Porque el color de la bandera que ondea te indica la situación del mar, algo parecido a lo de los semáforos.

Monja 1: ¡Ah, ya entiendo! ¿Rojo?

Monja 2: Peligro.

Monja 1: ¿Amarillo?

Monja 2: Precaución.

Monja 1: Y verde, calma ¿no?

Monja 2: ¡Exacto! Cuando venga a merendar con los niños de nuestro orfanato alguna que otra tarde, recuerde que tendrá que tener muy en cuenta el color de la bandera que ondee.

Monja 1: Lo tendré muy en cuenta.

Monja 2: ¡Ah! Y si viniera por la mañana, aunque esté nublado, tenga mucho cuidado con las exposiciones al sol, porque sin darse una cuenta, los brazos, las piernas y sobre todo la cara, se nos pone como un pimiento rojo y podemos hasta pelarnos la piel.

Monja 1: ¡Claro! Como siempre estamos en el convento...

Monja 2: tenemos la piel más sensible a los rayos solares y corremos más riesgos de quemarnos, por eso es conveniente protegerse con alguna crema, bueno por eso y por lo de la capa de ozono.

Monja 1: Hermana, me está asustando lo que me está diciendo, aunque se lo agradezco.

Monja 2: No, no se lo digo para asustarla, simplemente se lo comento para que tenga precaución. Recuerdo que hace siete años, cuando me destinaron a esta casa, ni corta ni perezosa, vine a acompañar a dos hermanas y mientras ellas jugaban a la pelota como dos niñas yo, me senté cara al sol y me puse a leer un Dominical y cuando dijeron de marcharnos, por cómo me ardía la cara, pensé que tenía fiebre.

Monja 1: ¿Qué le ocurre hermana? Percibo en sus palabras ciertos aires de nostalgia.

Monja 2: Nosotras no debemos tenerla, no tenemos derecho. Nuestra única misión en esta vida es servir a Dios y nuestro primer voto es de la obediencia.

Monja 1: Sí, es una de nuestras principales y fundamentales reglas, pero nosotras somos personas antes que religiosas y no podemos superar esos toques de debilidad humana, cuando nuestra mente ordena y nuestro corazón es el ordenado.

Monja 2: Tengo cierta nostalgia, es cierto. No olvide, que cuando me obligaron a regresar de África por problemas de salud, vine a esta casa. Aquello supuso un duro golpe para mí. Mi verdadera vocación estaba en poder ejercer de misionera, ayudar a aquellos seres indefensos; pero la superioridad así lo quiso y yo lo acepté,

aunque dejé la mitad de mi alma en aquellas tierras verdes, en aquellos horizontes rojos tan distintos a los que ahora estoy contemplando. Pero mi servicio a Dios hizo que me sobrepusiera a aquello con rapidez. Sobre todo porque mi salud mejoró mucho y me dio fuerzas para seguir luchando en la congregación, en esta casa de acogida de niños maltratados por la vida. Pronto me di cuenta de que el color de la piel era distinto, pero que a pesar de ser blancos, también tenían necesidad de entrega, de amor, de compañía y ahora, de nuevo, tengo que cambiar de lugar, pero no adonde pueda seguir entregándome a los demás, a mis niños, sino adonde soy yo la que va a necesitar de esa entrega, de ese amor...

Monja 1: Pero eso no será impedimento para que no siga ejercitando su labor misionera. Tenga en cuenta que su enfermedad es penosa, pero de consecuencias finales muy lentas y, con un tratamiento, unos ejercicios terapéuticos adecuados y por qué no, con la ayuda de Dios, todavía le quedan muchos años para dedicarlos a su servicio orando, consolando y acompañando a nuestras ancianas hermanas, que tanto lo necesitan.

Monja 2: Gracias hermana, seguramente tiene razón, lo que ocurre es que tengo aún tantas ganas de vivir, de luchar, de entregarme a los demás, que asumir que terminaré postrada en una cama, como un ser inútil, es doloroso. *(no puede contener el llanto)*

Monja 1: Pero no debe de pensar en eso. La voluntad de Dios, aunque a veces no la entendamos, está tan cargada de amor hacia sus criaturas que, sea cual fuere, toda tiene una razón, -seguramente, la de tener que ganarnos en este infierno la eterna gloria que nos promete- ¡pero no llore hermana, no estará sola, prometo escribirle con frecuencia y contarle cómo van creciendo sus niños, cómo van desarrollándose y preparándose para la vida y, aunque voy a intentar estar a su altura, no olvide que aquí, en esta casa usted ha dejado el listón muy alto: todos la queremos y la vamos a echar mucho de menos!

Monja 2: Le agradezco sus palabras de aliento, pero no lloro por eso hermana.

Monja 1: ¿Entonces?...

Monja 2: Lloro porque el ser humano, la mente humana, a veces, es traicionera y extrae recuerdos de vivencias, que creías olvidadas.

Monja 1: ¿Y son desagradables las que acuden a su mente en

estos momentos?

Monja 2: ¡No, todo lo contrario, son de una ternura!

Monja 1: ¿Puede hacerme partícipe de ellas?

Monja 2: ¡No sé si debo!

Monja 1: Si pertenecen a su intimidad no quiero que se sienta obligada por mí.

Monja 2: ¡No! Pertenecen a mi infancia. Como seguramente ya sabrá, he nacido en estas tierras bañadas por este mar y me han venido a la mente mis primeros pasos en la arena tan dorada como lo eran mis cabellos y Dios, ¡qué rápido ha pasado el tiempo! Parece que fue ayer cuando mi padre y yo, veníamos muy temprano con su bicicleta y paseábamos por la orilla, buscando cangrejos.

Monja 1: ¿Cangrejos?... ¿En la orilla?...

Monja 2: Sí hermana. ¡Venga yo le enseñaré!

Monja 1: ¡Ah! Pero a mí me dan repelús.

Monja 2: Estos no son como los que usted piensa, estos son diminutos, transparentes, rosados, indefensos.

Monja 1: Y ¿cómo los descubre? ¿Dónde están?

Monja 2: ¡Muy fácil hermana! *(le hace la demostración de lo que le está explicando)* Vea: pise en la arena mojada y si percibe que al levantar su planta algo se mueve, recoja con la mano un puñado de arena para comprobar si entre ella existe algún cangrejo.

Monja 1: Y si una lo encuentra ¿qué se hace con él?

Monja 2: Pues en un cubo o en cualquier otro recipiente, mejor de cristal, lo deposita; pero... se me olvidada: el recipiente lo tiene que tener preparado con agua del mar y un poco de arena para que el cangrejo sobreviva.

Monja 1: ¿A ver? *(Comienza a andar hacia adelante)*

Monja 2: ¡No! *(ríe)* ¡No hermana, así no, no puede ir hacia delante!

Monja 1: Entonces, ¿cómo? ¡No lo entiendo!

Monja 2: Tiene que ir hacia atrás.

Monja 1: ¿Cómo los cangrejos?...

Monja 2: Poco más o menos *(ríe)* ¡Mire, así! *(La hermana camina hacia atrás)*

Monja 1: ¡Ah, ya!

Monja 2: ¡Mire, mire, hermana, aquí creo que hay uno! *(Se agacha y recoge con la mano un montón de arena en el que se*

encuentra un pequeño cangrejo que muestra a su acompañante, depositándoselo en su mano) ¿Ve? Son indefensos.

Monja 1: ¡Qué gracia! Pero éstos no son como los que se comen... *(Le devuelve el cangrejo)*

Monja 2: ¡Ya se lo decía yo!

Monja 1: ¿Qué va a hacer con él, hermana?...

Monja 2: Voy a dejar que continúe su ciclo natural, que ande, aunque sea hacia atrás *(deposita el cangrejo en la arena)* A mí, no me importaría, si pudiera... *(le fluyen de nuevo las lágrimas)* ¿Nos marchamos?

Monja 1: Bueno, como usted quiera.

(Recogen las zapatillas y comienzan a andar hacia el fondo del escenario)

Monja 1: ¡Qué tarde más inolvidable me ha hecho pasar hermana! La recordaré siempre que tenga frente a mis ojos este mar inmenso.

Monja 2: Yo también lo he pasado muy bien y gracias a usted, que se empeñó en venir, he tenido la oportunidad de verlo por última vez.

Monja 1: ¡Hermana, no diga eso!

Monja 2: Tiene razón, perdón. Por última vez, si Dios no dispone lo contrario... *(Se despide del mar, disimulando el llanto, con el movimiento de una de sus manos)*

(En el escenario anochece y se refleja la luz de la luna. Aparece una pareja de hombres, con una evidente diferencia de edad)

Casado: ¿Qué ocurre? ¿Por qué esa insistencia en que nos viéramos esta noche? Sabes que los fines de semana los dedico a mi familia y que no me gusta esta falta de control por tu parte.

Soltero: ¿A qué llamas tú falta de control? ¿Te parece poco control el tener que disimular delante de la gente, el tener que mirarte de soslayo, el tener que compartirte con tu familia, el que tus amigos me roben la posibilidad de estar unas horas contigo, el tener que soportar oír hablar de ti y morderme los labios para no gritar que eres mío, que te deseo, que todo se me ilumina si te tengo y que estoy perdiendo la vida, como desangrándome, desde que te he conocido?

Casado: Pero ¿qué bobadas dices? Ya no somos niños, ya tenemos nuestras vivencias. No querrás hacerme creer que soy el único hombre de tu vida.

Soltero: Mi necesidad de ti sé que me empequeñece frente a tus ojos, que más te pierdo cuando más te necesito; pero yo, no quería amarte así. Yo, no quise perder la ilusión de vivir si no lo era contigo.

Casado: ¡Bueno, creo que estás sacando las cosas de quicio y siento tenerte que recordar que estoy casado y que no puedo entretenerme mucho! Ya es tarde y no sé qué excusa le voy a tener que poner a mi esposa cuando llegue.

Soltero: ¿Excusa? ¡Ninguna!. ¿No has presumido constantemente de lo valiente que eras para divorciarte de ella, para romper esta farsa que no soportabas más? ¡Pues dile que llegas de ver a tu amante, que te ha reclamado, que desea pertenecerte como nunca nadie, ni siquiera ella te perteneció, que desea iluminar tu vida con su entrega pasional, sublime, a cambio de nada, sin apellidos, sin bienestar económico, sin apoyo social, sólo con el deseo y la necesidad de entregarte lo que le reste de vida a cambio de fundirse con tu sombra hasta que el tórrido sol de la vida le consume cual gota de agua! ¡Dile, que acabas de dejar tirado en la orilla de la playa a un homosexual a quien un día provocaste hasta conseguir que se quemara con el fuego de su propia hoguera por amor a ti!

Casado: ¡Bueno, está visto que desvarías! La luna llena te ha alterado hoy más que nunca.

Soltero: ¡Sí, porque presiento que hay algo en ti que me aniquila, me empobrece, me anula!

Casado: ¿Qué insinúas, que hay otro?...

Soltero: ¿Otro? ¡No, qué va! Tú eres un hombre y no sólo de “ser” se vive, sino también de aparentarlo y tu vida no ha sido más que toda una “apariencia”. Aparentaste ser macho, cumpliste socialmente, te casaste, tuviste hijos, cumpliste; pero, querido, fuiste cruel y lo sigues siendo conmigo.

Casado: ¿Pero qué dices? No te entiendo. ¿Qué quieres de mí? Te doy todo lo que puedo, hago un esfuerzo importante para que nos podamos ver una vez a la semana y podamos estar juntos, sin importarme quién nos pueda ver, ni lo que puedan pensar. ¿Qué más puedes pedirme? Tú sabías que yo estaba casado cuando me conociste, no sé el por qué de tus reproches y exigencias.

Soltero: ¡Sí, tienes razón, querido! Yo ya sabía que eras un hombre casado; pero no olvides que eso era algo que tú también

sabías y que cuando me sedujiste, -porque fuiste tú, no lo olvides- lo estabas haciendo contra todo tu establecido sistema, pero por puro instinto y necesidad sexual. Sólo faltaba que me reprocharas también mi egoísmo, recordándome que el tiempo que me dedicas se lo robas a tus hijos, como si ellos no hubieran existido ya, cuando te acostaste por vez primera conmigo.

¡Anda! ¡Dime una vez más, que soy egoísta, que no te comprendo, que no te merezco y que no vale la pena que lo nuestro continúe! ¡Dímelo, anda! Hoy hay luna llena, puedo ver en tus ojos el brillo por la cristalización de la retina y no por el del deseo. Sólo he querido hablar contigo para que supieras que no me arrepiento de haberte dado todo mi amor, pero que nunca más me volverás a ver.

Casado: ¡Qué insoportable estás!

Soltero: No pretendo desequilibrarte. Sé que pronto crearás haber encontrado a un sustituto, pero qué equivocado estás. Yo, seré para ti insustituible. Lo único que encontrarás será un sucedáneo, claro que para tu exquisito paladar, será más que suficiente, seguramente.

Casado: ¡Basta ya de jilipollecés! ¡Estoy hasta los cojones de tantos reproches! Terminemos ya de una puta vez. Mañana tengo que madrugar. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Quieres que lo arroje todo por la borda, que sólo viva por y para ti?

Soltero: No. En algún momento de mi vida sí que lo desee y creí poder alcanzar tanta dicha. Ahora me doy cuenta de que tu prepotencia me hiere, me exhausta el alma, me impide seguir creyendo en ti.

Casado: ¡Jamás te he engañado!

Soltero: ¡Es cierto! Siempre has sido sincero, hasta cuando fingías en la cama y creías cumplir dejando que sólo yo satisficiera mis deseos para después poder satisfacer y cumplir los que te demandaba tu esposa.

Casado: ¡Nunca te he fingido nada! ¡Estás histérico!

Soltero: ¿Histérico? ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de que tienes una gran lista de seducidos y abandonados? ¡Qué simple eres! Siempre supe que debajo de ese aparente sentimiento de libertad no había más que un instinto de libertinaje y, lo peor de todo, es que aún así, te amo.

Casado: ¡Y yo!

Soltero: ¡Pues si eso es cierto, aléjate de mí esta noche y despídeme con un fundido beso, como el que se da a quien jamás se va a volver a ver, como al cadáver del ser querido que va a ser incinerado! ¡Bésame, como si fuera el último!

Casado: ¡No digas bobadas! Ve, descansa y mañana hablaremos. Todo se arreglará. Intentaré cambiar. Perdóname. No sé ni lo que quiero, ni lo que me pasa. Debe ser el exceso de trabajo. ¡Anda, ven, bobo! No he querido ni querré a persona en la tierra como te quiero a ti, así que pasaran mil años mi sentimiento hacia ti seguiría tan vivo como lo está hoy. ¡Te amo, amor, yo también te necesito!

(Se besan apasionadamente de espaldas al público y se separan bruscamente ante la llegada de una persona: la loca. Se sienta frente al mar y de los bártulos, extrae una botella que empieza a beber)

La loca: Soy una maestra de primaria que a tus plantas llora. La loca de las bolsas. La reina de mi reino de soledad. Estoy cansada de deambular de un sitio a otro, de un banco a otro, de un portal a otro, loca debo de estar para haber continuado en este mundo en el que ya no existe él, en el que no me queda nada que no sea sólo recuerdos. *(Bebe)*

¡Bebo, que más da! Limosneo: no me importa. Ni siquiera su recuerdo ennoblece o dignifica mi existencia, de poco vale la vida cuando el tuétano de tu sentimiento se ha consumido tras el recuerdo de tus muertos. *(Bebe)*

Me molesta la gente, no porque se rían y se burlen de mí, sino porque mi mundo no pertenece al que ella pertenece. Mi mundo es el de los perdedores conscientes y consecuentes, no al de la mayoría, que todo lo cubre con capas de consumo, con prisas y con ambiciones absurdas e inoperantes. *(Bebe)*

La cara de él se me desdibuja por el paso del tiempo. La única foto que conservaba la perdí cuando me ingresaron en aquel sitio que se empeñaron en llamar Clínica en lugar de Manicomio y de donde no debiera haber salido con vida. Por eso mi obsesión es estar cerca de ti por si me devolvieras su imagen y también porque me siento acompañada cuando tu brisa me acaricia el cuerpo, como lo hacía él. ¿Por qué no me arrastraste con tus corrientes a un lecho de algas cuando tuvimos aquel accidente el día antes de celebrar nuestra boda?... ¿Recuerdas? Mi rostro

estaba terso, mi cintura era un junco y mis senos dos granadas a punto de estallar y él, era tan bello, que envidia debió de darte para arrebatármelo cruelmente, como lo hiciste. No sé si odiarte, aborrecerte o comprenderte. Mi venate de locura impide tener la cordura necesaria para hacer cualquier otra cosa que no sea ésta, la de buscarte, la de hablarte, la de desearte a través de él y por él. *(Bebe)*

Estoy loca y ¿cómo no estarlo? Te lo llevaste de un solo golpe, sin que dejara en mí una razón de vivir. Me siento desahuciada de la vida. Nada de lo que he amado me ha pertenecido ni de lleno ni de pleno derecho, suponiendo que amar con cuerpo y alma dé derecho a algo que no sea recibir como pago, el descalabramiento emocional de saberme presa en la propia cárcel de mi alma herida que deambula perdida, en busca del surco del carro que arrastra el cadáver de mi vida. *(Bebe)*

Hoy tengo fuerzas para sucumbir. Ahora estoy medio drogada por las pastillas y con el alcohol ingerido me siento pura, con la mente clara y el espíritu en calma, -como ofrecían las vírgenes a sus dioses-; por eso, acoge maternalmente mi cuerpo inerte y arrástrame a la profundidad de tus entrañas donde tu paz me inunde transfigurándome en la esencia etérea de la brisa marina. No me queda nada ni nadie que debilite mi ansia por desaparecer de este mundo, donde todo podrá o no ser clonado, todo menos el amor.

(Durante los últimos párrafos ella ha ido buscando de entre las bolsas de plástico hasta encontrar un trozo de tul roído y, una vez pronunciada la última frase, se lo coloca sobre la cabeza introduciéndose en el mar -patio de butacas- exclamando enajenada:)

La loca: ¡Hacia ti voy, amado mío! ¡Acógeme en tu seno en esta noche de entrega pasional! ¡Acógeme, cual amante que la presa espera para hacerla suya! ¡Tuya soy por y para la eternidad!

(Suena la música adecuada para la intensidad de la obra y se oye la voz en off., del Mar)

Mar: No quiero ser para los humanos, más que el bálsamo que equilibre sus sentidos, el azul celeste de su ingenuidad y el verde

de su esperanza. Muchos son los que han sido designados para dormir en mis aguas. Son seres elegidos por los dioses. Seres que han perecido como consecuencia de mi ira y algunos que sucumbieron ante mis encaños. Existo para que se me contemplen, para que se me añoren, para que se me escuchen y para que el alma cansada de vagar encuentre en mí la paz y el sosiego que demanda. Mis hijas, las olas, acarician sus cuerpos y salpican de espuma sus frentes nobles, porque, aunque en su evolución los seres humanos hayan conseguido sobrevivir fuera de mis profundidades yo, les necesito, les añoro y deseo que se bañen en mí, como hijos a los que merezco. Yo, siempre formaré parte de su razón de ser y en mi horizonte existirá la marcada línea que hará soñar al espíritu con la libertad, que sólo debiera perderse por amor.

Yo soy el mar, la mar,
y a mis aguas me retiro,
no sin antes agradeceros vuestra existencia,
con mi sonido.

(El rugir de las olas se funde ensordecedoramente con el sonido de una música)

TELÓN

Este libro terminó de imprimirse el día 31 de julio de 2009.